3 1761 05303388 2

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/s2midiario01gamb

# MI DIARIO

E +
nubiuno
dark blue

# POR EL MISMO AUTOR:

**Del Natural, Esbozos Contemporáneos**, tercera edición, (6,000) ..... 1 volumen
**Apariencias**, (agotada, 2,000) ..... 1 „
**Impresiones y Recuerdos**, nueva edición (2,000) ..... 1 „
**Suprema Ley**, nueva edición, (15,000) ..... 1 „
**Metamorfosis**, nueva edición, (10,000) ..... 1 „
**Santa**, décima edición, (60,000) ..... 1 „
**Reconquista**, agotada, (2,000) ..... 1 „
**La Llaga**, nueva edición, (6,000) ..... 1 „
**Mi Diario**, primera serie, (5,000) ..... 3 „
**La Novela Mexicana**, conferencia, (1,000) ... 1 folleto
**El Evangelista**, novela corta, ("Pictorial Review," editor, Nueva York, EE. UU. de América; segunda edición, "Librería Guadalupana," México, D. F.) ..... 1 „

## TEATRO

**La Señorita Inocencia**, arreglo del vaudeville-opereta "Mamz'lle Nitouche," agotada, (1,000) ..... 1 folleto
**La Moral Eléctrica**, arreglo del vaudeville "Le Fiacre 117," agotada, (1,000) 1 „
**La Ultima Campaña**, comedia original en tres actos y en prosa, agotada, (2,000) ..... 1 „
**Divertirse**, original, monólogo en prosa, agotado, (1,000) ..... 1 „
**La Venganza de la Gleba**, drama original en tres actos y en prosa, agotada,. (1,000) .. 1 „
**A Buena Cuenta**, drama original, en tres actos y en prosa, (agotado) ..... 1 „
**Entre Hermanos**, tragedia mexicana contemporánea, original, en tres actos y en prosa. 1 „

## EN PRENSA:

**Apariencias**, nueva edición ..... 1 volumen
**Reconquista**, nueva edición ..... 1 „

## PROXIMO A PUBLICARSE

**Mi Diario**, segundo tomo de la segunda serie 1 „

## EN PREPARACION

**La Confesión de un Palacio**, ensayo sobre historia nacional ..... 1 „
**El Hidalgo**, novela ..... 1 „
**El Perdón de los Hijos**, drama ..... 1 „

**EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE**
**EDITOR**
**APARTADO POSTAL, 59 BIS.**
**MEXICO, D. F.**

FEDERICO GAMBOA
DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

# IV

# MI DIARIO

## Mucho de mi Vida y Algo de la de Otros

## SEGUNDA SERIE - I

*"Who is now reading this?*
*"May-be one is now reading this who knows*
*"some wrong-doing of my past life,*
*"Or may-be a stranger is reading this who*
*"has secretly loved me...."*

*WALT WHITMAN*

381490
6 6 40

MEXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
APARTADO POSTAL NUM. 59, BIS
1934

Es propiedad —Queda hecho el depósito que marca la ley.

# 1 9 0 5

1ro. DE ENERO—Tumbado en mi **Morris-chair** continúo disfrutando de las dulzuras boreales de estos inviernos hospitalarios y afectuosos, con una **grippe** como para mí solo... El estado de mi ánimo no es el más a propósito para formular ni aceptar votos por "un feliz año nuevo"...

Esta manía, netamente sajona, de deseárselo al primer quisque, así nada nos importe, y que nuestros países latinos y pseudo-latinos imitan a más y mejor, tiene, a mi juicio, una etiología francamente animal: el júbilo que nos embarga por haber concluído un año íntegro y por habernos asomado a otro nuevo (¡como si la división de nuestra vida en años astronómicos, no fuese convencional y arbitraria!). La frase tan sobada de "feliz año nuevo," no quiere decir sino "aquí me tiene Ud. vivito y coleando, aunque ello no le preocupe, ni a mí el que Ud. aliente; sépalo y tome nota, vivo!!!"

En el fondo, casi me complace hallarme de encierro: puedo privarme de asistir ¡de uniforme y con-

decoraciones! a la mascarada anual que los **Representantes de las Potencias,** y nosotros sus adláteres ejecutamos ante el Presidente de los EE.UU. de América. Cada vez que escribo o pronuncio nombres tan resonantes y huecos, paréceme que oigo el parche de un bombo de feria. ¿Y qué otra cosa es el mundo,—me pregunto entre toses, carraspeos y lagrimones,—sino una feria de vanidades, conforme a la feliz expresión de Thackeray?...

10 DE ENERO—¡La cosa promete! Ayer trataron de volar con dinamita la estatua de Federico el Grande, que se alza altanera dentro de un recinto militar. Como en todas partes, la policía aun no logra echar el guante a los responsables. Según los diarios, la heroicidad no estuvo del lado de dos oficiales del ejército, que, al ver salir humo sospechoso de la valija que encerraba a la bomba, "se limitaron a ir y pedir auxilio por el teléfono"... El héroe, no portaba uniforme, fue un tal Ellis, albañil y negro, que denodadamente se lanzó a desprender la valija del enrejado provisional y de madera, que circunda al monumento, y la arrojó a gran distancia, no sin echar su cabriola por los aires, cuando la explosión, y quedar muy mal herido de manos y brazos.

¡La que nos faltaba! que anarquistas, o lo que fueren, declaren teatro de sus hazañas a esta pacífica Wáshington, y un buen día—¡malísimo sería el tal!—por mandar **ad patres** al bueno de Roos-

evelt, o a otro que no lo valga, nos manden también a nosotros ¡¡¡los diplomáticos!!!

Está discutiéndose un proyecto de ley, presentado por Roosevelt: que en el Distrito de Columbia se restablezca la picota, y a los maridos que golpean a sus mujeres se les aplique, en público, la pena de azotes.

Lo que pone al descubierto dos cosas, igualmente perjudiciales para la cacareada civilización de este país: que abundan los esposos que zurran a sus cónyuges, y que hay un gobierno "del pueblo y para el pueblo," que piensa enmendarlos a la manera homeopática, **similia similibus curantur.**

11 DE ENERO—Terminé la lectura de la novela "**Vanity Fair,**" del reputado autor inglés,—nacido en India,—William Makepeace Thackeray. Además del cansancio que produjéronme sus dos gruesos tomos, encuentro exorbitante el renombre universal de dicho libro. Sin duda que no es un libro mancado ¡muy lejos de ello!, pero cuán inferior paréceme, si se le compara a cualquiera de las obras maestras de la novela moderna. Y cuenta que la "**Vanity**" es la obra más famosa del autor.

12 DE ENERO—¡Noche farandulesca! El Presidente de los EE.UU. y la señora su esposa, nos recibieron en la Casa Blanca. Hubo desfile de Potencias, en la persona, **chamarrée et décorée,** de sus

representantes. Por dicha, el entremés fue breve, y nosotros, actores y comparsas, nos retiramos temprano a nuestras casas.

Determino hurtar mi individuo a las recepciones sucesivas, que serán, respectivamente, en honor de la Suprema Corte, del Poder Judicial, del Ejército y Armada, y la última, a pesar de igualdades y democracias, en honor del soberano... pueblo!

13 DE ENERO—Gonzalo de Quesada, inteligente ministro de Cuba en este país, padrino o padrastro del suyo (¡el tiempo lo dirá!), hízome hoy estimable regalo: los tres tomos hasta la fecha impresos, de las obras completas de José Martí, el mártir de Dos Ríos que no llegó a ver con vida la república por la que él sacrificó la suya.

Crece Quesada a mis ojos una barbaridad de palmos: siempre imaginé que dentro de él se encerraba algo más que un plenipotenciario **des pays chauds.**

16 DE ENERO—Los periódicos me enteran de una nueva que me entristece: unos anarquistas volaron con dinamita la modesta oficina de correos del pueblecito encantador de Nueva Jersey, en que hemos pasado dos veranos consecutivos.

¡Pobre **Atlantic Highlands,** tan pacífico, tan risueño, tan poquita cosa!

20 DE ENERO—Anoche, al cabo de veinte horas de labor intermitente, concluí de escribir el ca-

pítulo IV de "Reconquista". Probabilidades de terminar la novela para junio o julio.

23 DE ENERO—Una señorita montevideana, que lleva unos dos años de vivir sola aquí, estudiando abogacía, y a quien yo conocí por acaso, muy recién llegado a Wáshington, vino a casa esta noche, a pedirme que le haga el discurso que habrá de pronunciar ella el próximo 4 de febrero, en el banquete anual con que la Universidad conmemora su fundación y festeja, además, a las alumnas a punto de graduarse. Quiere una friolera, un paralelo entre nuestra mujer hispanoamericana y la mujer anglosajona... Ligerísimo prométole hacérselo, bajo dos condiciones: que ella lo traduzca al inglés, y que me muestre su traducción, para que juntos la corrijamos.

Interesante chica ésta. No obstante que es de veras guapa y no mayor de veinte años, adivínase que lleva a cuestas un drama de familia. Enternece verla, estudiando en este país adusto, cuya lengua ignoraba antes de habitarlo; viviendo la vida desaborida y melancólica de las **boarding-houses**; yendo y viniendo a su colegio, en medio de nieves, lluvias, soledades y nostalgias.

28 DE ENERO—Acabado el discurso, en persona se lo llevé a su casa a mi joven amiga. Léelo delante de mí, y no mal; anúnciame que si mi mujer y yo aceptamos, seremos sus invitados para el banquete.

2 DE FEBRERO—Traducido al inglés, hoy corregimos el discurso. Hemos aceptado la invitación de nuestra amiguita, "pues no tengo a nadie que me acompañe,"—nos dice tristemente. A mí me retoza el gusto dentro del cuerpo; presenciaré, de cerca, una fiesta universitaria en la tierra que abunda en grandes mentiras.

4 DE FEBRERO—Banquete universitario, que no se celebra en el **Washington College of Law,** sino en la repostería francesa de Rauscher,—el comedero predilecto de elegantes y diplomáticos,—en el gran salón de baile del segundo piso. Primer desengaño: no advierto ni asomos del anquilosado aire sajón que con sus tiesuras estropea toda fiesta de la que se adueña. Nota deliciosa para la vista: el compacto grupo de abogadas, en cuyo obsequio es la reunión, todas visten toga y lucen birrete; y como casi todas son de agradables hechuras, de verlas sonrientes, rubias, charlatanas y felices, piénsase en los bastidores de teatro elegante, en el que fuera a representarse una opereta vienesa.

Seremos setenta los comensales. Continúan las sorpresas, no hay vino ni para remedio, hasta el obligatorio Champagne brilla por su ausencia. Agua a pasto, desde la sopa a los postres, por desgracia amargados con disertaciones y brindis a porrillo ¡nada menos de nueve!..., en cuenta, nuestro paralelo entre las mujeres de acá y las de allá. Resultó harto aplaudido, seguramente por los labios que lo dijeron y por la nacionalidad de la **estudian-**

te que lo leyó. Los dos brindis peores, malitos de verdad, fueron el de un ex juez y actual catedrático del Colegio, E. C. Foster, sobre las "Responsabilidades presentes de los EE.UU.," y el del Hon. Senador W. B. Heyburn, sobre... lo que ustedes gusten y manden: larga serie de gansadas dichas muy campanudamente, y tan poco galantes para las pobres mujeres que intentan alzarse del nivel común de su sexo, por el estudio de una carrera, que todas las presentes, al acabarse la increíble lucubración del obeso senador, se manifiestan como témpanos. Mi vecina de asiento me sopla por lo bajo:

—"¿Sabe usted por qué lo aplaudieron algo, a pesar de lo que ha dicho?"...

—¿.....?

—"Porque es millonario..." (¡¡¡ !!!)

18 DE FEBRERO—Un exponente callejero de cómo debe interpretarse el sonoro concepto de Igualdad, con mayúscula, el hermano carnal de Libertad y Fraternidad, tan manoseados del 1789 a los días que corren.

Muy entrapajado por culpa de la **grippe** número dos con que me ha gratificado este invierno **acariciador** y **benigno**, regresaba yo del Departamento de Estado en el tranvía de mi rumbo, camino de mi casa y de mi almuerzo. A la altura del **Dupont Circle**, montan en el tranvía dos bien pergeñadas **misses** a las que escoltan sendos **cavaliers servants** y un **épagneul** encadenado, de los pequeños y la-

nudos, finísimo, de alto precio, pero lleno de barro. Hoy hubo considerable deshielo y la nieve que se funde lo empuerca todo. Perro, **misses** y **gentlemen** deben de pertenecer a **la haute,** pues hanse instalado armando gran algazara: aquí, donde es de rigor hablar a media voz hasta durante las comidas!

Al igual de todas partes, está prohibido en Wáshington que dentro de los tranvías y demás vehículos públicos viajen juntos perros y cristianos. Pero la **miss** que lleva el **épagneul,** cuando el conductor se le acerca muéstrale con desdén soberano un papel mágico: el pobre empleado, después de enterarse de su contenido, se destoca, sonríe y hasta acaricia al dogo, que ya ensució con sus patas húmedas la falda de una pasajera... Para mis adentros, ríome del poder incontrastable del dinero. Esta chica será hija de algún magnate, que la Igualdad se aguante la irreverencia; vale que dondequiera se las cometen, y donde dizque impera, más a menudo todavía.

21 DE FEBRERO—Incalculable el servicio que me presta el difunto Thackeray, hoy que concluí la lectura de su "**The Paris Sketch Book**" publicado en Londres el año de 1840. Espigo de entre sus páginas la siguiente parrafada que diríase escrita ayer, según lo admirablemente que retrata este país:

"...**Vastly prosperous is the great republic, if "you will: if dollars and cents constitute hap-"piness, there is plenty for all: but can anyone,**

**" who has read of the American doings in the late "frontier troubles, and the daily disputes on the " slave question praise the 'Government' of the " States—a Government which dares not punish " homicide or arson performed before its very " eyes, and which the pirates of Texas and the pi- "rates of Canada can brave at their will? " There is no government, but A PROSPEROUS "ANARCHY..."**

He aquí lo que hacíame falta grandísima: un calificativo que sintetizara en breves términos lo que es en realidad esta nación, una PROSPERA ANARQUIA.

28 DE FEBRERO—Por el más prosaico modo consumé esta tarde mi segunda excursión votiva en los Estados Unidos.

El embajador,—que cada día empeora de salud, —me comisionó para que fuese yo a representarlo en la junta del Ferrocarril de Veracruz al Pacífico, en la vecina ciudad de Baltimore.

La junta terminó cerca de las 5, y no obstante lo frío y nublado del tiempo, me encaminé hasta el cementerio en que reposan los restos de Edgar Allan Poe: esquina de las calles Green y Fayette. (Esto de Fayette ha de ser una de las tantas humoradas que los buenos yanquis se gastan cuando escriben nombres extranjeros; la calle, en sus principios llamaríase Lafayette, en memoria del marqués aventurero que vino a dar un empujón a la causa de la independencia.) Sea como quiera,

el conductor del tranvía indícame que aquí precisamente debo apearme, porque la iglesia que busco ¡la abadía de Westminster nada menos, y que en nada se parece a su tocaya de Londres! se halla enfrente de mí.

Templo ruin, de viejos ladrillos, con todas sus puertas cerradas; circúndalo un enverjado sin pintura ya, y en su atrio, a la usanza antigua, mírase el cementerio, de fisonomía aun más lamentable que la del templo, la hierba crecida y roída por los fríos, las diminutas lápidas mortuorias, borrosas en sus leyendas, rotas algunas, caídas las otras. Un raro aspecto en estas latitudes, de incuria y miseria ¿Dónde estará durmiendo el poeta?

Rondo el edificio para ver de descubrir la entrada; del lado de la calle de Green, alta y desnuda tapia; del de la de Fayette, cerrado todo. Acudo a los buenos oficios de un transeúnte:

—¿Quisiera Ud. indicarme por dónde se entra en esta iglesia?

—Soy forastero,—replícame, volviéndose a divisar el caduco inmueble,—intentemos por aquí...

Y a dúo nos ponemos a forcejear con una de las rejillas, que, a pesar del moho que se la come, resiste y se queja en sus gonces.

—Vuelva Ud. mañana,—me aconseja el desconocido, limpiándose el óxido que se le pegó en las manos.

—Vivo en Wáshington,—le alego.

Se encoge de hombros para significarme que lo

tienen sin cuidado mi residencia en la capital del país y mi interés por penetrar en el templo, y sin tenderme su diestra se despide...

Solo y pensativo permanezco unos instantes; los que pasan me miran de reojo y la tarde invernal se me está yendo. De la casa contigua, con aspecto de taller o de fábrica, sale un sujeto y lo abordo, le repito mi pregunta y aun le agrego que deseo visitar el sepulcro de Poe.

—¿El sepulcro de quién?...—pregúntame con extrañeza manifiesta.

Vuelvo a decir el nombre, y él, reflexivo, se rasca la barba.

—Pues no, no sé,—me contesta al cabo de esa pausa. La iglesia la abren todas las mañanas, hasta después del mediodía, luego, la cierran y nadie se queda adentro ni hay quien la cuide. Se cuida sola...—añade, sonriendo de su rasgo de **esprit** infantil.

La tarde, tiritando, está en las últimas, y yo no renuncio a descubrir la tumba; asido a la reja, que va en descenso a la par de la calle, trato de descifrar los epitafios todavía legibles de las lápidas aun en pie. El crepúsculo lento, como que se empeñara en hacerme más borrosas las inscripciones mortuorias de esos pobres sepultados... ¡Ni asomos del nombre de Poe!... Porfío en ir deletreando, cada vez con mayor esfuerzo... ¡Al fin! en el mismísimo ángulo de entrambas calles, yo casi en vilo, por entre los barrotes veo un monumento, el único de

todo el camposanto, que en su óvalo luce busto en bajorrelieve, identificado por mí a la media luz que cae del cielo. Ella es, en efecto, la tumba del escritor maravilloso...

Cualquier cosa el tal monumento: de granito, un zócalo que aguanta segundo y tercer cuerpos de piedra lisa, pequeño obelisco, luego, de cuatro aristas, y en su basa, el medallón con el retrato. Abajo de éste, con grandes caracteres, en relieve también, el nombre célebre:

E D G A R  A L L A N  P O E

Mientras prolongo la muda contemplación reverente, viéneseme a la memoria la circunstanciada narración que hace ya muchos años diera al "**The Baltimore American**" un Mr. Henry Herring, que mucho tuvo que ver en la inhumación y la exhumación posterior. Poe fué enterrado en el sepulcro de su abuelo David Poe, un lote próximo al centro del cementerio, donde ya reposaban su abuela y otros varios deudos. Herring contribuyó con el ataúd, de caoba; Nelson Poe, con el carro y el caballo. Sólo concurrieron al funeral Nelson Poe, el juez Nelson, Herring y el agente de inhumaciones Charles Suter. Nelson Poe regaló la lápida, quebrada accidentalmente antes de su colocación; con lo que el sepulcro quedó por el largo espacio de veintiséis años, únicamente con un fragmento de piedra arenisca que ostentaba el número 80, y que fué empla-

zada por el sepulturero George W. Spence. En 1871, enterraron junto a Poe el cadáver de su suegra y ángel custodio, Mrs. Clemm. Cuando se erigió el monumento que yo estoy contemplando, el 17 de noviembre de 1875, fué preciso depositar los despojos del poeta en la tumba de Mrs. Clemm, cuyos huesos estuvieron examinándolos unos cuantos curiosos...

Despacio y a pie llego al paradero en que Poe sintió el aletazo de la muerte, y en el que yo tengo que tomar mi tren de regreso a Wáshington. Y durante la hora y minutos que separan a Wáshington de Baltimore, viví con Poe, materialmente, sus últimos tiempos sobre todo, cuando ya muy pobre y muy odiado por haberse atrevido a decir la verdad en letras de molde acerca de los pseudoliteratos de su tierra,—¡esta su tierra de la libertad y del derecho!!!...—con su esposa moribunda, su tísica Virginia, y esa angélica Mrs. Clemm, su suegra, que lo sostuvo la mayor parte de su vida, que lo estimuló, lo defendió hasta después de muerto,—fué y se refugió en el pueblecito de Fordham (ahora parte integrante del **greater New York**), y en modestísimo **cottage**, que la filistea ingratitud de sus compatriotas millonarios no ha sabido o no ha querido preservar y convertir en término de peregrinación para los muchos que dichosamente aun no creemos que "Una oda sólo es buena,—"De un billete del Banco al dorso escrita...,"—se encastilló y siguió produciendo sus obras postreras, sus más inteligentes críticas, sus versos últimos....

Toda mi conferencia en cierne sobre el Poe íntimo, el calumniado, el vicioso y grande, para la que me he documentado con tantas lecturas, George E. Woodberry muy particularmente, cobra cuerpo al compás del expreso en que devoro leguas y leguas. Lo veo salir la noche trágica de la casa de Mrs. Shelton y detenerse conforme lo acostumbraba en la oficina del doctor Carter, a quien nada dijo de su propósito de marcharse a Baltimore esa misma noche. Lo veo, tomando la caña Malaca de éste su buen amigo y entrar a cenar en el restaurant de Sadler, en la otra acera de la calle, donde se topó con algunos amigos que hasta muy tarde lo acompañaron y lo llevaron, luego, al barco, en el que, según lo aseguraron después, lo dejaron sobrio y contento. El barco zarpó a las 4 de la mañana del 27 de septiembre de 1849, y arribó a Baltimore en la madrugada del viernes 28.

Poe vagó cinco días por Baltimore y sus alrededores. Sábese a ciencia cierta que visitó, ya pasaderamente ebrio, a su viejo amigo el doctor N. C. Brooks, por desgracia ausente de su casa. Y aquí principian los decires, exactos unos, inventados otros. Dícese que, invitado a un bautizo, no pudo rehusarse a beber. Dícese que comió "fuerte",—eufemismo que en romance significa "beber" más fuerte todavía,—con antiguos amigos militares. Dícese que tomó el tren a Filadelfia, pero que, ora por haberse metido en carro distinto, ora porque el río venía crecido, el convoy se devolvió de

Havre-de-Grace, con Poe ya en estado comatoso. Dícese que una partida de sobornadores electorales le dieron a beber alcohol y drogas, y lo hicieron votar en varias casillas... ¿Cuál de tantas especies es la cierta? Lo cierto es la tragedia, respecto de la cual ya no hay misterios. Así como en la crisis del verano de 1847 lo salvó un amigo, y en la del verano de 1848 lo salvó otro amigo, y en la del verano de ese propio 1849 lo salvó Burr, en esta ocasión el ataque asumió más graves proporciones, que ya le habían vaticinado para que se precaviera, y no hubo amigo que lo salvara. Al sexto día, miércoles 3 de octubre, lo levantaron en estado de inconsciencia, cerca del cuarto colegio electoral. Su carencia de equipaje, la condición de sus ropas, su aspecto íntegro eran la repetición de lo que ya habíale ocurrido en Filadelfia. Detalle curioso: no había perdido la caña Malacca del doctor Carter. Lo identificó un impresor, Wilson, quien dió aviso por escrito al doctor Snodgrass, el cual, en unión de Ryan y de Herring, se presentó en el sitio. Entre los tres acomodáronlo en un coche ¡con bastón y todo! y lo llevaron al Hospital Wáshington, donde, sin haber recobrado el conocimiento, quedó instalado a las 5 de la mañana. Nelson Poe, notificado de la desgracia, acudió al hospital y envió cuanto fue necesario. Edgar Poe era presa de un delirio alarmante, con fugaces intervalos de equilibrio mental. La señora Moran, esposa del médico interno, le leyó el capítulo XIV del Evangelio de San Juan, le ministró un calman-

te, le enjugó las gotas de sudor que humedecían su rostro, le arregló las almohadas y lo dejó solo. Esa lectura del Evangelio de San Juan es la única mención de algo religioso durante su vida entera... Todo ello ocurrió el domingo 7 de octubre; poco después, a eso de las 5, Edgar Allan Poe rindió el espíritu.

Casi me alegro de haber visto su tumba según la vi: pobre, huérfana de flores, en cementerio derruído, al anochecer de un día helado y nebuloso de estos inviernos homicidas... Mejor me resalta su genio, su genio que vale harto más que dos o tres Estados juntos de esta nación anormal e idólatra del Becerro de Oro, que no ha sabido honrar al más alto de sus poetas, y en cambio inunda los parques de sus ciudades con monumentos a guerreros y marinos ¡los bárbaros!, o a politicastros y multimillonarios ¡los delincuentes que para que se les perdonen sus pecados, siembran escuelas y universidades que producen más atletas que Poes o Whitmans!...

No bien realice yo mi tercera excursión votiva al sepulcro de Walt Whitman, en Camden de Nueva Jersey, puedo marcharme de aquí, nada hay ya que me retenga o interese ¡al contrario!

4 DE MARZO—Alborozado como un chiquillo apercíbome a presenciar hoy la función democrática por excelencia: la toma de posesión de un Presidente de los Estados Unidos de América.

Desde hace unos cuantos días ha principiado el construir de "tendidos" en las calles y avenidas por donde deberá transitar el cortejo, y ha principiado también un arribo incesante de curiosos que vienen de todos los extremos del país a presenciar la significativa ceremonia. Y se nota, se nota en efecto, una porción de rostros nuevos, otra de automóviles con placas de registro de ajenas ciudades y "comunas". La prensa, esta prensa bendita que todo lo saca a luz, nos ha enterado a los pacíficos residentes de Wáshington, de los precios fabulosos que están pagándose por balcones, cuartos, ventanas, asientos en las aceras, etc., etc.; hay millonario venido de Nueva York, que por un cuarto con doble balcón a la avenida de Pennsylvania, ha dado quién sabe cuántos miles de duros!... De ahí, sin duda, que en la propia Pennsylvania, — la vieja arteria histórica de esta ciudad, la amplísima y primorosa vía sin árboles que tanto ha presenciado aun desde antes de la guerra de secesión, — no hayan dejado hueco aprovechable sin plantar en él un observatorio cualquiera; en los rótulos de las tiendas, en las cornisas de los edificios, en los ángulos salientes de las esquinas, a alturas varias, apuntalados, atados, míranse asientos y rótulos que los anuncian, hileras de sillas, haces de banderas de los Estados Unidos, que, de lejos, desde el "New Willard" o desde la esquina de la Tesorería, simulan un reguero de estrellas y de cintas de colores...

Muy armado de mis invitaciones para penetrar

en el Capitolio, y sin uniforme por fortuna, encamínome bien temprano a la embajada, pues el embajador me ha invitado a que vayamos juntos. No obstante que su salud está perdida, ¡raya en gravedad! — se ha empeñado en concurrir a esta ceremonia, de la cual, una buena parte celébrase al aire libre; y la mañana de hoy está desapacible e inclemente: neblina, frío y un viento que corta los huesos, a pesar del abrigo. (Cuentan los propios hijos del país, que el día de hoy señálase siempre por su malísimo tiempo que carga con algunos ancianos, senadores muy particularmente; de los políticos y con contadas excepciones, son ellos los que más canas peinan).

Con el embajador y con sus dos hijas, nos dirigimos en carruaje hasta el Capitolio, al són de las bandas militares de los batallones y regimientos, marchando hacia sus afueras. Cortamos, auxiliados de la policía, vallas de soldados y muchedumbres de curiosos que lo obstruyen todo. En el Capitolio, el embajador se nos separa para ir a incorporarse con sus colegas y demás jefes de misión, únicos autorizados a sentarse en el Senado. Nosotros los primeros Secretarios, de embajada o legación, sólo hemos sido invitados para la galería diplomática; y los segundos, terceros y agregados no han sido invitados para nada; tal es la costumbre aquí a causa de que el Cuerpo diplomático, completo, es numerosísimo y reclama locales amplios.

El Senado, rebosa de concurrencia; desde la familia de Roosevelt y las de los Secretarios de Estado, hasta las de los diputados, senadores, millonarios venidos de otros Estados o residentes aquí, de generales, almirantes, etc., etc. Un brillantísimo golpe de vista, al que mucho contribuye la belleza severa del local. En el palco diplomático cabemos apenas; nos acompañan, Loomis, primer Subsecretario de Estado, y Morgan, empleado en el Departamento, que tuvo que regresar a su puesto de Cónsul en no sé cuál ciudad de Mandchuria, a consecuencia de la guerra ruso-japonesa.

Abajo, en el salón de sesiones, no hallaría hueco un alfiler; a los lados de las plataformas en que se instalan el presidente y secretarios de la Cámara Alta, o "privilegiada", según la denominan prensa y público, se han sentado los senadores, en sus respectivos pupitres; los "Justicias" (Magistrados de la Suprema Corte de Justicia) con el "**Chief Justice**" (Presidente) a la cabeza, todos de toga, del lado opuesto al que los embajadores, de gran uniforme, ocupan por riguroso orden de precedencias, frente a la plataforma a cuyo pie ha de instalarse el Presidene de los Estados Unidos. Junto a los embajadores, los secretarios de Estado; en seguida, los ministros y encargados de negocios, de uniforme también; y atrás de éstos, las diversas comisiones de la "**House of Representatives**" (Cámara de Diputados).

Escoltado por magistrados, senadores y ujieres, penetra el Presidente de la República!

Principia la cosa con la apertura de la sesión postrimera del período de sesiones, que forzosamente ha de clausurarse en este día y a la que concurre el Presidente saliente.

Apenas abierta la sesión, sube junto al presidente del Senado su capellán, anciano venerable de aspecto tuberculoso, cabellera blanca, hasta los hombros, y cuidada barba fluvial, a quien yo me sé de memoria porque a menudo viajamos en el mismo tranvía. Viste traje de levita, al igual de todos los personajes civiles que se hallan en el imponente recinto, del Presidente de los Estados Unidos abajo. Todo el mundo se pone en pie, en medio del más absoluto silencio, que, al fin, después de breves instantes de recogimiento, rompe el propio capellán rezando con emocionada voz un Padrenuestro, que roncamente van repitiendo los asistentes... ¡Hermosísimo! Un gran pueblo que no se avergüenza de ser creyente!... ¿Qué opinarían en México nuestros librepensadores, jacobinos, "científicos" y demás gente menuda?... Luego, sigue una invocación a la Divinidad y un corto sermón. Roosevelt ha descubierto a su familia y la saluda románticamente: con prolongado mirar y riente fisonomía de sér feliz!...

El presidente del Senado, —que sólo lo ha sido **pro tempore** a causa de que Roosevelt (que por ser Vicepresidente de los Estados Unidos era el presidente del Senado) subió a la presidencia de la República por el asesinato de William McKinley,—

agradece a sus compañeros la buena voluntad que éstos le manifestaron durante su larga interinidad y anuncia que Mr. Fairbanks, Vicepresidente electo de la República, va a ocupar el puesto que le corresponde de presidente del Senado, y a prestar el juramento de ley. Jura Mr. Fairbanks, sobre los Evangelios y ante el presidente de la Cámara de Diputados, Mr. Joe Cannon; dice una arenga, luego se instala y comienza a tomar el juramento de los senadores que, hoy también, renuevan la mitad de los miembros de esta Cámara legislativa.

Aunque se esperaba que en la sesión de reglamento se trataran algunos de los trascendentales negocios que hoy por hoy preocupan a este país y a toda la América española, no se trata ninguno, sino que se levanta la sesión y nos levantamos todos. Rumórase que la sesión de la Cámara de Diputados sí anduvo acaloradilla.

Por caminos especiales, las autoridades y personajes; por los salones y galerías interiores del Capitolio, nosotros, encaminámonos todos hacia la "fachada oriental" del Capitolio, conforme lo previenen las tarjetas de invitación. A fuerza de puños y codos, presenciando hasta bofetadas (sic) junto a una de las puertas de bronce de la rotonda interior, —al través de la cual hemos desfilado,— llegamos a las afueras y nos instalamos en el graderío, víctimas del implacable cierzo helado que convierte la ceremonia en desagradable, no obstante su majestad y trascendencia.

Manda el ceremonial de este país, que el Presi-

dente Electo preste su juramento ante el **Chief Justice** de la Suprema Corte, apoyando la mano izquierda sobre los Evangelios abiertos, mientras con la diestra, a la altura del rostro, hace más solemne el juramento; quiere el ceremonial, repito, que el Presidente "esté descubierto, frente al pueblo, y teniendo por techumbre el firmamento"!...

Puntualmente se cumple lo que el ceremonial previene. Roosevelt se adelanta en medio del silencio de unas 100,000 almas apiñadas abajo de la tribuna monstruo en que la función democrática se celebra, hasta llegar al sitio en que el presidente de la Suprema Corte lo aguarda, descubierto también, y con los Evangelios en la mano... Casi se oye el palpitar de los corazones... Habla Fuller, y Roosevelt, pausadamente, levanta la diestra y yergue la cabeza, pronunciando despacio y con solemnidad no fingida, el juramento con que promete procurar la felicidad de esta nación portentosa, y nunca apartarse del estricto cumplimiento de sus leyes!!!....

En el mismo momento, estalla un aplauso formidable; viene de lejos el eco de los cañones de los fuertes distantes, y rasgan los aires las notas casi evangélicas del himno de los E. U.: el **Star Spangled Banner**"...

¡Es un instante incomparable!

Después, Roosevelt rompe a hablar, una arenga-programa, lo que piensa llevar a cabo durante su administración, los ideales que acaricia, las esperanzas que nutre, los proyectos soñados; toda una

inmensa ola de grandeza que este hombre afortunado y patriota quisiera derramar sobre el océano de cabezas que lo escuchan con algo de religiosidad en la actitud; toda la dicha que apetece y anhela para esta tierra, que es la suya, y a la que indudablemente ama de veras, con profunda pasión de pensador y de honrado.

¡Qué gran cuadro! ¡Qué fondo el que prestan las serranías lejanas, los edificios y monumentos vecinos, este mar de cabezas, Dios mío, este mar de cabezas que no parece darse cuenta de lo ingrato del día, de esta conjunción del invierno que se despide y de la primavera que saluda, los árboles sin hojas todavía, pero el cielo sin palideces ya, no hay flores, pero tampoco hay nieves, y este gran contento que rebosa, que contagia, este pueblo, con la plena conciencia de sus derechos, siguiendo su camino rumbo a sabe Dios qué porvenires y qué venturas!....

Termina el discurso; los aplausos, los gritos y silbidos (aquí el silbido es aplauso también!) ensordecen. Tenemos todos que abrir calle, para que regresen, de dos en fondo, magistrados, embajadores, senadores, diputados, almirantes, generales, etc. El Presidente ha salido por otro lado, a tomar el carruaje de gala que lo aguardaba, y ahí va, siempre descubierto para corresponder a la ovación que no cesa, ahí va, sonriente, feliz, en medio de doble cordón de policía montada, de **detectives,** en medio de la valla de las tropas que, en breve, desfi-

larán frente a él. Allí va, hasta la Casa Blanca; confiado en su estrella, lleno de ambiciones y de ideales genuinamente yanquis, desafiando el tiempo, sano, corpulento, fuerte....

El regreso. Nosotros, el común de mortales, salimos por donde entramos, en nuestros carruajes particulares, o de alquiler; un elegantísimo desfile a toda prisa, a fin de que alcance el tiempo de ir a almorzar y ver, luego, la procesión militar y cívica.

El señor Azpíroz sale delicadísimo, hasta temo, cuando lo ayudamos a entrar en el coche, que se nos desmaye. Está cadavérico, no habla palabra durante el largo trayecto ni con sus hijas ni conmigo. No concurrirá al **luncheon** presidencial, al que sólo han sido invitados, del Cuerpo diplomático, los embajadores.

Yo presenciaré el paso de la procesión, desde alguna de las ventanas del edificio que ocupa la "Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas", — el **Bureau**, que le decimos por abreviar, — y que a mi juicio apenas si nos sirve para cosas como ésta. Instalado, pues, en una de sus ventanas, con mi mujer y con mi hijo, puedo cómodamente ver a mis anchas, según lo deseaba, este desfile del que se hacen lenguas periódicos y ciudadanos.

Toda la majestad de por la mañana viénese abajo derribada por lo grotesco del tal desfile, que es mascarada imperdonable, y hasta como mascarada, imperfecto. Hay **clubs** de todas las categorías y de

todos los gremios sociales y mercantiles imaginables, que marchan dando tumbos por el whiskey ingerido, bailando al compás de las fanfarrias militares; míranse distintivos ridículos: todos los parasoles extendidos, o todos los abrigos de un mismo color y un corte igual; míranse carros y grupos alegóricos ¡pero qué alegorías!; mírase cuanto este pueblo guarda de infantil (de infante mal educado y presuntuoso!), en lamentable procesión que el público aplaude, que el público espera cada cuatro años... Y el ejército, que también desfila, y que por sí mismo nada entraña de notable, el ejército se perjudica con esas vecindades de circo pobre, con esas payasadas tan fuera de lugar.... —unos **cow-boys**, por ejemplo, muy mal montados por cierto, y entre los que figura un sonorense legítimo, han estrechado la mano del **President Roosevelt,** (antiguo **ranch-man**), a su paso por frente a la tribuna presidencial exornada con las graves personalidades de los embajadores de las ¡¡¡Potencias Europeas!!!, y vienen distrayéndose con "lazar a los espectadores que no andan listos en zafarse del nudo corredizo"...

Joaquín Walker Martínez, ministro de Chile, acudió también a presenciar desde las ventanas del "Bureau" la mojiganga ésta; mas desilusionado como yo, y echando de menos su ejército chileno, prefiere ponerse a charlar conmigo de los sucesos del día, principalmente...

Y me comunica una suplantación que me alarma por lo pronto:

—Un pastor protestante, — de cuya hazaña se ha ocupado la prensa, — se fugó con una linda Miss, de la población del Estado de Nueva Jersey en que él ejercía su augusto ministerio. Perseguido por los sabuesos de la justicia, ha andado a salto de mata, hasta que no paró en esta Wáshington; aquí lo aprehendieron ya, y según todos los diarios, al ser aprehendido declaró llamarse, no Córdova como parece que se llama, sino "F. Gamboa"... ¿No irán a creer en México que me dedico al deporte de ministro evangélico que se receta sus mejores ovejas?...

Por la noche, grandes fuegos artificiales en el "**White Lot**", a los que, naturalmente, no concurrimos ni en pensamiento.

La enfermedad del señor Azpíroz, ha asumido hoy, a mi juicio, gravedad extrema. Materialmente, lo sacamos herido de muerte de estos festejos, entre sus hijas y yo, y en mediana inconsciencia lo instalamos en el testero de su carruaje. La intemperie ¡y qué intemperie! tiene que haberlo dañado por modo extraordinario; pero no hubo forma, ni la de las súplicas vehementes de su familia, de hacerlo desistir de su asistencia a esta "jura" casi regia de un Presidente de República. Azpíroz es un esclavo austero del deber, hasta en las minucias y naderías. Yo puedo atestiguarlo, después de venir estudiándolo de cerca en todos los momentos: es un temperamento clásica y honradamente catoniano, y anacrónico en los días que vivimos. A porrillo podría citar una porción de pormenores que

lo comprueban, mas me concretaré a dos incidentes oficiales y a otros dos de orden individual:

Primero. — Encargado de vigilar e ir pagando los gastos de la construcción en astilleros de Nueva Jersey, de los cañoneros nacionales VERACRUZ y TAMPICO, — que lo hicieron sudar y rabiar, — produjose con la remisión a México de unas cuentas bimestrales cierta falta de inteligencia entre la embajada y nuestra Secretaría de Hacienda, que culminó en destemplado oficio subscripto por Roberto Núñez. Lastimado Azpíroz en el criterio casi morboso que alimenta por su honradez y su propia dignidad, no fueron filípicas las que enderezó a aquella Secretaría, aun después de que ésta lo satisfizo con creces y le regaló con media docena de **mea culpas.** Y todavía, cuando Núñez estuvo en Wáshington, y que de palabra le refrendó las excusas que en rigor merecía, no depuso del todo su resentimiento, y así se esmeró en significárselo.

Segundo. — Comisionado para el arreglo de un obsequio de nuestro Museo Nacional, — unos duplicados en yeso de tesoros de nuestra época precortesiana, — al Instituto Smithsoniano, en plena junta de personajes administrativos y de sabios, como alguno de ellos se propasara en apreciaciones con respecto a procedimientos mexicanos en materia de antigüedades, Azpíroz exigió que se le pusiera en la puerta y que no volviese a intervenir en las amistosas negociaciones.

Tercero. — Cuando una de sus hijas mandó a

traer de París un traje para su uso particular, se rehusó Azpíroz a que se alegara su preeminencia diplomática, y pagó los derechos de aduana. A lo propio obligaba a su hijo don Rodrigo, y a nosotros los secretarios y attachés, — con lo que nunca estuve yo conforme, por entender que aquel privilegio no es privativo del jefe de misión.

Por último, precisamente este 4 de marzo, negóse Azpíroz a lucir en su uniforme las insignias de la gran cruz del Doble Dragón, con que lo honrara el Imperio Chino, porque no obstante los deseos que tenía de hacerlo, y de que con la debida anterioridad había solicitado por los conductos oficiales la indispensable licencia previa de la Cámara de Diputados que la Constitución impone a los ciudadanos mexicanos para que sin detrimento de su ciudadanía puedan aceptar condecoraciones extranjeras, la licencia original no era llegada a sus manos, no quiso fiarse de los periódicos de México que la daban por ya concedida.

Y como es fama entre los residentes de Wáshington, de que cada 4 de marzo, por lo inclemente de la estación en este tiempo y por culpa de los festejos de inauguración presidencial que tradicionalmente han de celebrarse en las afueras del Capitolio, fallezca por lo menos un par de senadores, o de ministros, o de simples mortales de entre los más viejos y achacosos, tememos que este año el señor Azpíroz sea la víctima.

7 DE MARZO—A mi paso en el tranvía que me

reintegra a mi domus, alcanzo a leer el siguiente anuncio, llamativamente impreso y más llamativamente colocado en el exterior de un templo protestante de buen tono:

**"Service: 4 to 5 o'clock**
**"Brief Sermon — GOOD MUSIC...**
**"Heartly Welcome"**

9 DE MARZO—El "**Collier's**", voceado hoy pero con fecha de pasado mañana, trae un largo artículo ilustrado, **comentando** los fusilamientos y destrucción de indios yaquis en nuestros Estados de Sonora y Sinaloa. Nos pone que no hay por dónde cogernos...

Empiezo por confesar, y muy avergonzado, que, en efecto, no es misericordia precisamente la que nos gastamos con los irreducibles e insumisos caballeros yaquis; pero me opongo a que se alarme fuera de medida este país que ya acabó, y no a fuerza de extremaunciones ni de Santos Oleos, con toda especie de indios bárbaros y no bárbaros, y que a diario desayuna, almuerza, come y cena carne de negros asados al petróleo y a la leña. (Consúltense, sin ir muy lejos, "**The Uncle Tom's Cabin**" de la señora Beecher Stowe, y "**Ramona**", de la de igual sexo Helen Hunt Jackson, que pormenorizan las maneras apostólicas de la empresa). Además, nosotros nunca suministramos a los indios que fueron y a los que actualmente agonizan en las **Reservations** de "estos reynos", ni a los negros que ex-

traen de las cárceles y tuestan al aire libre los libres ciudadanos de este país libre, armas ni municiones para perpetrar sus fechorías; en cambio, las que los yaquis manejan hábil y cruelmente, son todas yanquis. ¿Se las regalan o se las venden? ¿no saben aquí el proditorio empleo que habrán de darles?

Muy grave, el embajador; hoy ha solicitado, por correo, una licencia para ir a México en busca de alivio.

17 DE MARZO—Se recibió telegráficamente en la embajada la licencia pedida por el embajador. Salvo un prodigio de resurrección, la tal licencia ya de nada ha de servirle; el señor Azpíroz, si no está en las últimas, muy poco le falta. Sin embargo, se alienta un tanto, hasta esboza truncos proyectos del viaje de regreso, y formalmente me emplaza a mí para acreditarme como encargado de negocios interino, en cuanto subscriba el Tratado sobre bancos del Río Bravo, que con empeño laudabilísimo ha venido trabajando no obstante su empeoramiento. Y aun se permite bromear: ¿qué haré en el enojoso asunto pendiente con la Oficina de las Repúblicas Americanas?... Aprueba mi respuesta, de que he de ponerme al habla con la Secretaría, al propósito de errar lo menos posible.

Sobre que el asunto es de veras enojoso y de cuidado, no debiendo serlo **per se**. Por fallecimiento del titular, vacó el puesto de oficial mayor de

aquella Oficina. De observar los estatutos de la misma, la provisión del empleo sería sencilla: hay que convocar candidatos, que someterlos a un examen y que acoger al que demuestre mayores aptitudes. Desdichadamente, Mr. Hay, ausente, está haciendo sus veces el **1st. Assistant Secretary,** —subsecretario lo llamaríamos nosotros.—Mr. Loomis, quien por consecuencia de su interinidad, entre otras funciones habrá de presidir las sesiones del consejo directivo de la Oficina, en el que yo a mi vez, y también por obra de mi interinidad respectiva, gozaré de voz y voto, en lugar del embajador ausente. Y he dicho desgraciadamente, porque Mr. Loomis es varón de ambiciones y mucha mano izquierda, que por tal de **arribar** y de bienquistarse con Roosevelt y demás próceres, de que quede en nebulosa su accidente diplomático en Venezuela, donde era ministro, no ha de pararse en barras para salirse con la suya, que lo es en esta ocasión, dar el empleo disputado y a remate de merecimientos, a un protegido suyo, dizque amparado nada menos que por la mismísima consorte del Primer Mandatario. ¿Como en nuestras tierras?... Mi estreno, pues, promete ser interesante y movido.

20 DE MARZO—Hermoso ejemplo de cumplimiento del deber, el que hoy nos proporciona el embajador: no obstante su gravedad, que a paso de carga se lo lleva al sepulcro, se ha empeñado en firmar de su puño y letra el Tratado sobre eliminación de bancos en el río Bravo, por él negociado.

El Departamento de Estado, se manifestó de lo más complaciente al respecto, a tal extremo, que han accedido a que la solemnidad de la firma, en vez de realizarse conforme a las prácticas protocolares en el salón principal de aquella entidad, se realice en la alcoba del embajador. La breve y trascendental ceremonia resultó imponente. La mañana, por marcera y washingtoniana, tristemente envuelta en nubes sombrías que amenazan con ventisca o nieve; la alcoba del enfermo, con ese aspecto peculiar de las habitaciones en que el amor de los deudos, los esfuerzos de la pobrecita ciencia médica, y el poderoso instinto de conservación de la víctima libran la batalla definitiva y última con la Muerte, casi visible dentro de la estancia, en la que creyérase escuchar el batir siniestro de sus alas incansables e inmensas; por las ventanas, cuélase la neblina más que la luz de estos días invernales que todo lo ensombrece, y al través de los cristales, mírase, cómo el cierzo, cortante cual puñalada de asesino, sacude las ramas retorcidas de los árboles huérfanos de hojas. El embajador, su rostro adusto y ahora ennoblecido por la vejez, por el dolor y por la proximidad de la agonía, el embajador debe de haber consumado un esfuerzo supremo para mantenerse medio erecto en su lecho albeante y colmado de mantas y edredones; su cuerpo, vencido y huesoso, mírase apuntalado de cojines y almohadas —desde ayer no ha podido levantarse. Cuando penetramos en la habitación el representante del Departamento de Estado y yo, cargados de libro-

tes, papeles, sellos, lacres, etc., sólo adviértense, el chisporrotear de los leños que se arden en la chimenea, el run-run del agua que va y viene dentro de los caloríferos, y el jadear del ilustre enfermo, cuyo tórax se dilata y contrae por bajo de la **pyjama** de seda, como fuelle de fragua en la que el combustible se extinguiese. Quiere sonreir al extraño recién venido, y por entre su bigote poblado, blanco y gacho, dibújase la mueca preñada de significados, que en los enfermos muy graves hace veces de sonrisa. La enfermera, uniformada y silente, sin causar el más leve ruido,—por las suelas de fieltro de su calzado,— se aproxima al lecho, armada de un cordial en su diestra...

Procedemos a la doble lectura: el representante del Departamento lee nuestro ejemplar, y yo leo el de ellos. Están perfectos. A duras penas, el embajador suscribe ¡con letra muy inteligible y firme! entrambos ejemplares, y la poca sangre que sombreaba su faz demacrada, huye a esconderse en los centros nerviosos. Todavía se incorpora, a fin de presenciar el acto de lacrar y sellar, que ejecutamos pegándonos al borde de la cama.

Y volví al Departamento, menos a presenciar la firma del Secretario, que a reiterar nuestros agradecimientos por la señalada excepción con que se sirvieron distinguirnos.

De regreso a la embajada, el señor Azpíroz aún me manda que le lleve la nota y la minuta de la comunicación a este Gobierno, por la que me acre-

dita como encargado de negocios **ad ínterim**. Se entera del contenido, y firma, con harta menor emoción que antes, pero con mayor agotamiento. Y lo mismo que si se hubiese quitado un peso de encima, díceme al recostarse:

—¡Me siento mejor!...

23 DE MARZO—Leves alternativas en la gravedad del embajador en estos tres días, durante las cuales él se ha puesto en paz con su conciencia. Esta mañana, creímos que al fin sucumbía, por lo que resuelvo que en el saloncito japonés se halle constantemente alguno de nosotros, —sin molestar a la familia,—y yo interrogo en toda forma al galeno, para informar la verdad a México:

—Puede usted informar que el funesto desenlace lo espero de un momento a otro — fué la respuesta categórica que obtuve de los autorizados labios del doctor Jung, reputado especialista en enfermedades del estómago, a quien acudimos en última instancia desde fines de febrero.

A la noche se acentuó la gravedad a un extremo tal, que hasta pasadas las 12 permanecimos todos los secretarios en el salón del piso bajo. No es posible que el pobre embajador pueda tirar mucho más...

24 DE MARZO—Malo el día y peor el embajador. Interrumpimos el trabajo de la cancillería, —callejuela de por medio con el edificio de la embajada,— y sucesivamente hemos ido todos en

pos de noticias, más desconsoladoras según la tarde se aproxima. Yo he subido una o dos ocasiones hasta junto a su mismo lecho, y en ellas, aunque advierto asomos de coma, el embajador ha abierto los ojos y me ha reconocido. Ya no hemos cruzado palabra ¿para qué?... Tuve mi principio de conflicto con una de las enfermeras que se empeñaba en obligar al enfermo, a pesar de su manifiesta repugnancia, a ingerir por medio del pistero de porcelana, droga o alimento. El señor Azpíroz resistía con sus dientes apretados, y la enfermera procuraba entreabrírselos a fuerza... Intervine y dije a la enfermera que lo dejara en paz; ¡qué dos mirares tan antagónicos: de honda gratitud el del enfermo, de momentáneo encono el de la enfermera!...

A las 4.40, ya casi obscurecido, el embajador de México en los EE. UU. de América, don Manuel de Azpíroz, rindió el espíritu, sin penosa agonía, su rostro macilento apoyado en la mejilla derecha. Avisados que fuímos del hecho, subimos todos a su espaciosa alcoba, donde la familia se encontraba presa del dolor natural en estos trances. Su viuda, díjome frase llena de ternura:

—Mientras vivió, a nadie le cedí mi puesto junto de él, ahora que ha muerto, a usted se lo entrego!...

Inmediatamente, para la debida constancia oficial, llamé al facultativo de cabecera, a fin de que me librara el certificado de la defunción indudable; y en cuanto lo tuve en mi poder, mandé izar

a media asta la bandera de México; comuniqué el sucedido a la Secretaría de Relaciones Exteriores, por el cable; hice venir a uno de los mejores embalsamadores de la ciudad, y fuí en persona a dar parte de la muerte, al Secretario de Estado interino, Mr. Alvey A. Adee, y al conde Cassini, embajador de Rusia y decano del Cuerpo Diplomático acreditado en este país; ambos se manifestaron no sólo pesarosos, sino muy bien dispuestos a ayudarme, cada uno en su tanto, en lo mucho que de su doble concurso he de ir necesitando.

De vuelta a la embajada, ya esperábame una nube de reporteros algo distanciados de mí, porque nunca acertaron a sacarme informaciones ni respuestas a su gusto. Ahora sí obsequio su interrogatorio colectivo, con cuantos pormenores solicitan. A poco, presentóse preguntando por mí precisamente, el coronel Bromwell, jefe del estado mayor presidencial. Rehusa sentarse, y de pie los dos, él casi militarmente cuadrado, cumple la orden: comunicarme de viva voz, para que a mi vez yo lo haga con la familia del finado, el efusivo pésame que a ésta le envía el Presidente de los EE. UU. de América. Luego, hasta cerca de la media noche, embajadores y ministros estuvieron llegando a significar también su personal condolencia.

Mientras tanto, el embalsamamiento seguía su macabro curso en el propio dormitorio del embajador, donde la familia quiso que reposara el cuerpo hasta el día de la inhumación. (Es costumbre en

los EE. UU. que los cadáveres, —siempre embalsamados conforme a los posibles de los deudos, hay embalsamamientos que duran poco, los baratos, y los hay que duran mucho, los costosos— permanezcan en el domicilio mortuorio varios días, a veces una semana, y lo menos 96 horas; pero es costumbre, asimismo, cuyas excepciones sirven para confirmar la regla, que se suba a los pobres muertos a las buhardillas, y dentro de ellas encerrados aguarden la hora de su sepelio). Nota desagradabilísima: el embalsamador reclama mi presencia, porque él no debe interrumpir su labor. Penetro en la estancia en que él y sus segundos se hallan en plena tarea... Sin la autorización de la familia, no pueden vaciar los ojos del embajador, yacente en una mesa de operaciones que consigo han llevado... El embajador, en efecto, tenía muy abultados los globos de sus ojos; y estos caballeros me explican que si no se los vacían, no lograrán cerrárselos del todo, quedarán como me los muestran, más que medianamente abiertos, y la operación total corre el riesgo de echarse a perder... ¿Quién ha de ir con semejante consulta a la familia atribulada?... Por un instante, nada me atrevo a contestar, y el asunto urge, los embalsamadores han suspendido su trabajo; y resuelvo por la afirmativa, bajo mi responsabilidad; en seguida, huyo de la fúnebre cámara: que le vacíen los ojos al cadáver, si ello es indispensable, pero que yo no lo presencie.

25 DE MARZO—Temprano me llegaron de la

Secretaría las instrucciones solicitadas: que se ha enterado con profunda pena; que de acuerdo con la familia disponga yo funerales con el decoro que corresponde; que informe de lo necesario, así como de los gastos que haya que hacer; que ponga coronas en nombre del general Díaz y del señor Mariscal. Quítaseme un peso de encima; andaba yo aprensivo de que, rindiendo culto al jacobinismo oficial que nos aflige, especialmente en circunstancias como ésta, el Gobierno hubiera salido con la gaita de ordenar enterramiento laico, aquí donde los tales se registran por Corpus y San Juan, y son censurados aun por los librepensadores de cartel!.... De acuerdo, pues, con la familia, voy y arreglo en el templo inconcluso de San Mateo, —el preferido de los diplomáticos y de la aristocracia católica,— unas exequias severas: misa de **Requiem** de un solo padre, con doble cuarteto en el coro alto, y bendición del cuerpo, después de la misa. Y sabedor, además, de que el cadáver será llevado a México, ora por este Gobierno, ora por el nuestro, he mandado reservar, para que dentro de ella se deposite aquél, una bóveda en el cementerio de Oak Hill, en la vecina Georgetown.

Por órdenes expresas del Presidente Roosevelt, el Departamento del Estado muéstraseme de lo más accesible y complaciente; es deseo muy vivo del Gobierno de los EE. UU. rendir a los despojos del representante de México, "cuantos honores sean posibles", atenta su elevada investidura diplomática, y "atenta la pena con que aquí se ve su des-

aparecimiento". Se me ha ofrecido que se le rendirán, **cuando menos,** los honores que se rindieron al cadáver de Lord Pauncefote, embajador de la Gran Bretaña fallecido en esta ciudad hace algunos años, cuyos restos se despacharon a Inglaterra en un acorazado de los EE. UU. Por lo que me han pedido averigüe si mi Gobierno opta por la vía marítima, a fin de designar el buque de guerra indispensable al objeto. Caso que se prefiera la vía terrestre, el cuerpo será escoltado por soldados del ejército regular de los EE. UU., hasta la frontera o hasta la propia ciudad de México, si no hubiese inconveniente en ello. Y me expone el señor Adee:

—"Es deseo del Presidente que todo se haga de "la manera que más complazca a México, pues apar-"te las buenas relaciones que con él nos ligan, "el Gobierno de los EE. UU., por la alta estima en "que siempre tuvo al señor Azpíroz, se siente de "duelo y no ahorrará detalle que contribuya a hon-"rar en sus despojos al país y al hombre que re-"presentaba".

No puede pedirse más cordialidad ni mayor cortesía.

26 DE MARZO—Dícenme de México, por el cable:

—"Aprobado exequias. Venga cadáver por mar "en buque de guerra americano, si lo ofrecen; si "no, telegrafíe e irá a Nueva York cañonero me-"xicano, en el cual, si gusta, puede venir también "familia".

Pues ya lo creo que lo han ofrecido, y con grandísima instancia, siempre de parte del propio Presidente: el crucero de 1ra. "Columbia". La fecha, fijada de común acuerdo, es el 8 del entrante abril.

Lo que sí está presentando serias dificultades es lo de las tropas que habrán de escoltar el cadáver desde Wáshington hasta el cementerio de Oak Hill. El Conde Cassini, embajador de Rusia y nuestro actual decano, —que ha tomado muy especial empeño en que los funerales no dejen nada qué desear,— me recomendó vivamente que insistiera yo cerca de este Gobierno en que la escolta fuese de las tres armas; y por su lado, Adee me dijo desde nuestras primeras entrevistas que sólo figuraría un piquete de caballería, como cuando los funerales de Lord Pauncefote. Me agregó algo más: que no hay infantería regular en esta ciudad...

Trajeron el ataúd, que es riquísimo: fórmanlo dos cajas, la exterior, de madera fina; y la interior, de cobre bruñido, con dos cristales franceses biselados y corredizos, de una pulgada de espesor, que permiten contemplar a voluntad el rostro y el busto del difunto; toda ella forrada de raso blanco acolchado.

27 DE MARZO—Se consiguió la tropa de las tres armas, y por añadidura, que en vez de carroza lleve el cadáver un armón de artillería, tirado por ocho caballos.

Dispongo que se forme una severa capilla ar-

diente en la sala de la embajada, y al atardecer, se instala en ella el cuerpo del embajador ya encajonado, y se encienden los cuatro cirios rituales. Por riguroso turno y hasta la hora del entierro, mañana, todo el personal de la oficina, inclusive escribientes y servidumbre, le damos guardia, a la que se suman cónsules y empleados consulares de la República, que por la cercanía de sus residencias,— Nueva York, Baltimore, Filadelfia,— han venido a participar en el duelo.

28 DE MARZO—A las 11 en punto de la mañana, tendidas las tropas a lo largo de la calle atestada de carruajes, el jefe militar de la gran escolta se acercó a solicitar mi venia, cuadrándose, para organizar el desfile y emprender la marcha lenta y solemne; a mi derecha, el señor Adee, Secretario de Estado en funciones, a mi izquierda, el conde Cassini; y luego, por estricto orden de precedencias, el resto de los muchísimos asistentes; por delante de todo el cortejo, el ataúd, totalmente cobijado por la bandera de la República Mexicana. La banda del cuerpo de Ingenieros lanzó a los cierzos helados de esta mañana astronómicamente primaveral pero de hecho invernal todavía, las conmovedoras notas del himno protestante: **Nearer, my God, of The''** (Más cerca de Ti, Dios mío), en tanto se colocaban los mortales despojos sobre el armón, y la asistencia, respetuosamente descubierta e inmóvil, escuchaba el místico canto alusivo. Conforme a la costumbre del país, llevaban los cordones del

ataúd, en calidad de "dolientes honorarios" **(sic)**: el embajador de Rusia, decano del cuerpo diplomático, y el embajador de Italia; el Secretario del Tesoro y el interino de Estado; el Presidente de la Corte de Justicia y el Hon. John W. Foster; el plenipotenciario de Suecia y Noruega, decano de los ministros europeos, y el de Costa Rica, decano de los de Hispanoamérica; un Senador, por Wisconsin, y un Representante, por Ohio... Tras la banda de Ingenieros, un batallón del mismo cuerpo; luego, un escuadrón del 7mo. de caballería, cuyo cuartel se halla en Fort Myer; y a lo último, un destacamento de artillería de campaña. Y echamos a andar...

En el templo de San Mateo, ya nos aguardaban, el Presidente de los EE. UU. y la señora de Roosevelt; todo el cuerpo diplomático, incluídas señoras y señoritas; el Gabinete, en pleno; altos jefes del ejército y la marina; sendas comisiones de la Suprema Corte y de entrambas Cámaras legislativas, y un sinnúmero de particulares de suposición.

En el atrio se despidió el duelo, pero ello no obstante, el cuerpo diplomático latinoamericano y la legación de China, íntegra, nos acompañaron hasta Oak Hill, donde quedó depositado el cadáver. En las afueras de ese cementerio rural y risueño, enclavado en las Lomas de Georgetown y donde duerme su último sueño, entre otros notables, John Howard Payne, autor del "**Home sweet Home**", las tropas presentaron armas y batieron marcha solamente, porque como no se efectuaba un sepelio, sino un depósito, no podía hacer un saludo de fuego.

31 DE MARZO—Despachada la extensa nota a Relaciones, en que se da cuenta circunstanciada de los funerales, y de que la partida del cuerpo, a bordo del "Columbia", se pospuso hasta el 15 o 20 de abril.

Y sin dárseme tregua, el asunto de la Oficina de las Repúblicas Americanas comienza a sacar las uñas.

4 DE ABRIL—Walker Martínez se franquea conmigo en lo del negocio de la Oficina de las Repúblicas Americanas, que valientemente califica de intento de atropello, como en realidad lo es, en el que Francis B. Loomis, Primer Subsecretario de Estado, quiere sacar la castaña con la mano del gato. (El gato en esta vez lo seríamos los diplomáticos latinoamericanos.) Mientras no me lleguen las instrucciones que ya tengo pedidas no puedo asociarme a Walker, quien se halla resuelto a enfrentarse a Loomis.

7 DE ABRIL—Llegaron las instrucciones: que vote yo con la mayoría. Contentísimo Walker, que ha sido en Chile un parlamentario de marca, me asegura que ganaremos esa mayoría.

Y en la sesión de hoy, palpo sus habilidades; por poco no queda aprobado el nombramiento del candidato de Loomis, pero Walker, con habilidad suma, obtuvo que la votación se suspendiera, alegando no sé qué detalle mínimo al que le dió proporciones de máximo.

Loomis estuvo impagable; se atrevió a espetar-

nos que su candidato lo era, asimismo, de la señora de Roosevelt!!!... Con lo que las voluntades de todos los colegas, ya inclinadas a complacer al Subsecretario, acabaron de derretirse a ojos vistas.

Este Loomis es de cuidado y de mucha mano izquierda, con la que va logrando apartar los rayos que se cernían sobre su cabeza en lo que ha dado en denominarse en corrillos diplomáticos "el escándalo de Venezuela", un negocio turbio en que se habla de cohechos y otros primores, registrado en Caracas, y en el que Loomis, —de ser ciertos los cargos tremendos que en su contra ha enderezado oficialmente Herbert W. Bowen, ministro, allá, de los EE. UU.,— no quedaría en situación airosa ni digna.

10 DE ABRIL—Los preparativos para el envío del cadáver del embajador, van a paso de carga; salvo impedimento imprevisto de última hora, el "Columbia", según informes del Departamento, zarpará de Annapolis, de hoy en cinco días.

12 DE ABRIL—Caritativamente, dos colegas (¿para qué decir de dónde son?...) me insinúan la conveniencia de que deponga mi actitud oposicionista a las maquinaciones de Loomis, ya desembozadas en pro de su ahijado y con detrimento de la justicia y de lo que ordenan los reglamentos de la oficina.

—"Considere, amigo mío,—me dice el más talludito,—que va de por medio "su carrera..."

Y para no contestarle lo que se me viene a los la-

bios, opto por darle la callada por respuesta y encogerme de hombros.

Presidida por Loomis, que en ausencia de Mr. Hay hace sus veces, sesión borrascosa en la Oficina. Walker y yo nos oponemos resueltamente a que se vulnere la ley. Y contra lo que era de esperar, dada la sumisión sistemática de la inmensa mayoría de los diplomáticos hispanoamericanos a cuanto indica el Departamento, por un verdadero milagro, a la hora de votar ganamos la votación por un voto. No es para descrita la estupefacción que se pinta en los semblantes... El de Loomis, al rojo escarlata; y el de algunos colegas, al blanco diáfano. Walker estuvo admirable de valentía y elocuencia, y yo, a su vera, arrimé mi sardina a las brasas.

¡Hubiera sido mucho cuento que aquí, en la ciudad del Capitolio nada menos, también prevalecieran prácticas de nuestras tierras! ¿Qué tiene que hacer la esposa de un Presidente, así sea tan estimable como Mrs. Roosevelt, en el nombramiento de un empleado? ¿Habrá sido todo ello un ardid de Loomis?...

14 DE ABRIL—¡Menudo cisco el que arma la garrulería de la prensa neoyorquina a propósito de la derrota de Loomis! El propio "Herald", a todo el ancho de la plana y en gruesos caracteres anuncia una "Revolución latinoamericana en Wáshington".

Veremos a ver lo que opina Roosevelt, cuando regrese de la cacería de osos en Colorado, para donde se partió hará una semana.

15 DE ABRIL—Ultimo acto, aquí, de los funerales del embajador.

En tren especial salimos rumbo a Annapolis, la capital del Estado de Maryland y sede de la Academia Naval de los EE. UU., casi todos los representantes latinoamericanos, Mr. Foster y su esposa, y presidiendo el duelo hasta el punto de embarque, como representante del Departamento de Estado, el tercer Subsecretario Mr. Pierce. En el paradero, nos despidió el propio Loomis.

El segundo secretario de la Embajada, Crisóforo Canseco, y el agregado José Castellot jr., presenciaron en Oak Hill la extracción del ataúd, llevada a cabo por soldados de la infantería de marina de la dotación del "Columbia".

Auxiliado yo por el resto del personal de la embajada de riguroso uniforme, y por el comandante de navío C. Mc. R. Winslow, — del estado mayor presidencial, — instalé en nuestro tren a la familia del embajador y a mis colegas. Sin novedad el breve viaje.

El recibimiento en la Academia Naval de Annapolis, imponentísimo, como todo aquello en que el padre mar toma parte. El "Columbia", a cinco millas de distancia del amplio embarcadero, cabacea apenas en estas aguas azules y quietas de la dilatada bahía de Chesapeake, que parte en dos mitades a Maryland, uno de los trece Estados fundadores de la Unión; su bandera, a media asta, lo mismo que la de la Academia, ondea blandamente

a la brisa fresca de la tarde; en sus puentes y palos, la tripulación del crucero, formada y distribuída conforme a ordenanza, aguarda; los artilleros, junto a los enormes cañones, aguardan también. En los muelles de la Academia, los guardias marinas, de gran uniforme, míranse alineados, los oficiales en sus puestos, y yendo y viniendo, para que no se escatime detalle, ni se menoscabe el protocolo, ni cese el galante afán de que los EE. UU. honren a México en tan tristes circunstancias, los altos jefes de la escuadra y del ejército.

A los pies del embarcadero central, una canoa del crucero, inquieta por la resaca, temblorosa por la presión de su máquina y enlutada sobriamente, espera la fúnebre carga, que, a poco apareció, siempre en hombros de estos atléticos muchachos del "Columbia", que han venido cargándola y cuidándola desde Oak Hill; siempre cubierta por nuestra bandera...

Nos descubrimos todos los dolientes.

Rasgan el silencio toques de corneta, roncas voces de mando, ruido metálico de armas que presentan las tropas tendidas, y de cadenas y hierros.

En el preciso momento en que la canoa comienza, jadeante, a separarse del muelle y a levantar con su hélice diminutos remolinos de espumas que han de convertirse en estela, no bien enderece francamente hacia el crucero, de los flancos de éste despréndense, sucesivas y rítmicas, blancas nubes de humo que se dilatan y recuestan, perezosamente, sobre la mansedumbre de las ondas. Y tras de

cada nubecilla, una llamarada cárdena y el trueno de los cañones formidables, saludando al muerto ilustre.

Izado el ataúd e instalado con gran pompa en el castillo de popa, donde ya se estableció capilla ardiente para toda la travesía, la canoa regresa a recogerme; y cuando acoderamos a la escala del crucero, los cañones vuelven a tronar, en mi honor ahora, aunque con salva harto más corta en razón a mi menor investidura diplomática. Rodeado de su oficialidad, en el portalón me recibió el capitán James M. Miller, comandante del crucero; y mientras la canoa retornaba con la familia del embajador, mostráronme la capilla, al aire libre, alfombrada, encendida, con enorme Crucifijo de metal, amparando los despojos.

Luego, la impresionante ceremonia de la entrega, concertada de antemano.

Quebrada mi voz por la emoción, dije, más o menos, al capitán Miller, que en nombre de mi Gobierno, confiaba el cadáver de su representante a la marina de guerra de los Estados Unidos, para que se dignara devolverlo a su tierra y que si me permitía yo recoger la bandera que lo cubría, no era porque corriese riesgo alguno allí ¡al contrario! sino porque es deber de todo mexicano no desampararla nunca, ni en manos amigas y generosas como las suyas.

Reverentemente, Miller fue y la retiró, y conforme el ataúd iba desnudándose de ella, pusiéronle encima, desplegada, la de los Estados Unidos.

Luego, al darme nuestra enseña, me agradeció el depósito confiado a su nave, juró que tal depósito llegaría sano y salvo a su destino, **a menos que Dios dispusiera hundirlos,** pues algo superior a su palabra estaba asegurándolo: la bandera de su país, que ya se había hecho cargo de custodiarlo.

Con nueva salva de sus cañones despidióme el "Columbia", e inmediatamente después levó sus anclas y se hizo mar afuera, a tiempo que el crepúsculo melancolizaba dulcemente las tierras y las aguas.....

Todavía una amabilidad más: en los salones del edificio principal nos obsequiaron con un té a todos los del cortejo, los oficiales de la Academia.

Pero lo que no debe pasarse en silencio porque lo uno revela exquisita delicadeza de sentimientos, y lo otro honda civilización y envidiable y bien entendido respeto a la libertad de conciencia, es que al propósito de que la familia del señor Azpíroz disfrutara durante el viaje de toda especie de comodidades, se emprendió a bordo verdadera obra de acondicionamiento, y así llevaban camarotes, saloncillo, comedor y baño, con doncella y todo, como en cualquiera de los mejores trasatlánticos mercantes; y que a pesar de que el Gobierno de los Estados Unidos es protestante, le bastó con saber que la familia del señor Azpíroz es católica, para ordenar que embarcara un sacerdote, jesuíta a lo que entiendo, a fin de que los deudos no carecieran de misas y otras devociones, ni el difunto, de continuas preces.

Jubiloso corro traslado de ello a nuestros muchos jacobinos de similor y calzonera. ¡Que rabien un poquito!

21 DE ABRIL—En la Casa Blanca, el primer **garden party** de primavera, que ya se instaló a sus anchas en esta ciudad señorial, triste y bella. Los miles y miles de árboles de sus calles y avenidas, sus innúmeros **circles,** jardines y parques lucen los primeros verdes de la estación; algunas casas han abierto sus ventanas; todavía hay frescura en la atmósfera, pero el sol la entibia e ilumina; los gorriones, multiplicados, se desgañitan y dibujan arabescos en sus persecuciones eróticas por los aires olientes ya a desmayado perfume de flores tiernas, a bosque recién nacido, a la vida que resucita. La gente sonríe, óyense charlas de juventudes, risas de niños, que, salvo las alas, antójanse otros gorriones, según corretean, juegan, se levantan y caen.

Para nosotros, los pobres **pays-chauds,** que en nuestros climas no sabemos de estos contrastes, la vuelta de la primavera reviste proporciones triunfales; nos entona el cuerpo, nos liberta el espíritu de las nostalgias y congojas del invierno.

Previa la venia del Departamento, van conmigo dos distinguidos mexicanos que he de presentar a Roosevelt: los ingenieros don Ramón Ibarrola y don Luis L. de la Barra, compañero mío de colegio.

El jardín de la morada histórica, aun guarda fragmentarias desnudeces en prados y ramazones;

la primavera no pudo acabarle su veste nueva. La concurrencia, nutrida y gárrula.

Roosevelt, enhiesto, fuerte, risueño como de ordinario, con ese su aspecto característico de hombre feliz y gobernante probo, de espaldas a grueso y añoso tronco, reparte **shake-hands** y saludos, contesta a cumplimientos y lugares comunes,—médula de las conversaciones de los que, velis nolis, cultivamos en palacios oficiales y salones particulares el insubstancial cosmopolitismo de rigor en el "mundo" diplomático y en el "gran mundo",—con idéntica benevolencia y resignación idéntica a las que ha de haber desplegado San Luis cuando distribuía justicia a la sombra de la encina de Vincennes. Llegado nuestro turno, me desconcierta al pronto con sus palabras:

—**How do you do, revolutionist?...**"

Frente a mi silencio inquisitivo, añade:

—"No volverá a repetirse lo ocurrido con ustedes en la Oficina de las Repúblicas Americanas..."

23 DE ABRIL—Cumplido el ofrecimiento de Roosevelt: el "**Washington Post**" publica un acuerdo presidencial por el que terminantemente se prohibe que en asuntos oficiales se mezclen nombres de personas ajenas a la Administración. No puede hablarse más claro. ¿Qué habrá dicho Loomis?... Walker y yo, nos felicitamos mutuamente de nuestra sonada victoria.

Resueltamente, me es Roosevelt más simpático a cada día. Es de veras un **square man.**

29 DE ABRIL—En "El Tiempo", de México, leo, relamiéndome los labios, que Virginia Fábregas anuncia para su temporada de Pascua, que ya ha de haber comenzado, el estreno de "La Venganza de la Gleba". Ahora, el complemento máximo de mi júbilo sería encontrarme allá cuando se estrene.

5 DE MAYO—En plena primavera. Mayo y octubre son los meses ideales en estas regiones, y de ellos dos, mayo llévase la palma, pues durante su curso, árboles y plantas se visten de hojas, las flores abundan, luce el sol, y Wáshington, con sus millares de árboles, parece un búcaro; hay calles con bóveda de verdura impenetrable, a tal punto se entrecruzan las ramas de los árboles de entrambas aceras. En cambio, en octubre, es la caída de esas mismas hojas.

Nosotros hemos reanudado nuestras excursiones dominicales al campo, y ahora repantigados en el **landeau** de la embajada. Como yo sigo peor de mis mareos, no sólo los domingos salimos, también entre semana, si los quehaceres de la cancillería me lo consienten, poco antes del crepúsculo que mucho se prolonga. Nos acompañan casi siempre, Francisco Javier Yanes y su simpática consorte. Nuestras preferencias son invariablemente en favor de Rock Creek Park, donde nos apeamos y caminamos hasta que el atardecer se vuelve noche. Este Francisco Javier es amigo de fiar, de muy agradable comercio y no escasas luces. Ahora se halla de vuelta

de las Filipinas y de vuelta a la salud. Trabaja en el **Bureau.**

8 DE MAYO—Espantosa huelga en Chicago, con heridos y muertos entre los huelguistas, reducidos al orden por modo brutal. Comienzan a conocerse los pormenores. ¿Qué opinarán los rusos, tan censurados aquí por lo de Varsovia? ¡Ay! estos conflictos entre el capital y el trabajo, si Dios no lo remedia, van a ser dentro de poco el problema más grave en todo el mundo, y en los países industrializados muy principalmente. El mal viene de siglos, pero desde que empezó esta nuestra época del "maquinismo", el asunto entraña proporciones formidables en que hay de todo: justas reivindicaciones, ceguedades y excesos, odio acumulado y serias amenazas de que el indispensable equilibrio social se rompa para siempre, o para muchísimo tiempo cuando menos.

10 DE MAYO—Rumores de que Joaquín D. Casasús será nombrado embajador, en substitución de don Manuel de Azpíroz.

¿Seguiré yo en los Estados Unidos?...

22 DE MAYO—No obstante lo precario de mi salud y de mis fuerzas, concluí de corregir las últimas pruebas de SANTA, para su segunda edición de 3000 ejemplares, que sumados a los 5000 de la primera hacen un total de 8000.

Los rumores del nombramiento de Joaquín D. Casasús son ya casi certidumbre, y de un momento a otro se espera en México su confirmación oficial. Respecto de mí, nada se dice.

10 DE JUNIO—Inefable sorpresa la que me proporciona descifrar el mensaje que en clave llegóme dirigido por el Ministerio:

—"Está usted nombrado Plenipotenciario para "Guatemala. Espere a Godoy que irá a substituirlo".

¡Al fin, el grado anhelado tantos años!...

En casa, el júbilo nos sale por los poros; hasta mi hijo, a pesar de sus 6 años no cumplidos todavía, contagiado de vernos a su madre y a mí, grita y palmotea... La única contrariedad es esa espera que me imponen, con el verano encima.

12 DE JUNIO—Hemos comenzado los preparativos, y nuestro mayor deleite es contar los minutos.

Hoy recibí del Gral. Díaz la siguiente respuesta a mi telegrama de agradecimiento:

—"Enterado de su mensaje de antier. Espero "que sabrá hacerse acreedor a otra distinción me-"jor".

23 DE JUNIO—No resisto a transcribir la carta que esta mañana recibí del ilustre brasileño Joaquín Nabuco, recién llegado a Wáshington como embajador de su país. Según su vieja costumbre escribe en francés:

—"Mon cher ami:

"J'ai accusé réception officielle hier de votre "note au sujet du 3me. Congrés Scientifique de "l'Amérique Latine, qui doit se réunir á Rio de "Janeiro en Aout prochain. Je comprends que á "cause de l'étroitesse du déla, vous ne puissiez y "envoyer des délégués, mais pour ne pas briser la "tradition de ces Congrés, ni la représentation de "l'Amérique Latine, il nous serait trés agréable "de voir le Mexique s'y associer par la présence "de son Consul Général á Rio de Janeiro. Les "Etats qui n'envoient pas des Délégués scientifi-"ques ou littéraires, des savants ou des hommes de "lettres s'associent á la pensée commune par la "présence d'un de leurs Agents diplomatiques ou "consulaires, au besoin d'un témoin quelconque qui "certifie leur intéret et leur solidarité. Je serais "trés hereux de me retrouver avec vous dans un "de ces Congrés, peut étre á Mexico.

"Voyez, mon cher ami, si cette solution parait "acceptable á votre Gouvernement, et si vous pou-"vez me procurer le plaisir de l'annoncer au mien. "Ceci entre nous dans l'intimité. Tout le monde "verrait dans cette représentation une preuve de "votre bonne volonté, car il faudrait vous envoyer "vous meme pour avoir celle du génie de votre pays.

"Mille remerciements d'avance pour votre inté-"ret personnel, et toujours votre dévoué".

Suprímase la galantería del final, que resulta casi fuerza del consonante, — aunque yo sepa

que se la ha dictado el afecto con que me distingue desde hace quince años, — y encuentro a mi Nabuco de siempre: americanista sincero, diplomático consumado y, por cima de todo, su para mí mejor título, literato medular y artista hasta en una simple carta de negocios.

25 DE JUNIO—Cuando regresábamos de nuestra misa dominguera en San Mateo, Joaquín Nabuco esperándome en casa.

Más de una hora de charla sabrosísima, sin ceremonias, sin recordar ni de lejos las diferencias de jerarquías diplomáticas, tan cordial, sencillo y **bon enfant** como en la biblioteca de Rafael Obligado, allá en Buenos Aires. Mañana comeré con él, en el New Willard, pues aun no ha puesto casa.

30 DE JUNIO—Sin noticias de José F. Godoy; habrá que resignarse a soportar los tórridos calores de Wáshington, que ya se acercan.

Nuestra morada de la Avenida de Connecticut, de cabeza; hemos dado comienzo a la ingrata tarea de levantar el campo.

3 DE JULIO—Significativa y tremenda frase la que se le escapa al 1er. secretario de la embajada de Alemania, cuando al tropezar con él esta mañana en las antesalas del Departamento de Estado le pregunté cómo iba la actual tirantez de relaciones con Francia, por culpa del incidente de Marruecos:

—"Nunca nos ha preocupado Francia; lo que

nos preocupa es la Gran Bretaña. Francia sólo nos serviría para pagar los gastos de la guerra!...''

4 DE JULIO—Aniversario de la independencia de los Estados Unidos. Como de costumbre, sol implacable, calor sofocante, canto de cigarras y aburrimiento máximo.

15 DE JULIO—Invitado por Nabuco, y en compañía de todo el personal de su embajada; del ministro de la Argentina y uno de sus secretarios; del ministro de Chile, y del cónsul general y vicecónsul brasileños, llegamos a Nueva York esta mañana para asistir al banquete que Nabuco ofrece a la Marina de los EE. UU. con motivo de la visita del barco-escuela ''Benjamín Constant''.

Juntos nos hemos pasado la mañana y la tarde, en espera del suceso, que a las 7.30 de la noche se llevó a cabo en el gran comedor del Waldorf-Astoria, admirablemente decorado para el efecto.

Sesenta y seis comensales nos sentamos a la mesa, en cuenta los contraalmirantes Schley y Coghlan, toda la oficialidad de la nave brasileña, marinos argentinos e italianos: una enorme profusión de uniformes, condecoraciones y entorchados.

Brindis alusivos de porción de ellos, y desgraciadamente, brindis mío también, por afectuosa insistencia de Nabuco, y en inglés, para que nada le faltara...

Regreso a Wáshington la misma noche.

23 DE JULIO—En nuestra excursión dominguera de hoy con los Yanes, tiramos hasta el cementerio del Rock Creek, en cuyos fondos se levanta la iglesia de San Pablo.

Vale la pena la lúgubre visita, pues aparte la belleza natural del sitio, aquí se encuentra la famosa tumba de Mrs. Adams, obra del escultor americano Augusto Saint-Gaudens, nacido en Dublin el 1848 y educado en París.

Nota impagable: no se admiten automóviles.

Una linda rosa blanca, inspiró a Yanes delicadísimos versos.

30 DE JULIO—Hoy fuimos a la **Children's Country Home,** en la intersección de la Calzada Militar y la Calzada de Grant.

Salvo que su régimen interior sea demasiado rígido, en su apariencia externa es esta institución, como todas las de su género en los EE. UU., una positiva delicia. Qué aseo el de las habitaciones, qué orden, qué compostura, qué cara tan satisfecha y contenta la de sus muchos asilados, qué encanto el del parque florido... Mi hijo, socorrió a un grupo de granujas.

Muéstranme una curiosidad de la casa: un compositor de romanzas tristes, un cancionero enfermo de la espina y encamado hace quién sabe cuántos años, cuyo secretario es un jorobado, que vemos a su vera, con quien intimó en una **Poor's House,** — o sea un horrendo hospital de los nuestros, lo último de lo último, — adonde van a parar

los que carecen de recursos y parientes. Vino acá adolescente todavía, y es de presumir que ya no saldrá nunca. Se manifiesta, hasta cierto punto, feliz del todo; aun me confía que él y su secretario hacen dinero con la tristeza de sus canciones, que gozan de mucha demanda.

1º DE AGOSTO—Ya en vísperas de abandonar "este convento", no quisiera continuar en la ingrata tarea de echarle en cara los varios defectos gordos que se la afean. Válgame la atenuante de que no lo hago por maldad ni por complacencia morbosa, que no tendría perdón, sino para que ellos no nos traten a los hispanoamericanos con el desprecio y humillante protección con que nos tratan por nuestras muchas lacras. Ni quien niegue que su civilización es con mucho superior a la nuestra; pero que de ahí no se siga que a nosotros nos tengan por enfermos incurables y ellos se supongan, gratuitamente, de lo bueno lo mejor. Que antes atiendan a sus propias llagas, y una vez que se las hayan curado, se vuelvan a nosotros y nos indiquen los remedios eficaces, y aun nos faciliten, para nuestro alivio, lo que de tales buenamente les sobre.

Tiene el idioma inglés, entre otras, una palabra especial para designar el chanchullo de mala ley que aquí y en Cochinchina da la riqueza a los funcionarios que se echan la vergüenza a las espaldas con tal de medrar pronto y a cualquiera costa. Es la palabra **graft,** que en rigor, sólo quiere decir "injerto". Pues bien, en estos últimos días, al de-

cir de la prensa, hanse descubierto chanchullos de mayor o menor cuantía en las distintas partes que siguen:

—El **Weather Bureau**: la **Geological Survey**; la Imprenta del Gobierno; el Departamento de Agricultura; la compañía de seguros de "La Equitativa"; en la cuákera ciudad de Filadelfia, y con el senador Mr. X. X. X., que en cierto negocio de tierras se ha puesto las botas. Es decir, corrupción general.

3 DE AGOSTO—¡Al fin! Hoy realicé mi tercera excursión votiva en este país, acompañado de mi mujer y de mi hijo. Desde temprano nos trasladamos a Camden, en Nueva Jersey, a visitar la tumba y el último domicilio de Walt Whitman, el poeta más grande, a mi juicio, que los Estados Unidos han producido hasta hoy.

De prisa y harto mal por cierto, almorzamos en un restaurant que mentía con toda su cara. ¡Bah! no hemos venido a conmemorar a Brillat-Savarin, sino a consumar pía peregrinación en esta ciudad de unos 70,000 habitantes, que bañan aguas del Delaware; que no se cansa de contemplar día y noche a su vecina, la encopetada, mística y linajuda Filadelfia, que le queda enfrente; que se ufana de poseer aserraderos hidráulicos, fundiciones de hierro, fábricas de papel, y que no podría asegurar si se llama así, en memoria de William Camden, historiador y arqueólogo inglés nacido en Londres

cuando mediaba el siglo XVI, muerto en Chislehurst, — la vieja ciudad anglicana del condado de Kent, donde Napoleón III se refugió y murió en 1873, precisamente en "**Camden-House**", — y autor de la clásica "**Britanniae descriptio**"; ni probablemente podría asegurar tampoco que sabe y se hace el cargo de que fué la elegida por el cantor de la Democracia (la inasequible, se entiende, por eso se le cuelga la mayúscula, no la manida y purulenta que nos sirven en todas partes, hasta en éstas), para pasar en ella sus últimos años y bajo su tierra dormir el último sueño.

—¡Hala, cochero! A la calle de Mickle, número 328...

¡Que si quieres! Llamé, abriéronnos y divisamos la escalera que lleva a las habitaciones altas, el **hall** diminuto, donde, por supuesto, no hay ni señas de la pequeña fotografía de Víctor Hugo, uno de los ídolos de Whitman; retrato con marco y vidrio, enlutado desde 1885, en que falleció aquel enorme lírico. El actual ocupante, muy señor mío, con quien parlamento, no oye de ese lado; que la señora se halla indispuesta, que él va a salir, que lo siente tanto, que por qué mejor no vamos a la casa que el poeta habitó antes, en la calle de Stevens.....

Para ablandarlo saco a relucir nuestra condición de extranjeros, que hemos hecho el viaje sólo para conocer la morada histórica...

Instantes de reflexión, mechados con mirares de soslayo y, por remate, la licencia:

—Pasen ustedes, pero al **parlor** nada más...

Habitación burguesa e inexpresiva, sin huellas del morador ilustre. ¿Dónde estaría la estufa de leña, la cama confortable, la lámpara de gas, las dos grandes mesas, los montones de libros y magazines, recortes de periódico y pruebas de imprenta, los manuscritos y folletos atados con cuerdas burdas y regados o apilados en los muebles, sobre el piso, contra los muros? ¿dónde tendría colgados, o simplemente clavados, los retratos de sus padres, de sus hermanas, de aquella su novia de juventud que no olvidó nunca; la litografía de Osceola, el jefe de la tribu de los Seminolas, que el artista Catlin le regalara; o la reproducción a colores del cuadro de "Los Bandidos" de Mortimer; o los grabados antiguos de Strange? ¿hacia dónde estarían sus libros preferidos, la Biblia, sus varios Shakespeares, las traducciones de Homero y de Esquilo, las obras de Fauriel y de Ellis sobre poesía medieval; el **Border Minstrelsy**" de Walter Scott, su inseparable compañero de correrías durante más de cincuenta años; su Tennyson, su Ossian, su Burns, su Omar Khayyam? ¿cuál de los lienzos serviría de fondo a aquel envejecido y enorme baúl de emigrante, con cinchos de hierro y cerraduras dobles, en que guardaba más libros y más papeles y otra porción de cosas? ¿junto a cuál de las tres ventanas de la pieza gustaría de arrimar el orgullo de su modesto y heteróclito ajuar, aquel sillón de brazos, mandado hacer a la medida de su cuerpazo paralítico, y que le fue obsequiado en

una Navidad por los tres hijos de Thomas Donaldson, de Filadelfia, y en el que, apuntalado con cojines, bajo gruesa manta sus piernas muertas, recibía sonriente e infantil a todos los que llamaban a su puerta, y mandaba encender un fuego capaz de achicharrar a un búfalo, si era invierno; y si era verano, tras la cortina blanca que lo defendía de las reverberaciones ardientes que se colaban por la ventana abierta, —desde la que respondía a los saludos de todos los transeúntes,— y en cuyo alféizar se amustiaban las rosas que sus admiradoras le enviaban a diario, poníase a cantar canciones de antaño, "**The Wearing of the Green**" muy particularmente, o a declamar, primorosamente, composiciones suyas, de preferencia "**The Mystic Trumpeter**", o su poema magistral "**My Captain**", que es fama arrancaba a sus oyentes más lágrimas que aplausos, o el "**Midnight Visitor**", traducción de la poesía de Henri Murger, que figura en las "**Nuits d'hiver**" del autor de las "Escenas de la vida de bohemia"?...

El tiempo y la indiferencia han borrado, despiadadamente, las trazas de todas estas cosas características, de que hablan los que visitaron al poeta, particularmente el coronel James M. Scovel —no siempre de fiar en lo que cuenta,— W. H. Ballou, y otra porción de escritores y artistas de aquellos días.

Descorazonado yo por esta ingratitud sistemática de las posteridades en cualquier rincón del orbe, le damos las gracias al míster éste, y salimos

a la calle otra vez, a contemplar el pobre inmueble de dos pisos y siete ventanas, situado a tiro de escopeta del Delaware, con viejas persianas pintadas de verde. Ni una lápida, ni una inscripción conmemorativa, nada, nada, nada... Para el que no venga documentado, allí no ha vivido nadie; que junto a las celebridades somos nadie los demás, así nuestra vanidad proteste y se encabrite. Pobre casa modesta y vulgar, que el poeta llamaba su **shanty (shanty**: choza, cabaña, barraca, vivienda ruda, tosca, sin pulimento), y que compró en Dls. 2,000.00, —dos terceras partes al contado y en abonos lo restante,— el año de 1883. Después de hartarme de mirarla y remirarla hasta en sus cicatrices de intemperie, como la tarde corre, tomo lenguas y el tranvía que nos indican, para llegar al cabo de unos veinte minutos al **Harleigh Cemetery,** enclavado a los extremos de la avenida de Haddon.

Cementerio agreste y más poblado de grandes árboles congestionados de hojas y de pájaros que de sepulcros, aunque éstos no escasean; con callejas tortuosas adrede, eminencias, regatos y anchos senderos bordeados de flores y ramas. El sol, que ya va de viaje, lo dora con complacencias suaves de acuarelista. Pocos visitantes, guardián no muy amargo, que me indica el sitio que busco, previo mirar inquisitivo y entre si río y no río. Allá, al fondo, luego de que subamos, bajemos, doblemos, aquí a la izquierda y allí a la derecha. La caminata se vuelve paseo, mi muchacho hasta corre-

tea, ganado por la dulzura del atardecer y esta fisonomía de bosque en plenos verdores.

Frente a la tumba, adosada al declive de enana eminencia y circuída de árboles corpulentos. Si no fuera por su tímpano y por la reja entreabierta, creeríasela monumento megalítico, un dolmen de esos que se atribuyen a los celtas, aunque también se les haya encontrado en Argelia, en Siria, en el Japón y en la India. Como ellos, su estructura está formada por enorme piedra plana puesta horizontalmente sobre otras tres grandes piedras que forman sus costados y su espalda. Sobre la que hace de techo, el tímpano, que lo cubre en su totalidad, de piedra maciza asimismo, y en su cara anterior, el nombre breve:

W A L T
W H I T M A N

La reja, que es moderna, y que por serlo rompe un tanto la severidad del conjunto, se halla perpetuamente entreabierta, como entreabierta estuvo siempre la puerta de su casa para los amigos, los admiradores y aun los curiosos. El interior, desnudo, sin letreros, fechas, candelabros ni cosa que lo valga. Es casi casi, una estancia funeraria, a la que sólo le faltan los muebles.

Por superstición, rehúsome a que penetren ni mi mujer ni mi hijo; penetro yo solo, descubierto, respirando su aire de cisterna. Y sin quererlo, vié-

nenseme a la memoria y a los labios aquellos versos suyos de las **Leaves of Grass**:

—"**Now, dearest comrade, lift me to your face,**
"**We must separate a while - Here ¡take from my (lips this kiss.**
"**Whoever you are, I give it especially to you;**
"**So long! - And I hope we shall meet again**".

5 DE AGOSTO—Entregando a Pepe Godoy esta embajada, a mi cargo interino durante casi cuatro meses. Labor tediosa, cansada y gris: inventarios, índices, cuentas, etc., agravada con un calor de fragua. Siéntome a **bout de force**; los mareos, a toda orquesta, y una tortura nueva que me ha puesto irascible y pesimista: hace algunos días que estoy procurando renunciar al tabaco...

6 DE AGOSTO—Profecía de mi médico, al despedirnos: que he de vivir todavía quién sabe cuánto tiempo y de regresar, ascendido a embajador dentro de unos 10 años, a esta Wáshington que me ha enfermado tanto.

15 DE AGOSTO—¡Adiós a Wáshington!

16 DE AGOSTO—De compras y de "flaneo" por mi querida Nueva York, acompañado de Antonio León Grajeda, que no acierta a disimular las alarmas que mi aspecto doliente y mísero le provocan.

17 DE AGOSTO—Salimos de Nueva York, poco después de las 4 de la tarde y con tiempo admirable, a bordo del "Orizaba", de la **Ward Line**.

20 DE AGOSTO—Intensa vida mental la de estos últimos tres días, sólo interrumpida por mis cuidados a mi hijo—que prefiere mi compañía a la de su "aya"—y a mi pobre mujer, que, embarcada, no acierta a alzar la cabeza. He llevado a cabo minucioso balance de mi vivir en los EE. UU. durante los dos años, seis meses y catorce días que los habité en esta vez, de continuo. Y el balance arroja enorme saldo a mi favor, les debo un inmenso beneficio. Gracias a su influjo de todos los momentos —influjo saludable no obstante sus varias y muy gordas imperfecciones, sobre que lo integra una civilización honda y envidiable,— uno vine a ellos y otro salgo. En estos dos años y medio aprendí a vivir vida interior de análisis, contemplación y pensamiento, sin amistades nocivas ni, dada mi investidura diplomática, modelos perniciosos e irresistibles; con lo que se logra, no la perfección integral ¿quién, fuera de los santos y los eremitas, la afianzó nunca en los lodazales del mundo?, pero sí luchar únicamente con la maldad propia que en dosis mayor o menor todos llevamos dentro, y no con la propia y las ajenas, siempre contagiosas.

Las diferencias de raza, religión, idioma y clima nos fuerzan al aislamiento, a encerrarnos en los afectos íntimos, en los libros, —que rarísima vez perjudican,— en la existencia **casaniére** o do-

méstica, con muchos más atractivos de los que se le suponen. Nos fuerzan, sobre todo, a pensar a solas con mayor concentración y mayor frecuencia en las cosas serias, y aún en las baladíes, varias de las cuales, bien analizadas, no lo son tanto. Con esa gimnasia, el espíritu adquiere agilidades insospechadas, salud casi completa (la integral no es de esta tierra); se llega a divisar los distintos aspectos solemnes de la vida, que en la mayoría de las ocasiones y más por incuria y pereza moral que por perversión o inclinación congénita, descuidamos lamentablemente. Cada vez con más arraigados convencimiento y devoción, nos acercamos a la idea de Dios; y como en los EE. UU. el adorarlo y confesarlo no es mal visto, —lo mal visto es lo contrario,— aun sin extremarlas ni ponerlas en solfa, insensiblemente las disciplinas religiosas van operando en nosotros sus naturales efectos de limpiarnos, primero, y de renovarnos al cabo.

Este comienzo de regeneración que palpo dentro de mi torcido individuo, lo debo exclusivamente a la atmósfera respirada en mis soledades de Wáshington, y sin reservas lo proclamo. Defectuosa y todo, la tal atmósfera es, de las que yo conozco, la que más limpia, endereza y dignifica, si bien se la estudia y analiza, si se tiene la precaución de desechar lo que la empaña, y de asimilar los muchos aspectos excelentes en que abunda. Por supuesto que no aludo al mundo político ni al de los millones...

Vuelvo de acostar en sus sendas literas a mi mujer y a mi hijo, en cuya frente que todavía no sabe de malos pensamientos, cobré con mi beso de todas las noches la pureza de que yo ando tan ayuno...

El puente está desierto. Ya hasta los trasnochadores del fumadero, lo abandonaron, y se han apagado sus luces y las del salón... El barco, en silencio, salvo las rítmicas palpitaciones de su corazón de acero que lo estremecen a compás, sigue jadeante tragando millas, mecido blandamente por las olas negras y quietas que lo empujan tiniebla adentro... No hay luna ni estrellas y, sin embargo, hay claridad difusa en la tibia noche de agosto, tánta, que se mira a las claras cómo las nubes, allá arriba, dibujan y borran al capricho de la brisa, fantasmas, monstruos y quimeras...

Va a ser la una y media....

Antes de ganar el camarote, vuélvome hacia donde han quedado los EE. UU., y mientras puedo agradecerles en páginas impresas la merced que me hicieron, ahora que no me ve nadie les envío, por sobre las aguas murmurantes, toda mi gratitud infinita...

Como ellas, las aguas, y por obra de ellos, los Estados Unidos, también mi espíritu se halla en la serenidad y el sosiego; como a ellas, los huracanes de las pasiones mucho me lo han emborrascado, he visto a mis pies simas insondables dispuestas a tragarme quizá para siempre, y sobre mi cabeza, líquidas montañas amenazadoras que pudieron ani-

quilarme; mas vi, asimismo, crestas de espumas blancas que aun en medio al turbión hablábanme de auroras y esperanza. Como a ellas, los rayos alumbraron mis andares titubeantes, y el trueno sembró en mi ánimo la ansiedad y el espanto. Como ellas, no me es dable asegurar que mañana no vuelvan las tempestades a agitarme y enloquecerme; en nuestras pobres vidas deleznables, las tempestades nos arrastran a los peores abismos en la hora menos pensada: cuando adolescentes, porque carecemos de experiencia, cuando adultos, porque no queremos creer en la experiencia, cuando viejos, porque tal vez se advierta que la experiencia no sirve para nada...

Pero ya es harto, gozar de estas calmas que se antojan sin fin, el estado racional del que jamás debiéramos apartarnos.

Nada importa que mi salud física venga tan maltrecha y trizada, si me diste, en compensación, la salud del espíritu, al que fortaleciste y renovaste.

¡Que Dios te pague, ciudad de Wáshington, esta cura que has hecho sin saberlo, así sólo resulte momentánea y perecedera!

21 DE AGOSTO—Arribo a La Habana, a media tarde.

Antonio Martín Rivero, primer secretario de la legación de Cuba en los EE. UU. y dilecto amigo mío, acompañado de Arturo Palomino, nuestro cónsul aquí, han venido a encontrarme y nos llevan a

tierra en el remolcador del Presidente Estrada Palma.

Nos instalamos en el hotel de "El Louvre".

Paseo, luego, en automóvil, hasta El Vedado. Visita a Gilberto Crespo y Martínez, ministro de México; y encuentro y charla, al regreso, con don Olegario Molina, venido en busca de salud.

22 DE AGOSTO—De paseo por las calles, con Rivero; y antes del almuerzo, a saludar en sus oficinas al Secretario y el Subsecretario de Estado.

Almuerzo en "Los Dos Hermanos", frente a la nueva Machina, dominando desde nuestra mesa las azules anchuras de la bahía encantadora y llena de vida bajo un sol habanero, es decir, quemante como me figuro que han de ser los labios de las negras en celo.

Anfitrión: el propio Gilberto; comensales: Rivero, Palomino y yo; la comida, excelente; los caldos, escasos, pues la temperatura así los impone La charla de sobremesa, dentro de los cánones rituales cuando hombres solos han comido bien: sobre el amor y la muerte, de la que vamos a parar en la religión y la fe; materias, estas últimas, que Gilberto ha profundizado en libro de su fábrica, con el que me obsequiará luego.

Noto, cuando volvemos a la calle, marcada animación política a causa de las elecciones presidenciales y legislativas a punto de efectuarse. Noto algo más: libertad!!... ¿Deberáse ésta a la vecindad con los EE. UU., que, sin embargo, tienen aherrojado

en varios aspectos a este país, o se deberá a lo muchísimo que les costó a los cubanos el remedo de independencia de que ahora disfrutan?...

Visita a "La Discusión", que en su edición vespertina me regala con algunas frases afectuosas.

Despedidas, y cuando el faro del viejo Morro comienza a azotar intermitentemente con sus haces de luz las aguas del mar y las del puerto, reinstalación a bordo del "Orizaba".

24 DE AGOSTO—Allá, muy lejos, divisamos Progreso y la costa yucateca. Vamos con muy buen tiempo.

27 DE AGOSTO—Mañanero arribo a Veracruz, que a mí póneme como unas castañuelas. No recuerdo de ningún regreso a mi tierra que no me haya llenado de un inmenso júbilo indecible. Conforme a inveterada costumbre, nos aposentamos en la casa de Manuel Iglesias, en la que dormiremos esta noche. Pepe, mi sobrino, ha venido a recibirnos.

En el teatro "Dehesa", hasta cerca de las 12.

28 DE AGOSTO—Impresión **dostoiewskiana** la que me produce mi larga y minuciosa visita, para mi novela en proyecto a la que por lo pronto llamo "Parias", del presidio de San Juan de Ulúa. ¡¡¡Espantoso!!!... Presencié el baño al aire libre de una de las "galeras", 200 y tantos presidiarios que hacen primores de natación y que no quisieran salir de la fresca caricia del agua. Penetré en "El

Purgatorio'' y en ''La Gloria''; rehusé, por ahora, conocer ''El Infierno''. Ya no existen ''Las Tinajas'', en una de las cuales, es fama, que alojaron al Presidente Juárez. Leyendas fragmentarias del vetusto presidio, que ávidamente voy almacenando en mi memoria. El ciego dulcísimo, que cuenta más de 20 años de encarcelado. Psicología del capitán que me muestra la fortaleza. Mi reparto de algunas monedas, —¡oh, no muchas!— a un racimo de sentenciados...

Vuelta a Veracruz, después de haber arrancado la confesión que buscaba: se da palo a los presos; y después de haber estudiado el castillo, la enfermería, entre otras dependencias. Es Siberia, Siberia pura, pero agravada de un sol de fuego durante todo el año.

El resto del día, masco tristezas, me duele el ánimo; filosofías consoladoras de Manuel. Confío en escribir algo infinitamente misericordioso y de urgencia suma, dado mi actual modo de ver hombres y cosas; algo con resabios apostólicos; quiero inclinarme a nuestros humildes, pues es mi mayor anhelo el que nuestra alma nacional no sucumba ni se borre, aunque esté plagada de máculas y defectos, que no lo está a mi juicio.

Partimos por el tren de la tarde, y al anochecer nos apeamos en Orizaba, donde nos sorprende gratamente la presencia de Rafael Pardo y María su esposa, de Juan Pablo Baz y de mis sobrinos Mercedes y Miguel Angel.

Deliciosa cena y larga plática con Rafael, Juan

Pablo y Pepe, hasta las 2 de la mañana. ¡Cuántas cosas las que me puntualizan!... Su empeño afectuoso porque no se represente "La venganza de la gleba".

29 DE AGOSTO—Hasta mi México en el carro especial de Rafael. La tremenda ascensión repercute en mi cardio.

Llegada. Mi hermana Soledad; parientes y amigos: Pancho Cardona, Antonio Peña. Estado moral y material de mi familia...

31 DE AGOSTO—En la Secretaría. El señor Mariscal y Pepe Algara.

2 DE SEPTIEMBRE—En Palacio, con el Presidente, que sigue según lo dejé: imponente, severo, lacónico, penetrante el mirar, tarda y ronca la palabra, siempre dentro de su investidura, siempre grande. Real o ficticio su interés por mis noticias acerca de los EE. UU., mucho inquiere, pero no puedo aclarar su pensamiento: sigue siendo la esfinge. Sonrió, sin embargo, con algunas de mis observaciones intencionadas y cáusticas. Y me despidió con las frases rituales: el Gobierno está satisfecho de mi comportamiento, por eso me ha ascendido a ministro plenipotenciario, y sólo de mí depende subir todavía más en lo futuro...

4 DE SEPTIEMBRE—En nuestro **faubourg Saint-Germain**: matrimonio civil de Ana Riba y

Cervantes, con un joven Corcuera, de Guadalajara. Asiste lo principal de México, y de gobernantes, el general Díaz y don Ramón Corral.

5 DE SEPTIEMBRE—Continúo en plena aristocracia. Hoy se celebró en el templo de Santa Brígida el matrimonio religioso de Anita y Corcuera.

Impertinencias de un sacerdote español, a la hora de los parabienes en la sacristía, a propósito de un alfiler de brillantes extraviado.

8 DE SEPTIEMBRE—Día que me vale un capital: mi hermano Pepe y yo, dimos al olvido ciertas diferencias surgidas cuando su viaje a Nueva York y Wáshington, que en pésima hora nos tenían distanciados. No nos decimos palabra, pero en cambio ¡con qué cordial efusión nos abrazamos y abrazados permanecimos largo rato, pensando él y yo, estoy seguro, los mismos pensamientos!...

Y para remate, principié por la noche a tratar en serio lo del próximo estreno de mi "Venganza de la Gleba".

12 DE SEPTIEMBRE—A comulgar, en la Villa de Guadalupe, con mis gentes.

15 DE SEPTIEMBRE—Con los del Ministerio, en la felicitación oficial al Gral. Díaz, por su cumpleaños.

A la noche, en la fiesta palatina del "Grito". Cúpome en suerte presenciar desde uno de los bal-

cones iluminados, espectáculo interesantísimo nunca registrado antes y que no es fácil que vuelva a repetirse: Jaime Nunó, el inspirado compositor catalán, llamado expresamente de los EE. UU. para este propósito por el Gobierno, dirige nuestro himno nacional, de cuya música es autor, en el centro de la Plaza, con unción religiosa, al aire las guedejas de sus canas... La inmensa muchedumbre que llena el dilatado sitio, escucha esas armonías ya consagradas en la guerra y en la paz, en nuestras pocas horas dichosas y en nuestras muchas horas negras, con manifiesto recogimiento; hase recogido más aún de lo que acostumbra recogerse espontáneamente siempre y dondequiera que las escucha; el silencio es absoluto y solemne. Las bandas militares ¡quién sabe cuántas! que cercan la tribuna del maestro, apenas si han hecho ruído al formarse y apercibirse a tocar. El viejo Nunó, surgió de entre los oros de uniformes e instrumentos, como una evocación; mirábasele descubierto y vestido de negro; y al instalarse frente a su atril ¡tan honda y sincera era la emoción de la masa! no escuchó un solo aplauso. Empuñó la batuta, y antes de dar con ella en los metales del atril, —que por supuesto no sostenía partitura ninguna,— los dos o tres golpes preventivos que dan todos los directores, alzó su rostro... ¿examinaría la fachada coruscante del desgarbado inmueble, su antiguo conocido? ¿reviviría su muerta juventud? ¿compararía, mental y rápidamente, épocas y hombres?... Al cabo, la batuta hirió el atril, y las notas del him-

no se echaron a volar por el espacio. Y cuando las últimas se perdían en la noche cuajada de astros, la ovación al músico extranjero que con su obra, imperecedera, mientras aliente un mexicano, —para mí ¡y vaya si he oído himnos nacionales! el nuestro sólo es inferior a la inmortal "Marsellesa" de Rouget de l'Isle,— ha determinado victorias marciales, ha hecho verter lágrimas, ha simbolizado musicalmente y para toda una eternidad, a la Patria mexicana, y ha logrado el increíble prodigio de que todos nosotros, ancianos, adultos, mujeres y niños lo amemos de veras por su inspirada dádiva, la ovación fue delirante y prolongadísima....

19 DE SEPTIEMBRE—Banquete en el restaurant de Chapultepec con que me obsequia don Francisco Orla, ministro de Guatemala en México, por mi nombramiento. Cuerpo diplomático, algunos particulares.

28 DE SEPTIEMBRE—Lectura de mi drama, en la casa de Pancho Cardona y Virginia Fábregas.

1º DE OCTUBRE—Entrevista con el Ministro Limantour. Prescinde de sus frialdades congénitas y se me revela de ideas altas y nobles, tanto, que se gana mi voluntad y simpatía.

4 DE OCTUBRE—Hoy dieron principio en el "Renacimiento" los ensayos de mi drama. Y ¡oh, dolor!, resulta demasiado largo para los convencio-

nalismos de la escena, y **velis nolis,** hube de aligerarlo, cortándole aquí y allí parlamentos y diálogos, muy a pesar mío.

**Hic erat in votis.** Hoy realicé uno de los sueños de toda mi vida: compré en ésta mi ciudad nativa, una casa para los míos; nada extraordinario, seguramente, una modesta propiedad urbana, ubicada en la esquina que forman las calles del Mirto y Fresno, en la colonia de Santa María de la Ribera. El vendedor, Antonio Pasalagua, por ser amigo mío, hízome importantes concesiones para cubrir el precio de la finca, que sube a $14,000.00: le entregué de contado, $1,500.00, y quedé comprometido a liquidar la diferencia con abonos cada cuatro meses, que es como nos paga el Gobierno nuestros sueldos a los diplomáticos en servicio activo. Ha sido el suceso una gran fiesta para nosotros, para mi mujer sobre todo; pues a mi hijo, por más que le repetimos que ya es propietario, creeríase que le significa un bledo tan importante categoría, si ha de juzgarse por el escaso aprecio que nos dispensa. Contra su voluntad, sin embargo, nos dió un signo de material toma de posesión que le significó un poco de llanto: correteaba por los pisos recién cepillados de su heredad, y en el de la sala cayó de bruces sobre las duelas. ¿La crismaré con el nombre de "Villa **Santa**", para que conste que fue el éxito que va alcanzando esa novela, lo que determinó la adquisición?...

10 DE OCTUBRE—Al concluir del almuerzo

con que me regaló hoy Ramón de S. N. Araluce, a guisa de postres dulcísimos me deslizó por cuenta de mis derechos de autor de "Santa", en un cheque, los primeros $500.00 que el libro me produce. Inmediatamente fuí y se los entregué a Pasalagua, para completar la primera exhibición. Ahora sí podría yo realizar otro deseo, más literario que indispensable, —que desde que logré economizar algo y me propuse comprar casa, he venido elaborando con grandísimos trabajos y consultas a humanistas que reforzaran la debilidad de mis latines: fijar en **nuestra** finca una lápida que diga:—**Calamo meo primas emi petras,** o en romance:—"Con mi pluma compré las primeras piedras!" Lo que es la verdad pura y, además, un timbre de orgullo para mi pobre individuo...

Vagas probabilidades de que el tomo I de "Mi Diario" se publique en la colección cada día más importante, de "Autores Mexicanos", que don Victoriano Agüeros, director y propietario de "El Tiempo", —cotidiano ultraconservador,— está sacando a luz periódicamente, desde hace algún tiempo. ¡Ojalá!

14 DE OCTUBRE—¡Fecha inolvidable para mí! Con teatro archilleno, con asistencia de cuanto México cuenta de literatos y artistas, con asistencia de dos Ministros, el señor don Ignacio Mariscal y mi queridísimo Justo Sierra, estrené "La Venganza de la Gleba", —anoche ensayada por la última vez. hasta sonadas las 3 de la madrugada. Un exitazo

que superó a mis mayores ambiciones: llamáronme a escena cosa de ocho veces; el público aplaudió a rabiar; amigos y conocidos me magullaron a fuerza de abrazos...

¡Cuidado con que todo nos salga a la medida del deseo, no nos dejemos adormecer con el canto de las Sirenas! ¡Cuidado, cuidado y cuidado con los escollos invisibles que en el instante menos pensado pueden dar al traste con la barca de nuestros ensueños!...

15 DE OCTUBRE—En medio al ajetreo que precede a toda partida, —mañana la emprenderemos rumbo a Guatemala,— hoy domingo me dí la suficiente maña para no quedarme sin misa en la mañana, y para asistir tarde y noche al "Renacimiento", donde repitieron "La Venganza", con mayor éxito si cabe, en ambas funciones, que el afianzado ayer con el estreno.

16 DE OCTUBRE—A bordo del coche especial de que dispone Rafael Pardo en el F. C. Mexicano, como abogado que es de dicha empresa, partimos la noche de hoy. Muy concurrida la estación. Van con nosotros, hasta Córdoba, el propio Rafael, su mujer y su hijo Emilio, mi sobrina Mercedes y Juan Pablo Baz.

17 DE OCTUBRE—A poco de amanecido, un hechicero amanecer de tierra caliente, llegamos a Córdoba, donde nos separamos de nuestros acompa-

ñantes, y seguimos el viaje, ahora en el F. C. de Veracruz al Pacífico.

18 DE OCTUBRE—Breve descanso en Santa Lucrecia y transbordo al F. C. de Tehuantepec. Camino encantador en pleno istmo. Las tehuanas, en el mismo Tehuantepec, cuando atardece; siempre provocativas, sensuales y magníficas de cuerpo y hechuras; idénticas a las que conocí en 1901 y 1902. Tehuantepec quiere decir en romance, "lugar de tigres". ¿De ahí les vendrá a sus hijas éste su aspecto felino de "tigresas", en movimientos, miradas y ademanes?... En el andén vuelvo a enterarme de los mismos tratos de lenocinio observados hace tres años; los que los ajustan y las que con ellos se benefician han de ser de principios fijos y fieles observantes de la tradición y las costumbres, noto la misma fuga de parejas estrechamente enlazadas, rumbo a lo obscuro y escampado. Es el triunfo, el eterno triunfo de la carne... y del trópico.

Bien anochecido ya, entramos en Salina Cruz.

20 DE OCTUBRE—Ayer y hoy he podido darme cuenta de lo que adelantan las ciclópeas obras del puerto, y de lo mucho que promete esta ciudad recién nacida que ansía correr. Es una hija legítima de la paz que impera en toda la República.

La alimentación a que nos hallamos sometidos, sí deja que desear; es confuciana y a mí no me convence.

21 DE OCTUBRE—A bordo del "Memphis",

barco de buena catadura, zarpamos al medio día. El Pacífico, propicio: quieto, inmenso y azul.

23 DE OCTUBRE—Arribo, sin novedad, a San José de Guatemala; la breve travesía resultó paseo gratísimo.

En unión de los secretarios de la legación y de algunos compatriotas amables que vinieron a encontrarnos, seguimos viaje, que se interrumpe en Escuintla, donde almorzamos, hasta nuestra vieja y conocida ciudad de Santiago de los Caballeros, a la que llegamos a eso de las cinco de la tarde. Funcionarios y muchos amigos que nos dan la bienvenida.

28 DE OCTUBRE—Hasta hoy no se efectuó mi recepción oficial. Mis nervios se portaron lindamente y mi "debut" como ministro fué irreprochable. De mi discurso ni hablo, porque venía aprobado por el señor Mariscal en persona, con quien lo consulté en México. De la respuesta de Estrada Cabrera tampoco digo nada, porque de antemano me sé que a las mentiras de rigor que informan tales documentos hay que sumar las que este señor dice, sistemáticamente, en casi todo lo que habla, sobre todo si habla como Presidente de su país.

31 DE OCTUBRE—Terminaron las Fiestas de Minerva, comenzadas desde el 29. Quien nos haya visto en la amplia tribuna presidencial a Estrada Cabrera y a mí, ha de suponer que somos una mala

copia de Pílades y Orestes. Sin embargo, hay que cuidarse...

Larga y sabrosa entrevista con mi viejo y querido amigo el escultor español Justo de Gandarias, que sigue esperanzado en que alguna vez le pagarán su reclamación, y que sigue, asimismo, naufragando cada día más en el piélago oficial guatemalteco....

3 DE NOVIEMBRE—Por el cable nos anuncian de México la muerte de Miguel Sagaseta, el hermano mayor de mi mujer... En la ausencia, el fallecimiento de los deudos acerca más a los que se hallan lejos.

30 DE NOVIEMBRE—Como es de necesidad en los países despotizados, de mi llegada acá no ha cesado de hablarse con mucho sigilo de próximos levantamientos y conjuras contra la actual Administración, que, por su lado, aprieta y persigue que es un horror. Y quiera uno o no, al fin acaba por simpatizar con los oprimidos. Es curioso lo que ocurre: para el Gobierno y sus dependientes, México es el enemigo, y es fuerza que sientan, o aparenten sentirlo, un odio irrazonado hacia él y los mexicanos de aquende y allende el Suchiate; en cambio, los que, pobres o ricos, no esperan de este Gobierno y sus seides, sino atropellos, despojos, destierros, martirios, la deshonra y el cadalso, que son la inmensa mayoría, todos sin excepción aman más o menos a México y a los mexicanos, todos miran en

nuestra legación una áncora y un refugio, todos la consideran faro de luz y fuente de consuelos.

Muy lentamente hemos venido instalándonos, y ésta es la hora en que apenas si he colocado mis libros en su sitio. Ello no obstante, y al cabo de casi medio año de interrumpida. hoy escribí unos renglones de "Reconquista"... Padezco de un descontento creciente, sólo en México vivo satisfecho, y eso hasta cierto punto, por lo que le falta y por lo que le sobra.

2 DE DICIEMBRE—Tan enfermo de bastidores y candilejas me ha dejado el triunfo de "La Venganza de la Gleba", que esta noche pasada soñé un drama con tal precisión de pormenores, que ahora que acabo de levantarme, ya despierto, no veo mi asunto con la claridad con que lo ví entre sueños. De todos modos, he aquí los tres actos conforme los soñé:

Acto I — Por gravísima falta de la esposa, un matrimonio conviene en separarse para siempre, quedando el hijo, un chiquillo todavía, en poder del marido. Ultima entrevista de la madre y la criatura.

Acto II — El hijo salió hombre de provecho, es ingeniero, y se supone huérfano de madre porque su padre, —a quien venera,— siempre enlutado, sosteniendo hasta con prácticas piadosas durante años su mentira heroica, así se lo asegura. Enamórase el muchacho de linajuda señorita, lo aceptan como novio y el enlace se prepara. Por impensa-

da manera, el padre de la prometida pone en claro el secreto y opónese a la boda de su hija. Estrechado por la desesperación del mozo, confiésale el por qué de su negativa.

Acto III — Triste entrevista del padre y su hijo, quien acusa a aquél de haberlo privado del amor de su madre y del amor de su novia. Resuelve rescatar a su madre, vivir con ella, pagarle lo que de cariño le debe. Trascendente conversación de los dos hombres; tremendo dilema que el hijo impone: el perdón de la culpable o la ida de él. El padre perdona, y el hijo parte en busca de su madre soterrada en una hacienda...

Título: "¿Justicia filial?" o "¿El perdón de los hijos?"...

6 DE DICIEMBRE—Terminé el capítulo II de la 2da. parte de "Reconquista", pero con cuánto trabajo, con cuánto esfuerzo enorme, perdido de la neurastenia, y lo que es peor, con una indiferencia por todo y para todo, que me alarma.

14 DE DICIEMBRE—Espigo de las "Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano", —interesante libro que me prestó Perico de Carrere y Lembeye, ministro de España, aquí, con quien mucho he intimado,— la siguiente sentencia que a todos los hombres nos viene que ni de molde, pues de fijo alguna vez, si no varias, todos hemos caminado por la carrera del desorden:

—"... razón es que ni el arrepentimiento acom-

"pañado de la enmienda goce de las ventajas dig-
"nas y propias de la virtud en ningún tiempo des-
"mentida, y bien está que sirva para retraer de
"la carrera del desorden, saber que de las man-
"chas en ella contraídas queda tan mal parado el
"concepto del hombre, que no se limpia del todo
"ni aún con largos años de vida buena y juicio-
"sa." ¿Recordaría Alcalá Galiano al escribir lo que antecede, sus ingratitudes para con Martínez de la Rosa?...

22 DE DICIEMBRE—Ajusto cuarenta y un años de edad. Algo he hecho en estos últimos tiempos por mi mejoramiento espiritual, que es lo que más importa. Durante el día entero, fugaces tristezas que atribuyo a nostalgia.

30 DE DICIEMBRE—El general Díaz, empleando un plural familiar, me dice hoy por el cable: "Saludámoslos". ¿Será su costumbre felicitar a todos los ministros de México en el exterior, con motivo del año nuevo, o su mensaje será velado nuncio de que pronto me sacarán de esta torturante Centroamérica, en la que de grado o por fuerza, de ver lo mucho que sufre, hace uno suyos sus sufrimientos?...

# 1906

4 DE ENERO—D. Sóstenes Esponda, educador de dos generaciones de guatemaltecos y actual director del Liceo de Chiapas en la ciudad de San Cristóbal de aquel Estado mexicano, de donde él es oriundo, llegó ayer aquí a pasar sus vacaciones. Cuéntame que hasta aquel rincón del mundo resonaron los aplausos prodigados en México a "La venganza de la gleba," y que mi novela "Metamorfosis",—el ejemplar de Esponda es el único allá—está leyéndolo todo San Cristóbal.

7 DE ENERO—Poco antes de la media noche terminé el capítulo III de la 2da. parte de "Reconquista". ¿Concluiré los dos que aun faltan, de hoy a fines del mes que entra?

12 DE ENERO—D. Francisco Orla, ministro de Guatemala en México, con licencia en ésta su tierra, vino a almorzar con nosotros y me mostró lo que en

carta le ha escrito el encargado de negocios de Honduras, allá, para que me lo comunicara: que el 21 de diciembre y en el Circo-Teatro de Orrin,—adonde cambió su tienda la compañía dramática del "Renacimiento",—se representó "con más éxito que nunca "La venganza de la gleba."

¿Qué número habrá alcanzado dicha representación? ¡Ay! la distancia...

14 DE ENERO—Periódicos de México entéranme de que un acto de "La venganza" fué el elegido para cubrir la parte dramática en la función a beneficio de la Sociedad Mexicana de Autores, de que me habló Orla.

"El Mundo Ilustrado" del año nuevo, no publicó mi drama, según teníamelo ofrecido Luis Urbina.

16 DE FEBRERO—Lleno de piadosa simpatía para la pobre muerta y su desdichado matador, leo en los propios periódicos cómo hace unos cuantos días y en la ciudad de Chihuahua, Manuel Algara, su amante, dió muerte a María Reig, la hechicera y genial creadora de **Blanca,** la que poetiza a "La venganza de la gleba". ¡Dios tenga piedad de ambos!

27 DE FEBRERO—Acabé el capítulo IV de la 2da. parte de "Reconquista". Conforme acércase el fin de la novela, témome que a pesar de lo alto y delicado de su asunto, por culpa de "la mano de obra" fracase él libro.

He bautizado, con sobra de anticipación, mi pró-

ximo drama y mi novela próxima: ésta se apellidará "La Llaga", y aquél, "A buena cuenta".

¡Oh, Guatemala! Desde hace cuatro días, una vez a lo menos, estamos sintiendo un temblor o varios, de mayor o menor intensidad. El de hoy, está **ayudándome** a escribir estas líneas. Son las 7.30 de la noche.

Tráenme de El Salvador desagradables nuevas; parece que personas salidas de "estas partes" han propalado, allá, una calumnia en mi contra (???...)

5 DE MARZO—**A bout de forces** por nuestra pésima salud, hoy nos vinimos a pasar temporada mensual en la finca "Villalobos", 3 y ½ leguas distante de Guatemala, donde estuvimos hace cuatro años y donde puse fin a mi afortunada "Santa". Hora y cuarenta minutos de **sulky** guiado por este cura, con mi mujer al lado y nuestro hijo en su regazo. En la ancha calle bordeada de viejos árboles por la que se entra en la finca, a un tiempo mismo salen a saludarnos, el mayordomo, los mozos y los gruñones mastines, y la luz de la tarde nos despide tras los lomos zarcos de la vecina y boscosa serranía.

20 DE MARZO—Desde fines de enero recibí la visita de varios miembros de un centro político que se llama "Club Liberal Central 2 de Abril", que vive malamente y apenas si hace ruido, venidos a participarme su acuerdo de conmemorar el primer centenario del nacimiento de D. Benito Juárez!...

Como yo sé que aquí no se mueve ni la hoja de un árbol sin la licencia previa de Estrada Cabrera, desde entonces, en que dí cuenta a mi Gobierno de la ocurrencia y en que vengo siguiendo el desenvolvimiento de los múltiples preparativos, tengo a los festejos de mañana por festejos "de orden suprema" con los que, en el fondo, ha de tratarse de **nous jeter la poudre aux yeux.** ¿Qué se oculta tras esta tramoya? El tiempo lo dirá.

El general Díaz, a quien el Club se dirigió participándole lo de la conmemoración y encareciéndole que nombrara un delegado suyo que en las fiestas lo represente, con su tino característico me ordenó por el cable el día 12:—"Invitado por el Club "Liberal Central 2 de Abril para que nombre de- "legado que en mi representación concurra a los "actos con que el partido liberal guatemalteco ce- "lebrará el próximo centenario del esclarecido pa- "tricio Benito Juárez, me permito suplicar a Ud. "sea quien me represente, seguro de que se lo agra- "deceré". (1).

21 DE MARZO—Madrugón higienista que me pone como unas castañuelas; a las 8 de la mañana me apeo de mi caballo en el patio de la legación,

---

(1) Este documento, y cuantos más de la misma naturaleza aparecen en los tomos de MI DIARIO, los saco a luz sin licencia del Gobierno de México porque todos fueron publicados al poco tiempo de sucedidos los hechos que en ellos se narran, en el "Boletín de la Secretaría de Relaciones Exteriores" y en la prensa de mi país, así como en la prensa extranjera; circunstancia que me releva de cualquiera responsabilidad por la divulgación de papeles de los que sólo dispone el Estado. (N. del A.).

donde ya me aguardaban Efrén Rebolledo y Fidel Rodríguez Parra. Cambio de vestimenta y, acompañados por los señores comisionados del Club, la emprendemos en carruaje hasta el paseo de La Reforma, —según nueva nomenclatura el boulevard "30 de Junio",— en que la conmemoración va a efectuarse.

La cual conmemoración llevóse a cabo, conforme al programa aprobado, que integraban quince números. A moción del Ministerio de Gobernación y Justicia, la Asamblea Nacional Legislativa declaró día festivo el de hoy, y la bandera guatemalteca amaneció izada en todos los edificios públicos. Los muchos invitados, prensa nacional y extranjera, Municipios, Centros literarios y políticos, y otra porción de corporaciones, autoridades superiores, medias y mínimas, la numerosa colonia mexicana y nosotros, nos reunimos en el salón de sesiones del Club, donde se suscribió un acta explicativa y de donde partió el desfile compuesto, sin contar peatones, de unos sesenta carruajes, a la descubierta el que ocupábamos nosotros. Pasamos por la Sexta Avenida Sur, en que la Legación tiene su asiento, y bajo el arco conmemorativo que en el arranque del Boulevard 30 de Junio levantó a su costa nuestra colonia. Llegados al sitio en que habrá de erigirse el monumento a Juárez, la solemnidad dió principio. Ahí estaban las personas de más viso político; en cuenta: D. Juan Barrios M., Srio. de Relaciones Exteriores y delegado especial del Presidente Cabrera, el Srio. de Hacienda, el de Guerra,

el Subsecretario encargado de la de Fomento. El monumento en proyecto, por ahora redúcese a cuatro escalinatas, un zócalo a cuyo frente asiéntase el busto de Juárez, y a un obelisco de más que medianas proporciones; habrá de ser de piedra, mármol y bronce; por lo pronto sólo ha llegado a madera, manta y cartones.

El licenciado don José A. Beteta, pronunció conceptuoso discurso con sus ribetes jacobinos, como era de esperar, y Máximo Soto Hall, una poesía de 309 versos en arte mayor, no de los mejores de Máximo, seguramente. Estas poesías sur commande, rarísima vez resultan inspiradas. Y la ceremonia terminó con otro discurso encomendado a Fidel Rodríguez Parra.

A las 4 de la tarde, la directiva del Club me hizo entrega en la legación de una de las dos medallas conmemorativas y acuñadas en oro, destinada al Gral. Díaz, (la otra es para Estrada Cabrera), y el secretario del Club nos dijo una alocución alusiva a la entrega de la medalla, a la que hube de contestar ¡ay! con el menor número posible de palabras ociosas.

28 DE MARZO—A eso de las 5 de la tarde, en esta hechicera quietud agreste de "Villalobos", sobre la misma mesa, en el mismo rincón donde hace cuatro años terminé mi anterior novela "SANTA", pongo punto final a "RECONQUISTA". ¡Plegue a Dios que "RECONQUISTA" alcance suerte idéntica a la de su hermana "SANTA"!

3 DE ABRIL—Muy a pesar nuestro, de mi hijo principalmente, hoy emprendimos el regreso a Guatemala.

16 DE ABRIL—Dos locos, cuyas edades sumadas no llegan al medio siglo, se me presentaron a saludarme y a que me pasmara frente a su hazaña. Ricardo E. Romero, de Guanajuato y de 21 años, y Jorge Escobar Uribe, de 20 y de la propia ciudad de México, son los héroes; vienen a pie desde allá, y proponen continuar en tan ingrato vehículo hasta la América del Sur!!!... De lo que se pasman, después de haberme narrado atropelladamente porción de peripecias folletinescas e inverosímiles de entre las que palpitan verdades fragmentarias, es de mi frialdad y mis consejos en contrario, que, por supuesto, no atienden ni menos habrán de seguir: han de llegar a Buenos Aires o perecen en la demanda. ¡Lástima de energías desperdiciadas!

25 DE ABRIL—Jorge Escobar Uribe, el viajero, me envía desde San Salvador unos versos titulados "De noche" y publicados en el "Diario Latino" de allá. ¡Ah, juventud, juventud, la única edad de los sueños y las proezas!...

5 DE MAYO—Catorce años cumple MI DIARIO en esta fecha.

9 DE MAYO—Al cabo de seis meses de destierro, por el correo de mañana remitiré a Rafael Par-

do $ 2,000.00 mexicanos, para que los abone a cuenta de los 10,000 que aun debo por **nuestra casa propia** en México, la que, Dios mediante, habrá de apellidarse "Villa SANTA", en prenda de gratitud, porque es a SANTA a la que debemos nuestra condición de **Propietarios.**

24 DE MAYO—Ha estallado una revolución contra Estrada Cabrera. Y todo este desventurado país, en tragedia continua de lágrimas y sangre desde que hombre tan funesto lo tiene entre sus garras, se estremece de esperanza porque el movimiento triunfe, y de terror ante la posibilidad de que el Gobierno lo debele.

28 DE MAYO—La amistad que ya en México nos unía a Pedro de Carrere y Lembeye, y su familia estimabilísima, —Concha Gómez Farías, su esposa (y sus dos preciosas hijitas),— háse transmutado aquí en intimidad cordial. A diario nos vemos, muy a menudo comemos juntos en su casa o en la nuestra, y juntos comentamos los sucesos de todos los colores que en Guatemala se registran.

Como España se halla a miles de leguas, sus representantes diplomáticos han sido, por lo común, de veras gratos a estos Gobiernos. Lo contrario precisamente de lo que siempre ocurrió con nosotros los representantes mexicanos. Lo que significa que Perico la lleva muy bien con Estrada Cabrera, y yo muy mal, a pesar de vaselinas protocolares.

Ultimamente, a Carrere se le ha encrespado su

colonia, que había de ser española legítima para ser, asimismo, levantisca, rebelde y batalladora con sus miajas de intrigante; ni más ni menos que la mexicana, por lo que de española luce en sangre y maneras. Tal ha sido la campaña entablada en Madrid contra Perico, que el Ministerio de Estado acaba de llamarlo. Llamamiento que trae a mi memoria el caso de mi carpintero compatriota, de Retalhuleu, quien me acusó ante Relaciones después de que le hube obtenido al cabo de meses y meses de gestionársela, una más que aceptable indemnización monetaria; indemnización muy merecida, por otra parte, si se atiende a que con lujo de injusticia había sido encarcelado y flagelado por autoridades guatemaltecas. ¡Y por poco no me cuesta su acusación, un serio dolor de cabeza!...

En su visita de esta noche, anúnciame Perico que desde que comprendió que iban a llamarlo, me propuso a mí para encargado de los intereses diplomáticos de España en estos reynos; que su Gobierno ha accedido, y que me aperciba yo a entrar en funciones, pues él, Perico, se partirá de un momento a otro!... Con cuánto trabajo, por culpa de la emoción que me embarga, le doy las gracias, entrecortadamente, y le agrego que, sin la previa licencia de Relaciones, nada puedo contestarle. Quedamos en que la solicitaré mañana mismo, —¡lo que es por mí la solicitaría en este preciso instante!— y él y yo, a priori, descontamos que la respuesta habrá de ser favorable.

Ya a mis solas, devano sin parar los alcances y

significación del hecho: ¡la representación diplomática de España, al fin y al cabo madre de nuestra América, y potencia, si se quiere, de segundo orden internacional en los últimos tiempos, pero potencia europea de todos modos, en manos de un americano!... Pues ahí es nada. Que yo sepa, es ésta la primera vez que el inusitado acontecimiento se produce; y que se produzca con un ministro de México, es para que el afortunado, quienquiera que él sea, no sólo se felicite y congratule, sino que también se enorgullezca. Muchas son las razones, y de peso varias de ellas; la principal, que se ha quebrantado ese disimulado menosprecio, —del que tantas ocasiones me percaté en Wáshington,— que los diplomáticos europeos, así vengan de países minúsculos, protegidos, semisoberanos y paupérrimos, manifiestan hacia los diplomáticos americanos, así éstos representen a las naciones más grandes, prósperas y ricas del Continente, salvo, por supuesto, excepciones que confirman la regla y que siempre son hijas de afinidades afectivas o intelectuales. Los únicos, dígase en obsequio de la verdad, que simpatizan con nosotros y nos tratan, —pongo aparte un tipo que otro,— según debieran tratarnos todos, de igual a igual, pues en esto de virtudes y defectos allá nos vamos americanos y europeos, son los diplomáticos españoles. Circunstancia que si no robustece la sobada teoría de "la voz de la sangre", en que yo no he creído nunca, sí revela a lo menos que entre hispanoamericanos y españoles hay "algo" que, ven-

ga de donde venga y sea lo que fuere, nos atrae y nos ata, hasta el punto en que en tales atracciones y ataduras son hacederas.

Cuando en mayo de 1900 quedé encargado de la legación de Colombia en esta propia Guatemala, sentí también un regocijo profundo; pero el caso era distinto, tratábase entonces de dos Repúblicas hermanas, en tanto que ahora, sin el menor agravio para Colombia, es España, madre de ambas y con una importancia histórica, —para no ponernos a discutir sobre algunas otras,— harto superior a las de México y Colombia juntas. De ahí que no dude que mi Gobierno me autorizará a aceptar sin demora el honor que se me dispensa.

29 DE MAYO—Muy de mañana despaché mi mensaje por el cable, en solicitud de la licencia. Ahora, a contar por minutos lo que tarde la respuesta...

31 DE MAYO—¡Autorizado para aceptar la representación diplomática de España en Guatemala!

Amarga mi júbilo el curso trágico de la revuelta guatemalteca.

4 DE JUNIO—Hoy inauguré oficialmente mis nuevas funciones interinas de encargado de la legación de S. M. C. en Guatemala, previo acuerdo formal entre las cancillerías de México y Madrid.

El reverso de la medalla: desde anteayer, tengo en la legación a un asilado político guatemalteco, cuya vida corría serios peligros.

27 DE JUNIO—Todos estos días sin tiempo siquiera para escribir estas anotaciones sobre el espectáculo de los seres y cosas que me rodean. Presa, por contagio, de la angustia que palpita en el país, apenas si es posible tratar de que la tempestad política no acabe con todos los desafectos a Estrada Cabrera y su horrendo régimen; lo que equivaldría a despoblar la República. De los principios de la revolución a hoy, y con síntomas de seguir quién sabe hasta cuándo, crímenes, atropellos y vilezas: todo lo innominable, lo inverosímil, lo nauseabundo y lo negro; el salto atrás, la edad del lodo...

Concedí, y con cuánto gusto, el asilo número dos, dando, por supuesto, cuenta a mi Gobierno, el cual, bien al cabo de cómo las gastan aquí los mandones, aprueba siempre mi conducta. ¿Para qué puntualizar las escenas que a diario se registran en esta casa de México, entre los deudos y los refugiados que México, por mi pecador conducto, salva de la muerte?... En las breves y subrepticias entrevistas familiares,—las esposas, los hijos, las madres llegan recatándose, permanecen minutos, salen disgregados para despistar a los sabuesos apostados en las esquinas y los vanos de las puertas fronteras,— sólo escúchanse lágrimas y sollozos, recomendaciones supremas musitadas en voz baja, encargos y recomendaciones de naturaleza íntima para los mañanas inciertos y preñados de sombras... Un cuadro desgarrador, que a mi mujer y a mí nos mete el alma en un puño y poquito a poco va enfermándonos del ánimo. Y lo que yo le digo a guisa de

consuelo, ya recogidos y comentando tanto Calvario:

—Lo alarmante es que nuestro hijo, que ahora con sus ojos curiosos de criatura contempla sin entenderlos tales horrores, quizá está llamado a entenderlos y aun a sufrirlos en su propia tierra cuando sea hombre, si Dios no lo remedia, pues así los sufrieron nuestros padres, y nuestros abuelos, sin que haya quien explique el milagro de que nosotros los ignoremos todavía; que creeríase que esta América nuestra, para expiar los muchos dones con que la naturaleza la colmara, ha de caminar, siempre llorando, por entre espinas y charcos de sangre.

O, pienso para mí, ¿sería tan grande el milagro, que México ya habría afianzado la salud definitiva?...

6 DE JULIO—Concedí un tercer asilo en la legación. Cuéntanme que los paniaguados de este Gobierno me han puesto el mote de "ministro-hostelero". No han de imaginar lo que se lo agradezco y lo que lo excuso. Es prerrogativa de los países despotizados desahogar sus iras con frases de hiriente ingenio que levantan ámpula; invéntalas cualquiera, asegurando, para evitar persecución y castigo, que las oyó a un tercero que no puede nombrar. Y las palabras envenenadas van y vienen repetidas y reídas por las muchedumbres, que sólo así se consuelan e interrumpen el correr continuo de su llanto.

Amigo guatemalteco que mucho estimo, aunque

por la posición que merecidamente ocupa tiene que prestarse a las exigencias que le imponen estas autoridades, ha estado viniendo con frecuencia al propósito de enterarse de quiénes son mis asilados, y la noche de hoy traeme una noticia que me inquieta: el Presidente de México y el de los EE. UU. han resuelto poner un hasta aquí a la carnicería centroamericana (El Salvador ya está en armas contra Guatemala, con lo que la posición de estos revolucionarios se ha robustecido), y van a provocar una Conferencia de paz; aun se ignoran pormenores, pero Estrada Cabrera vería con gusto (!) que yo asistiera y puntualizara sus sanas intenciones (??) y cómo se vió arrastrado, primero, a combatir a los rebeldes, y luego, a pelear con los salvadoreños, que han hecho causa común con sus enemigos interiores... Limítome a escuchar, a sonreir, y a echarme en oración muda para que no me nombren a mí testigo de esa Conferencia en cierne; precisamente porque me consta todo lo contrario.

8 DE JULIO—Después de la comida, que hacemos juntos nuestros asilados y nosotros, acostumbramos ellos y yo estarnos de tertulia noche a noche en mi gabinete de trabajo, acompañados algunas veces por Rebolledo, Rodríguez Parra y mi cuñado Rafael. Muchas tristezas se devanan, mucho se fuma, muchas esperanzas aletean en sus pechos de que el ominoso régimen cabrerista, dé pronto en el suelo. Hay sus barruntos para así sospecharlo; los salvadoreños están batiendo el cobre de lo lindo; del

arrojo temerario de Regalado se cuentan primores; los ejércitos beligerantes libran a diario sangrientos reencuentros a lo largo de la frontera; y la cosa no ha de lucir cariz muy halagüeño para Cabrera, supuesto el envío, diario asimismo, de fuertes contingentes de tropas hacia el matadero, tropas formadas con "voluntarios" que, bien aseguraditos, —son los mozos que trabajan en las fincas cafeteras,— mandan acá, incesantemente, los jefes políticos de los Departamentos. La propia prensa ya no menudea sus noticias de los comienzos del conflicto, en que multiplicaba y magnificaba los triunfos de los soldados "chapines" en la línea de fuego. Los rumores que a la chitacallando andan por calles, tiendas y casas, dan tintes de catástrofe al negocio; y si, como lo aseguran los zahoríes, Honduras terciará de un momento a otro del lado de El Salvador, están contados los minutos de Cabrera. Hay quien asegure que éste tiene, a presión continua de sus calderas, un par de buques apercibidos a levar anclas y llevárselo a lejas tierras: uno, en el Pacífico, cerca de San José, y otro, en la bahía de Honduras, próximo a Puerto Barrios. Por último, la ciudad, de suyo melancólica, respira consternación y ansiedad; todos temen todo, todos anhelan algo...

11 DE JULIO—Desde el inicio de la contienda, todas las mañanas, después de mi caminata a pie o a caballo por los alrededores, voy y me instalo en

uno de los bancos del Parque, donde, sin llamar la atención, doyme cabal cuenta de las tropas que de aquí se despachan al teatro de los sucesos, después de que el ministro de la Guerra les pasa revista frente al Palacio.

Hoy, al filo de la 1, la pobre ración de carne humana en marcha ya rumbo a la pelea y la muerte, disponíame yo a volver a casa, cuando X. X., muchacho de buenos pañales, dueño de un bazar, pero furibundo adicto de Estrada Cabrera,— hízome señas, a su salida del Palacio, de que lo esperara.

—"¡La gran noticia, la gran noticia,—exclamó agitadísimo, al abordarme,—ya mataron a Regalado!..."

La noticia es, realmente, de tal magnitud, que me sonrío y encojo de hombros.

—"¿No me lo crees?... pues acabo de leer el telegrama; lo mataron nuestros soldados, sin saber a quién mataban; el cadáver lo identificaron luego, unos oficiales, gracias a la mano "seca" del general, y a su mula "La Venada", caída con él... los acribillaron a tiros, con una ametralladora... dentro de unos instantes se hará público... Y te dejo, porque me voy corriendo a...."

Ignoro a dónde iría, pues ya iba lejos cuando me lo anunciaba.

Más tardé yo en prevenir a mis asilados, con reticencias y circunloquios, que la noticia en esparcirse por todos los ámbitos. A eso de las 3, atronaban a la ciudad, pávida, los cohetes y los repi-

ques a vuelo de todas las campanas, grandes y chicas, de sus muchos templos. E incontinenti, "extras" impresas, músicas militares, vivas al Gobierno, las calles colgadas, como por milagro, de guirnaldas de papel picado que cruzan de acera a acera, y de miles de farolillos para la iluminación general de esta noche. ¡Ay de la casa que no adorne su frente, y del individuo que no manifieste entusiasmo!

12 DE JULIO—Temprano tuve noticias circunstanciadas, entre otras, que esta noche pasada llegó el cadáver de Regalado, a bordo de vulgar "realero",—léase guayín de alquiler,—y que lo han depositado en una de las criptas del templo de San Francisco...

El forzoso regocijo continúa; los periódicos, deshácense en ditirambos y felicitaciones al Gobierno, y los perjudicados actuales y próximos con esta nueva consolidación de Estrada Cabrera, —que son incontables,— tascan el freno y fingen alegría. Mis pobres asilados míranse abatidos y mudos frente a lo que puede reservarles este triunfo de su mortal enemigo.

A la tarde, por interpósita persona se me suplica que vaya yo e identifique los despojos del valiente salvadoreño, pues "la gente, —díceseme,— se resiste a creer el hecho increíble y meramente casual". Cosa que no es exacta. Acostumbrada esa "gente" de mucho tiempo atrás, a que sus go-

bernantes nunca le digan, ni en broma, pizca de verdad en nada, instintivamente resístese a prestar crédito a la inverosímil que ahora le sirven. Y acuden, los mandones, a mi testimonio de hombre honrado, no por la razón que alegan para decidirme, de que "mucho conocí" al difunto, sino porque mi dicho, que se apresurarían a sacar en papeles, lo creería todo el mundo. Por supuesto, me negué de plano a dar dentro de mi investidura tan impropia "fe de cadáver", y fundé mi negativa rotunda en una causa que para nadie es secreta: lo dolorosa que me resultaría la contemplación y el examen del cuerpo de persona que tanto me distinguió con su amistad.

Por la noche supe, que sin oponer reparos, había ido en mi lugar a garantir los hechos, Brown, el secretario de la legación de los EE. UU!...

Comienza a runrunearse que Estrada Cabrera ha resuelto ¡¡¡quedarse con el cadáver de Regalado en Guatemala!!!

Persona que ha de saberlo por su posición oficial, cuéntame que el pobre cadáver fue traído "a la buena de Dios" **(sic)**, en el "realero" de que es dueño un tal Foronda, muy popular en su oficio de cochero de punto.

14 DE JULIO—Al regresar de mi visita de felicitación al encargado de negocios de Francia, danme un mensaje de México. Es del propio general Díaz, y confidencial:

—"Procure devolución deudos cadáver Regalado, y atiéndalos y ayúdelos cuando lleguen ésa".

Entonces, es cierta la renuencia de Cabrera a entregar el cuerpo, que han embalsamado esta tarde tres de los mejores médicos guatemaltecos!..

15 DE JULIO—Mensaje tempranero de El Salvador, en que la familia de Regalado anúnciame su arribo inminente, y encaréceme que gestione yo la entrega de esos sagrados despojos.

A la tarde, entrevista con Cabrera,—quien no puede disimular la satisfacción que lo inunda por este triunfo que le ha dado la casualidad y que tan firme e indefinidamente lo remacha en el solio. Con su aspecto ritual de "Sainte Nitouche", que casi lo hace a uno dudar de la negrura de sus entrañas, escucha mis argumentos oficiosos, para asegurarme, al cabo, que jamás pensó en retener el cadáver; que si ordenó que lo trajeran, fué con el objeto de que el pueblo se cerciorara con sus ojos de un suceso que él, Cabrera, era el primero en lamentar (!); que concluído ya el embalsamamiento, no bien se llenen algunos otros requisitos (?...) que juzga indispensables, hará a la familia la entrega que con sobra de razón solicita "por tan digno conducto" (señalándome a mí con su diestra). Sólo impone una condición, sine qua non: que la familia se comprometa del modo más solemne, ante mí mismo, a que en El Salvador, ni el Gobierno, ni el pueblo, hagan manifestación ninguna a la llegada, allá, de los restos, ni tampoco vayan a hacérsele exe-

quias, **por lo pronto.** Todo eso podrá venir después, cuando ya no haya riesgo de que las pasiones, aun no del todo apagadas, se reenciendan. Y que él, por su parte, cuidará de que la entrega y el embarque del cadáver pasen inadvertidos.

Como su exigencia es de cautela política elemental, convengo en ella y me comprometo a convencer a la familia. Ya de pie, —se conoce que lleva rato de reflexionarlo,— me agrega que su Gobierno le ofrecerá a los deudos decoroso alojamiento, por cuenta del Estado; aun pídeme que si se resistieran a aceptarlo, yo lo ayude... Imposibilitado de mostrarle el mensaje del general Díaz, únicamente ocúrreme responderle que, ignorante yo de sus buenos propósitos, ya les ofrecí mi casa y ellos la aceptaron... Aunque inalterable, —con los diplomáticos que le conviene, nunca se altera aparentemente,— conózcole, sin embargo, cuánto lo contrarían mis palabras. Tornamos a sentarnos y, al fin, a vueltas de mutuos razonamientos, convenimos en que yo les haga ver el descrédito que acarrearían a "su Gobierno", no aceptando la cordial oferta y yendo a alojarse a la legación de México...

—"Todo el mundo supondría que solamente en ella están seguros..."

Y yo, que pienso que ese "todo el mundo", —inclusive este cura,— estaría en lo justo al suponerlo, apresuro mi despedida, temeroso de que su congénita sagacidad de hombre inteligente, hiperestesiada con el ejercicio continuo de su tiranía absoluta, lea a las claras mis pensamientos.

16 DE JULIO—La cosa ha de haber ido al vapor, pues oficialmente me anuncia este Ministerio de Relaciones que es deseo del Presidente Cabrera que yo asista a las conferencias de paz ya concertadas y que de un momento a otro habrán de efectuarse a bordo de un buque de guerra de los EE. UU. próximo a fondear en el puerto de San José!... Por lo que el tiempo apremia, trasládome al Ministerio, y de palabra expongo a Barrios M. que, probablemente, no concurriré, pues no me han llegado órdenes ningunas de México. Encaréceme que las solicite por el cable y asegúrame que Estrada las solicitará a su vez por la misma vía; pero que arregle mi equipaje, porque el tren especial a San José saldrá de aquí pasado mañana. A pregunta concreta mía, respóndeme que sí, que el ministro de los EE. UU. también irá, invitado igualmente....

No sé qué hacer; de una parte, me halaga lo indecible intervenir en la redacción de una página de la historia del Continente, así Dios sepa con qué letras y con qué propósitos vaya a ser escrita; y de la otra, temo que el silencio de México deba interpretarse como renuencia disfrazada...

Las calles que recorro, el Club Guatemala, la ciudad entera, con expectación manifiesta frente a estas vísperas de algo excepcional; nótase contrariedad en los muchos interesados, et pour cause, en la caída del tirano; piensan, y en mi sentir piensan bien, que esta intervención lo consolida y afirma...

17 DE JULIO—Telegrama mañanero del se-

ñor Mariscal: —"Diga señor Presidente Cabrera de "parte nuestro Presidente, que ha telegrafiado a "general Bonilla respete armisticio desde mañana, "comprensivo de las hostilidades Honduras y Gua- "temala, pudiendo Honduras hacerse representar "en Conferencia".

Después de mucho reflexionarlo decido obsequiar los reiterados deseos de este Gobierno, yendo yo hasta San José, de donde me volveré a casa, si tampoco allá recibo instrucciones telegráficas.

18 DE JULIO—No salimos hasta la tarde en el tren especial, concurridísimo; van de representantes o plenipotenciarios de Guatemala, Arturo Ubico, Presidente de la Asamblea Nacional Legislativa; José Pinto, Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Juan Barrios M., Ministro de Relaciones Exteriores, y Manuel Cabral, letrado como los otros y como los otros personaje político de viso; el Ministro yanqui Leslie Combs y el Secretario de su Legación, N. Brown. Se nos reunirán en San José, el doctor don Modesto Barrios, como testigo de parte de Nicaragua, y mi viejo y de veras honorable amigo William Lawrence Merry, Ministro yanqui en Costa Rica, como delegado de la misma; Francisco Bertrand, delegado de Honduras, y José Rosa Pacas y Salvador Gallegos, delegados de El Salvador. Yo he traído conmigo a Efrén Rebolledo, Secretario de la legación, para hacer lo que ha hecho

Combs y para que presencie un suceso trascendental que ha de servirle en la carrera que ahora comienza.

Pernoctamos en Escuintla, donde se nos sirve muy bien regada cena, y donde se pone de manifiesto el miramiento rayano en adoración con que mis amigos guatemaltecos tratan al arrogante ministro yanqui. Otra cosa pónese también de manifiesto: la recíproca antipatía que nos distancia a Combs y a mí desde que nos conocimos; antipatía que ambos disimulamos según es de rigor entre dos personas que se suponen decentes y que se dicen diplomáticos... Esta nuestra antipatía mutua no es, de mi parte a lo menos, premeditadamente deliberada y gratuita, sino meramente instintiva. Ocurre con los yanquis y nosotros los mexicanos, lo que con los perros cuando se encuentran en cualquier sitio (la comparación es mala, ya lo sé, pero no hallo otra que me sirva mejor): ellos, los yanquis, representan al mastín enorme, fuerte, gordo y lucio; y nosotros representamos a un perro harto menor, más débil, medianamente nutrido y de malísimas pulgas ¿voy bien? Nos miramos de reojo; sin quererlo, se erizan nuestras respectivas pelambreras lombares en señal de hostilidad; no puede precisarse si nos sonreímos o nos enseñamos los dientes; nuestras primeras palabras tanto pueden ser palabras como gruñidos sofocados; es menester que tercie la educación, o el interés, para que la entrevista o el parlamento se terminen a la buena de Dios, y en ocasiones, hasta para que sea el principio de una amistad cordial; pues los yanquis, dígase en su honor, individual-

mente son muy tratables y lucen excelentísimas prendas morales con las que se ganan la simpatía y el cariño ajenos, pero como nación, como pueblo, son odiosos, intratables y de serio peligro. Aun pasado el encuentro, el parecido con los perros persiste; el mastín, seguro de su fuerza y superioridad indiscutible, se aleja a menudo trote, enhiesto el rabo y la lengua sonrosada pendiente de los belfos carnosos; si acaso, y por el qué dirán, alza la pata y humedece un muro. El perro menor, en cambio, permanece apercibido y grifo, mirando si el alejamiento es sincero y el enemigo no cambiará de idea al volver de la esquina; entre las piernas la cola, en su mirar desconfiado, fulguraciones del recuerdo que nada ni nadie ha de borrar: los tatas del mastín que se aleja dejaron a los tatas suyos, y consiguientemente a él y a sus hijos y a sus nietos, con media perrera menos; y en su experiencia diaria, la constancia repetida de que cada vez que se presenta un hueso apetecible, cada vez que el perro chico se baña y limpia de la roña de sus malas costumbres, y los extraños se le acercan y acarician porque ya va cobrando juicio y músculo, el mastín se enfurece y ladra, amenaza con romper su cadena de civilización quintada, su áureo collar en que se lee "Cristiano", y acaba siempre por llevarse el hueso, así tenga poca carne, pues parece resuelto, azuzado por satánico orgullo, a ser el amo único de todo el Continente y, si su magnífica estrella continúa en el cenit, del universo entero.

Hay otra razón para que Combs, en el fondo me

mire con malos ojos, pues el motivo ha de dolerle a modo de aguda espina que nunca acertará a arrancarse. No obstante el poder gigantesco que representa, sólo los políticos acógenlo con mieles y sonrisas, lo reverencian, complacen y se pliegan a sus menores caprichos de ídolo. La gente extraña al Gobierno: clero, buena sociedad, los humildes que son dondequiera la inmensa mayoría, víctimas perpetuas de las "autoridades constituídas", como desde hace años palpan el manifiesto apoyo que les prestan a éstas los diplomáticos yanquis,—en ese apoyo figura a la cabeza "ignorar" el cúmulo de atrocidades que impunemente perpetran los gobernantes grandes y chicos; rehusar oídas a quejas ni lamentaciones; negar sistemáticamente toda especie de alivio, ni moral siquiera, cuando si ya lo hubiesen hecho, ha tiempo que esto caminara rectamente,—esos grupos sociales han parado en la inferencia racional y lógica de que tales diplomáticos han sido y son los cómplices, hipócritas o descarados según mejor les conviene, de sus implacables verdugos. De ahí que no los traguen, que sólo los soporten porque no pueden menos. Y en su tremendo desamparo, han vuelto sus ojos a México, a pesar de que con ello aumentaron en su contra las rudas medidas de represión y persecución,—luego diré el por qué,—y en la legación mexicana hallan refugio, consuelo y defensa. Así se ha registrado el fenómeno curioso de que, a partir del entronizamiento en el solio del partido liberal guatemalteco, los Gobiernos y el elemento oficial se beban los vientos por los

enviados de la Casa Blanca, y a nosotros los que venimos del vetusto Palacio de los Virreyes, nos profesen entrañable enemiga, en tanto la gente buena del país abomina de los yanquis y por nosotros se perece.

Combs, que no es ningún rana, está al cabo de la calle y lo exaspera la preferencia en favor nuestro.

Ya metido en estas honduras no huelga desentrañar, una vez por todas, las viejas causas de esas encontradas simpatías. Justo Rufino Barrios, el tirano—tipo que hasta después de muerto creeríase que desde su monumento de bronce que en el Paseo de la Reforma lo perpetúa de espaldas a los hechizos de "La Aurora" y a los arcos de piedra que medianamente ocultan tan preciosa finca campestre, creeríase, digo, que feroz y sanguinario viniera desde el fondo de la selva, al correr desatentado de su corcel, no a implantar la libertad y extinguir el obscurantismo, sino a pasar al filo implacable de su espada, a los habitantes de la ciudad y a los de la República entera que no comulgaran con sus ideas ni lo obedecieran y acataran como a un semidiós. Cuando a su vuelta a México se encargó del poder supremo en esta su tierra, traía consigo el deslumbramiento que, visto de lejos y superficialmente, provoca la figura de nuestro Benito Juárez, cuyo juicio de residencia aun no se concluye entre nosotros sus conterráneos; y a los principios de su mando, que sólo había de truncar la bala,—¿guatemalteca?... ¿salvadoreña?...—de Chalchuapa al cabo de los años,

por Juárez signábase y juraba a todas horas, y sus sistemas y prédicas trató de establecer y de copiar en su administración. Pronto acabó la luna de miel internacional, en cuanto volvieron por sus fueros la envidia, el interés, las fricciones y los distintos puntos de vista a la fuerza existentes entre dos pueblos contiguos; que es regla fatal e ineludible el que hermanos y vecinos, cuando no alcanzan los extremos de Caín, sí que vivan riñendo de continuo hasta por quítame allá esas pajas y, en ocasiones, que lleguen a las manos, protestando cada cual que la justicia milita de su lado: la eterna historia! Hay, además, en el caso de Guatemala, otras dos causas poderosas que explican, si no sancionan, su ojeriza hacia nosotros: que somos una nación mucho más grande, civilizada y fuerte, y a nadie, individuo ni pueblo, le place vivir codo con codo con quien en algo o en algos lo sobrepasa; y que desde el 3 de septiembre de 1829, Chiapas y Soconusco, a virtud de un plebiscito,—alegamos nosotros,—gracias a la elocuencia de las bayonetas,—alegan ellos,—se incorporaron a México. Y ya se sabe, toda segregación territorial, aunque se la explique y justifique por A más B, es fuente perpetua de rencor y mala voluntad de la parte del disminuído.

No bien Justo Rufino Barrios, ya entonces ungido como patriarca del liberalismo de acá, y ya tirano de cuerpo entero (¿por qué en casi todas partes el liberalismo andará de bracero con la tiranía?...), amo y señor de honras, vidas y haciendas, torció los derroteros de su barco e hizo proa contra

México. Tripulantes y pasajeros batieron palmas; los tripulantes, por conveniencia, y los pobres pasajeros, aterrorizados, por elemental instinto de conservación. De entonces data el amor del partido liberal guatemalteco, de sus capitanes y tripulantes, a los EE. UU. y sus representantes; y el afecto de la gente buena y de valer moral ¡los pobres pasajeros! a México y sus enviados.

A propósito: no estará de más que ahora lo repita, por la exactitud de uno de los dos calificativos. Aquí, a los conservadores se les denomina "Cachurecos",—ignoro la etimología,—y a los liberales "¡¡¡Panteristas!!!"

Los EE. UU., que aunque mascan tabaco no se han chupado el dedo jamás, pronto se dieron cuenta de lo que favorece a sus planes subterráneos de absorción y predominio continental, el disponer a su antojo de los que gobiernan a un país que limita a México por el Sur, ya que por el Norte nos tienen cogidos en la enorme frontera que va de océano a océano; y ora con solapados apoyos y complacencias, ora con promesas cumplideras o no, chichisbeadas y nunca escritas para que nosotros no podamos enrostrárselas y tacharlos de doblez, han fomentado la inquina de estos gobernantes y obtenido que la legación de México aquí, sea para quien la desempeña un lecho de Procustes, y que nuestras demandas, quejas y reclamaciones caminen, si caminan, harto más despacio que las tortugas o se envenenen y enreden en inextricables argucias y de-

moras, con serio peligro de la armonía y buena inteligencia de que se alardea en notas y entrevistas.

De ahí, sin duda, que la fama de que los diplomáticos yanquis gozan en la opinión guatemalteca, en la auténtica, sea pésima, sobre todo en lo que mira a corruptibilidad. Con pelos y señales para cada caso corre muy válida la especie de que, salvo unos cuantos casos excepcionales, la gran mayoría de la larguísima lista de esos "queridos colegas", a las ningunas instancias se dejaron sobornar y de "estos reynos" se partieron con la escarcela liberalmente henchida. ¿Será el grave cargo rigurosamente cierto?... ¡Que Vargas, el del refrán, lo averigüe!

Contraste que inmensamente enaltece a México, y que estampo en estas líneas con legítimo júbilo, seguro de que nadie, ni los que más nos malquieran osaría desmentir: es cosa bien sabida y mejor avalorada, que ni uno solo de los también tantísimos diplomáticos mexicanos de cualquiera categoría que por esta legación pasaron, ni uno solo hasta hoy fue sobornado, ni con obsequios de precio que disfrazaran el soborno. Y cuenta que los hubo de todos los genios y temperamentos, batalladores, pacíficos y sin fortuna propia los más de ellos, hasta mexicanos por naturalización.

Sin embargo, **¡ni uno solo** manchó a México!

Varios, tuvieron sus percances y vicisitudes, pero de otros órdenes, el sentimental principalmente; pues es de saber, que a la mujer guatemalteca, las buenas, naturalmente, que son las

más como en todas partes, su virtud y su bondad, su dulzura y su belleza, su abnegación y valentía de que ha dado innúmeras pruebas cuando alguno de los suyos corre el menor riesgo, la vuelven capaz de sorber el seso al más sesudo, y de arrastrarlo a todas las locuras. Yo, que me precio de conocerla en su santo ministerio de esposa y madre, y he sido testigo porción de veces de sus lágrimas y dolores frente a la inicua persecución de su esposo y de sus hijos, me descubro al mencionarla, y a todas, hasta las descalzas y pobres, reverentemente les beso los pies.

Pensando en todo esto, y en más que no hace al caso, comido de mosquitos y sofocado de calor, apenas si he pegado los ojos... ¡Bah!, mañana será otro día.

19 DE JULIO—Fresco y bien dispuesto no obstante el desvelo, me levanto a las 6, y antes de las 7 nos reunimos todos para el desayuno en el fementido comedor de la fementida hostería que nos ha albergado; el que nos vea y no sepa a lo que vamos, ha de suponer que se trata de una excursión recreativa.

Anímame la coincidencia de la fecha, para mí auspicial: hoy es el trigésimoprimer aniversario de la muerte de mi madre, quien desde el Cielo en que tiene que hallarse, ha de sacarme avante.

Nuestro tren arranca a las 8 en punto, y como llevamos vía libre, a poco nos apeamos en San José. Recepción formal, tropas tendidas, cornetas y tam-

bores, fingida gravedad de semblantes, mucho sombrereo y graves andares hasta el muelle. Onofre Bone, en una de sus idas y venidas, me entrega un mensaje.

—"Llegó desde anoche—díceme,—recomendado por el señor Presidente".

Y yo leo, con Rebolledo a mi vera:

—"De México, 18 de julio—Ministro Federico "Gamboa—Guatemala—Concertado un armisticio "entre los ejércitos de Guatemala, Salvador y Hon-"duras, esos tres Gobiernos tratarán de la paz por "medio de comisionados que se reunirán a bordo "del 'Marblehead'. Entiendo que los tres desean que "a sus conferencias asistan los representantes de los "EE. UU. en Guatemala y Salvador y el de México "en Guatemala. Si así fuere, obsequie Ud. sus deseos "con toda la cautela que caso tan excepcional impo-"ne. Por el Ministerio de Relaciones se reiterará a "Ud. esta misma autorización.—Porfirio Díaz".

El viejo Pacífico mírase en calma, entre glauco y azul; su inmensa superficie, apenas rizada por lo que queda del viento matutino; su pesada mole, en hondo y tardo vaivén, cual si la fuerza que esconde en sus entrañas sin misericordias, se esperezara después de una buena noche; hasta la resaca de la orilla suena blandamente, a confidencia o cuchicheo. El cielo, arriba, límpido y terso, menos hacia el Norte, muy lejos, donde algunas nubes diminutas y lívidas, es decir, tirando a amoratadas, presagian, al igual que nosotros y nuestra inminente asamblea, posibles lluvias y truenos para la tarde o la noche.

A distancia, corta relativamente, y balanceándose con lentas elegancias, ora de proa a popa, ora de babor a estribor, dibújase el "Marblehead", pequeña unidad de la formidable Armada de los EE. UU. de América, que va a hospedarnos. Poco más allá, contrasta con lo albeante del cañonero, un arriero del mar, léase, honrado buque mercader vasto prosaico y chato, al que alijan por entrambas aberturas de sus costados sus grúas plañideras que bajan fardos y fardos hasta el fondo de los chalanes apretados en su derredor. El cañonero, en cambio, luce en su casco alargado y esbelto, en las dos chimeneas, en los dos palos que en sus extremos superiores ata el alambre de la telegrafía sin hilos, blancuras de pecho de alcatraz, y en su conjunto, gracia y nerviosidad de leopardo al acecho.

Por grupos nos llevaron a bordo, en la "gasolinera" empavesada del "Marblehead". Grupo primero, los guatemaltecos en compañía de Combs, Merry y Brown; grupo segundo y último, los demás centroamericanos y nosotros, Rebolledo y yo. ¿No es ello indicio de que somos dos bandos?...

Protocolar recibimiento en la nave guerrera. Mr. R. F. Mulligan su comandante, en el portalón, al frente de la oficialidad; en la cubierta, la infantería de marina, con rifles y en doble fila; a su frente, la marinería, sin otras armas que sus músculos, su juventud y su salud que hasta por los poros se les derrama; jefes y tripulantes, atléticos y rubios, uniformados de blanco impoluto de la cabeza a los pies, menos los marinos, que llevan en forma de

triángulo, los cuellos robustos, y encima de los pechos levantados, anudadas corbatas negras. Luego, a la cámara, donde el protocolo cede su almidonado cetro a la hospitalidad franca y cordial que es característica entre los marinos de guerra o mercantes de cualquier país del mundo. Circulan sandwiches, bizcochos y **refrescos**... de champagne y whiskey. Se brinda por un pronto y feliz arreglo y, en tanto, el "Marblehead" ha levado anclas y va conduciéndonos, despacio, fuera del límite irreal de las aguas territoriales, no mañana se diga que hubo la menor coacción por parte de Juan o por parte de Pedro... ¡Oh, **sancta simplicitas**!

El calor se explica, y por él no nos instalamos dentro del saloncillo, en que ya estaban apercibidos sendos sillones para los negociadores y testigos, y mesa aparejada con carpeta y demás adminículos de rigor, como en las comedias.

¿Acaso estas conferencias diplomáticas, lo mismo que los congresos y que todas las reuniones de los hombres, máxime si pertenecen a "la Carrera", por grave que sea el motivo que los congrega, por altos y nobles y humanitarios que sean los fines que persiguen, mientras de más solemnidad y estiramiento las revisten, mientras más ahuecan la voz en discusiones y propuestas, mirados fríamente y en sus resultas negativas casi siempre, cuando no contraproducentes (¡a raíz de los grandes congresos pacifistas se registran las grandes guerras!), se palpa que son comedia pura que Aristófanes habría firmado sin titubeos?...

Nos instalamos en la toldilla de popa donde, caprichos de la casualidad, la mesa queda precisamente debajo de los dos cañones mayores que este animalito guarda en su seno. ¿En vez de Aristófanes irá a terciar Esquilo?... De común acuerdo previo se designa presidente, director de debates o lo que fuere; y por culpa del mediano inglés que poseo, resulto yo el elegido para "tan arduas deliberaciones". En pasar lista, registrar y cotejar plenos-poderes, etc., se ha pasado el tiempo y nos llaman a comer. Pocos almuerzos vi tan regocijados: **bonne chére,** caldos no malos, esprit de comensales y el mar en calma, se podría entonar el "Dichoso aquel que tiene su casa a flote..." Se ríe, se brinda, se fuma, hay beatitud en las fisonomías, y en los espíritus, al parecer, ciega confianza de que todo saldrá a pedir de boca. Después, ejercicio digestivo al aire libre, cabildeos y grupos acusadores de las "afinidades electivas" caras a Goethe.

Don Salvador Gallegos y don José Rosa Pacas, se nos juntan a Rebolledo y a mí, y me ponen en autos; la propuesta guatemalteca trae entre sus cláusulas una terrible: la facultad a los ejecutivos de las Partes Contratantes, de entregar a los refugiados políticos, a la primer demanda!...

Abismado, pienso que semejante cláusula,—ya sería de cuidado hasta entre países limítrofes que fueran respetuosísimos de la vida humana,—en estas tierras centroamericanas que carecen de entrañas, equivaldría su vigencia a abrir de par en par las puertas a las peores hecatombes, y a que los odios

políticos, en todas partes los más pavorosos en sus efectos, y aquí inverosímiles, se desboquen y las asuelen.

A mis informantes, sólo les contesto, que no creo posible que figure en proyecto ninguno; pero en mis adentros júrome combatirla con todas mis fuerzas y, en último caso, no subscribirla nunca: es cláusula canibalesca.

Se abre la sesión. Guatemala tiene la palabra y presenta su proyecto ¡que sí contiene la espeluznante cláusula!... Responde El Salvador con el suyo. Honduras, Costa Rica y Nicaragua, permanecen a la expectativa. La asamblea nos pide a Merry, a Combs y a mí, que de entrambos proyectos formemos uno solo, que todos los interesados directamente en el asunto escucharán y discutirán en presencia nuestra. Mucha prisa se me antoja que les corre.

La tarde ha muerto, y las sombras de la noche se recuestan sobre las ondas con pudores y suavidades de recién casada. Las luces de San José, apenas si se divisan; pues aunque se ha procurado mantener el "Marblehead" al garete, las corrientes y el oleaje han ido empujándolo mar adentro, donde el balance de la nave se hace más sensible. Llaman a la comida, y la sesión se interrumpe.

Ya esta comida no resultó tan jocunda como el almuerzo, no obstante los esfuerzos que por animarla intenta el bravo comandante Mulligan, la salsa dominante es la preocupación; los plenipotenciarios centroamericanos no se miran entre sí ¿con qué ob-

jeto?, nos miran a Merry, a Combs y a mí, convencidos,—¿no lo estaban desde un principio?...—de que no es cierto que estemos aquí en calidad de testigos, consejeros ni amigables componedores ¡quiá! sino como árbitros; y en ese campo, espinoso de suyo, contando Guatemala,—si ha de creerse a las malas lenguas—con el apoyo incondicional de Combs, mi pobre persona poco o nada ha de importarles. Lo que no es para mí muy halagüeño que se diga, seamos francos. Tras los truenos celestes que amenizaron el ágape, la lluvia ha empapado el cañonero; y tras el café, los licores, y los tabacos servidos dentro de la cámara del comandante, en el cerrado recinto de ésta y a petición general, reanudamos la sesión, a sabiendas de que el escollo va a serlo la triste cláusula antihumanitaria.

Después que los guatemaltecos la defienden a capa y espada, estimulados con el beneplácito que se dibuja en el semblante afeitado y duro de Combs; que los salvadoreños la impugnan con todas sus veras, enderezándome furtivos mirares de angustia; y que los delegados de Honduras y de Nicaragua parecen absortos frente al palpitar de las cortinas de los ventanillos abiertos, sacudidas por el viento **du large**, propone Combs que procedamos a la redacción del documento definitivo, redacción que comienza con mansedumbres columbinas: creeríase que entrambos proyectos se acuerdan a maravilla y que nosotros somos unos "acordadores" de **primo cartello**. El tal arreglo va al vapor, pues en nada acortan su prisa una que otra objeción sin mayor

importancia, hasta que no tropezamos con la cláusula de la entrega de refugiados políticos. Declárola inaceptable por ésto, por aquello y por lo de más allá. Mientras he ido hablando, adrede muy en calma la voz y los ademanes, observo con júbilo que el honrado Merry y el hidalgo Mulligan,—invitado, como dueño de casa que es, a presenciar nuestras bilingües deliberaciones,—están conmigo a juzgar por sus discretos y afirmativos cabeceos. No bien callo, Combs se me viene encima con pobre argumentación "suficientista", de individuo engreído que calcula que nadie ni nada ha de enfrentársele.

Pronto mis réplicas y las suyas se cruzan a modo de dos aceros; pronto la controversia degenera y se convierte en pelea verbal. ¡Ni quien ose terciar en la empeñada contienda, ni hablar por lo bajo con los suyos, todos mírannos con manifiesto azoro! Sólo en los ojos dulcemente claros del viejo Merry, se advierte serenidad. Mulligan va y viene de la cámara al comedor y del comedor a la cámara. Brown, despide chispas al través de los cristales de sus espejuelos, y Rebolledo ha ido acercándoseme hasta quedar a mi lado. A vueltas de porción de argumentos mutuos, y palpando yo que la divergencia se envenena más a cada instante, cual mordedura de víbora, barreno mis naves y en medio a un silencio imponente declaro, como **ultima ratio** de mi parte, que nunca subscribiré en nombre de México un pacto en que figure cláusula semejante...

Nadie chista ni se mueve. Combs, en cambio, visiblemente descompuesto a pesar de la decantada

flema anglo-sajona y de su investidura diplomática, pierde los bártulos cegado por una ira que nada justifica, y entre otras sinrazones permítese aconsejarme que deponga yo mi "obstinación" y reflexione en que voy a disgustar al Presidente Roosevelt!!!...

Todavía, guardando las formas, le contesto que yo no sirvo al Presidente Roosevelt, sino al Presidente de México... Y mi respuesta le hace el efecto de una banderilla de fuego; desorbitados los ojos abandona su asiento y llégase a mi mesa, que por dos ocasiones golpea con el puño. Me amenaza francamente:

—"**Mr.** Gamboa, **I am a short temper!...**"

Simultáneamente, se interpone Merry, yo me levanto y los demás nos cercan, presas de comprensible estupefacción. Doy a todos las buenas noches, y en voz alta digo al comandante Mulligan, que me estrecha la mano con las dos suyas:

—Ruego a Ud., señor comandante, que mañana a primera hora se sirva desembarcarme en San José.

Y ahogado de bilis salgo a cubierta y me dejo caer en un sillón de mimbre que diviso en la penumbra de la toldilla. A poco, reúneseme Rebolledo, y luego, Gallegos, muy conmovido, me dió las gracias y se perdió en la sombra del buque. De parte de Mulligan, un **steward** me lleva una taza de té, que apuro con delicia.

Ya refugiado en el camarote, que comparto con Francisco Bertrand, de Honduras, pienso en las resultas probables de mi actitud, en la resonancia que

alcanzará este fracaso de la conferencia. ¿Aprobará el General Díaz mi conducta?...

20 DE JULIO—Mal he dormido, y en cuanto Dios echa su luz, me asomo a la porta: linda mañana que refresca una suave brisa; el Pacífico, en calma, se despereza con rumores sedeños. ¿Por qué no se descubriría la línea de la costa, si no hay ni asomos de neblina? ¿quedará San José del otro lado del buque?... No, tampoco se divisa la costa, hemos de habernos alejado más aún, durante la noche. En el comedor encuéntrome a otros madrugadores que me saludan con reservas visuales, y hay alguno que aventura alusiones veladas a mi resolución de marcharme en seguida. Fuí en busca de Mulligan, a inquirir la causa del alejamiento del barco. Sonríe y me asegura que en poco tiempo haremos rumbo a San José. Esquivo encuentros, y acompañado de Rebolledo paseo por la proa de la nave, donde marinos y soldados nos detallan al soslayo. El "Marblehead" ha apresurado sus andares y de veras enfila hacia la costa. Estoy como sobre ascuas.

Arturo Ubico me da alcance y en lo confidencial insiste porque, antes de separarme, vaya y les hable a todos. Lo complazco desde luego, y de pronto surge Combs, escoltado por un grupo con el que departe animadamente; despréndese de él, y con extrema seriedad me indica su deseo de hablar conmigo aparte unas cuantas palabras. ¿Será el epílogo del incruento choque de anoche?... Lo sigo, sin embargo, y ¿cuál no será mi sorpresa al ver que

me tiende entrambas manos y, por añadidura, me presenta sus excusas por su destemplanza de anoche!!!...

—"He reflexionado,—díceme,—y reconozco que "tiene Ud. razón: no debe figurar esa cláusula".

Al vernos volver de bracero, nos saludan con aplausos. Y celebramos la sesión final de esta conferencia—relámpago,—que pudo interrumpirse como el Rosario del cuento,—bajo las bocas de los cañones monstruosos. A eso de las 11, subscribimos el Tratado de paz, que reconcilia,—¿por cuánto tiempo?...—a las Repúblicas de Centroamérica.

En el comedor, Mulligan, de veras regocijado, nos ofrece a delegados y mediadores una copa de champagne. Diluvio de brindis; el único elocuente, dentro de su honrada sobriedad, es el de Merry, que lo termina con estas palabras:

—"¡Bendita sea la paz, hecha de buena fe!"

Acto continuo, redactamos mensajes congratulatorios para el Presidente de México y el de los EE. UU., para cada uno de los países beligerantes, y otro de notificación para el Presidente de la Conferencia Panamericana, reunida en Río de Janeiro.

¡Qué abrazo más cordial el que yo le doy al simpático comandante Mulligan por su ejemplar comportamiento, cuando nos despedimos!

El "Marblehead" echa anclas, como a una milla del puerto de San José, colgado de enramadas y festones; y a poco, suben a bordo el comandante Onofre Bone, Palma, intérprete, y otros empleados.

En blanco bote del cañonero pártense a tierra

los delegados guatemaltecos, primero; Rebolledo y yo, después, y a lo último, Merry, Combs y Brown. Los delegados de El Salvador y Nicaragua y Honduras, se quedan a bordo, porque, entiendo, el "Marblehead" irá a dejarlos a Amapala, Acajutla y Corinto. El mismo ceremonial para todos: en el puente, la tropa alineada y presentando armas; en el portalón, Mulligan y su oficialidad, cuadrados, risueños, hospitalarios; en el palo mayor, izadas sucesivamente, nuestras banderas respectivas, y los cañones, regalándonos con sendas salvas de a quince disparos cada una, que retumbaban bajo la gloria del sol y por encima de la regia alfombra movediza y glauca de las aguas.

En San José, embanderado y con músicas, un júbilo tan excesivo, que a la legua se le conoce que es de orden del amo. Samaritanamente, alguien se me acerca y me dice que si prefiero no viajar con Combs, "por lo que hubo entre él y yo", se me alistará otro tren especial, que desde luego rehuso:

—Prefiero descansar un poco,—le respondo,—el señor Rebolledo y yo nos iremos por el ordinario.

Y en él arribamos a Guatemala, al atardecer, más embanderada y con más músicas que el puerto de San José, sin que nos tocara en el camino nada de las ovaciones espontáneas (?) que se prodigaron a la comitiva que encabezaba mi colega Combs.

21 DE JULIO—Del modo más casual me fue dable conocer al medio día de hoy en la joyería de mi buen amigo teutón Germán Porcher, la magnífica

pieza de orfebrería con que el Gobierno de Guatemala obsequiará al ministro Combs, por la **activa** y eficaz participación de éste en la Conferencia de paz: es una grande jarra, de **vermeil**, cuajada de **gemas**...

Por la tarde, a recibir a los deudos del general Regalado. Después de saludarlos tengo que repetirles lo que ya debe de haberles dicho el funcionario que vino a encontrarlos: que Estrada Cabrera ha mandado apercibirles alojamientos en el Gran Hotel, y que en las afueras de la estación los aguardan dos landeaux del Gobierno. La anciana madre de Regalado, que llega transida de dolor, declara que sólo a mi casa ha de irse... Al fin resolvemos ellos y yo, que don Francisco A. Reyes, que es yerno de la señora y por eso la acompaña,—la viuda del general quedó en Santa Ana,—se instale en el hotel, que doña Tona,—según familiarmente denominan a la pobre madre inconsolable,—vaya a la legación de México, como lo desea, y que todos ocupemos los carruajes de Palacio.

Cuando desembocábamos en la avenida ¿por qué se intensificarían tanto los repiques de todos los templos, el desapacible restallar de cohetes, los estruendosos vivas a Guatemala y a Estrada Cabrera, con que desde ayer están aturdiéndonos por el feliz desenlace de la guerra y de las Conferencias?... La señora de Regalado, ya muy emocionada, no puede más, ha creído, sin duda, que la causa de tamaña alegría es la muerte de su hijo (para mí que está en lo justo), y su facticia fortaleza se le acaba

de un golpe; reaparece la madre, y se echa a llorar, sacudida de sollozos... Así llegamos a casa, bajo las guirnaldas de papel atadas de acera a acera, bombardeados por los cohetes y los gritos, al compás de los pasos dobles y marchas triunfales de las bandas militares que van y vienen por las calles... ¿Qué les habría costado interrumpir, por unos instantes, entusiasmo tan ruidoso, permitir que esta pobre madre sin hijo no escuchara a su paso semejantes manifestaciones, artificiales al fin y al cabo?...

Invitación de Estrada Cabrera para el banquete que de hoy en ocho días ofrecerá en el palacio presidencial "al Hon. Cuerpo Diplomático",—léase Mr. Leslie Combs.

24 DE JULIO—Al cabo de tercas gestiones, logrados los dos objetos que me preocupaban: la devolución a sus deudos, del cadáver del general Regalado, y que todos mis asilados reintegren sus hogares, sin peligros ulteriores de ninguna clase!... Hoy se marcharon éstos de la legación, escoltados por sus familias, que se apresuraron a venir por ellos. ¡Qué escena la de su despedida de nosotros!... Lágrimas, abrazos, agradecimientos cordiales y tiernamente desgarradores han ungido para siempre a esta Casa de México; y lo menos dos generaciones la bendecirán con todas sus veras, porque franqueó sus puertas intangibles a porción de inocentes, y los puso a salvo de presidios, destierros y muertes.

28 DE JULIO—En el banquete presidencial, donde no saben qué hacer con Mr. Combs, quien engreído y satisfecho dígnase sonreir de vez en cuando, frente a la catarata de agasajos y palabras de miel de tan buenas personas. Cuentan los maleantes, muy al oído, que sus honorarios no han sido nada más cortesanos y retóricos. Como ello no me importa un ardite ni soy el Vargas del refrán para meterme a averiguarlo, que sea lo que Dios quiera y con su pan se lo coma.

De algún tiempo acá, se ha hecho costumbre en estos gaudeamus palaciegos, que a la hora del café y los licores se entrevere la estirada tertulia de sobremesa con una ceremonia que no carece de significación y solemnidad: bajo el haz de banderas que decoran uno de los testeros del salón de desahogo, por orden de precedencias sucesivamente van estacionándose los ministros diplomáticos, en tanto la orquesta ejecuta el himno de cada uno de los países que aquellos representan, y todos los concurrentes, del Presidente abajo, permanecen de pie y en silencio, para, en cuanto cesan las notas extranjeras, aplaudir protocolarmente.

Por mi doble investidura actual, esta noche hice esa guardia honorífica, dos ocasiones: como representante de México, cuando tocaron mi Himno, y cuando tocaron la Marcha Real, como representante interino de la Madre España.

29 DE JULIO—Séptimo cumpleaños de nuestro hijo, al que sorprendemos con vespertina y muy

elaborada fiesta infantil: cinco piñatas, una orquesta, una marimba y, sobre todo, una mesa regada de flores, que más parece pajarera por las risas de plata y las vocecitas de cristal que la alegran, y en la cual mamás y papás servimos su merienda a no menos de cuarenta criaturas.

¡Qué dichoso y qué impresionado se muestra el santo de la fiesta! ¡cómo lo bendigo mentalmente y cuánto no pido por él, para mañana!...

3 DE AGOSTO—Cartas y periódicos de México, Europa y EE. UU. me hacen ver que en todas partes se ha aplaudido mi actitud en la Conferencia del "Marblehead". Aquí, en cambio, ni las gracias, quizá sea mejor.

A ese propósito, ayer recibí del Consejo Supremo de la Cruz Roja de El Salvador, nombramiento de socio honorario de la misma, "como testimonio de "profundo agradecimiento por la valiosa y eficaz in-"tervención que V. E., en nombre del Gobierno Me-"xicano, ha tenido en el convenio amistoso, etc." Viene subscripto por la directiva íntegra. En el acto les contesto que mucho me halaga y satisface el honor que se me discierne como valiosísimo premio "a mi modesta tarea de interpretar y cumplir rec-"tamente instrucciones superiores; y aunque los "verdaderos merecedores de él lo sean, México, por "su legítimo y conquistado prestigio, y su ilustre "Presidente, por su desinterés y americanismo, yo "lo acepto, haciendo a un lado mi individualidad "que, en las circunstancias de que se trata, desapa-

"rece para que sólo quede en la luz y en el aplau-
"so mi nacionalidad mexicana..."

Creo que he borrado cuanto recuerdo malo pudiera persistir en cualquier sitio, a consecuencia de viejos errores. ¡Todo por ti, hijo mío!

27 DE AGOSTO—Porque nunca lo llevé a cabo en mis permanencias anteriores, después de meditarlo mucho, pues "la cosa pública" anda muy turbia y sospechosa, y mi neurastenia de puntas, por culpa de los últimos sucesos, resolví el viaje y, con la fresca de las 7 la mañana de hoy, hemos salido rumbo a la Antigua Guatemala. Nos acompaña nuestra invitante, doña Hersilia de Cofiño, linda viejecita señoril, virtuosísima y pulcra en traje y modales, que es una gloria verla y dos glorias tratarla. Hube de fletar una diligencia ¡y de nueve asientos! que guían las expertas manos del popular auriga Foronda, a cuya siniestra instálome en el pescante de esta especie de tartana esquelética.

El que desee hacerse cargo de la belleza agreste de los caminos guatemaltecos, que evoque y piense en nuestra Tierra Caliente.

El primer poblado que cruzamos por su calle única, se apellida Mixco y goza de celebridad merecidamente ganada con un muy alto ejercicio: proveer de nodrizas indias y sanas a toda la República. De Mixco era la mansa vaca humana,—¡Dios le dé mucha vida y mucha dicha!—que amamantó a nuestro hijo, y que por su nombre fue causa, (llámase Corona), de que los íntimos de casa declararan a

mi muchacho "el heredero de la Corona". Todas las hembras mixqueñas las consideran minas de vetas inagotables los hombres del pueblo, quienes no tienen otro oficio sino fecundarlas a derechas o a tuertas, quiero decir, por ante la Iglesia o a espaldas de la Iglesia; lo importante es que haya siempre crianderas de alquiler. Lo restante del tiempo, esos varones filósofos y sabios se la pasan tumbados a la bartola, ora por cansancio fisiológico, ora por exceso de chicha o de "guaro",—un aguardiente de olla que cuece gaznates,—y muy convencidos de su significación social: sin ellos no habría chiquillos ni, consiguientemente, acomodos pingües en las casas prolíficas y en las adineradas. Viven y mueren a la manera de sultanes, ¡oh! unos sultanes calzados de huaraches y vestidos de manta sucia, pero al fin sultanes. La jugosa charla de Foronda, a los principios un tantico desconfiado, me indemniza de saltos y magulladuras.

Almorzamos, a la rústica, en el pintoresco parador de San Rafael, visto hace 17 años, en la grata compañía de don Juan Sánchez Azcona y don Platón Roa.

De nuevo a rodar por verduras y primores. Ya Foronda me puntualizó con copia de detalles, su macabro regreso a Guatemala desde El Entresijo, donde, cosido a tiros de ametralladora cayó Regalado, y adonde conminároнlo a ir y traer el cadáver, que, con los tumbos y los baches se doblaba y desdoblaba dentro del "realero", al cual dejó ensangrentado en piso y cojines... A vuelta de narraciones sazona-

das con su picante dejo cocheril, acerca de damas y próceres, hembras y plebeyos,—Foronda presume de conocer a su gente,—acaba por proponerme en venta curiosísima pieza de plata vieja, que lo mismo puede calificársela de medalla que de moneda, pues de la fisonomía de entrambas participa; su vuelo es de un real fuerte; en el anverso mírase el busto de Iturbide y una leyenda en el exergo, que dice: "**Agustín I, Emperador de México**". En el reverso dentro de un óvalo que ocupa el centro y en cuya base inferior hay, enlazadas de los tallos, una rama de laurel y una palma, el escudo de Quezaltenango: los dos volcanes y, volando por cima de éstos, el Quetzal. En el exergo circular, esta leyenda: "**Proclamado en Quesalt. A. de 1822**". El canto, sin cordoncillo ni cosa que lo valga, y desgraciadamente, agujereado sobre la cabeza del prócer, por un lado, y por el otro, entre el **1822** y el **Proclamado.** Sin regateos se la pago y desde luego la destino para nuestro Museo Nacional. Yo ignoraba lo de la proclamación en Quezaltenango y que se hubiesen acuñado medallas o monedas conmemorativas del suceso.

Al término de la primorosa Cuesta de las Cañas estaban aguardándonos, en buenos carruajes particulares, un hijo de doña Hersilia, José María, y don Vicente Aceña. Inmediata translación de nuestros cuerpos molidos. Y a las 4.30 de la tarde entramos en esta hechicera y destrozada Antigua.

28 DE AGOSTO—Iníciánse los matinales paseos

a caballo; voy caballero en soberbia yegua extranjera de gran alzada y no escasos bríos, muy bien acompañado de dos conocedores amables: José Ma. Cofiño y don Manuel Matheu.

Deliciosa toma de posesión de estas alamedas. Conozco las fincas cafeteras de "El Cubo" y "El Potrero". En la primera nos hemos gratificado con un baño frío, de estanque.

Pésima la tarde, probablemente la fatiga de la equitación exacerbó mi neurastenia.

29 DE AGOSTO—En carruaje hasta "El Salto", lugar de maravilla en que se alza la planta de la luz eléctrica que alumbra calles y casas, y que debe su nombre a que ahí mismo despéñase linda cascada.

Tarde de salud plena. Esbozo proyectos, pienso en libros y dramas que escribiré pronto, sueño con el crecimiento incesante de mi hijo, prometo a mi santa mujer cosas hacederas y cosas irrealizables, columbro mi vejez, serena, sin remordimientos ni inquietudes... Es que cuando me siento tan bien, lo miro todo color de rosa.

Nocturna **randonnée,** después de la merienda familiar, por esta muerta ciudad hecha trizas... Pasamos bajo el arco de Santa Catarina, ancho, sólido, arcaico.

—"Comunicaba un convento de frailes con un convento de monjas",—díceme intencionadamente Pedro Cofiño.

Yo me alzo de hombros. Su involuntaria alca-

huetería, caso que haya sido cierta, en nada menoscábale el marcado carácter que conserva y luce.

La luna, mejor que el mejor de los **ciceroni,** ha ido iluminándome la ciudad rota y embelleciéndome sus ruinas y escombros, sus edificios truncos, sus grandes templos que se vinieron abajo con la espantosa catástrofe y todavía tienden al vacío los brazos curvos y floridos de yedra, sus arcos enormes y como implorantes de que algo o alguien, más poderoso que ellos, les estorbe la caída inminente y definitiva, el tumbo final que a cada día se antoja más incontrastable por la pérdida lenta de su centro de gravedad. Por las cúpulas resquebrajadas, a lo largo de los paredones, milagrosamente en pie, diríase que la luna se complace en dibujar quién sabe qué quimeras y qué arabescos...

Saturado de suave melancolía emprendo el regreso, sin hablar palabra, retrotraído, por el espectáculo y por las tibiezas de esta noche de plata, a las cautivadoras lejanías del siglo XVII.

30 DE AGOSTO—En carruaje a "Pastores", una de las varias y valiosas fincas que la casa de Herrera y Cía. posee por estos contornos, en los que hacen las veces de aquel personaje fantástico a quien todo pertenecía, en el "Gato con botas" de Perrault.

De vuelta de "Pastores" nos detenemos en una plazuela, con fuente circular a sus medios, que se llama de La Escuela de Cristo, por así llamarse el templo parroquial que la limita en uno de sus costados. Conocemos la iglesia, que ningún interés

ofrece; el claustro, ruinoso y sugestivo, y al cura, que parece desprendido de las hojas del "Ayer, Hoy y Mañana" del madrileño Antonio Flores: puerco de la sotana, del calzado, de la barba sin afeitar, gordo y barrigudo, y enemigo del Gobierno. Cuando, de pasada, se toca ese tópico, en són de broma me suelta mi pulla:

—"Usted es el culpable de lo que nos sucede!"

—¿.....?

—"Naturalmente! ¿Para qué nos agenció la paz en el "Marblehead"?..."

Otra curiosidad asila la plazuela: un don Francisco Alvarez, que en la enseña de su taller, se intitula "Pirógrafo". Hasta en su físico parece distinguido miembro de la soberana galería de Dickens, ha de ser muy próximo pariente de Mr. Peggotty o Mr. Micawber, del "David Copperfield".

La linajuda iglesia de la Merced, no me dice cosa, salvo la visión de un sacerdote que la cruza en su penumbra y, a la distancia, antójase monstruosamente feo... Sin embargo, de cerca resulta aun más feo! Y se conoce que el pobrecillo, desengañado ante su propia fealdad, fealdad impresionante y poco común, de vestiglo, también ha caído en la porquería, como su colega de La Escuela de Cristo. Tiene que ser angélicamente bueno.

La Antigua, al atardecer, presenta belleza indecible. Mientras más sombras se le echan encima, más crece su hechizo... Para que nada le falte, hasta el río en que se mira muy parcialmente, le aumen-

ta su imán secreto y brujo, menos por el pobre caudal de sus aguas que por lo que su nombre tiene de sugestionador e inusitado: se llama "El Pensativo"...

31 DE AGOSTO—De nuevo en "El Salto". Fuí, ahora, a horcajadas en un magnífico tordillo-quemado, cuyo anchuroso lomo casi me despatarra.

Por la tarde, en el Club Antigüeño, que hasta su club se trae La Antigua; apenas nada, una casona triste en la que se reúnen los socios "chupadores" y "jugativos".

Por la noche, la tertulia diaria y hasta las 10, con que las mejores familias han venido regalándonos desde nuestro arribo. Es que nuestros gentilísimos huéspedes, Pedro Cofiño y su esposa, están merecidamente estimados en esta sociedad diminuta y exquisita. Palique intranquilizador la noche de hoy con dos chicas casaderas, que, si llegan a ser tres, habrían humillado a las Gracias. ¡Ay, pícaros sexos los nuestros, que con el menor pretexto se nos encabritan y aperciben a las más implacables justas en cuanto siéntense cerca el uno del otro!... El achaque no es espontáneo, no; viénenos del cerebro, de lo que se ha leído y oído a ese respecto. Tampoco nos sojuzga y esclaviza a la fuerza, conforme los débiles aléganlo a título de exculpante ¡mentira! El sexo más indómito y bravío se encadena con una virtud normal —no se ha menester de virtud extraordinaria— del lado femenino, y del

lado nuestro una voluntad mediana. Lo indispensable es no abandonarse, so capa de debilidad, a voluptuosidades mentales ni... manuales sobre todo, porque entonces sí puede registrarse... cuanto ustedes gusten y manden. Hay que repetirse, como si fuera conjuro o preservativo, el cauto decir francés: "**on ne badine pas avec l'amour**", con el que Alfredo de Musset bautizó una de sus más lindas comedias.

Vistas mis alternativas de salud durante esta grata temporada, y visto lo que, probablemente, haya de prolongarse aún, se la podría denominar: "Los 28 días de un neurasténico."

1º DE SEPTIEMBRE—Por la mañana, siempre a "El Salto", cuyas termas prodúcenme manifiesto bienestar y contento. El camino que a ellas lleva, ostenta en los arrabales de la ciudad en ruinas callejas casi africanas, paredes de cañaveral, muy angostas, en las que juegan chicos semi desnudos y duermen los mastines, tumbados al sol. Luego, los campos, las alamedas nemorosas que huelen a perfumes montañeses y a melancolía de almas; y allá, en el horizonte, como manada de búfalos gigantescos que exhaustos por larga caminata se hubiesen echado en las afueras, los cerros, y más allá, los volcanes, enormes, altaneros, a un tiempo mismo hermoseando y amenazando, perpetuamente, la ciudad y sus contornos... Hasta en nuestras caballe-

rías adviértese esta satisfacción, meramente animal y física, que a nosotros nos sale por los poros.

A la tarde, el templo y el claustro de Las Capuchinas por fuera y por dentro; claustro y templo hechos añicos, en mágico equilibrio lo poco que de uno y otro dejaron los siniestros y sacudidas.

¡Ah, ciudad mártir, ciudad doliente, que te nos adentras sin que lo sintamos ni nos sea dable evitarlo, que rindes y subyugas a tus visitantes con el prodigio de tus encantos tristes!...

Al volver a casa, carta de Eusebio Gómez de la Puente, desde México, con halagüeñas noticias sobre la venta de mis libros.

2 DE SEPTIEMBRE—El día entero en El Salto, donde, después del baño, hemos almorzado bajo los árboles.

Regresamos por las fincas de Medina y de Retana, que invitan, como todas las de la comarca, a habitarlas en una paz incomparable, por plazos indefinidos.

3 DE SEPTIEMBRE—En El Salto.

En las ruinas del majestuoso San Francisco.

4 DE SEPTIEMBRE—El día íntegro en clausura, pudieron más mis nervios y doblé las manos. Poco antes del crepúsculo, llevando yo a cuestas mi malestar moral y corporal, me arrastré hasta la

Plaza de Armas, a la que imprime venerable sello de vetustez la portada trunca del Cabildo.

5 DE SEPTIEMBRE—Dilatada excursión hípica, a San Antonio, Dueñas y Urías.

En la tertulia de esta noche me favoreció con su asistencia mi respetado amigo don Manuel Matheu, caballeroso y distinguido octogenario que aún conserva en porte y maneras la prestancia de su cuna y las elegancias de sus años juveniles. Ni un instante me le separo, que no de hoy me he perecido por el comercio con los ancianos ¡nos enseñan tanto con su plática y sus evocaciones!

Con qué gracia señoril y de buen tono me describe cómo conmemoró, hace dos años, sus bodas de oro, cuya nota culminante fué la comunión que hizo rodeado de sus descendientes, una brigada compuesta de todos los sexos y todas las edades.

Luego, a propósito de las ruinas de San Francisco, de que yo les hablé, ¿sería el señor Matheu o algún otro, quien me contó porción de milagros, realizados por Pedro de San José Bethancourt, el "Hermano Pedro", no canonizado todavía porque le falta, únicamente, hacer dos milagros más de los varios que hiciera en vida: resucitó a una difunta; a una lagartija la transmutó en alhaja de precio, y después, la volvió lo que era; y a don Rodrigo de Arias Maldonado, orgulloso conquistador de Talamanca, en Costa Rica, lo convirtió al catolicismo? Todo ello sucedió en el siglo XVII. Era Pe-

dro, oriundo de la aldehuela de Villaflor, en Tenerife, donde nació el 1619, donde apacentó corderos cuando rapaz y donde despertaron sus inclinaciones místicas y sus ansias de partirse a América, "a convertir infieles": levantaba altaricos, carpinteaba cruces, rezaba, rezaba mientras triscaban sus corderos. A los 45 años cumplidos, vino a Guatemala; mas como resultase negativo para ciencias y letras, alistóse en las filas de la Tercera Orden de Penitencia. Sin otra ayuda que la divina, fundó menguado hospital a orillas de ésta entonces metrópoli, al que agregó, a poco, oratorio y escuela. La fama de su caridad y su ascetismo que, sólo son de comparar a los de San Francisco de Asís, lo ha sobrevivido de generación en generación, sin trazas de extinguirse nunca. Y lo que la tradición popular conserva y cuenta de su gesta apostólica, es cosa de pasmo.

Testigo involuntario, cierta noche, de la muerte airada del apuesto seductor de la hija de un calderonesco hidalgo, a la mañana siguiente llamaba a la puerta de su humilde hospital la cuitada doncella, que, por ciego amor, había dejado de serlo. De hinojos frente a él, a punto de perder el juicio, le narró la trágica historia: los amantes, descubiertos por el padre hidalgo, quien con su propia tizona, sabidora de soles italianos y flamencos, ahí mismo dió al galán muerte instantánea, y a ella, la mancilladora del hogar linajudo, que portaba suntuosas ropas y aun guardaba albo delantal de batista en-

sangrentada con la sangre del amado, —a cuyo cuerpo se abrazó, arrostrando la ira paterna,— la arrojó de la casa, inflexible y justiciero. Pidióle al Hermano encierro eterno en su convento, pero antes, ¡tierno anhelo de enamorada! que la acompañara al sitio en que los criados sepultaron el cuerpo para regar unas flores frescas como último adiós... Juntos salieron la moza noble y el varón evangélico, pero en vez de enderezar sus pasos rumbo al mercado y centro de la villa, consigo la llevó él, a campo traviesa, y cruzando las ondas diminutas de El Pensativo, hacia el preciso punto del sepelio clandestino. Llegados allí, la dama lloró sin consuelo y enjugaba los terciopelos de sus ojos con el delantal manchado. Y el delantal, de golpe, se colmó de claveles!...

6 DE SEPTIEMBRE—Almuerzo en la finca de "Jauja", muy concurrido, con bailoteo de postres, bajo las centenarias frondas.

Luego, hasta San Juan del Obispo, en pleno Volcán de Agua. Ojeada a deliciosa "bombonera" mandada edificar por doña Beatriz de la Cueva, la ambiciosa segunda consorte de nuestro "Tonatiuh", el Sin Miedo y Sin Entrañas, fundador de la célebre urbe de Santiago de los Caballeros que los volcanes de Agua y de Fuego habían de reducir al triste estado que hoy guarda, matando, por añadidura, a doña Beatriz, aquel mismo año de 1541 en que ambos fallecieron: don Pedro de Alvarado, de resultas del golpe que sufrió al caerle encima el caballo del escribano

Montoya en una cuesta de Nueva Galicia; y doña Beatriz, víctima del espantoso terremoto que acabó con la ciudad. ¡Lástima que todo me lo eche a perder don N. N., con inoportuna e insulsa charla teosofista!

Por la noche, frente a nuestras ventanas ya cerradas, serenata de marimbas con que nos regala la colonia mexicana de La Antigua y que mucho ha de contrariar a las autoridades locales.

7 DE SEPTIEMBRE—Otro baño en El Salto.

8 DE SEPTIEMBRE—Invitado por el joven abogado don Vicente Aceña, lindo paseo de diez leguas en su **buggy**, hasta Chimaltenango, capital del Departamento de su nombre, con unos 3,000 pobladores. Nos fuimos, a la ida, por San Luis de las Carretas, El Tejar, —donde estaban de fiesta: indios, cohetes y músicas,— y finca de "La Alameda", en que almorzamos. El regreso fue por Iztapa, Parramos, y de nuevo San Luis de las Carretas. Ebrio de oxígeno, de montes, campos y precipicios, vuelvo después de anochecido.

9 DE SEPTIEMBRE—A misa mañanera, y a la salida, manifiesta descortesía con que me regala el jefe político apostado en el atrio del templo, con otros individuos de su calaña: alardea de no tocarse el sombrero cuando me divisa, no obstante la visita protocolar (?) y humildísima que me hizo a mi

arribo a ésta. ¿Será por culpa de la serenata de noches atrás o porque haya recibido órdenes de su amo?....

A nuestro día de campo en "El Portal", adonde llegamos en tropel de carruajes, caballos, carretas, risas y alegría. El club femenino "La Huelga", integrado por nutrido grupo de bellezas antigüeñas, es el organizador del agasajo que se prolongó hasta bien entrada la noche.

10 DE SEPTIEMBRE—Excursión hípica, con la fresca de la mañana, hasta "El Pintado".

A la tarde, visita al Colegio y a la Casa de Alvarado; y a lo último, en la tienda de afamado anticuario, donde realizamos algunas compras precursoras de nuestra partida próxima.

11 DE SEPTIEMBRE—El día entero, en el ingrato ajetreo de liar bártulos.

La tertulia de la noche, por ser la postrera, concurridísima. Despedida de esta excelente familia de Pedro Cofiño, que tan cariñosamente nos dió albergue cordial e inolvidable.

12 DE SEPTIEMBRE—A las 4.30 de la tarde llegamos sanos y salvos, aunque muy cansados, a la casa de la legación en Guatemala.

En cuanto mírome dentro de sus muros, la impresión invariable: ansias de marcharme definitivamente de este país de dolor y despotismo, y no por-

que no me aten a él porción de sinceros cariños que por activa y por pasiva me lo hacen muy caro ¡quiá!, sino porque de ver y compartir sus sufrimientos, **siéntome prisionero y desdichado.**

16 DE SEPTIEMBRE—Nonagésimo sexto aniversario de nuestra independencia, que aquí cae al día siguiente del de la de Guatemala, siempre pasaderamente incoloro.

Para nosotros, en casa, el mismo programa de los anteriores que ya hemos pasado. Por la mañana, más temprano ¡ay! de lo que yo quisiera, desfile en la cancillería de la colonia mexicana, en su grupo trabajador y humilde: labriegos, peones, mozos de cuerda, artesanos, los gremios con sus sendos estandartes, todos muy vestidos de limpio y.... muy oradores; uno a uno ha de estrechar mi mano, de brindar conmigo y de espetarme su discurso más o menos largo, más o menos torpe, pero conmovedores por lo que en ellos persiste y aletea el recuerdo de la patria; en algunos, también apunta una miaja de orgullo, hijo de la convicción de que México, a pesar de sus defectos e imperfecciones, es manifiestamente superior a Guatemala.

A la tarde, desfile en los salones, de autoridades y colegas, es decir, conversaciones en distintos idiomas, insinceras y sin enjundia; brindis todos parecidos y ya oxidados del tanto repetirlos aquí, en Teherán y en Londres; champagne, cigarros puros y cigarrillos de varias nacionalidades.

A la noche, la iluminación eléctrica de la fachada de la legación y gran comida a los miembros prominentes de la colonia. A medio banquete, la banda marcial, afuera, que al ministro de México, lo mismo que a los demás representantes extranjeros, envía el Gobierno en estas fechas señaladas. La serenata da principio siempre con el himno nacional de cada país, y el nuestro, a todos los comensales nos prende en los ojos asomo de lágrimas y nos sacude en el corazón muchedumbre de recuerdos y de anhelos....

El aniversario de hoy tuvo remate chusco. A eso de las 2 de la madrugada, la casa ya a obscuras y en silencio, un cargador compatriota y sobradamente "alumbrado", echaba abajo el aldabón del zaguán. Intervino un policía, y yo a poco, para evitarle que arrearan con él, que alegaba entre hipos y manotadas:

—"¿No es ésta la casa de México?... ¿no es "usté mi ministro y no soy yo mexicano?... ¿verdá "que sí?... Entonces, tengo derecho a que me den "más "trago" y me dejen dormir adentro!..."

Propóngole transacción decorosa: un peso en mano, que le permita dormir su chispa patriótica en algún mesón, al que se servirá conducirlo el policía. Acepta en el acto y muy contento la emprende, tambaleante y blandiendo su sombrerazo, escandalizando al dormido vecindario, con sus vociferaciones agresivas y castizas:

—"¡Viva México, ch...!"

18 DE SEPTIEMBRE—Hoy ha sido el aniversario de la independencia de Chile. Invitados nosotros a la recepción, serenata y banquete. Concurrieron también dos poetas, Máximo Soto Hall, bardo vernáculo, y Julio Flórez, bardo colombiano de paseo en Guatemala. Es Flórez de aspecto simpático, con vistas a la reconcentración y a la hurañía; de frente abombada, el cabello rizo, grandes y expresivos los ojos sombríos, delgados los labios, —con ruin bigotillo el superior,— sonriente la boca y el semblante pálido; el cuerpo es alto y pobre de carnes; los ademanes, de neurópata; en el rostro, que es luminoso, adviértese marcada parálisis en los risorios de Santorini,—¿vendrá de ahí su perpetua sonrisa?...—y adviértense, asimismo, palpables asimetrías acusadoras de avanzada degeneración alcohólica. ¡Ay, alcohol, alcohol!...

El contraste entre los dos poetas es manifiesto, sin embargo: Máximo acusa en ideas, palabras y aposturas los tristes efectos de vivir bajo una tiranía; en Flórez se adivina a un combativo y a un rebelde.

Pronto hemos simpatizado, a las primeras palabras, y en seguida nos enfrascamos en un palique de relativa intimidad. Díceme que ama a México, de mucho tiempo atrás, que ha de visitarlo, alguna vez; con no fingido elogio, háblame de nuestros literatos actuales, de los poetas principalmente. Por supuesto que volverá a visitarme, y desde luego acepta mi

invitación de comer en familia con nosotros, una de estas noches.

20 DE SEPTIEMBRE—Muy grave la situación política, nueva guerra con El Salvador, **ad portas.** Tengo que conceder asilo a un grupo de guatemaltecos cuya existencia, de otra suerte, peligraría sin duda. Vienen, pues, a vivir en casa desde hoy: Emilio de León,—que escapó de que le echaran el guante por mera casualidad y gracias a la malicia de la sirvienta que de parte de su esposa fué a prevenirlo al Club,—y dos de los hermanos Vitteri, Juan y Adolfo, mis amigos desde los lejanos años de 1888-89, en que todos éramos mozos y solteros. Como de costumbre y después de que Relaciones aprobó, por el cable, mi conducta, voy en persona a participárselo a Estrada Cabrera, quien, tascando el freno me da, entre bromas y veras, una respuesta que se me antoja biografía sintética del personaje:

—"Muy bien han de estar en compañía tan gra-
"ta, **cébemelos** (sic), don Federico..."

Un gran regalo ayer. El señor Mariscal, después de acusarme recibo de la nota de esta legación en que dí cuenta a Relaciones de todos los detalles relativos al reciente convenio de paz ajustado entre Guatemala, El Salvador y Honduras, se sirve expresarme:

—"...esta Secretaría ha visto con satisfacción
"la parte tan prominente que tomó usted en dicho
"convenio y la conducta que observó en el asun-

"to, la cual queda aprobada desde luego. Respecto "del dinero que para gastos en esa comisión se le "remitió (Dls. 1,000.00) y que no ha tocado usted, "según lo manifiesta en su nota que contesto, el "señor Presidente ha tenido a bien disponer que se "aplique usted para reembolsarle de los gastos que "haya erogado en alojamiento de asilados en la le-"gación, y otros indirectos con motivo de los úl-"timos sucesos, la suma de Dls. 750.00, entregando "al señor Rebolledo, por la ayuda que prestó en "el asunto, el resto, o sean Dls. 250.00..."

Una nota así,—aun sin el dulzor de los dólares,—dada la sistemática sobriedad de nuestra Secretaría, es para mí la más satisfactoria de las recompensas. Que vengan ahora, más trabajos, más responsabilidades y más dolores de cabeza: ya estoy abroquelado!

**Ainda mais,** los periódicos de México publican el discurso de recepción del doctor D. Baltasar Estupinián, nuevo ministro de El Salvador allá, en que fuí aludido en términos muy halagüeños, que refuerzan mi abroquelamiento para resistir lo que aquí se registre en mi contra, véase si no:

—"...En el reciente conflicto centroamericano, "Excmo. Sr., habéis sido el primero en exhortarnos "a la paz; vuestra mediación fué valiosa y oportu-"na; iniciásteis el armisticio que economizó tantas "preciosas vidas, y vuestro digno representante en "la Conferencia de Paz, S. E. don Federico Gamboa, "interpretando fielmente vuestros elevados senti-"mientos, contribuyó de manera eficaz a la obra

"loable y humanitaria de la pacificación de tres de "las Repúblicas de Centroamérica..."

¡Pues no me había dejado en el tintero la anotación correspondiente a las palabras que dirigí desde el día 15, al Presidente Estrada Cabrera, con motivo del aniversario de la independencia de Guatemala, en mi actual carácter de decano del Cuerpo Diplomático extranjero!... Porque estoy de decano accidental; cargo que, bien averiguado, sólo quiere decir mayor antigüedad en la representación, y una que otra molestia como esa: pronunciar discursos hueros y protocolares cada vez que vengan a cuento!

No puede olvidárseme la despedida de Emilio de León, cuando hace unos días,—después de que obtuve un indulto verbal de Estrada Cabrera para todos y cada uno de mis asilados,—lo acompañé hasta San José, donde se embarcó rumbo a México, por la patente falta de garantías de que aquí habíasele hecho objeto. Nos despedimos en el muelle, ya bien entrada la noche, una noche tempestuosa y negra, con relámpagos y truenos arriba, y abajo, el mar encrespado. Desde el muelle, podíamos ver cómo subían y bajaban las luces del barco, anclado a distancia, y cuyo casco confundíase con la sombra. Del chalán, que aguardaba al extremo de la escala metálica del muelle, sólo oíamos las voces de los bogas, defendiendo con sus remos el que la resaca lo deshiciera y a ellos los mandara a dormir con los tiburones... Muy conmovido, Emilio me encomendó a su familia, y yo le ofrecí no desamparársela en circunstancia ninguna. Nos abrazamos, y antes

de que pusiera el pie en el chalán encabritado, ya no escuché su voz ni volví a distinguir su cuerpo, como si el mar y la noche se lo hubiesen tragado...

6 DE OCTUBRE—Mirlo blanco. Esta noche, en un concierto que se celebró en el Club Guatemala como homenaje a él, nos regaló Julio Flórez con tres recitaciones, magistrales, "Balada nueva", "Melopea" (orquesta pequeña), y un poema "Marta". Fue aplaudidísimo.

21 DE OCTUBRE—Antonio Batres Jáuregui,—uno de los valores sólidos, de los varios con que merecidamente se ufana la mentalidad guatemalteca de estos tiempos, aunque él ya no sea un mozo,—cuéntame, y es además persona muy fidedigna, que en su reciente viaje a Río de Janeiro tuvo ocasión de ver los regalos que el Gobierno brasileño hizo a Elihu Root y su familia. Positivas maravillas: para Root, azafate de oro macizo, con la inscripción de "¡Libertad o Muerte!", (obsequio a don Pedro I, cuando el Brasil se declaró independiente de Portugal); para la señora de Root, dentro de primoroso estuche de madera de rosa, ¡¡¡100,000 dólares en brillantes brasileños, de incomparables aguas!!!; y para la señorita Root, dentro de estuche de sándalo, esmeraldas, también indígenas y extraordinarias, por valor de ¡50,000 dólares!

Esta familia Root anda ahora recorriendo "el mundo de Colón" con una martingala que siempre produce, por lo menos, eso: grandes fiestas y no me-

nudos regalos. El, Root, que es un estadista justamente acreditado en su tierra y un abogadazo de primera fuerza, diz que ha emprendido la jira,—a bordo, por supuesto, de formidable acorazado yanqui, a fin de que no se nos olvide la fuerza de los EE. UU.,—para anunciarnos un flamante evangelio de confraternidad sincera (?) y continental, que, si nos lo tragamos habrá de acarrearnos quién sabe cuántos deleites y beneficios... ¿Cuándo nos convenceremos de que tales mojigangas no son, en el fondo, sino la **poudre aux yeux**?

22 DE OCTUBRE—Los banqueros londinenses, Fred Huth & Co.,—12, Tokenhouse Yard, E. C.,—en carta del 6 de septbre. me anuncian que tengo a mi disposición, desde el 4 de junio último, L. 31.11.7, o sea, en Ptas. 795.83; cantidad que mensualmente me corresponde a título de encargado de la legación de España en Centroamérica. No me caería mal, pero como me ha caído mejor la representación diplomática de la Madre Patria, no cobraré un solo céntimo, que honor envilecido ya no puede ser honor.

28 DE OCTUBRE—Los señores E. Goubaud y Cía., viejos y acreditados libreros de esta plaza, comunícanme que la Librería de Fernando Fe, de Madrid, acaba de pedirles 6 ejemplares de mi DEL NATURAL y otros 6 de mi METAMORFOSIS.

Y los periódicos de México entéranme de que

LA VENGANZA DE LA GLEBA no cesa de representarse por allá.

6 DE NOVIEMBRE—En el taller de Justo de Gandarias, el talentoso escultor español naufragado en estas tierras y de quien ya he hablado en las páginas de MI DIARIO, que ahora va a principiar un medallón, a la cera perdida, de mi individuo. Conforme apercibe caballete y barro, conforme empieza a plasmar éste, cuánto me complace, más que charlar con él oir su charla, descosida siempre, siempre evocadora de mejores tiempos, su "siglo de oro", allá, en los Madriles, cuando fuera escultor de cámara de Alfonso XII y artista a la moda. No le pierdo ripio, mientras él habla y acciona, sus toscos espejuelos de présbita, resbalándole por la nariz. Es su labia, pintoresca e instructiva a menudo, galería de retratos y archivo de recuerdos interesantes; en el fondo, compasiva para con sus prójimos,—aun para aquellos que lo envidiaron o lo perjudicaron entonces y hoy,—y filosófica para con los sucesos; flagela harto menos de lo que perdona, y entiende de flaquezas humanas, como son las de casi todos los artistas de raza, iguales a Justo, así hayan venido a pésimas. También como casi todos los artistas, padece Justo de porción de excentricidades; ahora la ha dado por desmanchar ropa vieja con procedimiento de su invención, que diz que deja a la que se halle inservible, "mucho mejor que nueva"!...

12 DE NOVIEMBRE—Tercera sesión con Gandarias, que como las dos anteriores termina llevándomelo yo a casa, a que almuerce con nosotros. Hasta mi hijo goza con su presencia, y a mi mujer se la tiene ganada desde las primeras de cambio. Hay que advertir que, fuera de un congénito desaseo, es un hidalgo que sabe llevar con dignidad sus canas y su actual pobreza, pues no en balde se rozó cuando mozo con aristócratas y millonarios. ¡Si yo pudiera sacarle avante, mientras dura mi representación de los intereses españoles, su justísima reclamación que data de la época de Reina Barrios, y que monta, con principal y réditos acumulados, a varios miles de pesos, lo haría feliz!... En eso pára siempre nuestra plática; y son de oír los proyectos a que se abandona: daría un adiós a España, y regresaría a América, a México o la Argentina, donde... Y el ensueño hablado se agiganta, vuélvese una enésima recitación de la fábula de "La Lechera", que todos declamamos en alta voz o para nuestros adentros, cada vez que pretendemos escapar ¡en pensamiento siquiera! de las situaciones de estrecheces y angustias que todos hemos pasado y que todos corremos el riesgo de volver a pasar.

23 DE NOVIEMBRE—Fecha en el Gran Hotel de esta ciudad, recibí esta tarde carta atenta y expresiva de don Emilio de Palacios, que viene a encargarse de la legación de España y de cuyo inminente arribo ya estaba yo impuesto por el Minis-

terio de Estado, de Madrid. Lo cité para mañana mismo.

24 de NOVIEMBRE—Transcribo, íntegra, la nota que hoy dirigí al Ministro de Estado, en Madrid, después de haber hecho entrega, con todas las debidas formalidades, de la legación de España que fué a mi cargo durante cinco meses y veinticuatro días:

—"Legación de S.M.C.—(Al margen: Núm. 82—"Subsecretaría)—Guatemala: 24 de noviembre de "1906—Exmo. Señor:—Con esta fecha tuve la hon-"ra de enviar a V. E., por el cable, el siguiente men-"saje, que confirmo:—Palacios acreditado hoy.—"En efecto, el señor don Emilio de Palacios y Fau, "que ayer ingresó en esta Capital por la vía de "Puerto Barrios, la tarde de hoy fue recibido en su "carácter de Encargado de Negocios de España "por el señor Secretario de Relaciones Exteriores "de la República de Guatemala; con lo cual termi-"na la honrosa interinidad que se dignó confiarme "desde hace casi seis meses el Gobierno de S.M.C., "de velar por sus intereses diplomáticos en estas "Repúblicas centroamericanas.—En nota separada, "el señor de Palacios participará a V. E. lo que se "refiera a la entrega de la oficina; entrega que se "llevará a cabo entre hoy y mañana.—Es mi ma-"yor deseo, que mi gestión interina haya merecido "la regia aprobación de S. M. y la facultativa de "su ilustre Ministerio de Estado.—Una vez más, "agradezco profundamente la señalada distinción

"con que se quiso favorecerme; y como siempre, rue-
"go a V. E. sea muy servido de aceptar las seguri-
"dades reiteradas de mi más alta consideración.—
"(f) F. Gamboa—Excmo. Señor Ministro de Es-
"tado—Etc., etc., etc.—Madrid".

11 DE DICIEMBRE—Por mi propia experiencia y por lo mucho que a ese propósito me han contado mis colegas, sabía yo que en nuestra Carrera parece de rigor que jefes y subalternos anden de uñas perpetuamente y que en el interior de las cancillerías se libre una campaña sorda. De ahí que en cuanto llegué a jefe de misión procurara que esa guerra nunca existiera en mis dominios. Al efecto, he tratado con la mayor cordialidad a cuantos secretarios y agregados quedaron a mis órdenes, y obtenido que, en ocasiones, aun se hayan anudado verdaderas amistades o refrescado compañerismos y amistades viejas, de colegio o de otras épocas de juventud y adolescencia,—hasta de épocas tormentosas de paseos y calaveradas. Con Rebolledo extremé la nota y, sin embargo, se produjo un incidente desagradable entre él y yo, por una nadería oficinesca. Con positivo sentimiento de mi parte, hube de quejarme a la Secretaría, por el cable; pero cuando monto en mi mula episcopal para volver a "Villalobos",—donde nos hallamos de temporada,—un dejo de contrariedad y de amargura me acibara el lindo camino.

12 DE DICIEMBRE—¡Un día grato! Por la ma-

ñana, carta de mi ilustre amigo Valero Pujol, que dice a la letra:

—"Señor de toda mi consideración: ha repre-
"sentado Ud. durante algunos meses a España, mi
"patria, con la lucidez y el tino y el deseo de bien
"con que representa a México.—No hay aquí uni-
"dad colectiva española, sino personas aisladas
"unas de otras sin lazos y sin planes comunes. De
"ello se sigue, que aun habiendo voluntades análogas
"no se exprese una idea de todos. Los españoles es-
"tán profundamente reconocidos a la solicitud de
"Ud.; ignoro, sin embargo, si han sabido o podido
"dar su testimonio.—Pero quiero yo dárselo, ya sea
"aisladamente, como voto de un hombre honrado y
"agradecido.—A través de las incorrecciones de los
"tiempos y de la ilógica que mueve casi todas las
"cosas, suele sorprender un silogismo bien hecho.
"En este caso, los dos pueblos que más se asemejan
"en el mundo, México y España, han tenido un mis-
"mo intérprete, con la ventaja de tocar papel tan
"alto a la personalidad de Ud., para todos en ex-
"tremo simpática, por su carácter, por sus especia-
"les dotes y por una atracción generalmente senti-
"da.—Por mi parte le diré, que no creo haya estado
"nunca mi patria mejor representada que en los
"pasados seis meses.—Ya sea esto de poco o ningún
"valor, le ruego lo acepte si no por su peso, por su
"sinceridad".

Y por la tarde, una comisión de la colonia española vino a hacerme solemne entrega de un pergamino, miniado al óleo por Justo de Gandarias,

y en el que se cuentan hasta ciento cinco firmas, entre las que figuran la del propio Justo y la de Pujol, que las encabeza a todas. El óleo es muy inspirado: la madre España, sentada en una especie de trono, posa su diestra sobre la testa del león emblemático, que a su vez sostiene con una de sus garras en alto, el escudo nacional; y con la mano izquierda pliega la bandera hispana, que medio cubre al globo terráqueo. A espaldas de la matrona, se alzan las Columnas de Hércules, en las que se lee la célebre divisa: "**Plus ultra**". Y la leyenda, en caracteres góticos, también miniados,—la A inicial deja ver a nuestra Aguila,—dice:

—"Al Excelentísimo señor don Federico Gam-
"boa, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipo-
"tenciario de los Estados Unidos Mexicanos en las
"Repúblicas de Centro América, habiendo repre-
"sentado noblemente a España como Encargado de
"su Legación, la Colonia Española, altamente agra-
"decida, le subscribe este Testimonio.—Guatemala,
"Noviembre de 1906".

Como estas cosas no las consigue ningún dinero, sólo puede uno agradecerlas con el corazón y conservarlas como oro en paño. ¡Que así, después de mi muerte, las conserve mi hijo!

20 DE DICIEMBRE—Hoy dimos por concluída nuestra temporada de "Villalobos".

22 DE DICIEMBRE—Cumplo 42 años, y desde que abro los ojos, mi santa mujer esmérase en que

el aniversario familiar me resulte dulcísimo. Con nuestro hijo en sus brazos entró a despertarme y a que Miguel me ofreciera su regalo.

—¿Y el tuyo?—le pregunto.

Sonríe con la tierna sonrisa que le es peculiar, y no me contesta una sola palabra.

Al salir de mi habitación, desde la que se descubre casi todo un testero de mi vasto gabinete de trabajo, al que se adosa la chimenea con que me obsequió Jesús F. Contreras cuando mi casamiento, distingo su cuelga, ya colocada a los medios de la misma chimenea: la preciosa estatua en bronce, obra de los días triunfales de Gandarias, de la que venía yo prendado y que él negábase a venderme porque mi mujer ya se la había comprado, exigiéndole, para conmigo, la reserva más absoluta; llámase la "Poesía Lírica", y es una mujer apenas cubierta en su desnudez de diosa por un cendal a punto de caérsele de las espaldas y el talle, absorta como se halla, después de arrancar de su lira griega la armonía del verso que escucha arrobada.

Cargado con el medallón de mi individuo, al filo de la 1 se presenta Justo de Gandarias, a almorzar con nosotros. Es una preciosidad artística su regalo, por la factura y hasta por el parecido.

Tarde y noche, visitas y felicitaciones, inclusive algunas oficiales (!).

31 DE DICIEMBRE—Excepto la inopinada fricción con Rebolledo, y a pesar de las muchas dificultades que me han salido al paso durante este año,

son tantas las satisfacciones con que en compensación me ha regalado, que hoy más que nunca impónese la ritual acción de gracias a la Providencia. Al atardecer fuimos a rendirlas mi mujer y yo a la Catedral, en cuya penumbra, dichosamente pasamos inadvertidos.

Luego, a atraer con el deseo sobre la cabeza de nuestro hijo, ya dormido, el Niágara de dichas que para él apetecemos.

Y a lo último,—yo sacrifiqué mi acostumbrada ida al Club,—a desearnos los dos que Dios no nos deje nunca de Su mano.

# 1 9 0 7

2 DE ENERO—Lindo aguinaldo el que me proporciona esta nota que acaba de llegarme y que mucho me complace archivar en MI DIARIO, para constancia: (Al margen, el Escudo Español)—"Núm. 56—Ministerio de Estado, 18 de Diciembre "de 1906—Excmo. Señor:—Muy Señor mío: Dada "cuenta a S. M. el Rey, mi Augusto Soberano, de su "Despacho Núm. 75 de 21 de Noviembre último, en "el que comunica la galante y levantada resolución "de su Gobierno. **y su generosa renuncia personal** "referente a **no recibir gasto alguno de representa-"ción ni haberes por ningún otro concepto,** por el "desempeño de la comisión de que ha estado encar-"gado, me complazco en manifestar a V. E. las "más expresivas gracias en Su nombre, encargán-"dole se sirva trasmitirlas a su Gobierno, estimando "tan afectuoso proceder que viene a añadir un víncu-"lo más a cuantos felizmente contribuyen a mante-"ner siempre viva la afectuosa cordialidad de rela-"ciones existente entre los Estados Mexicanos y

"España.—Aprovecho esta oportunidad para reite-
"rar a V. E. las seguridades de mi distinguida con-
"sideración—(f) J. Pérez Caballero—Al Sr. Don
"Federico Gamboa, Ministro Plenipotenciario de los
"Estados Unidos Mejicanos en Centro América, En-
"cargado, que ha sido, de la Legación de S. M. en
"Guatemala".

Los subrayados van por mi cuenta en la presente reproducción, que es literal.

11 DE ENERO—Siguen los halagüeños despachos de Madrid:

(Al margen, el Escudo Español)—"Subsecreta-
"ría—Núm. 164—Ministerio de Estado—Excmo. Se-
"ñor:—Al acusar a V. E. recibo de su atento Despa-
"cho número 82, fecha 24 de Noviembre último, en
"que se sirve participarme la llegada a esa Capital
"de Don Emilio de Palacios y Fau, y haber hecho
"entrega a dicho Señor de la Legación de S. M. en
"Centro América, me es muy grato expresar a V. E.
"el agradecimiento con que el Gobierno ha visto la
"gestión eficaz de V. E. en pro de nuestros intereses,
"durante el tiempo que tuvo encomendada la re-
"presentación de España en esas Repúblicas.—De
"Real orden lo digo a V. E. para su conocimiento.—
"Dios guarde a V. E. muchos años.—Madrid, 27 de
"Diciembre de 1906.—(f) J. Pérez Caballero.—
"Excmo. Señor Don Federico Gamboa, Enviado Ex-
"traordinario y Ministro Plenipotenciario de Méjico
"en Guatemala".

12 DE ENERO—El poeta Máximo Soto Hall estuvo hoy en casa, a obsequiarme con un soneto de su fábrica, que dice a la letra:

SANTA

(Después de haber leído la novela de
Federico Gamboa)

"Santa, a quien no mordieron los dientes del silicio,
"Ni sus espaldas tersas, suaves y alabastrinas,
"Con sangre rubricaron las recias disciplinas,
"Ni del constante ayuno la descarnó el suplicio.

"Atenta a las campanas del sacrosanto oficio
"Jamás la sorprendieron las horas matutinas;
"Sus noches, fueron noches de fiestas libertinas,
"El lupanar su templo y su palenque el vicio.

"¿Quién descubrió entre tantas y tantas liviandades
"Un astro de pureza? ¿Quién de virtud las palmas
"Halló entre aquel torrente de lúbricos despojos?

"Fué un ciego en sus eternas luctuosas soledades:
"Que para ver el fondo sin fondo de las almas
"De nada sirve el lente mezquino de los ojos".

Y "América", de la Habana, llégame con un elogio de Arturo R. de Carricarte; en "La Quincena", de San Salvador, reproducen el prólogo de MI DIARIO y Vicente Acosta me consagra un artícu-

lo; "La Campaña", de aquí, también reproduce aquel prólogo, "El Diario", de México, reproduce un fragmento de "Vendía Cerillos", de mi DEL NATURAL, y mi querido Manuel Larrañaga Portugal me dedica largo y benévolo juicio acerca de mi obra y de mi individuo.

No ha sido malo el día.

18 DE ENERO—Hasta "Villalobos", tercera temporada en finca tan deliciosa. Ahora debería yo concluir mi drama "A buena cuenta", del que llevo escritas las primeras escenas. Algo atemorízame que el tal vaya a resultar una jeremiada "socialística".

21 DE ENERO—Nuestra Señora de La Candelaria es la patrona de esta finca, y hoy sus pobladores han dado comienzo a la novena, pero conforme a su rito, antes de que amanezca; por eso la ceremonia se llama "alba", que, en cantos, procesión con velas encendidas, etc., mucho se parece a nuestras "posadas" decembrinas. Como la capilla en que se venera a la imagen queda dentro de la finca, al fondo del terrado cubierto y a un paso del comedor, la gente desfiló frente a nuestras puertas. Los cohetes,—adminículo indispensable en toda fiesta guatemalteca y del que abusan fuera de medida,—nos despertaron desde que andaban lejos todavía; luego, el murmullo fue arreciando hasta no convertirse en comprensible.

Extraña impresión en la plena noche,—aun no clareaba,—del mujerío, la chiquillería, el pito y el tam-

bor, acompañantes bárbaros de su canturreo místico; sin mirarlos los adiviné en su caminata ritual y de desagravio. Brusca interrupción del sueño que, a poco, volvía dulcísimamente a invadirnos, no sin vestir de fantasías la causa del rumor que avanzaba y crecía: ese canto doliente, de angustia de siglos, en la desolación y la negrura de los campos...

31 DE ENERO—¡Ayer nací de nuevo! Por complacer a los muchachos de casa,—la novia de Rafael mi cuñado vino a comer con nosotros en compañía de otras chicas,—y no obstante haber ya despachado desde por la mañana mi dieta casi diaria de equitación, accedí a acompañar hasta Villanueva a la alegre cabalgata, de la que mi hijo, caballero en su preciosa y diminuta yegua "La Chispa", forma parte importante.

Mi retinto es durísimo de boca; en cierto "five o'clock tea" que dieron en su magnífica residencia mis viejos amigos de México, Mr. and Mrs. Lionel E. G. Carden, que ahora representan aquí a su Inglaterra con británico decoro, entiéndase decoro modelo, apenas si medio sofrené al tal retinto cuando ya besaba los albos manteles de la mesa puesta en los jardines, y los invitados dispersábanse despavoridos.

De Villalobos hasta el puente, todo iba bien, descontada, por supuesto, la nerviosidad contagiosa que aun a los caballos mansos gana siempre que varios caminan juntos. Pero en el puente hubimos de apearnos los varones para reapretar la cincha de uno de

los brutos, que montaba la novia de Rafael. Volvimos a montar y quiso mi mala suerte que no atinara yo a meter mi pie en el estribo del lado derecho; mientras lo buscaba, he de haber cosquilleado con el acicate el vientre del retinto, pues salió de estampía, y yo en inestable equilibrio. Sabedora la comparsa de lo que gusto de galopar y de correr a caballo, nadie paró mientes; sólo mi hijito, ¡oh, maravillosas adivinaciones del cariño!, arrancó a su "Chispa" sin lograr emparejárseme, con lo que la locura del retinto subió de punto...

Momentos para mí de angustia indecible. Quise "quebrar" al caballo, sin lograrlo; le azoté las orejas con el látigo, para que el dolor en sitio tan sensible, le devolviera el juicio ¡que si quieres! las dobló entrambas, agachó la cabeza y, bufando, aumentó su carrera desaforadamente, tanto, que los boyeros de un tren de carretas que seguía el mismo camino, los escasos trajinantes de a pie, las mujerucas de las chozas que se asomaron al ruido, todos a voces me encomendaban a Dios y sus santos... Dándome cuenta yo de que corría a la muerte,—mi introspección era más aguda y viva conforme crecía el peligro,—envuelto en nubes de polvo, mi sombrero sobre la nariz por culpa de la rama de un árbol que me lo derribó, echado sobre el cuello de la bestia, como jockey profesional, asido desesperadamente a las crines, como un caballista de circo, pegado al albardón como por arte de magia, zumbándome los oídos, escuchando los bufidos del penco y los latidos inusitados de mi corazón, por un instante

pensé tirarme al suelo, pero contúvome un extraño olor repentino: el suelo me olió a lo que nos huelen las sepulturas recién abiertas...

¿Cuánto corrimos?... Leguas ¡con subidas, bajadas, hoyancos y piedras! Se me agotaban las resistencias, apenas si mis pobres nervios en eretismo, sosteníanme en equilibrio inestable... Comprendí que mi tragedia tocaba a su fin, que el caballo, ciego, acabaría por despedirme y arrastrarme y hacerme pedazos... Ante mi vista interior desfiló, rápida, mi propia vida... Considerándome en las últimas, mi pensamiento volvióse a Dios, intensivamente, según ha de volverse en las agonías, y entonces ¡el milagro!: cual si una mano providencial e invisible hubiese arreglado las cosas, mi pie derecho se adueñó del estribo campaneante...

Me afirmé en los dos y me sentí a salvo. La bestia que todos llevamos adentro, volvió por sus fueros, y más bestia yo que la bestia que montaba, sin piedad púseme a azotarla con el látigo al propósito de que corriera más, más, hasta que exhausta rodara conmigo encima de ella... Bordeamos la laguna y, al divisar Atitlán, el retinto ¡que no podía más! obedeció a mi tirar y tirar de las bridas; los latidos de sus ijares me repicaban en los tacones de las botas. De golpe, detúvose en seco, despatarrado, tembloroso y jadeante, sudando a mares, empapados sus belfos destrozados, en copiosa espuma sanguinolenta. ¿Por qué no me apee en el acto? Porque estaba anquilosado todo mi cuerpo y más trémulo que el del retinto. De común y mudo acuerdo él y

yo, a moderadísimo tranco enderezamos hacia el pueblo, en cuya plaza, frente a la ceiba añosa, copuda, y de rigor en la plaza de todos los pueblos pequeños de Centroamérica, hay una tienda con sus poyos de ladrillo en sus afueras, que a mí se me figuró, a pesar de que es mi conocida, la Tierra de Promisión. Las propietarias del tendajo, dos "niñas" amigas mías que ha rato doblaron el cabo de las tentaciones activas y pasivas,—por estos contornos las "niñas" comerciantes son, si bien les va, quintañonas a medias,—salieron asustadas en mi auxilio; y tras ellas, su mozo; y luego, vecinos que me cercaron. El caballo desfallecía, sus ojos, desorbitados, tiraban a rojo sangre de buey, sus narices soplaban y dilatábanse como fuelles de fragua, y los encuentros, los cuatro remos, las ancas chorreaban espuma gris. Yo he de haber estado lo mismo que estaré el día que me entierren, según eran los visajes, aspavientos y preguntas que dejé sin respuesta. Los varones, sujetaron por el freno al caballo que oscilaba, y a mí desmontáronme cual si se tratara de desmontar a una estatua ¡tal era mi rigidez! Cuando manos burdas pero caritativas friccionábanme, costó un triunfo abrirme la diestra, dentro de la que se hallaba enorme maraña: las crines que en mis ansias le arranqué al retinto!... Echáronme en uno de los poyos, donde me apuntalaron con almohadas muy limpias, de las "niñas", y trapos muy sucios, de los labriegos; una de las dos "niñas", samaritanamente, me dió a beber un cordial alcohólico:

—"Lo que siento es que sea **guaro**,—me dijo,

sonriendo a la manera de los ángeles,—pero no tenemos de otro..."

Yo bebí con sin igual deleite ese aguardiente rompe-gaznates, el preferido de campesinos y gente del bronce. A poco, caí en un sopor que si no fué desmayo precisamente, ha de haber sido un primo hermano suyo.

Al cabo de Dios te guarde, se apareció la cabalgata: a la descubierta, mi hijo y su espolique, en seguida los muchachos y, a lo último, las chicas; presas todos de pánico manifiesto. ¡Vaya si ha habido de qué!... En el pueblo facilitáronme, gratis et amore, un **sulky** tirado por mansa mula, pues pensar que yo regresara a caballo no se le ocurrió a nadie: sentíame molido, descoyuntado y con frío en los huesos.

Contra lo que en casa temíamos, dormí como un bendito. ¡Dios sea loado!

10 DE FEBRERO—Gusto de ir lo más frecuentemente que puedo, a rematar la tarde en el curato de la vecina Villanueva, con cuyo párroco,—de agradabilísimo comercio,—ensarto la hebra, a la hora triste del crepúsculo, en que él consagra sus breves descansos al riego y aliño de las flores de su huerto.

La tarde de hoy, después de que habíamos charlado de esto y de aquello, el crepúsculo, que se metió de repente dentro de las austeras desnudeces de su cuarto de sacerdote y de solitario, selló nuestros labios. Púseme a mecer, despacio y de cara al huerto,

en la única mecedora de bejuco, mirando a las flores que se borraban y a las luciérnagas que se encendían,—en realidad, miraba yo cosas y rostros lejanos,—y mi buen amigo quiso sorprenderme con un grafófono que le han regalado y es causa de sus delicias. Sin prevenirme, antes sofocando sus andares, a tientas asió un disco y echó a andar el aparato: era "La Marsellesa", que se difundió en la estancia, salió al huerto y tendió, luego, por sobre este villorio africano sus alas guerreras, impotentes en esta vez, sin embargo, para perturbar la dulce paz que lo cobijaba...

¡Qué distante se halla éste mi respetable amigo tonsurado, de aquel P. Falgueiro, de Eça de Queiros: —"...**do céo só lhe importa saber si está chu-**
**"voso ou claro..."**!

23 DE FEBRERO—¡Si la noticia resulta cierta, es piramidalmente elocuente! Cuéntase por ahí que uno de los varios hijos de Estrada Cabrera, un cierto Diego, acaba de naturalizarse ciudadano de los EE. UU. de América, en San Francisco de California.

Los telegramas de la prensa, entéranme de un detalle deliciosamente artístico: Carducci, en sus últimos momentos, pidió que le leyeran versos.

28 DE MARZO—El conducto que me ratifica la especie es a tal extremo fidedigno, que ya no caben dudas.

Hoy, Jueves Santo, se registró en esta ciudad

mártir un sucedido que pone de bulto el grado de avilantez a que hay que llegar para complacer a un déspota.

Sobre lo irreverentes y grotescas que ya son de suyo las procesiones al aire libre,—que aquí se efectúan a menudo no obstante el subido color "panterista" de las autoridades,—y con mayor razón durante la Semana Santa,—habría que añadir un **trop de zéle** incalificable que en tan señalada fecha se produjo frente a las ventanas enrejadas de la casa particular del Presidente, desde las cuales, éste, rodeado de sus edecanes, contemplaba el devoto desfile: ¡¡¡los conductores de la imagen de Jesucristo con la cruz a cuestas, detuviéronse frente a Cabrera e imprimieron a la escultura tres inclinaciones de acato y reverencia!!!...

1º DE ABRIL—Trajéronme de la imprenta de Síguere el primer ejemplar ya concluído, —y perfectamente por cierto,— de la edición de 1000 que le mandé hacer de mi drama "La venganza de la Gleba".

4 DE ABRIL—De Nathaniel Hawthorne, leyendo esta mañana sus "**Twice-told-Tales**":—"**Do you "remember any act of enormous folly at which you "would blush even in the remotest cavern of the "earth?...**"

El caso mío, y el de usted que me lee, y el caso de todos.

8 DE ABRIL—Muy sigilosamente comunícame Juan J. Ortega cuando viene a casa la noche de hoy, la noticia llegada por el cable: ayer asesinaron en calles de la ciudad de México, al general don Manuel Lisandro Barillas, ex Presidente de Guatemala y, a últimas fechas, refugiado político entre nosotros.

9 DE ABRIL—"Emigrado político", desde México, participame directamente la nueva del asesinato; aun me pide que lo avise a la familia del general, en Quezaltenango...

No hay quien no señale a Estrada Cabrera como el autor intelectual del crimen, cuando quizás no lo sea.

24 DE ABRIL—Con nota de Relaciones, núm. 283 J. y fecha el 11 de marzo ppdo., recibí hoy la siguiente comunicación de Madrid, con la que se me recompensan mis servicios a España y mi renuencia a aceptar los emolumentos monetarios que fueron puestos a mis órdenes:

—"Ministerio de Estado — Madrid, 4 de Fe-
"brero de 1907 — Excmo. Señor — Muy señor mío:
"Tengo la honra de poner en conocimiento de V. E.
"que S. M. el Rey, mi Augusto Soberano, se ha
"dignado aprobar la propuesta a favor de V. E. pa-
"ra Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isa-
"bel la Católica, libre de todo gasto; y a fin de
"poder formalizar el nombramiento y expedir el

"título definitivo, remito a V. E. la adjunta nota, "rogándole se sirva llenarla y devolverla a la Se- "creteria de las Ordenes en este Ministerio. — "Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a V. E. "las seguridades de mi distinguida consideración. "— (f) Manuel Allendesalazar — Don Federico "Gamboa."

Huelga expresar aquí, que en el acto contesté, agradeciendo la regia merced y obsequiando las indicaciones del Ministro de Estado madrileño. ¡Válgame esta compensación por los pésimos ratos que paso!

25 DE ABRIL—Todos estos días en ansiosa espera de noticias oficiales de México. Aquí la inquietud es indecible y la tirantez de mis relaciones con el Gobierno de Cabrera en manifiesto aumento. Creo que dicha tirantez nunca ha de haber sido como la actual y como la que se avecina.

28 DE ABRIL—¡Hasta que Dios quiso! Llegó a las 11 de la noche, el siguiente telegrama:

—"Ministro Mexicano — Guatemala — En vis- "ta constancias causa instruída contra Florencio "Morales y Bernardo Mora, por homicidio Gral. Ba- "rillas, y con arreglo art. 5 Tratado Extradición, "pida por nota detención provisional Gral. José "Ma. Lima, contra quien se ha dictado orden de pri- "sión como instigador o cómplice del delito. Van "documentos necesarios extradición. Además, con-

"forme al art. 16 mismo Tratado, pida la compa-
"recencia personal aquí del Jefe puerto San José,
"Onofre Bone, como testigo. Haga presente que aun
"cuando indicado probablemente es guatemalteco,
"y el Tratado no establece la obligación de entre-
"garlo, no quita la facultad de hacerlo y tiene ese
"Gobierno el interés de que por tal medio se acla-
"re en todos sus pormenores un delito de tan ex-
"cepcional gravedad cometido por guatemaltecos.
"Conteste inmediato recibo — Mariscal".

29 DE ABRIL—Mi respuesta telegráfica de hoy:

—"Secretario de Relaciones Exteriores — Mé-
"xico — Anoche sábado a las 11 entregáronme jun-
"tos mensaje en que pregúntaseme si recibí ante-
"riores del 17 y 22, y mensaje en que ordénaseme
"pedir extradición Gral. Lima y comparecencia Mé-
"xico Coronel Bone. Recibí aquellos dos. Mañana
"lunes dirigiré nota este Gobierno y telegrafiaré
"usted respuesta que obtenga."

¡Ojalá que no se acojan al Tratado y estos señores nos pongan en un aprieto!...

29 DE ABRIL—Desde esta mañana en que se supo la noticia, un huracán de estupor y de pánico se ha abatido sobre la ciudad y sus pobladores: Estrada Cabrera salvó milagrosamente de la mina que estalló bajo su carruaje, en la 7ma. Avenida Sur; noticia que a mí me comunicó el abogado ta-

basqueño aquí domiciliado desde hace tiempo, don Mariano Salas, cuando abría yo mis balcones...

Por mi actual carácter de decano del Cuerpo Diplomático extranjero, convoqué de urgencia a casa a mis colegas, para que de común acuerdo resolviéramos lo que hubiera de hacerse en circunstancias tan delicadas. Se resolvió que, incontinenti, nos trasladáramos todos los jefes de misión a la Secretaría de Relaciones Exteriores, y que yo expresara al Ministro nuestras condolencias oficiales y particulares.

D. Juan Barrios M., nos pormenorizó a su modo el atentado y excusó al Presidente porque no nos recibía en persona, "pues hallábase recluído en sus habitaciones". Díjele mi **speech**, y en su respuesta, mis colegas y yo mismo advertimos dos o tres reticencias, marcadamente enderezadas a mi persona (???...) Por remate, la copa de champagne que aquí es de rigor, igual cuando hace sereno que cuando hace nublado o tempestuoso.

30 DE ABRIL—Pareció la madre del cordero, o el por qué de las reticencias de ayer, de don Juan Barrios M. Poco antes del medio día, recibí la siguiente nota de este Gobierno:

—"Secretaría de Estado — Guatemala, 29 de "abril de 1907—Señor Ministro:—Tengo la hon-"ra de dirigirme a V. E. para manifestarle que la "Auditoría de Guerra informa que en el proceso "instruído con motivo del asesinato frustrado esta

"mañana contra la persona del Excmo. Sr. Pre-
"sidente Constitucional de la República, aparece
"ampliamente comprobada la participación como
"coautores y cómplices, de los guatemaltecos En-
"rique y Jorge Avila Echeverría, Baltasar Rodil y
"otros, quienes, según los informes de la misma au-
"toridad, se hallan asilados en la Legación del muy
"digno cargo de V. E. — Esta Cancillería no duda,
"Señor Ministro, que al imponerse V. E. de lo ex-
"puesto, tomando en cuenta la gravedad de seme-
"jante crimen del orden común y la nacionalidad
"de los refugiados, V. E. se servirá poner dichos
"criminales a disposición de esta Secretaría para
"que puedan ser entregados a la autoridad que
"los juzga. — Anticipo a V. E. las debidas gra-
"cias y le reitero la seguridad de mi más elevada
"consideración — (f) Juan Barrios M."

No tuve que pensar mucho lo que debía yo hacer ni lo que debía decir: en las grandes dificultades de mi modesta vida, trátese de las íntimas o de las otras, he podido observar que siempre fué el mejor mi primer impulso, —las "voces interiores" de Juana de Arco, que todos llevamos dentro, aunque rara vez queramos obedecerlas. Me apercibí a sobrellevar las probables consecuencias del acto que iba a realizar,— que estos señores me enviaran mis pasaportes o que mi Gobierno reprobara mi conducta, y me retirara y procesara, y rogué a mi pobrecita mujer, —cuyos nervios estaban de punta, por culpa de los sucesos de estos últimos días, que

alistara nuestras maletas por si teníamos que salir violentamente de Guatemala. Luego, me encerré con Domingo Nájera y De Pindther en mi gabinete de trabajo, y le dicté de un solo aliento, esta respuesta:

—"Legación de México en las Repúblicas de "Centroamérica — Guatemala: 30 de abril de 1907 "— Señor Ministro: — Es tal la magnitud de la "ofensa que se contiene en la nota que V. E. me "ha dirigido el día de hoy, con fecha de ayer, en "la cual osa temerariamente suponer capaz a un "representante del Gobierno de México, —Gobier- "no que por dicha nuestra se halla universalmen- "te respetado y cuya honorabilidad, dado su com- "portamiento diario en todas sus cuestiones, sólo "puede ser puesto en tela de juicio por un ofusca- "miento,— es tal la magnitud de la ofensa, repi- "to, que mi respuesta debiera de limitarse a exigir "de V. E. la entrega inmediata de mis pasaportes "y de los pasaportes del personal de la Legación "a mi cargo. — Esta Legación ha concedido en di- "versas ocasiones, —¡y con cuánto júbilo cuando "yo fuí quien lo concedió!— un asilo inviolable "para personas todas ellas honorabilísimas, que no "habían cometido más delito que ser opositores y "desafectos (no me toca a mí juzgar si con razón "o sin ella) a la administración del actual Presi- "dente de Guatemala, Excmo. Sr. Lic. D. Manuel "Estrada Cabrera. — Pero que de ahí se siga el que "V. E. se permita calificarme de ocultador de reos

"de un delito de orden común, es cosa que no pue-
"do consentir; y a reserva de lo que mi Gobierno
"resuelva en este caso sin precedente, yo arrostro
"el todo por el todo y me complazco en conceder la
"autorización indispensable y previa, para que esas
"autoridades guatemaltecas, que V. E. dice tan bien
"informadas, pasen a esta Legación acompañadas
"de V. E. —condición **sine qua non**,— a cerciorar-
"se por sí mismas de lo delirante de su imputación;
"dado que prefiero mil veces violentar en cierto
"modo, bajo mi directa y personal responsabilidad,
"el principio consagrado de extraterritorialidad, a
"que un Gobierno cualquiera pueda suponer que
"en una Legación de México se perpetra el delito
"de ocultación de criminales. — Quedo en espera,
"sin moverme de esta Cancillería, de que V. E. se
"digne fijar la hora, hoy mismo, en que pasará
"con las autoridades que mejor le plazca a efec-
"tuar un cateo, para el cual yo me honro en otor-
"gar el más amplio de los permisos. — Acepte V.
"E. las reiteradas seguridades de mi alta conside-
"ración."

Poco duró mi natural desasosiego; aun no terminábamos de cifrar el telegrama en que comunicaba a México lo ocurrido y la esencia de mi contestación, cuando recibí la de D. Juan Barrios M., que dice a la letra:

—"Secretaría de Estado — República de Gua-
"temala — Centro-América. — Guatemala, 30 de
"abril de 1907 — Señor Ministro: — Me apresuro

"a corresponder la muy estimable comunicación de "V. E. de esta misma fecha y contestación a la "que ayer tuve el alto honor de dirigirle respecto "a lo informado por la Auditoría de Guerra; y sien- "to profundamente y deploro con la mayor since- "ridad que mi aludida nota haya causado tanto "desagrado como revela su ya citada comunicación, "pues aquélla no llevaba otros fines que poner en "su noticia dicho informe, para el caso de que V. E., "llevado de su generoso y reconocido altruísmo, hu- "biese concedido asilo a coautores y cómplices en "el asesinato frustrado contra la persona del Excmo. "Señor Presidente, en la creencia de que se tra- "taba,, como V. E. lo reconoce y declara explíci- "tamente, de delitos puramente políticos, para los "cuales V. E. dice haberles prestado más de una "vez asilo inviolable en la Legación, por los moti- "vos y en las circunstancias que se digna expre- "sar. — Por otra parte, a la ilustración de V. E. "no se oculta, que conforme a la doctrina general "de los tratadistas y a la práctica de todos los Go- "biernos cultos, no constituye ofensa la soli- "citud de entrega de delincuentes asilados en una "Legación, hecha en la forma cortés y correcta que "tuve la satisfacción de emplear en mi ya citada "comunicación, con la mira de informar oportuna- "mente a V. E., sin ánimo de causarle el menor "desagrado y en el sano deseo de auxiliar a la jus- "ticia. — Esta manifestación franca y leal de par- "te de esta Cancillería, demostrará a V. E. inequí-

"vocamente que ella confía en la muy honorable "aseveración de V. E. de no encontrarse en esa Le-"gación los reos aludidos en mi nota; y en el de-"seo de que se sirva aceptarla con el carácter de la "mayor sinceridad que en efecto reviste, me es gra-"to renovar a V. E. la seguridad de mi considera-"ción más elevada. — (f) Juan Barrios M."

Conjurada la tormenta, no quiero recibir a nadie; y cual siempre me ocurrió cuando experimento alguna gran sacudida en mis pobres nervios, dormí como un bendito.

1º DE MAYO—Indescriptible la fisonomía de la ciudad y la de sus moradores nacionales y extranjeros; predomina el terror, muy justificado por cierto, y le cuentan a uno cada especie, que hace dudar del equilibrio mental de los narradores... Lo que sí sábese a ciencia cierta es que los autores del atentado no parecen por ninguna parte, no obstante la búsqueda minuciosa y cruel llevada a cabo sin miramientos ni paños calientes, por los mejores sabuesos en que este Gobierno abunda. Ha habido incontables aprehensiones...

Al sentarnos a comer, llamaron desesperadamente al zaguán de la legación. Yo mismo salí a abrir, pues temí que fuera lo que fué, una demanda de amparo inmediato y urgente: eran, en efecto, los sobrinos carnales de Jorge y Enrique Avila Echeverría, acusados por las autoridades según despréndese de la nota de Relaciones,— una de las mejores fa-

milias de Guatemala, que cuenta varias por ese estilo en su buena sociedad, buena de veras, —dos vírgenes no mayores de veinte años, y un rapaz que frisará en los 14 o 15. Su pobre madre, desde la puerta entreabierta de su casa, frontera a la legación, me los entrega en medio de sollozos...

—"¡Sálvemelos, don Federico, que van a venir a catear!..."

Ellas y él están transidos de pavor, pálidos, llorosos, apenas pudiendo hablar. Desde luego los recibí, aunque me ocurrió que el chico se volviera a acompañar a su madre y a su abuela, encamada desde hace tiempo, víctima de sus muchos años y de una dolencia cardíaca que obliga a sus hijos a ocultarle y paliarle cualquiera emoción honda que podría matarla de golpe:

—Vuélvete tú,—le dije,—pues nada podrán hacerte, y eres en estos momentos el único hombre de la casa...

Aun no nos levantábamos de la mesa, cuando los ruidos de la calle se apagaron del todo, —es de rigor que un silencio imponente acompañe y denuncie los atentados policíacos, vecinos y transeúntes se esquivan o se encierran,—nos anunció que el cateo estaba llevándose a cabo... A poco, hecha un harapo, se nos presentó la madre inconsolable, hundidos los ojos, la faz cadavérica, agotado el manantial de sus lágrimas, enronquecida por el dolor y el espanto. Se abrazó a sus hijas, y sólo acertó a decirme:

—"¡Se llevaron a mi **patojo!**"... (Dulce guatemalismo éste, con el que se designa aquí a los muchachos de pocos años.)

Y yo, interiormente, me sentí culpable de irreflexión y responsable de ese acto bárbaro que quizá vaya a tener lamentables consecuencias. La señora no había probado bocado en su casa ni quiso probarlo en la nuestra. Siempre abrazada a sus hijas, fué y se arrodilló en el reclinatorio que mi mujer tiene en la habitación de nuestro Miguelito.

Salí a tomar lenguas ¡que si quieres! No hay alma en las calles, y en el Club se encuentran tres o cuatro socios, en el colmo del terror. Cuéntanse horrores, se ha aprehendido a diestra y siniestra, témense quién sabe qué horrendos castigos... Llega N. N., que vive al lado de la Dirección de Policía, y nos asegura saberlo de labios de uno de los verdugos: al pobre chico sobrino de los Avila le aplicaron espeluznante tormento al propósito de que confesara dónde estaban sus tíos. Malamente había de haber confesado lo que a la fuerza tiene que ignorar ¿acaso los que cometen un atentado de semejante naturaleza, confían éste y sus proyectos e itinerarios ulteriores a una criatura de catorce años?... El chico confesó la verdad pura, que todo lo ignoraba, hasta que no lo desmayó el sufrimiento que iba resistiendo estoicamente; al descoyuntarle los pies, perdió el sentido! Y allá se han quedado sus atormentadores, tratando de volverlo en sí!... Por primera

vez he sentido no ser Júpiter, para ponerme a distribuir rayos en más de un sitio que yo me sé...

Vuelvo a casa, y la infeliz señora no ha variado de postura, continúa de hinojos, inmóvil, sin llorar ni despegar sus labios, sus ojos secos y desorbitados mirando Dios sabrá adónde... ¡Ojalá que no sea, dada la doble vista que todas las madres atesoran, hacia donde su hijito se halla en peligro de quedar inválido para toda su vida!

2 DE MAYO—Telefonema tempranero y rápido: que le urge muchísimo que vaya yo a verla esta misma tarde, al obscurecer, cuando regrese de mi vuelta diaria por el Paseo de la Reforma al que sin falta concurro, no con mi mujer y mi hijo, sino con los secretarios, el cónsul y mi cuñado, todos armados, inclusive el cochero, por si se registra cualquier agresión de orden del amo o de generación espontánea.

Todavía conmovido por lo que acabo de ver y oir escribo estos renglones, al principio resuelto a no estampar ni las iniciales de esa señora. Pero su acción ha sido tan humanitaria y cristiana, faltarán aún quién sabe cuántos años para que el presente tomo de MI DIARIO salga a luz, que cuando ello ocurra, ya ningún riesgo ni responsabilidad alguna se le seguirán a ella, a su esposo ni a sus dos hijas, con que los pocos o muchos que me lean se enteren de que en tierra extraña, exponiéndose a incalculables peligros, hubo una mujer, mexicana de pies a cabeza por añadidura ¡para nuestro mayor

orgullo! que prefirió salvar a un grupo de caballeros bien nacidos, quienes por libertar a su infortunado país de ominoso despotismo lo arrostraron todo, hasta bajar al atentado y sacrificar sus vidas, como probablemente irán a sacrificarlas, antes que negarles momentáneo asilo bajo el mismo techo que ampara el pudor y la pureza de sus hijas adolescentes, y su propia fama sin mácula, de dama irreprochable y perfecta casada.

¡Ah, hay que ser testigo diario de lo que es y lo que hace una de estas tiranías absolutas y salvajes de nuestra América para explicarse, así en el terreno árido de la idea pura se condene el hecho, que personas cultas, acomodadas y de buenos pañales desciendan hasta la perpetración de un delito del orden común, con el patriótico propósito de que su país y quienes a ellos los sobrevivan, al fin respiren a sus anchas y reivindiquen el derecho natural que asiste a todos los hombres de ser tratados como tales hombres y nunca como esclavos o como parias. ¡Hasta santos de verdad, han absuelto en sus escritos a los autores de determinados atentados y rebeliones!

He aquí las iniciales de su nombre, C. G. F. de C., y he aquí los hechos:

El día del atentado, 29 de abril, se impuso del sucedido a poco de consumado. Ordenó,—en estos momentos su esposo anda por Europa,—un mayor cuidado a la servidumbre, con los entrantes y salientes sobre todo, y optó por quedarse en casa. La mañana y parte de la tarde del día siguiente, nada

notable, hasta la visita que le hiciera al anochecer la linajuda señora Romaña,—su vecina pared de por medio,—respetabilísima anciana guatemalteca que por su prestancia, simpatía y señorío, su espiritual y valiente intransigencia con la que satiriza, cuando no puede hacer cosa de mayor enjundia, a "estos panteristas que están acabándose a Guatemala" (sic), evoca las marquesas espirituales e irreducibles del 93, que frente a la misma guillotina supieron sonreír y decir merecidas pestes de maratistas, robespieristas y demás gente ordinaria.

Pronto entró en materia ¡y qué materia! la señora de Romaña:

—"Jugándome la cabeza, que por vieja ya ha de "valer bien poco, pero jugando también sin que "me asista derecho alguno ni humano ni divino, la "de mis hijos y mis nietos, desde ayer tengo en casa "a los autores del atentado contra Cabrera. Por un "puro milagro, la policía no me la ha cateado, aun-"que de memoria sepa el gustazo que me daría ver "colgados a la partida de pícaros que están tirani-"zándonos. Sin embargo, lo que no ha sucedido has-"ta ahora, puede suceder de un momento a otro, ya "me eché a la cara inquietantes rondadores... Yo "no podía rehusarles a estos muchachos el refugio "que me pidieron, porque a los Avila los he visto "nacer y su pobre madre es mi amiga de la infan-"cia... No tienen escapatoria y se hallan resueltos "a morir matando...

"Si Ud. quisiera, mi buena amiga, Ud. sí que, "por lo pronto, es la única que podría salvarlos...

"Sí, sí, no se me asuste... La casa de Ud., por el "carácter diplomático de su esposo, es inviolable, "y además, nadie sospechará nunca que Ud. les ten- "dió su mano ni por poco tiempo, un día, dos, los "menos posible, que ni ellos ni yo hemos de com- "prometerla... Haga Ud. esta obra de misericor- "dia, hágala por las hijas de Ud. y por los hijitos "de ellos. Se pasarán por la azotea, en cuanto ano- "chezca, y se le irán muy pronto... Ud. ignora que "esta casa tiene un escondrijo secreto, que voy a "enseñarle... ¿Verdad que sí accede? ¿que no va a "negarse?..."

Y le descubrió el escondrijo, en un testero del salón: amplia estancia hábilmente disimulada tras un gran mueble...

La señora de C. comenzó por rehusar, alarmadísima; mas fueron tantas y tales las instancias de la señora Romaña, sus argumentos y palabras ¡hasta sus lágrimas!, que se allanó al cabo. Y a poco, después de que hubieron alejado a la servidumbre y a las dos niñas, los cuatro prófugos, a rastras por los tejados, se descolgaron uno a uno...

—"Y aquí están, Gamboa, y quieren hablar con "Ud., y yo quiero que Ud, me libre de esta pesadilla..."

Como el tiempo apremiara, Fidel Rodríguez Parra, a quien pedí me acompañase a la visita, y yo, movimos el armatoste que ocultaba la entrada del escondite y penetramos en la habitación secreta... Fué aquella entrevista única en su género, solemne, patética, con vistas al crimen y a la muerte. Los informes de este Gobierno, rigurosamente exac-

tos; en efecto, los autores del delito abortado eran los dos hermanos Avila Echeverría, Enrique y Jorge, abogado aquel y médico éste; Julio Valdés Blanco, médico también, cuñado de ellos y padre de las dos chicas refugiadas en nuestra casa; y Baltasar Rodil, ingeniero electricista y autor de la máquina infernal. Su quinto compañero, Rafael Madriñán, colombiano por cierto, acertó a escapar en su bicicleta cuando a raíz de la formidable explosión testigos, policías y responsables perdieron la cabeza...

No era ocasión para reproches ni filosofías baratas. Los cuatro hombres mirábanse hondamente demacrados y fuera de sus quicios,—prueba inequívoca de que no eran criminales de profesión ni muchísimo menos,—y nuestras palabras y las de ellos (Fidel se tuteaba con Jorge Avila y Julio Valdés, porque juntos hicieron la carrera en la Facultad de Medicina), resultaban breves, precisas, con resonancias extrañas... Cuando un asunto reviste gravedad tamaña, todo lo que se habla suena a irrevocable y definitivo: bajo su honor, se marcharían cuanto antes de esa casa caritativa; estaban juramentados para mutuamente matarse, formando un círculo y apoyadas las bocas de sus revólveres en la sien del vecino y morir todos a un tiempo, antes que caer vivos en poder de Cabrera... Y me desgarraron el corazón con sus últimas voluntades que me formularon despacio, perdidos sus mirares en quién sabe qué cuadros y paisajes de dulzura hogareña, convencidos íntimamente de que, salvo un prodigio poco probable, aunque ahora se sintieran sa-

nos, fuertes y jóvenes, los minutos de sus vidas estaban contados, irremisiblemente contados.

Despojáronse de cuanto llevaban encima: anillos, relojes, dinero, carteras, reliquias; cortáronse mechones de cabello, besaron medallones oxidados con retratos familiares, y me lo entregaron todo, el ademán sereno, sin jactancias ni bravuconerías, las voces masculinas, apenas empañadas de emoción sofocada... "¡Para mis hijas!"..., "¡para mi madre!"..., "¡para mi mujer!"..., "¡que nos perdonen!"..., "¡que nos recen!"..., "¡que se lo oculten a mamaíta, por su enfermedad!"...,—dijéronme, especialmente, los hermanos Avila.

Titubeante cual si hubiese apurado ajenjo y a punto de romper en sollozos, cargado con esas prendas sagradas, salí a esperar a Fidel,—retenido por ellos, después de nuestra despedida muda,—en el salón en que me aguardaba, impaciente y trémula, la señora de C., a quien tranquilicé desde luego: sus comprometedores huéspedes no la acongojarían mucho tiempo.

Ya en la "victoria" que nos devolvía a la legación, interrogué a Fidel:

—"Querían,—repúsome sombrío,—que esta misma noche les trajera yo cianuro de mercurio..."

Aun no repuesto de la tremenda impresión con que volví a casa, nueva sacudida, poco después de las 9, que bajábamos a comer. Mis temores eran fundados: en nota en la que se mezclan hieles y mieles, este Gobierno se niega rotundamente a obsequiar la demanda de México, adonde envié en el acto el siguiente mensaje por el cable:

—"Este Gobierno acaba de responderme, nueve "treinta noche de hoy dos mayo, que fundado ex- "cepción específica artículo primero Convención "extradición, no detendrá provisionalmente Lima "ni menos entregarálo después; y que Bone opta, "usando derecho artículo dieciséis, por prestar tes- "timonio ante autoridad guatemalteca".

¿Qué resolverán allá? ¿la interrupción de relaciones o la guerra?...

5 DE MAYO—¡Para conmemoraciones patrias tengo el ánimo!

Agobiado de quehacer inaplazable, estamos trabajando en la cancillería hasta bien sonada la media noche, confirmando mensajes telegráficos, redactando notas reservadas y extensísimas. La ciudad, colgada de crespones, y sus desdichados moradores, pávidos ante represalias, aprehensiones y castigos a diestra y siniestra. Nuestra casa, empapada de lágrimas que vienen a verter madres, esposas e hijas atribuladas que me ruegan en todos los tonos salve yo y defienda a sus deudos perseguidos. ¿Y cómo?..., me pregunto. Ni siquiera con una representación conjunta del Cuerpo Diplomático extranjero, que resultaría técnicamente impertinente, supuesto que la feroz persecución es sólo contra los nacionales!... Por de contado,—estas cosas, creeríase que se evaporan y difunden en la atmósfera, como los éteres, aunque muy bien tapados se los tenga,—ya es del dominio público la extrema tirantez de relaciones entre México y Guatemala; y, Dios me

lo perdone, pero sospecho que, con raras excepciones, esta sociedad crucificada y mártir, así nunca lo confiese a nadie, vería la guerra con nosotros cual una providencial liberación... ¡A esos extremos tienen que llevar las tiranías!

Por remate y complemento, no ceso de pensar en la suerte que aguarda a los autores del atentado,—desde antenoche a salto de mata, errantes por esas calles en cuanto la luz del día se hunde tras de la sierra, en busca de un agujero donde esconderse hoy para seguir mañana lo mismo, hasta que no les echen el guante y los ultimen en medio de quién sabe qué tormentos refinados y espeluznantes, según ha de suceder... El Gobierno, para que no se le escapen, ha puesto en planta un procedimiento infalible: tropas y policía han cercado la ciudad íntegra, a partir de la barranca circular que, a modo de garganta, diz que defiende a la vetusta ciudad de Santiago de los Caballeros de que alguno de los espantosos sismos que padece la destruya y aniquile; la tal garganta ha de amortiguar los estremecimientos telúricos. A partir, pues, de esa barranca, tropas y policía han tendido sus redes que, minuto a minuto, van estrechándose previo registro escrupuloso de campos y arrabales mata por mata, casa por casa, sementeras, recodos, oquedades, palmo a palmo, pulgada a pulgada. ¡Y ay del que se resista, del que engañe, del que huya, del que palidezca y, sobre todo, del que ayude o esconda a los fugitivos!...

¿Se imaginan ustedes el terror de las gentes, la

certidumbre de los prófugos que saben que cada instante que transcurre más los acerca al tormento y al patíbulo, convencidos de que nadie querrá ocultarlos, procurarles un disfraz, apagar su sed y calmar su hambre?... Desde antenoche, que me avisaron que los pájaros habían volado,—esto de volar es un puro decir,—mi sueño se trunca y, en la tiniebla de mi cuarto, no ceso de imaginar su peregrinación trágica, pegados a los muros, maldiciendo de la luna y los focos del alumbrado, sin hablarse, sin fumar, amparándose en los vanos de las puertas, en los salientes de los edificios, mal comidos, peor dormidos, rogándole a Dios que no amanezca...

Sin embargo, por ser hoy la fecha que es, desde temprano se izó nuestra bandera y he recibido, a mañana y tarde, las agrupaciones de nuestra numerosa colonia, armadas de estandartes y de discursos que hay que contestar, y de abrazos y apretones de manos que también hay que "reciprocar" por las propias consonantes, así que las copas han vuelto vacías a las bandejas, y de que ellos y "su" Ministro las apuraron por la felicidad de la tierra que muchos de ellos no han de volver a ver nunca.

Luego, la visita de los funcionarios del Gobierno y la de los colegas, a los que también es fuerza obsequiar, y reir, y responderles en tesitura oficial a los unos, y en tono cosmopolita a los otros; tono y tesitura que, bien mirados, no valen un comino. Por remate, la serenata de costumbre, afuera, que la banda marcial ejecuta a maravilla; y adentro, la comida que desde hace lustros ofrece la legación

a lo mejorcito de la colonia, entre quienes figuran excelentes y muy queridos amigos míos, con los que discretamente comento el curso de los sucesos y esa fuga dantesca de los perseguidos.

9 DE MAYO—Antes del medio día he recibido este telegrama, que me pasma:

"Ministro Mexicano.—Guatemala.—Recibida su "correspondencia. Transládese Ud. tan luego como "llegue a San José un barco de guerra nuestro que "de pronto lo conduzca al Salvador, donde recibirá "instrucciones. Despídase cortésmente de ese Go-"bierno y vaya acompañado de Nájera, dejando ar-"chivos, etc., en poder de cónsul Rodríguez Parra, "como encargado de los negocios corrientes de la "legación.—Mariscal". Pásmame, principalmente, esa despedida "cortés" que se me ordena... ¿Qué será lo resuelto allá?... Por suerte, y gracias a instrucciones anteriores, hace días que estoy apercibido a realizar esta traslación, libros y ropas empacados y en espera de sufrir prisión en calas y furgones, ¿qué irá a ocurrir?... Mientras ocurre lo que sea, **á la grâce de Dieu!**... Por lo pronto, a cumplir con lo mandado, mañana solicitaré mi audiencia de despedida.

10 DE MAYO—Mañana, a las 4 de la tarde, seré recibido en audiencia privada por el Presidente Estrada Cabrera.

Y lo que sucede siempre con las noticias que debieran ser secretas: todo el mundo se halla al cabo

de mi partida inminente, y la alarma en la ciudad es patente y con vistas a la angustia. Porción de personas han venido a informarse, y a todas ellas he tenido que contestar evasivas...

11 DE MAYO—Conocedor de mi gente, no quise ir solo a la audiencia presidencial, pues podrían haberse registrado incidentes de serias consecuencias, que yo estaría imposibilitado de contradecir, por falta de testigos. Llevé conmigo a Rodríguez Parra.

La entrevista, dilatada y solemne, con la copa de champagne que es aquí obligada rúbrica. Hubo momentos en que la verdad, la verdad verdadera,—de que es tan poco devoto en sus tratos oficiales este supremo mandatario,—asomó, azorada, su cándido rostro. Durante toda la plática mucho hablamos de entrambos incidentes, que, conjugados, han sido causa de esta aguda tirantez de relaciones: el proditorio asesinato, en México, del general don Manuel Lisandro Barillas, y el reprobable asesinato frustrado, aquí, del propio Estrada Cabrera. A lo último, ya de pie, díjome el Presidente,—¿en veras? ¿en burlas?...—que el día de mi partida lo considerará Guatemala toda, como un día de duelo, y que confía en que, para mí, no ha de serlo menos. ¡Cuánta verdad encierran las dos proposiciones!...

Y al darnos ¡¡¡un abrazo!!!, al fin me reveló un notición que yo ignoraba por completo:

—"Abrigo fundadas esperanzas de que Ud. no "se nos vaya, pues me he dirigido en lo personal

'al señor general Díaz y al señor Mariscal, enca-
''reciéndoles que en obsequio a mi país, al que mu-
''cho perjudicaría esa medida radical, reconsideren
''su acuerdo...''

—''¡Sí, sí!—insiste después de que yo le hago ver que no significa ruptura ni cosa que se parezca, sino una debida cortesía a El Salvador, donde hace tiempo que no radica nuestra legación, por igual acreditada allá que acá,—mucho lo perjudicaría en concepto de los extraños y de los que no nos quieren ni a Guatemala ni a mí...''

Es tal la alarma de la ciudad, por lo que la noticia de mi ausencia ha cundido a modo de reguero de pólvora, que en la Calle Real (¡perdón! la Sexta Avenida Sur), que por fuerza hubimos de recorrer en un buen trecho a la ida y a la vuelta, casi todos los comercios mirábanse a medio cerrar, los zaguanes de varias casas particulares, entreabiertos, y de los interiores empenumbrados, voces anónimas nos salieron al paso:

—''Es la guerra ¿verdad?... ¿cuándo se marchan ustedes?...''

Al llegar a casa me aguardaba nuevo aviso de México: el cañonero nacional que vendrá a recogernos, es el ''Tampico'', ya en camino de San José. Toda la noche, incesante desfile de visitas que se recatan para llamar y entrar, por miedo a que se les sigan posibles persecuciones: parece que la manzana en que finca la legación hállase saturada de policías. ¡Válganos a todos, que no es la primera vez ni ha de ser la última!

13 DE MAYO—Las inquietudes alternan dentro de mí: que no tengo la menor noticia del "Tampico", y que nada se sabe del paradero o de la suerte que hayan corrido los prófugos autores del atentado contra Estrada Cabrera.

Por los raros periódicos yanquis que llegan hasta estas playas, es del dominio público el nombre del barco de guerra que viene en mi busca; y como su tardanza resulta inexplicable, salvo accidente, ya los maleantes le han puesto el remoquete del "Tampoco". Es que Guatemala, cual todos los países despotizados, se ha hecho especialista en esto de satirizar, y con marcado ingenio casi siempre, sucesos y personas, por serios y trascendentales que los unos y las otras puedan serlo. Fabrica en la sombra sus saetas, que vuelan de boca en boca, y al cabo dan en el blanco, quiero decir, que llegan a oídos de la parte satirizada, por alta y poderosa que sea, a quien no queda otro remedio que tascar el freno, reabsorber su bilis y hasta, si es menester, reir el chiste que les levanta ámpula. Bendita práctica, por otra parte de consumo universal, que permite desahogar justos rencores, sin que sabuesos ni chismosos descubran nunca al padre de la criatura.

14 DE MAYO—El termómetro de la opinión en mi tierra, a propósito de nuestro conflicto con Guatemala, lo tengo, a falta de periódicos de allá, en el siguiente cablegrama que anteayer me dirigió el ingeniero naval Jesús Dosamantes, mi amigo y com-

pañero de París en 1891:—"Bien por tu comportamiento, todos contigo. Allá nos veremos".

18 DE MAYO—A media tarde me sorprendió el intempestivo aparecimiento en mi gabinete de trabajo, de Javier Larrea, tendiéndome sus dos manos.

Empleado superior de Correos, traeme algunos pliegos reservadísimos de Relaciones, que requerían hombre de sus condiciones, pues por el contenido de ellos no era de fiarlos ni a la inviolable (?) valija diplomática, no obstante sus candados y cerraduras. Me pormenorizó los riesgos y vicisitudes de su rápido viaje a pie, a caballo, en ferrocarril y buque, aunque desempeñó a maravilla su fingido papel de viajante francés de comercio, gracias a su dominio de ese idioma, a su aspecto "extranjerizo" y a que es difícil que nada lo arredre. Me contó que México está que se arde, y que todos creen que iremos a la guerra. Rehusó comer con nosotros a la noche, y me emplazó para El Salvador, hacia donde ha de partirse lo antes posible, sin que todavía sepa cómo ni cuándo. Mucho le extrañó que el "Tampico" no estuviese ya fondeado en aguas guatemaltecas. Y se despidió tan jovial y animoso, como si anduviera en excursión de vacaciones.

20 DE MAYO—Muy temprano, la noticia trágica: hoy pusieron fin a sus vidas acosadas y en lenta agonía, los cuatro responsables del atentado!... Los detalles, paran los pelos de punta, resultan más dignos de Esquilo que de Dostoiewski: después de

hacer, con visibles resultados mortíferos, varias descargas cerradas con el par de revólveres que cada uno empuñaba, sobre la tropa que, descargando a su vez sobre ellos las balas de sus fusiles, penetraron a aprehenderlos como si se tratara de adueñarse a sangre y fuego de una posición enemiga, cuando ya no contaban más que con el último cartucho, cumplieron su juramento, se formaron en círculo, sin hablar, recíprocamente apoyó cada cual en la sien de su vecino la boca de su pistola, y despidiéndose con la mirada, a un mismo tiempo dispararon los cuatro, y sus cuerpos cayeron para no levantarse nunca más!...

Mientras una consternación general corre las calles, a mí viene a darme puntual relación de la tragedia, nada menos que uno de los médicos que, de orden superior, acaba de trabajar en la autopsia de los cuatro cadáveres. ¿Cómo pudieron estos muchachos, durante veintidós días, atravesar longitudinalmente casi la ciudad íntegra, desde el barrio de la estación del ferrocarril hasta la casa núm. 29 del callejón del Judío, esquina a la Av. de San José, por el barrio de la Candelaria, sin delatarse y sin que policía ni tropa les hincara el diente?... He ahí un misterio que nunca, probablemente, pondrá nadie en claro. ¿Dónde se alimentaron, dónde durmieron,—si es que a diario tuvieron la suerte de dormir y alimentarse? ¿almas samaritanas, con peligro de sus propias vidas y a sabiendas de quiénes eran ellos, de lo que habían perpetrado, les brindaron un trago de agua y un pedazo de pan,

mullida cama o duro petate para su sueño intranquilo y roto por las pesadillas y las zozobras? ¿sin identificarlos,—lo que sería rarísimo, pues aquí todo el mundo se conoce,—siempre que portaran mágico disfraz, a título de mendigos o forasteros obtendrían por caridad cristiana el alimento y el cobijo?... ¡Indescifrable enigma!

Ello es que llevaban no más de 4 ó 5 días de instalados ¡qué digo instalados! de agazapados en la casuca en que hoy murieron; casa arrabalera y calle poco frecuentada de día y siniestra y desierta de noche; próxima a la barranca y a la cordillera circundantes, tras las que se alzaban los fantasmas de la libertad y de la vida. Habría sido cuestión de horas, trasponiéndolas, el hallarse a salvo en tierra salvadoreña...

Estas casas viejas están en Guatemala cortadas todas por un mismo patrón: la fachada, inexpresiva, con su zaguán y sus ventanas de reja. En los interiores, más o menos prolongado el portal del zaguán; si la casa es pequeña,—cual ésta lo es,—a sus medios puerta vidriera que da acceso a la sala, y si la tal es aventajada de tamaño, sendas puertas a cada lado del portal que en grandes y chicas, primero desemboca en uno de los corredores, y luego, en un patinillo o patio a derechas. Las restantes habitaciones, de ordinario en forma de martillo, quedan después de la sala. A los fondos del patio, recia puerta que lleva al traspatio; y a los fondos de éste, en alto,—de ahí que se le llame "altillo",—uno o dos pobres cuartos para sirvientes o trebejos.

A mí se me figura que alguien alquiló la morada en la que ellos se escondieron, no tan admirablemente disfrazados de indios, a pesar de la auténtica indumentaria ya usada que vestían, y de que sus caras, pies y manos parecían de cobre legítimo, supuesto que la mujer que ajustaron ¡oh, yerro trascendental e inexplicable! para aseo de piezas y frangollo de comidas, dudó que fuesen indios castizos. Y le comunicó sus dudas al mílite con quien sostenía relaciones, el cual, más avispado de lo que su apariencia reflejara, acabó de tirarle la lengua, y ya bien instruído fué y dió parte de la novedad.

Gran regocijo en las alturas gubernativas, seguramente aquellos indios fingidos eran los pájaros astutos y voladores que, como agujas, andaban buscando. Los sucesos desenvolviéronse con rapidez suma; cercáronse barrio y casa; el subsecretario de la Guerra, un tal Letona, muy adicto a Estrada Cabrera,—del que ha sido secretario particular,—encabezó y dirigió en persona la maniobra que cerró a los fugitivos hasta las menores hendiduras por donde escapar. Anoche, los sitiadores resolvieron dar el asalto; y se cree que los últimos preparativos para sorprender en su sueño a los regicidas frustrados, sembraron la alarma en éstos y les permitieron apercibirse según se apercibieron. La tragedia se registró a la madrugada... ¡Pobres muertos y pobres de sus familias!

Aun no repuesto de la impresión, nueva tragedia, que Nájera y De Pindther me pormenoriza, todavía desencajado, pues hubo de presenciarla a su paso

para la legación, viene a acongojarme más aún: don Eduardo Rubio Piloña, un anciano perteneciente, lo mismo que los suicidas, a familia patricia, iba a ser aprehendido dentro de su casa por N. Paz, el comisario de policía de la 1ª Sección, escoltado de muchos agentes; sin duda temeroso Rubio Piloña frente a la tortura y demás prácticas infamativas que sistemáticamente siguen a tales aprehensiones, prefirió matar a su aprehensor y buscar la fuga por los tejados de su casa, en los que diéronle alcance, en medio a golpe de disparos y voces, y allá se lo llevan, al calabozo y al potro, brutalizándolo sin piedad en plena calle...

¿Que me busca un marino?... Es Casimiro Aldrete, subteniente de navío, a quien desde pequeño conozco y trato,—que viene a participarme de orden del comandante del "Tampico", que el retrasado barco se halla a mi disposición en el puerto de San José...

A dar la última mano a maletas y baúles.

¡Como en tantas ocasiones anteriores, vuelven las lágrimas de ejemplares damas guatemaltecas, muy de cerca emparentadas con la santa Tecla que siguió al Apóstol de las Gentes, por la decisión y virtud acrisolada que las adorna,—a santificar las paredes de la legación de México! Vienen a pedirme ¡Dios se los pague a todas! que en su nombre interceda yo cerca de Estrada Cabrera, porque éste revoque y anule la orden bárbara de no entregar a sus familias los tibios cadáveres de los cuatro sui-

cidas y de otros sacrificados hoy, que ya sepultaron en la fosa común,—aquí denominada La Isla,— del cementerio general...

Requería mi sombrero, cuando, horrorizado, se presentó d'Arlot, actual encargado de negocios de Francia, a quien con súplica idéntica estuvo a verlo una pobre viuda. Vino d'Arlot a solicitar mi compañía para intentar la espinosa gestión.

¡Lo que las apariencias nos engañan! Nunca hubiéralo creído susceptible de conmoverse hasta esos extremos frente al dolor ajeno. Soltero él, sano y jovial, con aspecto de "jouisseur" a la moda del Cura de Meudon, gratuitamente supuse que se la pasaría maldiciendo de éste su "tropical destierro", y que en vez de exponer su tranquilidad de hoy y sus ascensos de mañana, con intervenciones por el estilo de la que ahora realizará conmigo, estaría contando los días y los minutos que aun le falten para que de París lo llamen y promuevan, y alzándose de hombros ante las maldades de que él sea testigo involuntario y forzado, o ante las que le cuenten otros. Pues bien, este noble d'Arlot, es el único de mis colegas que se ha decidido a barrenar sus naves... ¡No es flojo el entusiasmo y simpatía con que le estrecho su mano!

"El hombre", como lo designan sus desafectos, que son legión, nos recibió en el acto. Entre otras cualidades de estadista, posee este Presidente hispanoamericano, la de fingir lo que sea menester, y una impasibilidad, natural o adquirida, que en ocasiones desconcierta. Esta tarde, no obstante, mírase

harto acentuada su palidez habitual y con vistas al "rictus" la sonrisa que se gasta cuando dialoga con diplomáticos extranjeros. Fuí breve para expresarle el objeto de nuestra visita. Hízose él de las nuevas!!!..., nada sabía de esa inhumación en la fosa común!!!..., y luego de reflexionarlo ¡oh, un instante! accedió a nuestra demanda.

—"Una sola condición,—agregó,—que no haya "velorio, en el sentido de reunión de parientes y "amigos; que los velen, si gustan, pero a solas y a "puerta cerrada... La situación es delicada y hay "exaltación en muchas personas partidarias (?) del "Gobierno... Y que mañana, muy de mañana, los "sepulten sin ostentaciones ni muchos dolientes... "Voy a ordenar, por teléfono, que se permita a sus "familiares, a sus familiares nada más, **(recalcó con "energía)**, sacar sus cuerpos de donde sin mi per-"miso los echaron..."

¡Habíamos puesto una pica en Flandes!

Todavía se informó de si el "Tampico" era llegado; cosa que ha de haber sabido desde antes que yo mismo.

Regresamos a casa con la noticia consoladora, y las atribuladas damas resolvieron, allí mismo, consumar la estupenda hazaña de ir en persona a identificar y desenterrar a sus muertos!!!... Me rehusé a acompañarlas, como me lo pedían; mis pobres nervios no hubieran sabido resistir la macabra escena... Poco antes de la media noche, alguien que asistió a ella vino a puntualizármela: el grupo de señoras llegó al cementerio, guarnecido de tropa y

agentes de policía a las órdenes del siniestro Chacón, ahí presente. Y con él, los sepultureros y un grupo de hombres armados encamináronse hasta La Isla, alumbrada la procesión con teas y linternas. Llegados a la fosa común, los sepultureros excavaron en la tierra, todavía medio floja; y las señoras, de rodillas para mejor distinguir a los muertos amontonados que la excavación iba dejando al descubierto, principiaron el espeluznante examen de los tétricos despojos, hasta no dar cada una de ellas con el amado cuerpo en cuya busca tenían emprendida tan aterradora caminata. No hubo desmayos, ni aspavientos, ni gritos; el corazón femenino, que es el corazón más fuerte y valeroso que se conoce cuando las circunstancias así lo requieren, venció a las delicadezas y debilidades propias del sexo. Todas serenas ¡Dios sabrá a costa de qué esfuerzo supremo! realizaron ese santo rescate. Y es fama,—me lo asegura mi informante, conmovido y trémulo,—que algunas de las fieras armadas que las custodiaban, ganados por la emoción, apartaron sus ojos de aquel espectáculo que ni Dostoiewski pintó nunca en las páginas de sus libros más veristas y despiadados, ni en las de "La Casa de los Muertos"... Luego, la segunda parte, peor si cabe que la primera: ahí, sobre el húmedo césped, sobre el fango, amortajaron los cuerpos acribillados a tiros y aun goteando sangre, los besaron piadosamente, y tuvieron que ver cómo eran echados dentro de unas carretas tiradas por bueyes, que, al fin, los condujeron a sus sendas moradas, donde, a la hora de ésta, han de estar

velándolos en secreto, a puerta cerrada, y encomendando sus almas a Quien todo lo puede, con plegarias musitadas en voz muy tenue, para que los espías, afuera, no vayan a profanar e interrumpir su dolor y su duelo...

¡Días como el que hoy hemos vivido, valen por un puñado de años!

21 DE MAYO—Con los nervios de punta todavía y pintada en nuestros semblantes la pésima noche que los sucesos de estos días, y los de ayer particularmente, nos provocaron, hoy hemos madrugado para acabar de levantar la tienda. Y aunque nuestra partida ha de considerarse en cierto modo como una liberación, mucho nos ensombrece el ánimo despedirnos de sirvientes, muebles y paredes. saber que nos vamos de Guatemala, donde nos han ocurrido tantas cosas gratas e ingratas; cuyos dolores,—los dolores guatemaltecos,—en número nada despreciable hanse vuelto dolores nuestros; de cuyos padecimientos harto se nos alcanza; donde se nos quedan tantos cariños sinceros en todas sus clases sociales, cariños que la distancia y el tiempo, si es que jamás hemos de volver a ella ¡todo es posible!, irán amenguando y amenguando hasta no convertirlos en recuerdo gratísimo, pero recuerdo al fin...

A la estación... ¡Hasta las jacas de nuestra "victoria" se me antojan más vivas y lucias!

En la estación, la sorpresa. No obstante el peligro a que se exponen, cuanto en Guatemala vale

algo,—y cuenta que no escasea en valores,—se ha congregado para despedirnos, inclusive señoras y niños. El cuerpo diplomático y el consular, **au grand complet**. Como es de práctica, el Gobierno ha puesto a nuestro servicio exclusivo un coche especial del ferrocarril, que se mira tapizado de flores. Las altas autoridades, también han venido; y el Ministro de Relaciones Exteriores ofrece a mi mujer dos preciosos ramilletes: de parte del Presidente de la República, el uno, y el otro, de la de don Juan Barrios M.!!!...

Muchas lágrimas de verdad, muchos abrazos cordiales, muchos votos sinceros porque nos vaya bien; y del otro lado, asimismo abrazos, apretones de manos y **souhaits** protocolares, poliglotos, y algunos, sin duda, con reservas mentales...

Arrancó el tren. Aun hubo manos, enguantadas y finas, que nos dijeron adiós, pañuelos que aleteaban como palomas que acabaran de desprenderse momentáneamente del viejo alero en que palpitan sus nidos...

De pie en la plataforma posterior, rodeado de mi mujer y de mi hijo, que lloran francamente,—ella, por los hondos afectos que deja y que se lleva consigo, y él, porque todavía sus ocho años lloran cuando su madre llora,—humedecidos mis ojos, pido mentalmente por esta tierra que tanto me ha significado en mi vida:

—¡Jardín de flores y de mujeres virtuosas, patria de valientes y de talentos, Guatemala infortu-

nada donde se meció la cuna de mi hijo, que Dios te salve y te bendiga!

Almuerzo en Escuintla, que pagó el Gobierno y que presidió el jefe político de la localidad.

En San José, las autoridades del puerto en unión del capitán de fragata don Agustín Zendrero, comandante accidental del cañonero "Tampico" y escoltado de varios oficiales de aquel barco. Todos, menos Onofre Bone, jefe militar del puerto que no parece por ninguna parte. ¿Habrá imaginado que corre riesgo de que lo secuestráramos y a la fuerza nos lo llevaríamos hasta México, para que allá declare en el jurado a que serán sometidos los asesinos guatemaltecos del anciano general don Manuel Lisandro Barillas?...

El último disgusto. Con autoridad indígena había de ser: por su impertinencia en la actitud, sonrisas y miradas, véome obligado a afear su comportamiento al segundo de Onofre Bone, un mal educado mayor de Artillería, que a regañadientes se eclipsó del muelle, frente al cual, en la quietud azul del Pacífico, su casco pintado de blanco y en su mástil de honor la bandera de México, el "Tampico" cabecea; para, a poco, en cuanto avista el bote que a él nos conduce, saludar con la ronca voz de sus cañones al representante de México que va a ser su huésped.

En el portalón, el capitán y demás oficiales. Siéntome en México: el buque es patria!

Pasada la parte oficial, el comandante Zendrero me hace entrega de una carta privada que dice:

—"Mi muy estimado amigo:—El señor don "Agustín Zendrero, capitán de fragata, pondrá en "manos de Ud. la presente. El señor Zendrero acom- "pañará a Ud. durante su viaje en el "Tampico", "pues lleva una comisión de la Secretaría de Gue- "rra. Ruego a Ud. que proporcione a dicho señor "todos los datos que necesite, sin guardar con él "reserva alguna, pues tiene toda la confianza de "este Gobierno.—Quedo de Ud., como siempre, su "afmo. amigo y servidor.—(f) Ignacio Mariscal".

El "Tampico" leva sus anclas y se echa a navegar. Instalan a mi mujer y a mi hijo en la cámara del capitán; suben de la cocina prometedoras emanaciones de guisos de la tierra, neutralizadas ¡ay! por los balances del cañonero, que parece potro encabritado. Cordial charla con los oficiales, bravos muchachos que hubiesen preferido un viaje menos inofensivo. Se acercó el oficial de derrota a dar parte, militarmente cuadrado, de nuestra salida del puerto, al capitán, quien la repitió, en idéntica apostura, al comandante Zendrero, el que, por remate, me la notificó a mí:

—"No tiene Ud. novedad, señor Ministro!"...

¡Vaya si la tengo, y bien seria! Estoy mareado como grumete primerizo, un mareo que me vedó catar los platos nacionales preparados en mi obsequio.

Noche a la **belle étoile**, sobre cubierta.

22 DE MAYO—Mucho antes de amanecido, hubo el "Tampico" de acortar su andadura a fin de

no arribar a Acajutla demasiado temprano. Qué amanecer el que presenciamos desde a bordo mientras los marinos, descalzos, baldean, y la brumosa línea de la costa apenas si se divisa en la lejanía... ¡Ah, la inefable impasibilidad, frente a nuestras miserias, de las cosas grandes y eternas como el cielo y el mar! A las 6, y a toda máquina, enderezamos la proa rumbo al puerto, en el que fondeamos a poco. ¿Casualidad, desconfianza?... ya estaba anclado ahí un cañonero yanqui, naturalmente superior en tamaño y armamento al nuestro, aunque no demostrara la misma superioridad a la hora del fuego. Las salvas del "Tampico", cuando saludó al puerto y a su rival náutico, dejaron harto atrás a las de éste, tales fueron la perfección admirable y la precisión matemática con que las disparó el "Tampico".

De la Comandancia vinieron por nosotros en falúa empavesada. Veíase el puerto, conforme nos acercábamos, muy colgado de banderas y henchido de gente en su altísimo muelle metálico, quizá el más alto de Centroamérica. Y al fondo, el Izalco, con su intermitente penacho de humo. Al apearnos, arriba, de la jaula en que nos izaran, funcionarios, tropa formada, nuestro himno, aplausos y vivas, nos dieron estruendosa bienvenida, que desmayó a mi pobre mujer, hecha pedazos interiormente por cuanto en Guatemala ha visto y compartido.

En tren especial y en magnífica compañía,—entre otros, mi viejo amigo el general y poeta D. Juan J. Cañas, Subsecretario de Relaciones Exteriores, Luis G. Chaparro, Vicecónsul nuestro, el doctor don

Belisario U. Suárez, el capitán Miguel Mora. A las 11 salimos para Sonsonate, donde almorzaremos. Despedida afectuosa de Zendrero y demás oficiales, que también saltaron a tierra, a particular invitación de estas autoridades.

En Sonsonate, muchas más personas distinguidas nos aguardaban, el doctor don Darío González, D. José y D. Jorge Dárdano, el doctor don Rodolfo B. González, compatriota, D. Pedro Herrera y qué sé yo quiénes otros. Muy aceptable almuerzo en el Gran Hotel, amenizado por la banda militar que fué a recibirnos en Acajutla. Y seguimos viaje, un viaje que resultó triunfal, porque en las estaciones de Armenia, Sitio del Niño, Quezaltepeque, Nejapa y Apopa se detuvo el tren y hubo saludo con particular entusiasmo, de autoridades y particulares. En Sitio del Niño se nos incorporaron el doctor don Baltasar Estupinián, ex Ministro de El Salvador en México, y el refugiado guatemalteco, doctor don Francisco Toledo. A las 5.30 de la tarde, y bajo un chubasco típicamente tropical, se detenía nuestro expreso en la Estación del F. C. de Occidente, de esta ciudad de San Salvador. Enorme muchedumbre henchía los andenes; el Dr. don Ramón García González, Ministro de Relaciones Exteriores, me dió muy expresiva bienvenida; en las afueras, el general Somoza Vivas, a nombre de la sociedad de artesanos "Gerardo Barrios", y el general Emilio Avelar, me dedicaron sendos discursos, que hube de corresponder con unas cuantas palabras de agradecimiento; y en carruajes presidenciales, vitoreados por las mul-

titudes callejeras, se nos trajo a esta casa número 18 de la 13ª Avenida Sur,—a media cuadra de la Central de Teléfonos,—donde el Gobierno ya nos tenía apercibido un amplio, gratuíto y elegante alojamiento, en el que quedamos cómodamente instalados mi mujer, mi hijo y yo, Domingo Nájera y De Pindther, mi cuñado Rafael Sagaseta y Vega, escribiente de la legación, y la excelentísima y aspaventera Bonifacia, una sirvienta chiapaneca de algún tiempo acá a nuestro servicio, que horrorizada ante los sucesos guatemaltecos, no obstante que todos sus cariños en Guatemala fincan, decidió arrancarse de allá y seguirnos a nosotros, a dondequiera que nos lleve el destino.

23 DE MAYO—A saludar oficialmente al Presidente de la República, general don Fernando Figueroa, cordialmente afectuoso para conmigo y un tantico reservado para juzgar a Guatemala y a Estrada Cabrera. ¡Cómo estuve en contacto irreal durante la larga audiencia, con los manes de mi inolvidable general Tomás Regalado!...

Después, a mi otra visita protocolar en el Ministerio de Relaciones Exteriores, García González me trató con idéntica cordialidad y con reservas idénticas. En él y en Figueroa he advertido cierta preocupación. ¿Será por culpa de Nicaragua?...

En Relaciones supe, muy en lo confidencial, que hay asesinos en mi seguimiento, enviados por Guatemala,—por su actual Gobierno ha de ser, digo yo, pues lo que es aquella sociedad y aquel pueblo yo

sé de buena tinta, que de corazón me desean prolongada y dichosa existencia. Se me comunicó, asimismo, que desde ayer ando con escolta disimulada de hábiles agentes de esta policía secreta... Por un instante, sentí el escalofrío de la muerte!... ¡Bah, mi falta de costumbre para sobrellevar estos riesgos! No soy gran duque ruso, ni apetezco emularlos.

24 DE MAYO—¡Al fin, en contacto con mi México! Trájome el correo cartas de mis gentes y copiosa remesa de periódicos en que se ensalza hasta el ditirambo mi conducta en Guatemala. ¡Dios sea bendito!

20 DE MAYO—**Mutatis mutandis**, todos los días vienen siendo casi iguales. Levantada mañanera, estas tierras de fuego no consienten la práctica deliciosa de la **grasse matinée** de que siempre fuí convencido devoto. Baño y desayuno en el piso bajo, en que también se hallan el salón, la cancillería, los dormitorios de Nájera y Rafael, y algunas otras dependencias. Vuelta a nuestras habitaciones de arriba, en cuya salita, con las persianas echadas que nos defienden de los ardores solares, nos sentamos mi mujer y yo en mecedoras fronteras en las que leemos la prensa local, releemos la de México ¡hasta en sus anuncios más desaboridos! y nos entregamos a fantaseos respecto de la duración de nuestra permanencia aquí, que se terminará... cuando Dios sea servido.

Llegan Chaparro y su joven esposa, la que se

queda o sale a dar una vuelta con la mía. Chaparro, los muchachos y yo, también salimos a recorrer despacio algunas calles, nos asomamos en distintos templos y otros edificios públicos, en el Casino Salvadoreño, muy concurrido a esas horas por lo mejorcito de sus socios. La dilatada permanencia de Chaparro en El Salvador, los conocimientos que de hechos y personas tiene acumulados, su inteligencia y equilibrado juicio mucho me sirven para ir orientándome en la política interior y exterior de El Salvador, que, al igual de la de sus cuatro hermanas del istmo centroamericano, son un dédalo en el que se perdería la mismísima Ariadna, con su famoso hilo y todo.

Después de la siesta de rigor, se despacha en la cancillería lo poco que reclama despacho, y yo recibo visitantes en el salón, hasta después de anochecido: un desfile de políticos partidarios o enemigos de Figueroa; emigrados de las demás Repúblicas, y muy particularmente de Guatemala; de entre los unos y los otros, amigos que estimo de veras y cuya grata compañía me compensa con creces de los desahogos y apasionamientos con que algunos me aturden y fatigan. Llueve casi todas las tardes.

A las 8, la comida, desde el primer día con manteles aun más largos que los del almuerzo, que no son nada cortos, y acompañados de varios comensales, funcionarios en su mayoría. De sobremesa, división de grupos y de visitantes: la juventud y las señoras, en el salón, los muchachos bailotean y las damas conversan; y en el comedor, los varones, casi

noche a noche entregados a un moderado **poker** que nunca se prolonga más allá de las 12.

30 DE MAYO—Han venido a pedirme mi retrato para que aparezca en la pantalla de un cinematógrafo. ¿Inicio de celebridad?... En El Salvador cuando menos.

Me llegó de Washington el **Copyright** de mi drama "La Venganza de la Gleba"; y de Guatemala, un extracto de mi cuenta-consignación que allá me lleva la librería de E. Goubaud y Cía., en la que me anuncian un saldo a mi favor por ejemplares vendidos de mi "Del Natural", de $28.00.

Me vino, sobre todo, la mayor recompensa que podía venirme, y que colma fuera de medida mis más grandes ambiciones, que me paga con desmedidas creces cuanto he pasado y sufrido:

—"Secretaría de Relaciones Exteriores.—Sección "de América, Asia y Oceanía.—México, 6 de Mayo "de 1907.—Ha llegado a mis manos la nota de "Ud. número 227 del 30 de Abril último, con sus 12 "anexos, en que da cuenta detallada del atentado "que el día anterior se registró en esa Capital con- "tra la persona del Presidente Estrada Cabrera.— "Con sumo interés me impuse de los pormenores del "asunto, y con especialidad del incidente que sur- "gió del atentado, esto es, la infundada suposición "de ese Gobierno de que en nuestra Legación se "diera abrigo a coautores y cómplices del delito.— "Me complazco desde luego en manifestar a Ud. que "se aprueba su atinada conducta en el particular.

"y que, en su oportunidad, se publicarán las notas "que esta Secretaría estima honran a Ud. en alto "grado, y que atestiguan los buenos servicios que a "la Nación ha prestado en el difícil cargo que se le "tiene conferido.—Renuevo a Ud. mi atenta consi-"deración.—(f) Mariscal.—Señor Ministro de Méxi-"co.—Guatemala".

12 DE JUNIO—El incidente de Acajutla y Sonsonate,—un desembarco de revolucionarios salvadoreños llegados a bordo del "Momotombo", barquichuelo nicaragüense de guerra,—ha puesto al rojo blanco el patriotismo de esta tierra ardorosa, y corre muy válido el rumor de que no sería imposible que sus pobladores y los nicaragüenses,—cómplices y padrinos del desembarco y ataque a aquellas poblaciones,—de un momento a otro llegaran a las manos. Por lo pronto, prepárase una gran manifestación en honor del Presidente Figueroa, cuyas tropas escarmentaron a los asaltantes, y a la que he sido invitado de modo casi oficial, por el Gremio de Obreros, que son los organizadores.

15 DE JUNIO—Hoy estuve de comida con los guatemaltecos que viven aquí en calidad de refugiados políticos, en cuenta, mis queridísimos amigos el doctor don José Llerena y don José Esteban Sánchez (véase el tomo II de MI DIARIO). Una comida modesta que me complació tanto o más que los frecuentes banquetes con que están regalándome. José Esteban Sánchez no pudo concurrir, pero envióme

una carta que quiero transcribir íntegra, no obstante los elogios que en ella me dispensa, por... varios motivos que no es del caso puntualizar:

—"San Salvador, Junio 15 de 1907.—Señor D. "Federico Gamboa.—Presente.—Mi querido amigo: "Hoy hace ocho años que completó Ud. al embarcar-"nos en el puerto de San José de Guatemala, sanos "y salvos, la buena obra de librarnos de las garras "del señor Estrada Cabrera, después de habernos "prodigado en su casa, en compañía de su angeli-"cal esposa, la más cariñosa y exquisita hospitali-"dad.—No he olvidado aquel favor, y mi gratitud y "mi afecto por Uds. ha crecido en relación de la "ayuda prestada, después, a mis compatriotas, por "Uds.—Pudiera escudarse la modestia de Ud. en "que el apoyo dado a los guatemaltecos en des-"gracia, ha sido el del Ministro de México y no el "de Federico Gamboa; así será, pero todos reco-"nocemos que ha cumplido Ud. su deber con en-"tusiasta afecto fraternal.—Ocupaciones perento-"rias de mi empleo me privan del placer de acom-"pañarlos a almorzar hoy; aprovecharé el primer "día desocupado, para tener ese gusto.—Mi respe-"tuoso saludo para la señora y un cariño para el "futuro **Eccellenza**.—Su atento amigo y S. S.— (f) "J. E. Sánchez".

Al fin se llevó a cabo, anoche, la anunciada manifestación contra Nicaragua y su actual Presidente, que yo hube de presenciar al lado del Presidente

Figueroa y su familia oficial, desde las ventanas de su morada.

Como siempre que se permite a un pueblo que exprese sus sentimientos sin miedo a ulteriores reprensiones o castigos, la manifestación resultó de veras imponente y nutridísima; han de haberla integrado unas cuatro o cinco mil almas. Fué el "as" oratorio un obrero joven, Juan Pablo Escobar, que dispone de enorme popularidad, tánta, que el día de mañana pudiera convertirlo en líder o cabecilla de cuidado. Cómo aplaudíanlo, Señor Dios, casi a cada parrafada, y cuenta que todas eran intemperantes y de combate.

23 DE JUNIO—Ayer hemos cumplido un mes de esta indefinida permanencia en El Salvador, durante la cual nuestro ánimo ha venido amustiándose a ojos vistas. Han sido todos ellos unos días grises, grises, grises, en los que hasta la vida interior,—formada de recuerdos y anhelos, rectificaciones y propósitos,—se vuelve incolora y ociosa. Nos descubrimos presas de conformidad musulmana frente a lo que no podemos remediar, y como un sarpullido sin antídoto, nos come la morriña. Y no es ingratitud ¡cómo había de serlo! es algo peor: tedio. La tierra no puede ser más linda, tengo amigos excelentes, el cariño que nutren por México, manifiesto, el trato con que nos regalan, insuperable, todo él hecho de amabilidades, atenciones y agasajos. Pero a la vida intensiva que últimamente llevamos en Guatemala, han sucedídola aquí una

ociosidad y un aplanamiento perniciosísimos. Así como en Washington oía yo, materialmente, el galope de las horas en su inatajable fuga, en estos Balkanes centroamericanos, epilépticos por sus volcanes en erupción continua y por sus continuos sacudimientos telúricos y políticos,—en mucho mayor número éstos que aquellos,—y epilépticas por sus tiranías gubernativas que, a la fuerza, nos aterran a nosotros los extraños y exacerban las pasiones de sus hijos tiranizados ¡que son los más!, siento, materialmente también, que con vivir en ellas, uno mismo arroja su vida a una sentina sanguinolenta y turbia...

Así han de haber vivido en México nuestros padres y abuelos ¡permita Dios que nosotros ni nuestros hijos y nietos, en jamás de los jamases volvamos a vivir horas tan negras!

Algo me ha defendido de la malsana atmósfera mi drama A BUENA CUENTA, que tengo en los telares y que voy escribiendo **á batons rompus**, cuando me siento más deprimido y prisionero.

25 DE JUNIO—La velada de anoche la pasamos en casa de mi amado amigo el general Cañas, que cumplió 81 años. Por su expreso deseo, él y mi hijo tomaron su helado en una misma mesa:

—"Para que no se diga,—exclamó sonriente,—"que el ayer y el mañana no se juntan nunca!..."

27 DE JUNIO—¡La Liberación! Relaciones, apiadada al cabo, me concedió la licencia que le he pe-

dido tanto. Sólo tengo que esperar el arribo de don Ricardo García Granados, que con el carácter de encargado de negocios interino, vendrá a sucederme. ¡Que le salgan alas!

29 DE JUNIO—Acompañado de Luis G. Chaparro, visité por la cuarta o quinta vez a don Julio Gogorza, nuestro Cónsul aquí, que por su delicada salud lleva algún tiempo de internado en el Hospital Rosales, descrito ya en el tomo II de MI DIARIO. No lo encontramos ni mejor ni peor, sigue su lenta e inatajable decadencia.

Este magnífico hospital tiene su leyenda, que lo poetiza y embellece. Su administración y su cuidado interior,—aparte por supuesto el profesional y técnico,—se hallan encomendados, para beneficio de la casa, a las benditas Hermanas de la Caridad, mexicanas casi todas, la superiora inclusive: una noble matrona que aun conserva en rostro, modales y prestancia visibles huellas de belleza y señorío que ni el tiempo ni la ruda labor de su santo ministerio, han podido borrarle. ¡Qué más quisiéramos, sino muchas de ellas para nuestros hospitales de México, a los que una ley jacobina, es decir, absurda y bárbara, desde los "setentas" los dejó huérfanos de estas manos de azucenas y de estos corazones que son brasas del amor más puro y casto, hacia prójimos y semejantes!...

Sin gazmoñerías ni llanezas, dándose a sí su lugar y dándoselo a enfermos, visitantes e inferiores, esta superiora lleva habilísimamente las riendas del

"Rosales". Ha hecho muy buenas amistades con mi mujer, a la que llama por su nombre, con mi hijo, al que tutea y regala, y conmigo mismo que comenzó llamándome señor Gamboa, sin más tratamientos ni veneras, y ahora me llama paisano; aparente desaprensión, pues signo inequívoco fué siempre y dondequiera, de alteza de cuna y refinado trato social que no aciertan a explicarse burgueses y plebeyos enriquecidos. Gusto de hablar con ella, y no bien llego al Hospital la busco y charlamos unos instantes. ¡Qué a maravilla encuadra su rostro pálido dentro del marco irreal de la toca blanca, y cómo deja ésta,—coquetamente, iba yo a decir,—que por entrambas sienes asomen sedeñas guedejas de canas!

Porque la leyenda del Hospital es esta superiora, de la que se cuenta,—tengo la especie de labios oficiales,—que siendo muy jovencita tuvo ocasión de hablar con el Emperador, el "príncipe barbadeoro", que dijera Rubén Darío; y que el monarca, placido ante su gracia virginal, le alabó su figura ¡oh, unas cuantas palabras corteses y sin trascendencia, que los reyes emplean para salir del paso en recepciones y besamanos, pero que, sin embargo, encendieron en el pecho de la doncella soñadora, la chispa de una ilusión irrealizable que fué cobrando cuerpo hasta no convertirse en hoguera romántica y secreta!... Y cuando al Habsburgo, agregaron mis informantes,—más soñador y sin ventura que su enamorada,—las balas republicanas le segaron su vida, la pobre niña, inconsolable, prime-

ro vistió crespones y, a lo último, resolvió consagrarse por siempre a endulzar y aliviar el infinito dolor humano.

Yo creo que raras veces ha de fruncir su ceño, ni menos ha de centellear la ira en el dulce mirar de sus ojazos casi azules. Su sonrisa, en cambio, una sonrisa comprensiva de todas las miserias y todas las flaquezas, acogedora y pura, no se cae de sus labios, pasaderamente exangües y finos... ¿será un rescoldo de inocente coquetería femenina que no quiere apagarse, para que se admire su dentadura admirable, íntegra, pareja y blanca? La estatura es aventajada; armónicas las proporciones del cuerpo que, apenas si deja entreverlas lo basto del hábito de tosca estameña añil; los pies adivínanse delgados y menudos, a pesar de lo burdo de las sandalias; y las manos, afiladas, próceras, no obstante los bubones y llagas que tienen curados, la sangre que han restañado, las epidermis sobre las que se habrán posado como palomas, las bocas que han de haber plegado, suavemente, para que no acabara de salir la blasfemia que a una engendran el dolor y la desgracia, los ojos que piadosamente hayan cerrado, cuando las agonías tienen su término y el viaje infinito tiene su principio...

Si por acaso nuestra charla se escapó alguna vez rumbo al pasado y yo intenté enderezarlo discretamente hasta los días maximilianos, el diáfano mirar de la superiora se clavó unos instantes en Dios sabrá qué lejanías sentimentales, de las que regresó al punto, sin que en la nitidez que lo singulariza se

advirtiera ni la más mínima sombra que, hasta en los ojos de los místicos y de los iluminados, dejan siempre a su paso impalpable los recuerdos y las evocaciones.

¿Será tan sólo una leyenda lo que se cuenta?...

2 DE JULIO—Fortísimo temblor el de la madrugada de hoy, que nos arroja con cama y todo hasta el balcón, y hace que el Presidente Figueroa, no bien se aquieta la tierra, con un interés que mucho le estimo, se informara por el teléfono de si no habíamos tenido novedad.

Hay que saber que el valle en que se asienta esta ciudad de San Salvador se apellida, simbólicamente, "Valle de las Hamacas"; y que en ella, los frecuentes temblores que la sacuden se dividen en dos grandes grupos: temblores ordinarios y temblores de ruina... De estos últimos, ha sufrido tres, a lo que entiendo, que la han dejado sin cara en que signarse; y de aquellos, una serie incontable.

De oir tan inquietante estadística, vínoseme a la memoria la escalofriante descripción de los temblores de allá, también de ruina, que nos hizo en la embajada de Washington el príncipe japonés Fushimi, y que tanto se asemejan a estos salvadoreños en presentación y consecuencias.

8 DE JULIO—¡Qué fuerza incontenible la de este clima! No nada más se miran vegetaciones en las oquedades de las tapias, en los empedrados de las calles y en las junturas de paredes y ladrillos

¡hasta los postes del teléfono florecen con florecimientos malsanos!

10 DE JULIO—En tren especial puesto a nuestras órdenes por el Presidente Figueroa, y en unión de muchos y distinguidos invitados, vine con mi familia, con Nájera y con Chaparro, a esta ciudad de Santa Ana,—la segunda de la República,—donde mañana habrá de conmemorarse con suntuosas honras fúnebres el primer aniversario del fallecimiento en la línea de fuego, del General Presidente D. Tomás Regalado, entusiasta amigo de México y cordial amigo mío, acribillado a tiros de ametralladora guatemalteca, allá en El Jícaro, un risueño rincón fronterizo (véase el tomo III de MI DIARIO).

Recibiéronnos en el paradero, deudos masculinos del ilustre difunto, autoridades locales, particulares y pueblo, con los que asistimos, después de instalados en magnífica vivienda que debemos a gentileza de la familia Regalado, a unos oficios en el templo de El Calvario, que se prolongaron hasta las 9 de la noche.

Amenizó nuestra comida familiar, desde la calle, un concierto que nos dedicó la Banda Marcial venida exprofeso desde San Salvador, y que dirige un hábil músico tudesco, Herr Kessels.

Terminamos la velada con la madre y la viuda del General.

11 DE JULIO—Santa Ana. Solemne y pletórica de asistentes resultó la ceremonia eclesiástica en El

Calvario: soberbio el catafalco, excelentes los cantantes y la orquesta.

A la tarde, precedidos por la Banda Marcial y escoltados por apretada muchedumbre, que no cesó de engrosar a nuestro paso, fuimos a pie hasta los suburbios de la ciudad, en larga procesión silenciosa; y de ahí al Campo Santo. La mayoría del pueblo siguió a pie, muchos a caballo, y no escasos particulares, en carruajes. Nájera, Chaparro y yo, en el **landau** de la señora viuda de Regalado.

La tumba, cargada de flores. Hablaron distintas personas con inflamados conceptos de amor y respeto hacia el desaparecido, ídolo, indudablemente, de este pueblo ardoroso y bravío.

12 DE JULIO—El mismo expreso que nos llevó a Santa Ana, nos devolvió esta mañana a San Salvador.

En la tarde, dióme alcance la siguiente carta de la señora doña Petrona de Regalado, madre del General:

—"Sta. Ana, Julio 13 de 1907—Excmo. Señor "Ministro D. Federico Gamboa.—San Salvador.—"Señor de toda mi estimación:—Las vivas demos-"traciones de cariño y condolencia que se ha dig-"nado manifestarnos con motivo del aniversario de "la muerte de mi inolvidable hijo Tomás (q. d. "D. g.), y los altos servicios que tan desinteresada-"mente y con toda benevolencia nos ha prestado "siempre, es lo que me hace rogar a Ud. se sirva "aceptar, en mi nombre y en el de mi familia, nues-

"tros más expresivos agradecimientos y asegurarle "que queda eternamente comprometida nuestra gra- "titud.—Aprovecho la ocasión de participarle que "el Dr. Reyes y familia **(el hermano político del "General)**, estarán aquí el 23 del presente mes, "según dato que he tenido de la Agencia de va- "pores. Probablemente en esa fecha ya habrá de- "jado Ud. este pedazo de suelo que tanto le aprecia, "y que los pocos días que nos ha honrado con su "compañía, han sido de gozo y de esperanza.—Si "es como Ud. me dijo, que el 18 del corriente se "embarca, deseo que tenga un feliz viaje y que la "suerte le sea en todo favorable, tanto a Ud. como a "su digna esposa a quien, ruego a Ud., se sirva ha- "cerle presente nuestro respeto y agradecimiento. "—Rogando al Cielo lo conserve bien en unión de "su apreciable familia, quedo de Ud., con toda con- "sideración, su atta. y S. S."

14 DE JULIO—Desagradable noticia que me ensombrece y asquea: mi querido Vicente Acosta, el poeta, se halla incomunicado en la Penitenciaría; y no por sedicioso ni enemigo del Gobierno, no, sino porque ¡parece mentira! en artículo recién publicado aquí, reproduciendo opiniones de un señor Gámez, que las externó desde México, está preterido el nombre de Estrada Cabrera!!!...

¡Ah, países estos tan desdichados, por culpa de sus gobernantes!

17 DE JULIO—Hasta hoy no visité a Vicente

Acosta, dentro de su celda, porque quería yo traerle la grata nueva que le traje: obtuve de Figueroa que se le ponga en libertad.

A pesar del torbellino en que he vivido estos últimos tiempos, al fin pude dar término a mi nuevo drama A BUENA CUENTA.

20 DE JULIO—Grata visita de Vicente Acosta, recién salido de la Penitenciaría. En medio al natural regocijo que lo embarga, nótole una mezcla de sonrojo y de melancolía; y mentalmente le doy la razón. Así estaría yo, si en mi país me hubiese ocurrido igual cosa.

¡Mañana, si Dios quiere, nos partiremos hasta México!

21 DE JULIO—A los dos meses cabales de haber salido de Guatemala, en la mañana de hoy salimos de San Salvador.

Almuerzo en Sonsonate, con discursos de despedida.

Atardecer, ya instalados nosotros a bordo del "City of Sydney".

Forzada conversación con Máximo Soto Hall, que viene de pasajero. Ya no palpita en nuestras palabras aquella cordialidad de cuando estuvimos juntos en Costa Rica; él está al servicio de Estrada Cabrera...

22 DE JULIO—En aguas "chapinas", frente al puerto de San José. Abultado correo el que bonda-

dosamente me han traído Fidel Rodríguez Parra y mi buen amigo Gabucio; contiene libros, retratos, periódicos de México en los que, todavía con elogio, mucho se habla de mí. Ellos, los portadores, me comunican porción de noticias interesantes de lo que pasa y ha pasado en Guatemala.

El "risueño" Bone vino también a saludarme, y con impagable desplante me encarece que salga yo a su defensa en los periódicos de mi tierra, que están tratándolo con injustificada dureza!...

A la tarde, del barco yanqui en que ha hecho su viaje hasta aquí, se trasborda el ingeniero don Ricardo García Granados, que viene a sucederme en Guatemala, como encargado de negocios ad ínterim. Muy poco lo he tratado, mi amistad existe con su hermano don Alberto. Querría que yo lo enterara de muchas cosas que necesita saber para el mejor desempeño de su cometido. Desgraciadamente, poco me es dable contarle; y si en Relaciones no lo instruyeron lo bastante, no veo quién ha de prestarle la ayuda que reclama, fuera de Rodríguez Parra, que de memoria se sabe los asuntos de la legación, y conoce por larga experiencia aprovechada, cómo las gastan con nosotros estos mandones.

23 DE JULIO—Todavía anclados frente a San José. Embarcó V. A. P., reconocido espía de Estrada Cabrera, y de quien ya Rodríguez Parra teníame anunciado desde ayer que iba yo a llevarlo de compañero hasta la propia ciudad de México. Torvamente, ha venido a saludarme, para en seguida esfu-

marse por los escondrijos del barco. ¡Pobrecillo, no ha de imaginar la conmiseración que me inspira, igual a la que siento por sus congéneres en el vil oficio del espionaje, si como él, revelan que no han perdido del todo la vergüenza!

Zarpamos cuando ya es noche cerrada y... estrellada.

24 DE JULIO—Frente a Champerico, desde antes de amanecido. Aun se registran efusivas vibraciones de simpatía: telegramas, cartas y tarjetas postales de mexicanos y de guatemaltecos oprimidos que cifran en mi viaje ardientes esperanzas de resurrección y de vida...

Con el crepúsculo,—uno de estos crepúsculos intertropicales, breves como ilusión y suaves como caricia,—hemos levado anclas, y el "Sydney" comienza a navegar mar afuera. La costa centroamericana, de este lado chata casi toda ella, principia a desvanecerse por culpa de nuestro alejamiento acelerado. El Pacífico, mírasele en sus dilatadas anchuras, quieto y azul: es una hora augusta, que invita a las meditaciones...

De codos en la borda, me despido mentalmente de estas tierras de epilepsia política y física, que por la belleza y la riqueza en que abundan podían ser un remedo del Paraíso Terrenal, a no estorbarlo la maldad y la crueldad de los hombres. Me despido con tristeza cordial, porque mucho sé de sus dolores y padecimientos, que probé en no mínima parte; porque algo secreto anúnciame que jamás he de re-

tornar a ellas y, sobre todo, por lo que me significan en mi vida... Si los deseos fueran conjuros y los conjuros tuviesen de veras el mágico alcance que la superstición les supone, bastarían los que desde ésta mi vivienda movediza están formulando mi voluntad y mi corazón para que ellas no volvieran a recorrer los cruentos Calvarios que de antiguo vienen recorriendo. Serían dichosas... hasta donde los pueblos y sus pobladores humanamente pueden serlo.

Ha caído la noche sobre el mar, y la línea de la costa se ha borrado en las sombras. Cuando la madrugada se inicie, pasaremos frente a Ocós; y a poco que este viejo mercante, arriero del mar, apriete sus andares, antes de que el sol salga bogaremos por aguas mexicanas. De súbito, siento como un aletazo fatídico que me fuerza a enderezarme y ahuyentarlo con la mano, cual si me hubiese rozado una ave nocturna y agorera... Es miedo, un miedo que me sube de las entrañas, miedo de que México, de vuelta ya de Calvarios parecidos, el día de mañana—¿quién es capaz de prever lo que los misteriosos mañanas traen en su seno?—vuelva a caminar por ellos, no obstante la experiencia acumulada a costa de tantas lágrimas y tanta sangre con que ha regado el rosal de felicidad relativa que es ahora nuestro orgullo y recompensa ¡es tan fácil dar el salto atrás, caer de nuevo en el pecado y la barbarie!...

Para que mi alarma inopinada se disipe voy y

beso, en su litera, la frente sin malos pensamientos todavía, de mi hijo dormido.

26 DE JULIO—(Salina Cruz). A ojos vistas progresa y se ensancha este puerto oaxaqueño; y viniendo uno de los centroamericanos del Pacífico, creeríase que es un Liverpool o un Glasgow en miniatura. Mucho promete ser, si algo imprevisto—¡otra vez asáltame el miedo a lo futuro!—no detiene o estanca nuestro progreso material que es innegable.

Desde que lo divisé a distancia esta mañana, y hasta el momento de nuestro desembarco sin novedad durante la breve travesía, he sentido el mismo júbilo que siempre me produjeron todos mis anteriores regresos a México, así tornara yo de países que le son superiores en civilización y cultura: mudo agradecimiento a Dios, que me concedió volver a verlo; algo indecible y hondo; mucha alegría por dentro y fuera de mi individuo; asomo de lágrimas que no llegan a caer; veleidades por arrodillarme y besar la tierra... Las autoridades marítimas y civiles, muy obsequiosas. El Hotel Salina Cruz, en que nos hospedamos, muy pasadero.

27 DE JULIO—En coche especial, bondadosamente ofrecido por el F. C. de Tehuantepec, no paramos hasta Santa Lucrecia, donde nos transbordamos al F. C. del Pacífico, que nos lleva a Córdoba.

Grato encuentro: mi hermana Soledad con su hija Mercedes, Rafael Pardo con su familia, esta-

ban aguardándonos en la estación, para conducirnos a San Miguelito, rancho cafetero de los hermanos Pardo, y nuestro viejo conocido.

29 DE JULIO—Siempre en San Miguelito. Hoy cumple mi muchacho 8 años de edad; me lo han festejado cariñosísimamente, y hasta le trajeron otros chicos de su edad. ¡Dios se lo pague a todos!

Verlo a él tan contento, ver a su madre tan satisfecha, verme yo en México otra vez, rodeado de excelentes amigos, en el campo que tanto me alivia de cuerpo y de espíritu, y aplaudido por mi Gobierno, por la opinión y por mi propia conciencia, hame convertido este aniversario en mucho más inolvidable y grato de lo que fueron siempre, y continuarán siéndolo mientras Dios me permita ir pasándolos a su lado, los cumpleaños de mi hijo, que va que vuela camino de pronto llegar a ser todo un hombre...

30 DE JULIO—De la estación de Peñuela y en el coche especial de Rafael Pardo, salimos rumbo a México.

En Otumba, irrupción de parientes y de íntimos... En Tepexpan, reporteros de los principales periódicos, a "interviuvarme"... Y en Buenavista, enorme muchedumbre en espera de mi arribo, en cuenta, don Fernando Sánchez, ministro de Nicaragua, y Antonio Martín Rivero, ministro de Cuba; en cuenta, asimismo, tres ex-ministros de Guatemala: Francisco Rodríguez Castillejos, Francisco Orla

y mi compadre Emilio de León... Al apearme, nuestro actual subsecretario de Relaciones y antiguo amigo mío, Pepe Algara, díjome estas palabras que yo recogí emocionadísimo, porque me significan un premio que va más allá, pero mucho más, del mayor que yo hubiese podido ambicionar:

—"Vengo a dar a Ud. la bienvenida en nombre "del señor Presidente de la República, del señor "ministro de Relaciones, y de la nación entera, que "ve en Ud. a uno de sus más fieles servidores".

A contar de ellas, ya pueden, **mañana,** morderme las envidias y los odios; caerme encima cesantías, amarguras, ingratitudes y olvidos; volver a ser mi compañera la pobreza, que fué la nodriza de mi adolescencia y de mi juventud; ocurrirme cuanto de adverso me tenga reservado mi suerte... Estoy pagado con creces, con anticipo de copiosos réditos que van a durarme lo que me dure la vida. El Presidente de la República—¡y qué Presidente, Porfirio Díaz, el mejor que hasta hoy nunca tuvo México!; su ministro de Relaciones, Ignacio Mariscal, al que debo lo que soy, el que es ejemplo y símbolo de patriotismo, honradez y conocimientos en la materia,—están complacidos con mi comportamiento; y **la nación entera,** es decir, mi tierra, la que desde pequeño aprendí a querer por sobre todas las tierras, a la usanza espartana, me ha declarado, por los labios autorizados y limpios de funcionario respetable y sin tacha, ante nutrido concurso en el que estaban representadas todas las clases sociales que

no protestaron contra la solemne declaración: **"uno de sus más fieles servidores".**

Con qué satisfacción inefable nos hemos instalado en la muy modesta casa de mi hermana Soledad, donde calladamente vive su viudez y va formando a sus tres hijos.

31 DE JULIO—Toda la prensa narra el recibimiento de anoche y reproduce las palabras que me dirigió Pepe Algara.

1º DE SEPTIEMBRE—Con el señor Mariscal, en el Ministerio. Sus parabienes por mi conducta en Guatemala, benévolos, inteligentes, paternales. Luego, larga charla sabrosísima, en la que él hace el principal gasto. Las causas secretas que determinaron el aparentemente incomprensible cambio de frente del Gobierno de México en lo que pudo ser grave conflicto con Guatemala. ¡Lástima que no me sea lícito estamparlas en estas páginas!...

El inminente arribo de Elihu Root, que en unión de su esposa y de su hija viene a hacernos una visita de "buena voluntad" (???) como las que ha hecho ya en la mayoría de las Repúblicas Americanas, trae revuelta a la Secretaría y alborozada a nuestra mejor sociedad, por los muchos festejos que se preparan a ese viejo lobo de la turbia política yanqui. A este propósito no advierto, en mi ilustre y amado jefe, mucho entusiasmo que se diga.

2 DE SEPTIEMBRE—En Palacio, con el Presidente, que también se dignó felicitarme en lo particular. El mismo grande hombre de siempre: lacónico, serio y lento en palabras y ademanes, sonriendo apenas, inquiriendo detalles acerca de Centroamérica y sus gobernantes, guardando las distancias, así su interlocutor se halle, como yo ahora, a su vera y sin testigos; continuamente dentro de su alta investidura, que ha sabido llevar y respetar con el mayor decoro.

4 DE SEPTIEMBRE—Las visitas rituales de todos mis regresos. Ayer, a la iglesia de Jesús Nazareno, donde reposan los restos de mis padres. Hoy, a la Colegiata, a dar rendidas gracias a mi Virgen, por las divinas mercedes que sin tasa me procura en mi persona y en la de mis gentes.

8 DE SEPTIEMBRE—Han comenzado los almuerzos y las cenas con amigos, las idas al Club y a los teatros, las charlas sobre libros y proyectos literarios, cosas todas ellas de las que no puedo prescindir del todo.

15 DE SEPTIEMBRE—Por la mañana, en las felicitaciones oficiales al Presidente que está hoy de cumpleaños; y por la noche, invitado a presenciar desde los balcones del Palacio nuestra típica y conmovedora ceremonia del "Grito", que yo me atreví a trasladar a las páginas de una de mis novelas, y que tiene el raro privilegio de entusiasmar a cuan-

tos nacionales y extranjeros asisten a ella, de tal modo grábase en el corazón y la memoria de los asistentes! Resultó lucidísima, como siempre.

16 DE SEPTIEMBRE—Salí de casa, únicamente a ver el desfile militar de hoy, pues los números restantes de la patria conmemoración no me llaman ni me dicen nada. Los desfiles sí, lo mismo que todo aquello en que las tropas toman parte, no obstante mi enemiga hacia el militarismo. Es que mi padre, que fué general del ejército, pero general facultativo, de Ingenieros, revive en mí, y por mis ojos contempla complacido esos espectáculos marciales.

21 DE SEPTIEMBRE—Continúa el bombardeo de banquetes y cenas, con que, desde mi arribo, vienen regalándome mis amigos y muchos que no lo son. ¡Lo siento por el bolsillo de ellos y por mi estómago!

22 DE SEPTIEMBRE—Cerré trato con J. Trinidad Alamillo, director y dueño de "La Gaceta de Guadalajara", para que pueda imprimir y editar el tomo I de la primera serie de este MI DIARIO. ¿Condiciones?... Muy inferiores a las que me ligan a Eusebio Gómez de la Puente, pero muy superiores a las que otros de la cofradía editorial pretendían imponerme. El tiro será de hasta 5,000 ejemplares, aparte 25 de lujo. Se compromete Alamillo a que la impresión del libro,—que va a encerrar su-

cesos de cinco años, del 1892 al 1896, ambos inclusive,—se halle terminada dentro de seis meses.

25 DE SEPTIEMBRE—El Liceo Altamirano, uno de los pocos centros literarios que en la ciudad de México hoy por hoy promete perdurar con vida propia,—descontadas, por supuesto, nuestra Sociedad de Geografía y Estadística, la Antonio Alzate y la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española,—celebró anoche en elegante restaurant, conforme a su costumbre, una de sus sesiones reglamentarias que consagró a honrar la limpia memoria del insigne filólogo don Rafael Angel de la Peña. El elogio de aquel ilustre y venerable maestro, digno émulo de los Cuervo y de los Bello, estuvo encomendado al talento de Joaquín D. Casasús, Presidente del Liceo y, por añadidura, abogado, poeta, latinista y liberalísimo mecenas; virtud esta última, que sin duda ha de ejercitar en memoria y noble venganza de lo que la extrema pobreza lo hizo sufrir cuando estudiante y a los comienzos de su carrera, en que sólo se nutrió de amarguras y privaciones, hasta que su esfuerzo y sus muchos méritos no lo colocaron en la brillante y desahogada posición que hoy ocupa frente a la envidia y el despecho de los que ha dejado atrás.

Allí me encontré a porción de gentes que quiero: Antonio de la Peña y Reyes, hijo reverente de don Rafael Angel, Manuel Sánchez Mármol, Porfirio Parra, Enrique Fernández Granados, Rafael de Alba, Angel de Campo, Norberto Domínguez, Enrique San-

tibáñez, Agustín Alfredo Núñez, Roberto A. Esteva Ruiz, Enrique Martínez Sobral...

A pregunta mía, Casasús me explica por qué el Liceo celebra sus juntas gástricamente: porque de otra suerte,—decíame acariciando su "imperial," entre cuyos hilos que empiezan a ser grises resbalaba su sonrisa peculiar, mitad sarcástica y mitad compasiva,—ha tiempo que el numeroso grupo habríase disuelto cual tantos de sus predecesores y coetáneos. En tanto que mientras subsista esta moda nueva, Joaquín cita a sesión—comida por la que exige mínima cuota; la sesión se inicia entre plato y plato; se prolonga durante la sobremesa que en muy agradable se torna,—a barriga llena corazón contento,—con discusiones y lecturas, y el déficit, que es invariable, y grueso cuando el quórum fué abundante, lo que ocurre con sistemática frecuencia, él lo paga discreta y generosamente, los socios creen, o fingen creer que nada le deben por lo comido y lo bebido, y **tutti contenti.** Lo que me hace presusumir, que el día en que Joaquín cese en el ejercicio de presidencia tan sui géneris, el Liceo se irá a pique.

Y conste, que yo también soy socio suyo.

25 DE SEPTIEMBRE—Asistí la tarde de ayer a un jurado en el edificio de la cárcel de Belén, para oír a un tribuno que comienza y que mucho promete, José María Lozano, mozo de unos 25 años, alto, magro y nervioso, agresivo y elocuente que ya goza de renombre entre sus compañeros. Muy

bien habló, en efecto, las dos ocasiones en que lo hizo, aunque se me figura que anduvo más feliz en el discurso que en la réplica. ¿Sería casual o por causa de la preparación previa para el primero? De todos modos, orador tenemos en puerta que escalará alturas y cosechará lauros.

Diódoro Batalla, veterano de estas lides penales y que también defendía al reo, un licenciado Rodrigo Gutiérrez Azcué, que fué absuelto por fortuna, me dirigió públicamente una alusión muy benévola.

Excursión y almuerzo en el "Country Club" de Churubusco. Luego, bajo la lluvia, vistazo al galope del histórico convento canonizado por las balas yanquis en 1847, pues asila, en calidad de hospital militar, a porción de atacados de enfermedades contagiosas, según me entera el sargento que en el portón entreabierto fuma impasiblemente su cigarro: hay dos casos de viruela negra, uno de escarlatina, uno de tifo y varios de tuberculosis... Me conformo con ver hacia los interiores, en los que diviso "Juanes" ensarapados que charlan o discurren por grupos o parejas, supongo que convalecientes, y dos o tres "ordenanzas" del Cuerpo Médico. Deténgome a contemplar el modesto monumento conmemorativo de la batalla épica, que en 1856 mandó levantar el Presidente Comonfort; oteo los alrededores y, transido de pena por el abandono que respira todo, huyo con mis gentes a refugiarnos en el coche que hasta aquí nos trajo...

30 DE SEPTIEMBRE—Mañana comenzará el aluvión de festejos con que el Gobierno ha resuelto agasajar a Mr. Elihu Root. Ya se han distribuído las primeras invitaciones.

1º DE OCTUBRE—Siguen los Jurados sensacionales. Anoche hubo uno de los que no se registran a menudo: la Cámara de Diputados, erigida en gran jurado, juzgó a uno de sus miembros, Juan Sánchez Azcona, director de "El Diario," cotidiano en el que se publicaron tres mensajes habidos entre México y Guatemala sobre la extradición del general don José Ma. Lima y sobre el retiro de la legación a mi cargo. El fallo fué absolutorio, afortunadamente: por abrumadora mayoría de 155 diputados, se declaró que no había lugar a proceder en contra de Sánchez Azcona por el supuesto delito de violación de secretos pertenecientes a la nación; lo que viene a definir, para mayor prestigio de la Administración actual, una de las libertades esenciales de la Prensa. Me alegra ese fallo, por lo que en sí representa y, además, porque se trataba del único hijo de mi primer jefe en la Carrera, que me distinguió y ayudó cuanto pudo, hasta no llevarme consigo, ascendido yo a primer secretario, a nuestra legación en el Brasil y la Argentina.

A este Juan Sánchez Azcona II, lo conocí en París, allá en los finales del 1890 en que aún prefería, de entre la enorme y refinada variedad de espectáculos, el "Nouveau Cirque" y los chistes de su payaso entonces en boga, el negro "Chocolat."

Por ser Juan hijo de quien es, y por sus merecimientos propios, que ya algunos luce, desde aquellos días le cobré afecto y me interesó su suerte. Mucho me place verlo formado y en buen camino; pero a la vez me inquietan sus tendencias más que incipientes a enfrentarse con el Gobierno. ¿Veleidades juveniles? ¿temperamento levantisco? ¿ansias de pronta notoriedad o firmes convicciones tempraneras que lo empujan hacia otros campos?.. El tiempo lo dirá.

Con suntuosísima "gala" en el Arbeu, después de fastuoso banquete en Palacio, se ha iniciado el jubileo gubernativo en honor de Mr. Root.

2 DE OCTUBRE.—Como me lo temía desde que lo vi caer enfermo hace unos cuantos días, mi compadre y excelente amigo Emilio de León falleció la madrugada de ayer en la casa de asistencia que habitaba, y en la que las amarguras del injusto destierro que le impuso el feroz despotismo de su enemigo personal Estrada Cabrera, mucho que le acibararon los días, que han de ser de suyo harto acerbos, de su expatriación. Con Francisco Orla, que fué quien vino a comunicarme la fúnebre noticia, estuve en la casa mortuoria,—el cuarto mortuorio, diría yo mejor,—todo él ocupado por las ofrendas florales y por un sinnúmero de emigrados guatemaltecos, impresionados frente al repentino desaparecimiento de su ilustre conterráneo.

Y esta mañana, a las 10, lo hemos sepultado en el Tepeyac. Presidimos el nutrido cortejo, en que

figuraban hasta diplomáticos de Centro América y algunas personalidades nuestras, Francisco Orla, ex-ministro de su país en México e íntimo del difunto, el doctor don Luis Felipe Obregón y yo; llevamos una triple representación: la de la familia de Emilio, la de la colonia guatemalteca aquí domiciliada, y la del Comité centroamericano. Ante la fosa, pronunció vibrante despedida su compatriota don Francisco Vigil. Entre los dolientes, que saben cómo las gasta su actual gobernante torvo y sin escrúpulos, ha comenzado a correr la especie, errónea probablemente, de que al pobre Emilio lo envenenaron...

Para mis gentes, y para mí sobre todo, la muerte de Emilio nos significa un positivo duelo. ¡Dios lo haya recibido en Su seno!

6 DE OCTUBRE—El alud de festejos a Root, a los que yo no debo "privar de mi presencia" (!), así su gran mayoría me aburra soberanamente, hoy me permitió sin embargo, darme un gusto: ir y almorzar con Gustavo E. Campa, mi amigo desde los bancos del colegio, uno de nuestros primeros músicos y, lo que no sobra en estas faenas, cocinero—**amateur** que podría dar 30 y raya a cualquier **chef** profesional y reputado. Naturalmente, guisó para nosotros sus invitados, Alberto Best y yo, que nos chupamos los dedos, a título de agradecidos.

Sabrosa charla de sobremesa, en el saloncito de su piano y de sus libros; la casa es suya, y de campo, casi en las afueras de Mixcoac. Particularidad

que pinta su carácter, y que nos confesó sin prestarle mayores proporciones:

—¡Nunca ha acariciado a un niño, ni a sus propios hijos!..

17 DE OCTUBRE—Hoy se supo que sin novedad cruzaron la frontera, rumbo a su **home** de Yanquilandia, Mr. Root, su esposa y su hija, huéspedes de la nación desde el día 1º

No seré yo, seguramente, el que en estas páginas pormenorice y describa las fiestas que, a los que a ellas hubimos de concurrir, nos han dejado el estómago fuera de sus quicios y los nervios no muy en los suyos. Abomino de tales fiestas, por culpa de mi oficio, será, que nos fuerza a cuantos con él andamos a cuestas y de "trotamundos" galoneados, a disponer de inconcebibles resistencias neurogástricas, de paciencia "jobiana" y de marcada inclinación, en charlas cosmopolitas de visitas y saraos, a lo artificial, lo huero y lo vacío. Los que quieran saber de estas fiestas, ya habrán tenido bastante con las diarias y circunstanciadas narraciones de los periódicos; y si ésas no los saciaron, pronto podrán abrevar su curiosidad en un volumen profusamente ilustrado y minuciosamente escrito por dos buenos amigos míos: el poeta Manuel Caballero y el dramaturgo Vicente Morales, que lo titularon: El Señor Root en México."

De mi parte, afirmo que en jamás de los jamases gusté ni un poquito de que se festeje a ningún extraño, vecino o remoto, que venga a visitarnos

sin que expresamente se le haya invitado, o excepcional e indudablemente se lo merezca por sus antecedentes bien pesados y mejor alquitarados; antes me sublevan los tales festejos, pues tengo para mí que el que los organiza y costea, motu propio se rebaja y disminuye. En términos generales, los festejos no son más que un doble engaño: ni el que llega vale la pena de que con tan fingido entusiasmo se le festeje y mime, ni lo que se les muestra es la verdad completa. El visitante, oculta las segundas intenciones que lo movieron a llevar a cabo su visita; y el visitado tapa cuidadosamente los defectos y lacras que como a todo hijo de vecino le adornan el espíritu y el cuerpo, sólo muestra una cara de circunstancias, de antemano lavada y untada de cosméticos.

Cuando se trata de visitantes yanquis, la regla se agrava. ¿Por ventura sabemos nunca de los móviles secretos que hasta nosotros los empujan? Se dice que de mucho sirve el que pueblos e individuos se conozcan y traten; pero ¿acaso un acercamiento facticio, instantáneo y de etiqueta sirvió alguna vez para afianzar aquel propósito? ¿no el trato oficial, y el particular, el conyugal, el fraternal, el mercantil, el amistoso y todos los demás tratos humanos,—¡únicamente ha de exceptuarse el de los padres a los hijos que no es idéntico al de los hijos para con los padres!—se inician, fomentan y desenlazan sobre la base invariable, universal y eterna de la mentira mutua y el mutuo engaño? ¿quién habrá que se jacte de conocer a nadie, si nadie llega

a conocerse a sí mismo?.. Entonces ¿para qué provocar o aceptar esas fiestas, para qué echar la casa por la ventana y poner cara de pascuas, aunque por dentro estemos maldiciendo y renegando del extraño, enemigo, del indiferente si bien nos va, que llegan a fisgarnos y a enterarse de nuestras poridades morales y materiales para luego, en pago a que les franqueamos la entrada en nuestra vivienda pobre o rica, atrasada o adelantada, se marche con viento fresco y aproveche en su exclusivo beneficio lo que vió y lo que le dijeron los despechados e inconformes que en todas partes abundan, o se sirva de tales datos, equivocados y adulterados casi siempre, para ponernos en sus libros y papeles cual no digan dueñas? Obras son amores y no buenas razones. Estése cada cual en su casa y procure vivir en ella, hasta donde lo primero es humanamente posible, amando a su prójimo como a sí mismo, y a Dios sobre todas las cosas.

Gracias que nosotros no anduvimos en el capítulo de los regalos a esta familia peregrina, tan manirrotos como el Brasil, por ejemplo. Desgraciadamente, tampoco nos quedamos nada cortos: sobre lo que hayan costado las rumbosas fiestas,—¡válganos el que hoy, por excepción en nuestra doliente historia saturada de sangre, lágrimas y deudas, no nos encontramos como de costumbre a un pan pedir!—todavía les dimos, al decirles adiós en la frontera, un precioso óleo del pintor Landesio, que retrata las perspectivas que de nuestro lindo valle meditabundo se alcanzan a ver desde las al-

turas del alcázar de Chapultepec, donde la familia Root estuvo aposentada; y para la señora y la señorita, sendos y ricos medallones de oro, con el "calendario azteca" preciosamente burilado en ambos, y circundados los dos de brillantes, rubíes y esmeraldas, de tal suerte matizados los colores naturales de las piedras, que presentan los de nuestra bandera. Las dos joyas tenían su intríngulis, por el que hay que felicitar a la Comisión de festejos, pues es una delicadeza muy bien hallada: al oprimir un resorte, en el medallón de la señora de Root, queda al descubierto, en miniatura, el retrato de su esposo; y al hacer otro tanto en el de la señorita Root, la miniatura que aparece es la del teniente del ejército de los EE. UU., Ulises S. Grant, con quien va a casarse en cuanto vuelva allá. Y el general don Bernardo Reyes, Gobernador del Estado de Nuevo León, al paso del tren por Monterrey, envió a Mr. Root un soberbio reloj de oro, y un completo servicio de plata quintada para la señora y la señorita Root. De regalos particulares, vayan ustedes a saber cuántos y de qué entidad no serían ellos.

20 DE OCTUBRE—Todavía palpitaciones salvadoreñas. Recibí ayer nombramiento de socio correspondiente de la Academia de El Salvador, subscripto por su distinguido secretario, don José D. Corpeño.

Día delicioso el de hoy, en Xochimilco, con familias íntimas de nosotros. Almorzamos en los famosos "Ojos de Agua."

25 DE OCTUBRE—En la sesión del Liceo Altamirano, en el restaurant Sylvain, para honrar la memoria del sabio historiógrafo y cultísimo escritor don Alfredo Chavero. Presidió Porfirio Parra; Joaquín D. Casasús y Juan de Dios Peza hicieron sendas apologías de mi lustre tío; Joaquín, en prosa, leyó interesante juicio crítico sobre la obra multilateral del literato desaparecido, y Juan de Dios dijo versos muy sentidos, rebosantes de admiración y de cariño. Luego, leí yo una mitad de mi drama inédito "A buena cuenta."

La concurrencia, muy escogida; además de los oradores, estaban presentes Ernesto Chavero, hijo de don Alfredo, en calidad de invitado de honor, don Pedro Santacilia, Enrique y Manuel Torres Torija, Rubio Alpuche, Rafael de Alba, Angel de Campo, Fernando Iglesias Calderón, Enrique Santibáñez, Gonzalo de Murga, etc. Tocó el quinteto Jordá-Rocabruna.

27 DE OCTUBRE—A cuenta de mis derechos de autor, sobre "Santa," hoy compré para mi mujer, en la casa de Wagner y Levien, un piano de media cola, marca Kapps (alemán), que pagará mi editor y amigo Eusebio Gómez de la Puente.

El piano me lo eligió Gustavo Campa, después de haber probado otros de distintas marcas, y gracias a él me lo dejaron en sólo $900.00. Aún queda dinero a mi favor.

En la misma tarde me lo trajeron a casa, y cuando mi pobre mujer, radiante de gozo, recorrió ar-

mónicamente su teclado, sus arpegios a mí me sonaban a triunfo, porque, en realidad, el piano nos lo había pagado un libro mío.

28 DE OCTUBRE—En "El Diario" de hoy y subscrito por uno de los escritores jóvenes de la actualidad, Luis Castillo Ledón, bajo el título de "La Novela Mexicana" ha visto la luz un largo artículo en el que su autor juzga serenamente la historia de ese género literario entre nosotros. En la colada salgo yo, y tratado con mucha benevolencia por cierto, aunque Castillo Ledón se manifiesta decidido enemigo del naturalismo. Llega a las siguientes conclusiones, que bajo su responsabilidad aquí se transcriben:

—"...Haciendo síntesis de síntesis, considero a "Fernández de Lizardi como el fundador de la no-"vela mexicana; a Ignacio M. Altamirano, como su "primer reformador; a Rabasa, como un precursor "del procedimiento moderno entre nosotros; a Gam-"boa, como el definitivo introductor de ese proce-"dimiento, y, finalmente, a González Peña, como el "que viene a asegurarlo con la preparación especial "que necesita el cultivo de ese género..."

A propósito de Carlos González Peña, acabo de leer su primera novela "La Chiquilla," con que se sirvió obsequiarme hace unos cuantos días, y con cuya lectura me he deleitado. Es todo un novelista con el que cuentan nuestras Letras, este otro escritor joven, oriundo de Jalisco. Posee las dos cualidades esenciales a mi juicio, que se han menester pa-

ra portar con dignidad aquel envidiable título: conocimiento del idioma y de la técnica y, más que nada, sensibilidad artística. A juzgar por "La Chiquilla," González Peña es, francamente, un escritor naturalista. El libro es de una encantadora frescura, sincero y fuerte.

4 DE NOVIEMBRE—Ya me extrañaba que algún suceso "de los nuestros," no hubiese venido a ennegrecer el arco-iris que todos y cada uno de mis regresos a México enciende en mi espíritu. El día de hoy, por la noticia que me trajo consigo, no puede ser más desagradable: en sesión secreta y mediante votación económica y unánime, el Senado de la República aprobó que la bahía de la Magdalena, "una de las bahías más seguras y espaciosas de la tierra," situada en la costa occidental de la Baja California, sirva como cosa propia a los EE. UU. para los usos que mejor convengan a su escuadra, dizque sólo por tres años!.. Lo inconmensurable es que en el pacto, cesión o lo que fuere, se estatuyó "claris verbis," **la reciprocidad más perfecta** (¡oh, inverecundia! ello será, sin duda, para que nuestra escuadra, lo que no poseemos ni en pensamiento, vaya y se estacione a su guisa en cualquiera bahía yanqui...)

No obstante lo trascendental del suceso, nadie ha dicho esta boca es mía, ni la prensa ni individuo alguno ¡nadie!

¿Acaso no teníamos bastante con el oprobio de Pichilingue, el diminuto puerto también de la Baja

California, aunque en su lado oriental, al Este de la isla de San Juan Nepomuceno y muy próximo a La Paz, que por acto de la Administración de Juárez hubo de permanecer años de años bajo el dominio absoluto de los EE.UU., hasta que el General Díaz, al cabo de mucho tiempo de diplomacias y otras gestiones no consiguió reintegrarlo a su soberanía de origen? ¿Cómo es posible, entonces, que este mismo gobernante egregio, de cuyo patriotismo aquilatado ni sus enemigos dudan, ahora consienta y nos imponga oprobio parecido?.. Algo muy poderoso e incontrastable ha de esconderse en lo hondo de este asunto, la menguada "razón de Estado" o, lo que sería peor, exigencias de ese vecino que ha sido de continuo nuestro ángel malo. También pudiera ser la primera manifestación del agradecimiento que los EE. UU. sienten hacia nosotros, por el alud de festejos dispensados a su notable estadista Elihu Root.

5 DE NOVIEMBRE—He aquí, sin quitarle ni ponerle nada, el texto completo de la licencia concedida por el Senado de la República:

—"Secretaría de la Cámara de Senadores del "Congreso de los EE. UU. Mexicanos—Sección 1ª— "El Senado, en sesión secreta de ayer, aprobó el si- "guiente acuerdo:—Se autoriza al Ejecutivo de la "Unión para que conceda permiso de que anclen y "permanezcan por tres años en la Bahía de la Mag- "dalena, sobre la costa occidental de la Baja Ca- "lifornia, dos buques carboneros americanos, de cer-

"ca de 2,500 toneladas de capacidad cada uno, con "el objeto de que provean de carbón a los buques "de la escuadra del Pacífico, de los EE. UU., mien-"tras se ocupen en operaciones en las aguas veci-"nas; bajo la condición precisa de reciprocidad, no "sólo en casos idénticos, sino semejantes también. "—Tenemos la honra de transcribirlo a Ud. para co-"nocimiento del Señor Presidente de la República, "y como resultado de la nota que con fecha 25 del "pasado octubre dirigió Ud. a esta Cámara.—Li-"bertad y Constitución. México, a 5 de noviembre "de 1907.—Carlos Flores, Senador Secretario.—J. de "J. Peña, Senador Secretario.—Al Secretario de "Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores. "—Presente."

13 DE NOVIEMBRE—Excursión hasta Chapala. —La hacienda de Atequiza, encantadora, vasta, admirablemente puesta su casa habitación, en la que el administrador nos hace los honores de la finca. Sentados, después de pasear por su jardín y su huerta, y de haber recorrido la mayoría de las salas, alcobas, comedores, etc.; sentados, digo, en lo que ahora denominaríamos "hall", alfombrado con estos ladrillos jaliscienses que más parecen mayólicas rojas, se entró de súbito una lagartija pequeñina y vivísima, pintada a varios colores muy parecidos a los de una víbora. Llegó hasta los medios de nuestro corro, y nadie se atrevía a tocarla. Me la definieron, era una salamanquesa y su mordedura puede ser de cuidado, pues es bicho ponzoñoso y no hay quien la

excite o acose, si no es para matarla. Salta hacia atrás y muerde al lucero del alba.

¿Sería por el estilo la salamandra que contempló Leonardo?...

En carruaje desde Atequiza, al atardecer llegamos a Chapala. Rápida instalación en el hotel, y luego, delicioso paseo a bordo de la lancha de nafta, propiedad de Manuel Cuesta, que es su hábil manejador, en pleno lago, manso a pesar de la hora y que suele encresparse y proporcionar desagradables y hasta peligrosas sorpresas, nos salió la luna... He de confesar, mal que les pese a los chapalenses y al enorme crédito de que goza en toda la República esta laguna, que a mi juicio no es superior a la de Amatitlán en Guatemala, y sí es harto inferior a todas luces, a los dos principales lagos de Nicaragua. El paisaje que circunda al lago de Chapala, no resiste la comparación con los que cercan a aquellos de Centroamérica; resulta desolado y árido.

En charla peripatética de sobremesa, por la ribera, Manuel Cuesta Gallardo y el licenciado Pérez Verdía, ambos enuméranme las atrocidades que a diario comete el actual Gobernador, coronel don Miguel Ahumada, quien ha llegado a administrar justicia... salomónica!

Sonrío por dentro, pues viéneseme a las mientes el profiláctico consejo que en cierta ocasión me diera mi querido Pancho Bulnes:

—"Ni de vista se aventure Ud. nunca a visitar "un Estado de los nuestros, si no es muy íntimo ami-"go de su Gobernador; y aun entonces, procure

"abreviar su estancia y póngase candado en los la-
"bios."

14 DE NOVIEMBRE—En el volante Manuel Cuesta, que es un experto automovilista, a las 8 y ½ de la mañana salimos a toda máquina rumbo a Guadalajara, a la que no he vuelto desde hará unos ocho o diez años. Una hora antes de llegar a ella, se nos rompió un muelle.

Mientras Manuel atendía al negocio que aquí lo trajo, yo anduve calles y refrendé recuerdos. Me entré en la mejor "muñequería" y compré muñecos de barro,—no se suponga que estoy definiendo a mis semejantes. El dueño de la tienda, cuando liquidaba yo el importe de mi compra, me obsequió con una figura más. Y ante mi extrañeza,

—"Quería conocerlo,—me dijo,—he leído su SANTA..."

Compuesto el desperfecto del automóvil, regresamos por la tarde a Chapala. No obstante la maestría de Manuel, se nos rompió otro muelle, en nuestro vertiginoso vuelo por encima de los campos empapados de luna. A las nueve de la noche divisamos Chapala, y me parece que hemos de haber mal herido a varias reses echadas y rumiando, por los crujidos de huesos que escuchamos y los mugidos que lanzaban los novillos al enderezarse tambaleantes... Ha sido una jornada de 32 leguas, 16 de ida y 16 de vuelta. Confieso que el automóvil no me entusiasma; si se camina despacio, se le desnaturaliza, y si se camina según hemos caminado nosotros, no

se entera Ud. de lo que va viendo, la tensión nerviosa fatiga, y la inmovilidad relativa en que hay que conservarse produce anquilosis en las articulaciones. Siéntome cual si hubiese andado mucho a pie.

15 DE NOVIEMBRE—Vuelta a México; hasta Ocotlán, en diligencia y en carruaje, que, por no ser menos que el automóvil de Manuel, sufrió a su vez la rotura de uno de sus muelles; luego, cómodamente instalado en un pullman del F. C. Central.

Mientras hubo luz, de balde busqué el progreso de que tanto cacareamos; mis campos y mis campesinos han de ser de principios fijos: los vi como los tengo vistos desde niño, como han de haber estado antes de la Conquista.

16 DE NOVIEMBRE—Ricardo López Ochoa, prefecto político de Atzcapotzalco y viejo amigo mío, me obsequió hoy con un delicioso almuerzo en el recién inaugurado Parque de los Ahuehuetes. Todos los comensales, menos uno, eran amigos de larga data: Carlos Díaz Dufoo, José Juan Tablada, Paco Olaguíbel, Luis G. Urbina, Joaquín Clausel, Darío Herrera, Alfredo N. Acosta y Manuel Cota. El único para mí desconocido era un artista pintor, Gerardo Murillo, que se dice "Doctor Atl", quien, según informes de nuestro anfitrión no es solamente un artista jalisciense de indiscutible talento, sino, además, entendidísimo cocinero **amateur**; habilidad ésta última que me fué grato comprobar cuando gusté de un

exquisito pescado que tuvo a bien aderezarnos con sus manos y que todos aplaudimos después de dejar limpios los platos; pescado que él en persona, de mandil y puños remangados, quiso llevarnos a la mesa. También se me informó de que es un exaltado socialista, hasta ahora teórico, y un desafecto verbal del Gobierno que nos rige. Me pareció muy chispeante y un si es no es agresivo, de pronta e intencionada réplica, de agradable comercio y un tantico neurópata. ¿Será, en realidad, socialista convencido?...

El anfitrión, mi buen Ricardo, vástago de honorable familia y hoy metido en andanzas políticas, fué ayer, y muy merecidamente por cierto, un primer actor de gran cartel. Juntos estuvimos en Guatemala, el 1889, en que realizó con su compañía dramática una temporada triunfal de honra y provecho, por tierras de Centroamérica. ¿Se habrá curado de la atracción que la escena ejerce a perpetuidad en el espíritu de sus cultores, o nos dará el mejor día la sorpresa de volver a verlo y aplaudirlo en ella?... En Guatemala, emparentamos espiritualmente: apadriné el bautizo de una de sus hijas, y de entonces acá, aunque nuestras órbitas respectivas sean distintas, los dos estamos convencidos de que de verdad nos queremos y cada vez que la casualidad, de tarde en tarde nos reúne de nuevo, recíprocamente procuramos demostrárnoslo.

23 DE NOVIEMBRE—En la sesión reglamentaria que esta noche celebró el Liceo Altamirano en

el restaurant Sylvain, en memoria y homenaje de nuestro eminente dramaturgo e inspirado poeta yucateco José Peón y Contreras, terminé la lectura de mi drama: "A buena cuenta".

Presidió la sesión José López-Portillo y Rojas; Joaquín D. Casasús nos leyó una brillante y erudita apología del bardo muerto; Manuel Sánchez Mármol nos regaló con otra, y don Néstor Rubio Alpuche con una composición poética.

5 DE DICIEMBRE—Hoy me acusó recibo Jenaro García, director del Museo Nacional, del donativo que hice a dicho establecimiento: aquella medalla que me regaló el auriga Foronda, cuando visité la Antigua Guatemala, y que conmemora la proclamación de don Agustín de Iturbide como Emperador de México; medalla de plata, troquelada en la ciudad de Quezaltenango el año de 1822. Entiendo que es pieza única y de valer histórico nada despreciable.

Esta medalla y la prenda con que obsequié al General Díaz, también de innegable importancia histórica, son las dos cosas de algún valor que pude traer conmigo de Centroamérica. Es, esta segunda, un auténtico machete suriano, de los nuestros, que yacía sepultado, con su tosca vaina de cuero y todo, en el pueblo de "Mexicanos", en las afueras de la ciudad de San Salvador, sin duda desde aquel mismo año de 1822 en que Iturbide envió con tropas al general don Vicente Filísola hasta Guatemala, para guardar el orden mientras había de efectuarse un

plebiscito en ciernc, que había de resolver la anexión al Imperio de aquellas tierras. Se le descubrió debajo de un altar del templo pueblerino y salvadoreño, en la actualidad cambiada su faz por las implacables razones edilicias de ensanche y embellecimiento urbano.

7 DE DICIEMBRE—Banquete a los delegados centroamericanos, doctor don José Madriz y general don Policarpo Bonilla. ¡A ver qué sale!...

22 DE DICIEMBRE—Cumplí 43 años.

31 DE DICIEMBRE—Cena familiar, que me enternece y reconforta. Digan lo que quieran, nada hay que valga lo que valen la patria y la familia; y yo podría exclamar lo que Lucía Delarue-Mardrus, en su tierna composición intitulada: "El olor de mi tierra:"

"...**Ah! je ne guérirai jamais de mon pays!...**"

## 1908

12 DE ENERO—De gran baile en la embajada de los EE. UU., es decir, de gran tedio, pues no hay idea del que me acarrean los saraos, comilonas y recepciones a que por fuerza vengo asistiendo, con mayor frecuencia mientras más avanzo en la Carrera desde que a ella pertenezco.

19 DE ENERO—Apuñalado por la muerte, que en la madrugada de hoy nos arrebató a mi sobrina Mercedes ¡a sus 22 años! de una fulminante y traicionera bronco-neumonía... ¡Ah! estos grandes dolores íntimos no debiera uno ni mencionarlos, para que el contacto de nuestro prójimo no nos los empañe y prostituya. Fué la de Mercedes una muerte de virgen de las Catacumbas; la sobrellevó con tal resignación cristiana, no obstante que se hallaba en plena juventud y pleno ensueño, que el Rev. P. Lejeune, sacerdote francés que le diera la primera comunión cuando ella la hizo con porción de criaturas de sus años en el Sagrado Corazón, y

que vino a administrarla, por unos instantes se quedó suspenso con la divina Forma entre sus manos, frente al desgarrador y edificante espectáculo...

¡Pobre ángel a quien la vida comenzaba a darle sus mejores sonrisas, y pobre de su madre, mi hermana Soledad, que por exceso de dolor no ha podido derramar una sola lágrima!.. Entra, sale, discurre por la vivienda, sin chistar, fuma que te fuma, para al fin sentarse junto al ataúd y clavar sus ojazos negros, ardientes y secos, en los arabescos desteñidos de la alfombra de la salita, convertida en cámara funeraria, sin otras luces que las de los cuatro cirios....

Pasé con ella la velada, y no habremos cruzado más allá de media docena de palabras vulgares. José Joaquín, mi sobrino, y la demás familia nos acompañaron.

28 DE ENERO—Nuevo duelo familiar. Esta noche falleció en casa, al cabo de siete días de feroz pulmonía que atrapó en los funerales de su hermana Mercedes, mi hermano político Rafael Sagaseta y Vega, a mi lado desde la muerte de su padre, nuestro compañero en Guatemala y Wáshington.

2 DE FEBRERO—Expulsados de nuestros domicilios respectivos por la muerte de Mercedes y la de Rafael, hoy nos hemos instalado, mi hermana con su pequeña hija Guadalupe,—su hijo Miguel Angel trabaja en nuestro consulado de Baltimore—y yo con mi mujer y mi muchacho, en nuestra casa

de la calle del Fresno, que teóricamente llamo "Villa SANTA" y que es mi legítimo orgullo porque la he pagado peso a peso, gracias a que Guatemala es nuestra única misión diplomática que por la enorme diferencia del valor de su moneda, con mucho inferior a la nuestra, permite que se realicen economías sobre los sueldos.

Seis meses de tranquilidad en perspectiva: me prorrogaron mi licencia en la Secretaría, visto que no hay legación vacante a que podérseme enviar, hasta el 30 del próximo mes de julio. Mis actuales quehaceres: dirigir la instalación de muebles, libros, etc.; y corregir las "pruebas" del tomo I de MI DIARIO—a punto de aparecer editado por "La Gaceta de Guadalajara," de J. Trinidad Alamillo—y formar su índice alfabético de nombres.

8 DE FEBRERO—Otro duelo para mí, y de trascendencia suma para nuestras Letras, pues no tan fácilmente se reponen pérdidas de este tamaño: hoy falleció Angel de Campo ("Micrós"), víctima del tifo, seguramente contraído el mismo día que estuvo en casa a informarse de la salud de mi cuñado Rafael: de ahí se iba a qué sé yo qué "vecindad" de arrabal, en pos de cierta mesa antigua que le ofrecían en venta...

¡Mala entraña se trae este 1908!

9 DE FEBRERO—Lo que me ocurrió con los funerales de Manuel Gutiérrez Nájera me ocurre hoy con los de Angel de Campo, un trivial impedimento

inaplazable me ha estorbado el asistir a ellos según vivamente lo deseaba. Sin embargo, una de esas casualidades inexplicables hizo que, como si él hubiese querido venir a despedirse de mí hasta la eternidad, pasaron por frente a mis balcones su féretro y el tranvía tripulado de dolientes. ¡Oh! un entierro bien modesto y en magna desproporción con los merecimientos del muerto ilustre; es entierro de segunda clase, que costea Rafael Reyes Espíndola...

Tarde y noche de evocaciones. Aunque yo le llevaba a Angel unos tres años y medio, juntos estuvimos en los bancos del colegio de don Emilio G. Baz, y desde entonces trabamos tan cordiales amistades, afianzadas con el correr del tiempo que todo lo acaba y maltrata, que no acertaron nunca a ensombrecerlas o interrumpirlas,—caso este último por desgracia harto frecuente aún entre los mejores amigos, máxime si ambos son literatos,—ni esta identidad de oficios, ni las largas y varias épocas en que aventado cada cual a senderos distintos por esta pícara vida que no entiende de tiquis miquis afectivos, dejábamos de vernos. En cambio, juntos anduvimos otras muchas épocas, verbigracia: cuando "Juanito" Buxó,—hijo de aquel irascible librero catalán que por siglos tuvo acreditada librería en el Portal de Agustinos, ya difunto,—nos contrató para que le escribiéramos los dos, en ¡¡¡$ 5.00!!! que fraternalmente nos dividíamos, un artículo semanario en periódico de modas del que era editor y dueño, y que nosotros firmábamos

"Bouvard et Pécuchet"; así como cuando, lado a lado, sufrimos el calvario de un segundón empleo en Hacienda. En unas "Posadas" de postín que se celebraron en la casa de don Trinidad García, juntos sostuvimos Angel y yo, con dos hermanas muy agraciadas, un noviazgo efímero que se tronchó el día de Pascua. En más de una ocasión, a él, que fué siempre casto y severo de costumbres, lo arrastré a mis correrías que fueron ¡ay! el pan nuestro de casi cada una de mis noches...

Al llegar aquí mis evocaciones, río a solas, de recordar un sucedido que se desenlazó airosamente por obra y gracia de la gracia y el ingenio que chorreaba "Micrós" en sus escritos admirables y en actos y palabras, si se hallaba en medio a sus íntimos. La severidad de sus costumbres tiene que haber obedecido a dos causas principales: desde luego, a su temperamento, y después, a que desde muy temprano se echó sobre sus hombros, nada atléticos por cierto, una múltiple paternidad que supo desempeñar a maravilla. Se hizo cargo de la suerte de sus hermanos, y a todos los estableció o encarriló de manera que, dentro de lo humano y lo probable, nada había que temer tocante a su porvenir. Concluída airosamente la ardua misión, contrajo nupcias; pues antes que nada, eso fué "Micrós," hombre de hogar. El matrimonio lo aisló de nosotros aunque de tarde en tarde seguimos viéndonos él y yo, y comunicándonos nuestros anhelos y proyectos.

Así me enteró él mismo cierta vez, de su resolu-

ción inflexible de truncar para siempre su producción literaria... ¿Causas? La terca y sistemática tarea de deturparlo en que dieron unos cuantos jovenzuelos petulantes y todavía sin enjundia, y aun dos o tres talluditos, por supuesto "plumitivos" todos ellos, que, como escritores, no le llegaban a la suela de sus zapatos. De balde que yo se lo patentizara, que le pusiera de bulto que ésa su renunciación voluntaria y prematura, supuesto que él se hallaba en la madurez plena de su talento y de su vida, determinaría un hueco inllenable por quién sabe cuánto tiempo, en el campo pasaderamente estéril de nuestras letras. Por instantes, como que cedía a mis encarecimientos; reaparecía el artistazo que palpitaba en su cuerpecillo desmedrado y en su poderoso intelecto; creeríase que doliérale interrumpir la novela que entonces tenía en el telar, no darles vida a las muchas más con que, de fijo, hubiera enriquecido nuestro parvo acervo, y que, probablemente, le escarabajearían por dentro en su ansia de que las sacara a la calle. Pero la amargura que también le rebosaba, podía más, afirmábalo en su resolución lamentable. Sólo continuaría en el periódico, porque el periódico paga al contado y él, "Micrós," no podía renunciar a esos ingresos...

Una verdadera tragedia interior la suya, de la que yo tenía ya noticia directa por haber escuchado a los empecinados censores más de una ocasión en la Cervecería de Weber,—que era el "panino" o lugar de reunión al que acudíamos todos los atardeceres la gente de pluma de aquellos días,—y aun

haber rebatido las patrañas que le enrostraban a sus espaldas, entre muecas despectivas y "medias" heladas de Monterrey o de Orizaba. La eterna canción que lo mismo aquí que en Vladivostok entonaron ayer y entonarán siempre, los fracasados de las letras, los mosquitos literarios que rondan y zumban en derredor de las reputaciones ya conquistadas y de los nombres ya hechos, porque les pesa que la crítica seria y el público en masa no se pasmen exclusivamente ante ellos, que son, conforme a su propia estima y a lo que mutuamente se repiten "los del grupo avanzado y progresista," los únicos poseedores de la verdad, los únicos enamorados correspondidos de la belleza, los únicos con indiscutible y divino derecho a ocupar los más altos pedestales y a bajar de una irreverente manotada a quienes, según ellos, están ocupándolos sin asomos de merecimiento.

¡Ah! **les pauvres héres** cuya opaca existencia enferma de envidia, despecho y bilis se malgasta en adular sin tasa ni medida a funcionarios literatoides, y en morder los zancajos de los hombres de letras independientes y fuertes que sin ayudas que los sonrojen ni encadenen, armados sólo de su pluma y a pecho descubierto, cayendo y levantando, pues la cuesta es agria, en ocasiones logran escalar las cimas e instalarse en ellas. Algunas veces, los primeros logran lo que ahora: que un escritor de la talla de Angel de Campo, pero de sensibilidad excesiva, acosado por sus ladridos les abandone el campo. Los emplazo para el futuro. A cada día que

pase, el nombre y la obra de "Micrós" han de ir acendrándose y engrandeciéndose, en tanto que el nombre de ellos se habrá borrado como se borra todo lo artificial e inconsistente. Y nada digo de su "obra," porque en lo general carecen de ella; que no ha de llamarse tal a críticas fugaces amparadas por Revistas y periódicos "inéditos" casi, dado que apenas si los lee nadie y si su efímera duración es de tomar en cuenta; ni a folletos y libracos que se arrojan al cesto, por lo enrevesados y presuntuosos.

De mí sé decir, que no obstante los mordiscos con que ya me han gratificado, y los muchos más con que espero que hayan de regalarme en lo de adelante, jamás sus mordeduras me hicieron mella ni me dejaron cicatriz visible. Los trato con íntima desconfianza y les doy la mano cuando no puedo menos; lo mismo que se la doy a personajes concusionarios y a militares manchados con sangre de hermanos, aquí y en las varias tierras que tengo conocidas.

16 DE FEBRERO—Al salir de mi visita de pésame a la hermana de "Micrós,"—que está casada con el historiador Francisco Fernández del Castillo, también mi condiscípulo en el colegio de don Emilio G. Baz,—ahora domiciliada en la calle de Leandro Valle, y al desembocar en la vetusta Plaza de Santo Domingo,—hoy de La Corregidora—se me encogió el corazón. Y es que la luna, asomando por encima de la vieja Inquisición, refugio de nuestra Escuela de Medicina, por encima de la mole gri-

sacea de la antigua Aduana se me antojó que daba al cuadro tintes trágicos, que hablara de las arideces de la tierra, de la sequedad de esta homicida estación que tantas vidas ha segado.

17 DE FEBRERO—Hoy fueron oficialmente recibidos por el Gobierno, el doctor don José Madriz, de Nicaragua, y el doctor don Policarpo Bonilla, de Honduras, ambos personajes de suposición, que vienen a darle **las gracias** a México, por su actitud para con aquellos países en la última trapatiesta. Es increíble cuanto ha ocurrido en esta cuestión con Centroamérica. ¡Qué lástima que mi situación me ponga una mordaza!..

20 DE FEBRERO—Estoy enfrascado en "Los Hermanos Karamazow" de Dostoiewsky, y saco de entre sus páginas este pequeño pasaje que mucho conviene tener presente.

—"...**Car il n'y a pas de souci plus constant, "pour l'homme libre, que celui de chercher un ob- "jet ou un être devant qui s'incliner..."**

Es extraño. Los personajes de Dostoiewsky, nunca o muy rara vez trabajan, sólo obran o razonan. ¿Olvido del estupendo escritor? ¿Rentistas todos ellos?..

22 DE FEBRERO—Estamos en plena serie de solemnidades gástricas en obsequio de los señores Madriz y Bonilla, Comisionados de la Conferencia Centroamericana. La noche de hoy, suntuo-

so banquete en Palacio que les ofrece el Presidente de la República. Eramos 32 comensales; Limantour se excusó. El Gral. Díaz pronunció elocuente y cauto discurso, que le fué contestado por el general don Policarpo Bonilla.

26 DE FEBRERO—Dos banquetes hoy, a los mismos señores centroamericanos. A la 1 y 30 de la tarde, un almuerzo en el restaurant de Chapultepec, ofrecido por el señor Mariscal y con casi idéntica concurrencia que en Palacio: el Gabinete, el Presidente de la Permanente del Congreso, el de la Suprema Corte de Justicia, el del Ayuntamiento, el Gobernador del Distrito Federal, el Comandante Militar, varios diplomáticos, etc.

Y a las 8 de la noche, en la morada de Mr. David E. Thompson, el círculo era más restringido y la presencia de diplomáticos más copiosa.

En ambas "convivialidades,"—palabra diz que inventada por nuestro don Manuel Payno, y aun no de recibo en el Diccionario de la Academia, a pesar de su formación irreprochable,—discursos y brindis preñados de retórica digestiva y buenos deseos: paz, confraternidad americana, advenimiento del Milenio, todo "el carmín de Doña Elvira..." Lo grave radica en que hay que aplaudirlos velis nolis, que padecer que los vecinos nos confíen encomios y comentarios y, en ocasiones, hasta medio poner los ojos en blanco frente a los paisajes verbales que nos pintan los estadistas de veras, los aficionados y los de pega... ¡Ah! con ser tan enorme "La Comedia

Humana'' de Balzac, y la verdadera y legítima en que todos los nacidos somos actores o simples comparsas desde que el mundo es mundo, no desmerece junto a ellas la eterna comedia político-internacional que cuenta en su haber con ''estrellas'' de primera magnitud que de cuando en cuando mucho hanla ennoblecido, no obstante que es de suyo bajuna, mendaz y sin entrañas, y con algunos momentos tan felices y magistralmente interpretados, que la redimen de su prosa consuetudinaria y de los innúmeros lunares que la afean.

De vuelta a casa, tuve mi recompensa: hoy puso a la venta ''La Gaceta de Guadalajara'' el tomo I de MI DIARIO. ¡Permita Dios que el público le dispense cordial acogida!

2 DE MARZO—Estoy de días, y por ello, muy visitado a la tarde y a la noche.

3 DE MARZO—Ha quedado establecida nueva legación de México en Centroamérica que exclusivamente radicará en la República de Guatemala. Por lo pronto, la encabezará un encargado de negocios interino; y como premio a sus excelentes servicios, a sus vastos conocimientos del medio, y en prenda de justicia, el nombrado ha sido Fidel Rodríguez Parra.

6 DE MARZO—Los Comisionados de la Conferencia de Paz Centroamericana, en protocolar correspondencia ofrecieron hoy en el restaurant de

Chapultepec un almuerzo "en honor del Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. D. Ignacio Mariscal..." Nos sentamos a la mesa más de 35 personas, y se pronunciaron cuatro brindis: el de ofertorio del ágape, por el doctor Madriz, a quien contestó el señor Mariscal; un tercero, por el general Bonilla, al que ¡ay de mí! yo hube de dar cumplida réplica.

Después de la comida, fuimos el señor Mariscal y yo a saber cómo seguía Pepe Algara, en cama desde anteayer. Y tuvimos la pena de enterarnos de que su enfermedad es seria: parece que se trata de una grave pulmonía.

7 DE MARZO—Recibí hoy, extendidos con fecha de ayer, los dos plenos poderes para negociar y firmar como plenipotenciario del Gobierno de México, con el plenipotenciario del Gobierno de Honduras (el general Bonilla), debidamente autorizado, dos Tratados, de extradición de criminales, el uno, y de amistad, comercio y navegación, el otro.

9 DE MARZO—De banquete al medio día en Palacio, para agasajar al barón Van Asbeck, comandante del crucero "Gelderland", que ha venido en misión especial para entregar al General Díaz las insignias de Caballero Gran Cruz de la Orden del León Neerlandés, que le confirió S. M. la Reina de Holanda.

10 DE MARZO—Falleció hoy Pepe Algara, d.

e. p.; y reina en la Secretaría tal desconcierto que, a solicitud de sus empleados superiores, el señor Mariscal me pide vaya yo a hacerme cargo de la marcha de las oficinas.

Al anochecer, los hermanos del difunto llevaron a la Secretaría el cadáver de Pepe, que se instaló en el salón principal la cámara ardiente; se organizaron turnos para velarlo y se formó el programa para los solemnes funerales que mañana habrán de efectuarse, presididos por el Presidente de la República en persona.

En la noche preparé el discurso que he de pronunciar en nombre y representación de la Secretaría.

11 DE MARZO—Después de la ceremonia en la Secretaría, a las 4 y 30 de la tarde salió rumbo al cementerio el brillantísimo séquito que escoltó los restos mortales de mi buen amigo José Algara y Cervantes hasta su última morada. De veras se ha sentido mucho su muerte en las esferas oficiales, en nuestra mejor sociedad, a la que Pepe pertenecía por derechos de cuna y de su intachable comportamiento como profesional y como individuo, y entre todos los empleados de Relaciones.

12 DE MARZO—En compañía de mi queridísimo Antonio de la Peña y Reyes,—secretario particular del señor Mariscal,—salía yo de Relaciones a eso de las 2 de la tarde, a tiempo que don Ignacio regresaba en su coche con Alfredo Barron, introduc-

tor de embajadores, de su acuerdo bisemanal con el Presidente de la República. Detuviéronme a señas, y nos volvimos a la Secretaría Antonio y yo. Ya en el despacho del Ministro, paternalmente me abrió éste sus brazos para darme la grata nueva de mi nombramiento como Subsecretario de Relaciones Exteriores:

—"Interino por lo pronto,—me agregó,—pues "así lo dispuso el Presidente..."

Aunque yo me sé lo que significa esa interinidad tan insólita en los tiempos que corren, sobre todo si se trata de los altos empleos administrativos (son rezagos de desconfianza por si volviera yo a caer en las alegrías que esmaltaron a mis ya enterradas juventud y soltería; alegrías que se han empeñado en abultar descompasadamente mis "bienquerientes" y mis amigos (?) y socios de entonces), es tal el júbilo que me ahoga, que apenas si acierto a expresar mis agradecimientos con la voz empañada de emoción. En cambio, con qué fuerza no abracé a este anciano ilustre y noble, a quien debo trascendentales favores y lo que soy y valgo oficialmente.

Luego, en casa, con Antonio de testigo,—que no es ésta la primera intimidad que presencia y comparte ni, Dios mediante, ha de ser la última,—las lágrimas de mi santa mujer y de mi pobre hermana, el azoro de mi hijo que no se da cuenta cabal, dentro de sus ocho años, de nuestro regocijo y nuestros extremos. La comida familiar se nos transmutó en banquete, por más que sólo la rociáramos de emo-

ción, de interrogaciones, de temores frente al porvenir enigmático y mudo...

Y el resto de la jornada memorable, a solas o con los míos, pensamientos y palabras revolotean como mariposas en torno del grato suceso.

En mis soliloquios que se prolongaron hasta bien entrada la noche, hago balance mental y cobro ánimos prometedores de que, salvo caso de fuerza mayor, o los imponderables que ni el más avisado atina a prever ni menos a contrarrestar, sabré sostenerme con decoro en la altura a que he llegado sin nada que me sonroje ni nada que me humille, por sus pasos contados. No hay riesgo de que me desvanezca, pues mi niñez y mi adolescencia harto que supieron de pobrezas y estrecheces, por culpa de la honradez acrisolada de mi padre que acertó a bajar de alturas con mucho superiores a ésta que yo acabo de afianzar, con las manos limpias y la conciencia en paz. Desde temprano ando enterado de que, en política más que en ninguna otra disciplina, la estabilidad prolongada en los puestos que provocan envidias es cosa de milagro. Lo que importa es que el batacazo o el descenso voluntario nos encuentren limpios de responsabilidades de cualquier orden, y con la frente más levantada que cuando subimos.

Por dicha, el momento actual que México vive, dando por supuesto que mis intenciones fuesen las más perras, me es propicio y de sobra tiene que servirme para que mis propósitos no flaqueen, para resistir asechanzas y tentaciones: la Administración del General Díaz alcanza tales puntos de

probidad y bien entendido patriotismo, que como ejemplar se la cita no ya en Europa y en el resto del mundo, sino en los mismos EE. UU., quienes siempre nos vieron y trataron con mal disimulado menosprecio que nosotros por omisión o por comisión de actos incalificables que no hay para qué traer a cuento, hicimos nacer y crecer. Por lo que mira al desempeño de mi cargo, peliagudo de suyo y con una teoría de antecesores que ya hubiesen querido otros pueblos para sus días de fiesta, eso corre de mi cuenta; cuenta en la que he de poner los cinco sentidos. Sé de antemano que no han de escasear ¡antes al contrario! los mordizcos de envidiosos, las dentelladas de despechados que por lo que Dios haya querido se quedaron atrás, las calumnias de rivales y enemigos, las intriguillas de compañeros y subalternos descontentos, toda la gama de flaquezas de nuestros prójimos que nunca ven con buenos ojos el que nadie sobresalga ni una pulgada del nivel común. Es mal sin remedio que de antiguo hizo presa en los mejor librados en esta feroz lucha por la vida...

¡Adelante de todos modos, y suceda lo que quiera!

14 DE MARZO—A las 11 de esta mañana, presté ante el señor Mariscal la protesta solemne de cumplir "leal y patrióticamente" con el desempeño de mi encargo. Vino, luego, la presentación formulista a todo el personal de la Secretaría, en casi su totalidad antiguos compañeros míos en estas mismas

oficinas y aun algunos, amigos que mucho estimo y respeto, como el sabio ingeniero D. Antonio García Cubas, jefe de la Sección de Límites y varón intachable, un rectilíneo.

16 DE MARZO—En Chapultepec, a agradecer de viva voz al Caudillo el nombramiento con que me ha honrado.

¡Cuánto no me felicito de que se me ocurriera interrogarlo según lo interrogué para despejar incógnitas, atento el revuelo manifiesto en el público y que notoriamente tiene dividido al pequeño núcleo de políticos militantes del país,—el enorme resto de sus pobladores se alza de hombros frente a la tal política,—en los grupos que ya han comenzado a enseñarse los dientes: los partidarios del licenciado don José Ives Limantour y los del general don Bernardo Reyes!

—Perdone usted, señor,—pregunté al Presidente cuando nos despedíamos,—¿el nombramiento de Subsecretario de Relaciones Exteriores me trae aparejada la obligación de afiliarme en el grupo que dicen de "Científicos" o en el grupo Reyista?...

Luego de clavarme por un instante su mirar de águila, correspondió a mi pregunta con esta otra suya, que salió de sus labios con esa lentitud en él característica y que hace que sus palabras resulten siempre impresionantes:

—"¿Quién lo ha nombrado a usted?..."

Me marché encantado con esta patente verbal de porfirista puro, que tan bien cuadra con mi por-

firismo interior y a cada día más acrecentado conforme a cada día conozco más a este hombre de excepción y grande de veras, a pesar de sus varios defectos innegables, que se ha metido en el bolsillo a cuanto gobernante tuvo México independiente, antes que a él, y a quien los incontables gobernantes que lo sucedan en el solio, han de verse en serios apuros para emularlo. Esta patente, además, me permitirá realizar mi constante anhelo de mantenerme, dentro y fuera de los empleos, sin ligas, sujeciones ni compromisos, con la relativa independencia de criterio que sólo por acaso suele afianzarse en nuestros países, sobre todo si es uno, según debe serlo, honrado servidor de sus gobiernos.

23 DE MARZO—¡Dios me lo perdone! pero me sospecho que el señor Mariscal quiso hoy ponerme a prueba y por eso me despachó a entendérmelas con jurisconsulto merecidamente afamado, que lleva tiempo de peinar canas y de disfrutar en nuestro Foro de muy grandes consideraciones: el abogado yucateco D. Luis Méndez.

Hablamos cerca de una hora en mi saloncito de recibo, a propósito de un asunto de franceses que él patrocina. A los principios le noté cierto aire de superioridad que no me ofendió, porque además de ser inequívoca, a su lado soy un muchacho—todo es relativo—que carece del título de abogado que don Luis ha honrado tanto, aunque en México lo osten-

ten hasta individuos que no escriben con la debida ortografía ni sus propios apellidos.

Sin embargo, llegamos a entendernos, quedó en volver y nos separamos en muy cordiales términos.

31 DE MARZO—Primera espina. De la fecha de mi nombramiento a hoy, toda la prensa nacional, la capitalina y la provinciana, sin distinción de matices, no ha cesado un solo día en sus estruendosas dianas por mi exaltación a la Subsecretaría. Y como coincidió con ese suceso el aparecimiento del tomo I de MI DIARIO, no tengo ya dónde guardar tantísimo elogio para mi individuo y para mi modesta obra literaria. Biografías excesivas y fragmentarias, retratos en pie, sedantes y de perfil, anécdotas auténticas y apócrifas, abultamiento de mis cualidades,—concédaseme que algunas tendré aunque no se tarde casi nada en contarlas,—y discreto silencio respecto de mis muchos defectos, de todo ha habido.

Ya, ya sé que debo imponer un liberal descuento a la copia de elogios enderezados más al funcionario en posibilidad de dar empleos y aun granjerías si a mano viene, que al literato sin bienes de fortuna que no presenta otra recomendación, sino hallarse en plena producción, a sabiendas de que sus libros valdrán, si acaso valen algo, muy poquita cosa. En compensación, sé también que unos cuantos de esos sueltos y artículos encomiásticos los dictaron afectos acrisolados y sinceridades insospechables. Pero ¡qué diablo! éstos y aquellos me han tenido en la grata ocupación de relamerme los bigo-

tes, pues a ningún humano le suena mal que, así sea de carambola y con miras aviesas, o con la mano puesta sobre el corazón, siquiera una vez en su vida lo instalen por unos minutos en los cuernos de la luna...

La espina me retrotrajo al sentido de lo real, del que nunca debiéramos apartarnos; y si bien es cierto que lo hizo con brusquedad, de todos modos se lo agradezco. Las pesadillas y las gratas ensoñaciones, no es higiénico que demasiado se prolonguen.

A mis espaldas, un reportero de mala entraña trastrocó adrede una observación mía para "El Imparcial". Y cuando menos lo pensaba, he aquí que recibo destempladísima carta de Rafael Reyes Espíndola en la que me pone de oro y azul, partiendo del erróneo supuesto de que prevalido yo de mi subsecretaría, quise reconvenirlo y lastimarlo. Acto continuo se la contesté por sus propias consonantes, seguro de que nuestra amistad se ha roto por quién sabe cuántos años, y de que en sus periódicos, si bien me va, me aplicarán la sanción del silencio absoluto,—testigo entre otros varios, Juan de Dios Peza,—o si no se puede menos, únicamente habrán de mencionarme con el título de mi empleo y nunca más por mi nombre. Conozco bien a Rafael y me consta que es un manojo de nervios que lo esclavizan y de pasiones que lo ciegan en pro y en contra de sus amigos y enemigos.

5 DE ABRIL—En los solemnes funerales del Ar-

zobispo de México, Ilmo. y Revmo. Señor Doctor D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, hoy sepultado con gran pompa en el cementerio alto de la Villa de Guadalupe, después de un suntuoso oficio de difuntos celebrado dentro de la basílica.

Me he sentido sonámbulo frente a la ausencia de trasnochado jacobinismo,—hasta hace poco de rigor entre nuestros políticos, si eran funcionarios de arriba sobre todo,—que se advirtió en este entierro. Además de muchos diplomáticos extranjeros, también concurrió don Justino Fernández, del Gabinete presidencial, liberal muy connotado y ex condiscípulo del difunto, cuyo ataúd ayudó a cargar hasta la fosa. ¿Me habrán cambiado de veras, a los gobernantes de mi tierra?...

15 DE ABRIL—Con Emilio Rabasa, que lo presidió, y José Arévalo que hizo de secretario, José Juan Tablada y yo, en calidad de vocales, integramos el jurado calificador de unos Juegos Florales celebrados en el Casino de Santa María de la Ribera. ¡Todo sea por Dios!

24 DE ABRIL—Oficialmente se me comunicó ayer, que con fecha 9 del mes en curso y a propuesta de los señores don Félix Romero, don Francisco Fernández del Castillo, don José Romero y don Manuel Fernández Villarreal, nuestra benemérita e ilustre Sociedad de Geografía y Estadística tuvo a bien aceptarme en su seno, como miembro honorario.

7 DE MAYO—Ahora parece que le ha tocado su turno a la racha de los nombramientos. Anoche, que se reunió la Sociedad de Autores para elegir su nueva directiva, fuimos designados: el señor Mariscal, presidente honorario; vicepresidentes ídem, Aurelio González Carrasco y "este cura"; presidente efectivo, Alberto Michel; vice, Manuel Torres Torija; srio., José Ignacio González; prosecretario, Humberto Galindo; y vocales, Manuel Berrueco y Serna, Ignacio Montiel, José F. Elizondo, Julio B. Uranga y Mario Vitoria.

8 DE MAYO—Desde el domingo último contamos con flamante sociedad literaria, bajo el aplaudido nombre de don Gaspar Núñez de Arce, cuya directiva es como sigue: 1er. presidente honorario, otra vez "este cura"; 2º ídem, Salvador Díaz Mirón; presidente efectivo, Ernesto Herrera; vice, Joaquín Mortú; srio., Rafael Espino; vocales, Alfonso Prieto, Javier de Prado, Luis G. Moreno y Manuel Gómez Andrade.

Predominan en ella los peninsulares.

9 DE MAYO—De manteles largos en casa del señor Mariscal, que obsequió con un almuerzo a nuestro embajador en los EE. UU. don Enrique C. Creel y al Hon. William I. Buchanan, "altos comisionados" por parte de nuestro Gobierno y de la Casa Blanca para la inminente inauguración en Costa Rica del Tribunal Centroamericano de Justicia.

Que ¿qué saldrá de tantas gestiones conjuntas

en pro de la pacificación de aquellos países? Piadosamente juzgándolo, cero al cuadrado, si ha de atenderse a lo que entre sí se quieren; más parecen descendientes del torvo Caín, progenitor mucho más prolífico dondequiera, que del buenazo de su hermano Abel, padre de muy reducida prole; salvo que las cinco Repúblicas se hayan propuesto practicar de continuo el "quien bien te quiera te hará llorar".

10 DE MAYO—Varios martes y sábados hemos venido reuniéndonos en casa de Joaquín D. Casasús, —una residencia que tira a palaciega y que Joaquín ha levantado a pulso.—Victoriano Salado Alvarez, Luis G. Urbina, José Peón del Valle y yo, para fallar en el concurso de dramas y comedias nacionales abierto por Justo Sierra desde su solio de Instrucción Pública. ¿Iremos a declararlo desierto?... ¡Ojalá que no!

16 DE MAYO—En muy expresivos términos me comunica Pepe López-Portillo y Rojas, que la Academia Mexicana, de la que él es digno secretario perpetuo, y a la que yo no pertenezco a pesar de ser correspondiente extranjero de la Española desde el 14 de noviembre de 1889 en que, apadrinado yo por don Juan Valera, don Manuel Silvela y el conde de Casa-Valencia,—gracias hagamos a las afectuosísimas gestiones que en mi obsequio intentara desde Guatemala mi respetado amigo el historiador don Agustín Gómez Carrillo,—aquella ilustre Casa sola-

riega de nuestro idioma tuvo a bien admitirme en su seno, me hizo la señalada distinción de invitarme a que concurra a sus sesiones semanarias de todos los lunes.

17 DE MAYO—Precioso domingo el que hoy hemos pasado mi mujer, mi hijo y yo, en compañía gratísima de un puñado de amigos íntimos, en las famosas y milenarias (?) Pirámides de Teotihuacán (lugar de adoratorios), encomendadas, lo mismo que todos los demás monumentos arqueológicos, a la eficaz vigilancia y conservación de don Leopoldo Batres, quien nos hizo los honores con extremas cordialidad y cortesía. El almuerzo nos lo sirvieron dentro de la vasta gruta o caverna que ha de llamarse de Porfirio Díaz.

23 DE MAYO—Organizado por Ernesto Chavero para felicitar a Virginia Fábregas por su reciente nombramiento de "Officier de l'Instruction Publique", con que el Gobierno francés ha querido recompensarle su labor artística y, sobre todo su empeño continuado de divulgar el teatro de allá entre nosotros, representando traducciones y adaptaciones de obras francesas, hoy se le ofreció una gran comida de cuarenta y cinco comensales en el restaurant de Chapultepec. En nombre del organizador ofreció el agasajo Rodolfo Reyes; le contestó Pancho Cardona, y cerró los brindis el presidente del Círculo Francés.

24 DE MAYO—No sé a cuál carta quedarme. De un lado "The New York Herald" del 18, en largo suelto, procaz como suyo cuando de México se trata, declara "enfáticamente" que mi nombramiento como Subsecretario de Relaciones Exteriores se hizo con el deliberado propósito de inferir un insulto público al Presidente Estrada Cabrera, pues soy un declarado e irreconciliable enemigo suyo y, en consecuencia, mi actuación sólo ha de tender a obstruccionar y hostilizar cuanto aquel Gobierno intente en beneficio de un acercamiento cordial y duradero (¡¡¡...) con nosotros.

Y de otro lado, la "American Society of International Law" de Wáshington, D. C., me participa con fecha 16 y por voz de su "recording Secretary", Mr. James Brown Scott, que a propuesta de Mr. Paxton Hibben, aquella Sociedad me admitió como individuo suyo.

Bien miradas las cosas, las temerarias acusaciones del "Herald" y el honor que me dispensa la "American Society of International Law", vienen a ser dos grandes elogios.

31 DE MAYO—También la Provincia me ha enviado flores por el tomo I de MI DIARIO. De él han hablado, y con más elogios que censuras, Luis Castillo Ledón, Carlos González Peña y varios otros, en Jalisco; don Miguel Salinas, en el "Monitor de Morelos", de Cuernavaca, me lleva dedicados dos artículos, con el grato anuncio para mí en el último, de que "continuará"; y hasta hoy no llegó a mis

manos "El Monitor Sinaloense", del día 14, en que un joven escritor, Jenaro Estrada, consagra casi cinco columnas a aquel libro mío. Pero tan encomiásticas y comprensivas, que no resisto a la tentación de transcribir una parrafada, aunque no conozca a quien con tamaña benevolencia me juzga. Lo que me importa es que sea joven, de los "del último barco". Dice así, entre otros primores:

—"... Bien venida sea la primera antífona con "que nos inicias a las asombradas gentes ¡oh lumi- "noso espíritu artista! en el salmo de tu vida..."

De mi viejo y querido amigo Manuel Puga y Acal, crítico de oficio y sastre que conoce el paño, me ha llegado, asimismo, una carta que archivo con muy legítimo orgullo. MI DIARIO le ha interesado más que el de los Goncourt, "porque,—son sus pro- "pias palabras,—los personajes que pasan al través "de éste despertaron en mí ideas **librescas**, mientras "los que pasan al través del tuyo han despertado "sensaciones y sentimientos **vividos**..."

30 DE JUNIO—Un grupo de cincuenta individuos han hecho destrozo y medio en Viesca de Coahuila. Según informaciones oficiales, pertenecen al núcleo comunista que los Flores Magón encabezan y manejan a su albedrío, **dentro de los EE. UU.**, cuyas autoridades federales y locales, no obstante promesas, compromisos y papeles escritos y firmados, cierran los ojos, paternalmente para con ellos, y fraternalmente para con nosotros...

16 DE JULIO—Ha comenzado a distribuirse entre los principales periódicos y está ya de venta en las librerías, mi novela RECONQUISTA, recién llegada de las prensas madrileñas de la acreditada casa de Bailly-Baillière e Hijos.

¿Cómo será acogida por el público y la crítica?...

17 DE JULIO—Andamos en la ingrata tarea de instalarnos en nuestro nuevo domicilio, número 7 de la 1ª calle de la Ribera de San Cosme, cómoda y bien encarada residencia que nos ha impuesto mi empleo de Subsecretario. A pesar de lo que hemos ganado con la situación y condiciones de la vivienda, mucho nos dolió partirnos de nuestra casuca del Fresno, que de veras es nuestra porque está íntegramente pagada con el producto de nuestros ahorros en lejanas tierras y los primeros rendimientos de SANTA.

¡Noble casuca nuestra, modesta cual convenía a tus dueños que nunca fueron ricos ni hay indicio de que nunca lleguen a serlo! Casa pequeña para que no se nos extraviara nuestro mutuo cariño o pudieran perdérsenos las vocecitas y risas de plata de nuestro hijo; con la que habíamos soñado desde mucho antes de adquirirla; que, alta la frente, podíamos y podemos confesarte cosa nuestra, sin remordimientos ni sonrojos, porque no pagamos tu importe con peculados, prevaricaciones, indignidades ni trampantojos. Noble casuca nuestra, recompensa muda de privaciones y nostalgias, que te proclamamos nuestra con un lícito orgullo de honradez y de-

cencia, y que te cuidamos con una avaricia desmedida de pobres; que te manifestaste risueña y acogedora desde el primer instante en que, heridos nosotros por inexorables duelos familiares, acudimos al arrimo hospitalario de tus muros y tus techos en demanda de abrigo, mi enlutada hermana y sus hijos, otra sobrina mía que de tus interiores salió al matrimonio, vistiendo la simbólica túnica blanca de su pureza, y nosotros tres, que te recorríamos y acariciábamos, que nos deteníamos a contemplar tus desnudeces que muebles, libros y cuadros iban vistiendo, tus anchuras y tus rincones, tu jardinillo diminuto, como para cerciorarnos de que eras de veras nuestra. ¿No advertiste lo que nos afligía clavetearte en paredes y pisos?... Es que temíamos que, quizás, la piedra y la madera de que te fabricaron, adoloridas fueran a quejarse. Alégrate de que no te dimos el triste espectáculo de que presenciaras, impotente para atajarlos, trascendentes reyertas conyugales, ni esas tragedias ignoradas y más frecuentes por desgracia de lo que se supone, ni uno solo de tantos y tantos dramas íntimos que entenebrecen los hogares y son los torvos compañeros de más de una familia. Fuiste, en cambio, testigo continuo de nuestras comidas, escuchaste nuestros proyectos, no reíste frente a nuestras locas ambiciones, meciste nuestro sueño, te enteraste de nuestros secretos, que guardarás como una tumba... Un sacerdote te bendijo y te puso bajo la divina sombra de Quien puede más que nadie!

Limpia te ocupamos y limpia te hemos desocu-

pado. ¿Por poco tiempo, por mucho, por siempre?... ¡Sólo Dios lo sabe! Todos los bienes terrenales son perecederos y susceptibles de perderse. Sea lo que quiera, no nos debemos nada y no hay poder humano que acierte a borrar, mientras tú estés en pie, las nupcias que consumamos: tú, como casa nueva, y nosotros como propietarios novísimos. Así continuáramos ascendiendo o de pronto tropecemos y caigamos,—¡es tan fácil tropezar y caer!—habremos de rememorarte amorosamente, y aun más, si nos viéramos forzados a sacrificarte por culpa de la necesidad que a todos nos acecha. ¡Ojalá que de tu parte, guardes una grata memoria de los cuantos meses que te habitamos!

1º DE JULIO—Es el caso de copiar el popular decir colombiano: "Mejor no sirve". Un doctor alemán, Herman Prowe, ha publicado en su idioma y en las columnas de la "Deustche Zeitung von Mexiko", una serie de cinco largos artículos,—que el "Diario del Hogar" de mi ex patrón Filomeno Mata reproduce traducidos,—flagelantes para Estrada Cabrera y muy documentados y encomiásticos en lo que mira a mi gestión diplomática en Guatemala.

Sean ellos la respuesta a los ataques que me enderezara a ese mismo respecto "The New York Herald", de Nueva York.

Habrá que conocer al señor doctor Prowe, y que agradecerle de viva voz esa defensa que me viene como anillo al dedo.

29 DE JULIO—Cumplió mi hijo 9 años de edad. Conforme crece, sus cumpleaños se nos vuelven otras tantas fiestas gratísimas.

Torna el doctor Prowe, que se sabe de memoria su Guatemala, a hacer gemir los tórculos. En "El Tiempo" de hoy ha sacado una carta abierta al Presidente Roosevelt, en la que le espeta a tan "strenuous" magistrado cada verdad que tiembla el misterio. De pasada, que Dios se lo pague, también torna a encomiar mi labor.

2 DE AGOSTO—Después de los acuses de recibo de los periódicos, por el envío a cada uno de ellos de mi novela RECONQUISTA, apareció en "El Mundo Ilustrado" de esta fecha, el primer juicio crítico acerca de dicho libro. Muy benévolo y generoso. **Tanto meglio!**

3 DE AGOSTO—"De uniforme y condecoraciones" en el banquete palaciego que esta noche ofreció el Presidente al Cuerpo Diplomático Extranjero. Buenos caldos y manjares, pero ¡cuánto fastidio, Señor, cuánto fastidio!...

9 DE AGOSTO—En el "Tilín, Tilín", muy leído semanario de caricaturas y de coqueteos oposicionistas,—sobre que lo dirige e ilustra mi amigo Alvaro Pruneda, intencionado y habilísimo dibujante, que no escribe de lo peor, y que por culpa de su lápiz ha sido encarcelado más de una vez, y de los interiores de la cárcel ha persistido en seguir sacan-

do, sin bajar el tono, los varios periódicos de que ha sido dueño,—en su "Tilín, Tilín", repito, apareció hoy una falsa interviú diz que celebrada conmigo y subscrita por un señor Alfonso Zepeda Winkfield, del que no hago memoria. En ella se me suponen conceptos hirientes para muchos de mis compañeros (?) los "plumitivos" en ejercicio. Convendría rectificarla, aunque las rectificaciones me inspiran un santo horror..., **et pour cause.**

10 DE AGOSTO—"El Diario" de esta fecha me compensa, y con creces, del "tilín-tilinazo" de ayer. En forma de carta abierta, que ocupa cinco largas columnas de apretada lectura, bajo el título de: "RECONQUISTA y el señor don Federico Gamboa," hace mi ilustrado amigo Rafael de Alba de esa mi novela recién aparecida y de mi individuo aparecido no tan recientemente que se diga, un juicio crítico que colma mis ambiciones como escritor y como hombre.

A riesgo de que se atribuya a forzada gratitud he de apuntar, sin embargo, algunas de las salientes que distinguen a este mi buen Rafaël, cuya imperfección principal es una extraordinaria modestia congénita que lo lleva a ver los lauros y aplausos, si no con filosófico desdén, sí con absoluta indiferencia. Ello es la causa de que sus altos y aquilatados merecimientos no hayan sido debidamente justipreciados. El se encoge de hombros y se encogió siempre.

Mucho ha aprovechado los 40 ó 45 años que re-

presenta. Su cultura es vasta y sólida; sus juicios, siempre acertados y ecuánimes, jamás los expresa si no se le piden con insistencia, y aun entonces no suenan a sabihondo ni apestan a dómine, aunque él haya ejercido con lucimiento el magisterio; su talento es indudable, precisamente porque no se atreven a negarlo sus solapados envidiosos. Huraño por temperamento,—reconcentrado, diría yo mejor, —huye sistemáticamente de clubes, asociaciones, capillas, "peñas", ateneos y liceos; sus amigos de veras, en los que fía y a los que frecuenta, témome que los enumere con los dedos de una sola mano, y que todavía le sobren dedos; su carácter, dulce y afable, tiene la benevolencia suma por exclusiva norma: nunca censura acremente a nadie ni lo satiriza, nunca fué causa de quebranto de amistades ajenas, predisponiendo ánimos con el ejercicio de la ingrata y socorrida profesión de correveidile, nadie le ha hecho nada, y sin ser una réplica del Doctor Pangloss ¡muy lejos de ello! creeríase que opina que este mundo es el mejor de los mundos posibles y que nuestros prójimos, en lo general,—suele añadir compasivamente,—carecen de la flaqueza que de antiguo se les supone y que, en ocasiones, en gordura se transmuta. Hasta su interesante figura le ayuda a ganarse voluntades, es del tipo aristocrático: cráneo dolicocéfalo, rostro ovalado y pálido, ruin bigotillo, cuerpo enhiesto y cenceño sin llegar a alto, ojos criollos y meditativos, frente despejada que comienza a emblanquecer por las sienes; parco en palabras y moderado de ademanes; más devoto

de la sonrisa que de la risa, y por dentro, en su corazón y su cerebro, de oro puro.

Padece hondas penas; hondas, porque le cogen su alma toda, y hondas, porque nunca las deja asomar ni a los ojos, que acaban por volverse delatores de su dueño, ni a los labios, que son nuestros más encarnizados enemigos por lo que permiten que a las veces se nos escape contra nuestra voluntad y nuestra conveniencia.

Tiene una enfermiza debilidad, que en su vida ha confesado a ningún bicho humano, y que él castiga con reclusiones intermitentes, absolutas e ignoradas de todos.

¡Cómo no sentirse orgulloso de que un ser así, ser de elección, nos aplauda un libro, y con su aplauso lo realce y ennoblezca!...

14 DE AGOSTO—Al fin resolví rectificar mi inventada interviú, y hoy los principales diarios, a quienes acudí en demanda de reproducción de mi carta a Pruneda, la sacan a la calle. Hela aquí:

—"México: 12 de agosto de 1908.—Señor D. Al-
"varo Pruneda, director del semanario "Tilín, Ti-
"lín."—Presente.—Estimado amigo:—En el número
"correspondiente al domingo 9 del mes en curso, del
"semanario 'Tilín, Tilín' que Ud. dirige, apareció
"bajo el título de "Entrevistas Célebres," un largo
"artículo subscripto por el señor don Alfonso Zepe-
"da Winkfield, fingiendo que había celebrado con-
"migo, a propósito de mi novela RECONQUISTA,
"una entrevista real y efectiva.—Aunque desde un

"principio consideré censurable la conducta del se-
"ñor Zepeda Winkfield, al forjar una entrevista
"que nunca existió ni podía existir, cuando menos
"en los términos publicados, en los que se me impu-
"ta conceptos no sólo infundados, sino injustifica-
"bles, sobre la personalidad y la labor literaria de
"escritores nacionales con cuya amistad me ufano
"y cuya producción aplaudo sinceramente, no pro-
"cedí a rectificar hechos porque confiaba en que
"cuantos leyesen la supuesta entrevista habían de
"diputarla por facticia y ficticia; que así es y así
"tenía que serlo, atenta la naturaleza humorística y
"festiva de ese Semanario.—Desgraciadamente, el
"diario metropolitano "La Patria", en su número
"101 que corresponde al día de ayer, toma a lo serio
"la entrevista y aun la comenta a su sabor. Ello me
"obliga a encarecer a Ud., atentamente, sea servi-
"do de ordenar que en el próximo número del "Ti-
"lín, Tilín" se ponga la verdad en su lugar, asen-
"tándose que el señor Zepeda Winkfield jamás ha
"celebrado conmigo entrevista de ningún género.—
"Anticipo a Ud. mis agradecimientosy me complace,
"etc."

16 DE AGOSTO—Alvaro Pruneda ha estado muy gentil, en el número de hoy de su "Tilín, Tilín" no se conformó con publicar mi carta, sino que al calce de ésta, tuvo a bien agregar:

—"El único comentario que ponemos a esta car-
"ta, es que transcribimos su contenido al señor Al-
"fonso Zepeda Winkfield para que él haga los co-

"mentarios que le corresponden en el caso.—Por lo "que a nuestro director atañe en este asunto, sólo "diremos que hoy mismo hemos rogado al señor Al- "fonso Zepeda Winkfield que se abstenga, en lo de "adelante, de honrarnos con sus originales".

**Tout est bien qui finit bien,**—añado yo.

Vuelvo a casa del banquete que la Prensa Unida de México ofreció a todos sus socios, en el Tívoli del Elíseo. Para presidirlo nos invitaron al señor Mariscal, a Guillermo de Landa y Escandón, a Juan de Dios Peza, a Félix Díaz y a mí; pero como los cuatro se excusaron, por eliminación lo presidí yo exclusivamente.

¡Cuántos amigos y cuántos antiguos compañeros pude saludar, algunos de ellos no vistos desde hacía años de años! Sentáronse, a mi derecha, Ireneo Paz, —actual presidente de la asociación,—y Juan Sánchez Azcona; y a mi izquierda, el periodista español don José Porrúa y Heriberto Barrón. De los demás comensales, fueron muchísimos, recuerdo a Ignacio Herrerías, Alberto Beteta, Adrián Castillo, Adolfo Barreiro, Fadrique López, Luis Muñiz, Pedro A. Serrano, Pacífico Redondo, Carlos Valle Gagern, Enrique Martínez, Joaquín Ramírez y Cabañas, Eugenio Méndez, Gonzalo y Ernesto Herrerías, Salvador López y Vilchis, Alejandro Villaseñor y Villaseñor, Manuel Caballero, Javier Ibarra, Miguel Calderón Mariles, Ricardo Durán, Octavio Paz, Ranulfo Penagos, Esteban Lamadrid Isunza, Nemesio García Naranjo, Inocencio Arriola, Ernesto Chavero, Rafael Romo, Ramón Alvarez Soto, Eduardo F.

Bienvenú, José Millán y Ponce, Samuel G. Avila, David Camacho, Lázaro Pavía, Salvador F. Resendi, Rodolfo Martínez Sánchez, Arturo Paz, José Romo, José Sala, Juan Manuel Gallego, Pedro Arnó de Villafranca, José Escofet, y quién sabe cuántos más. Todas las edades, todos los credos religiosos y políticos, algunos oposicionistas o descontentos, en mayoría los gobiernistas. Sin embargo, la reunión resultó cordial y sin excesos de palabra ni de obra.

Nacho Herrerías,—secretario de la asociación,—leyó la siguiente carta del señor Mariscal, que fué saludada con nutridos aplausos:

—"Sumamente agradecido a la honrosa invita-"ción de Uds. para presidir un banquete de la 'Pren-"sa Unida' tengo el sentimiento de no poder asis-"tir a tan interesante reunión, a causa de mi salud "quebrantada en estos últimos días. Mucho me ape-"na la imposibilidad de acreditar con mi presencia "la gratitud que me anima por la honra que se trata "de hacerme, y mi viva simpatía por la prensa pe-"riódica de mi patria. Yo he considerado siempre "el periodismo como elemento indispensable de civi-"lización moderna, el cual, si funciona libremen-"te, hasta en sus abusos suele ayudar a un gober-"nante, dándole a conocer lo que no debe ignorar "en ningún caso la opinión pública.—Deseando a "todos los miembros de la 'Prensa Unida' la mayor "prosperidad, quedo, etc."

Ireneo Paz, ofreció, en seguida, el ágape; y como aludiera a mí, entre otros, y como yo "actuaba" de único presidente, hube de contestarle en bre-

ves palabras, en las que subrayé, adrede y por los vientos de fronda que pudieran haberse colado en el salón, copia de elogios al General Díaz y a su admirable labor política. Habló, luego, y hermosísimamente por cierto, don José Porrúa,—en el fondo de todo español culto hay siempre un orador y, a veces, hasta en el fondo de los incultos, que son millares,—y cerró los brindis Heriberto Barrón, con su fogosidad acostumbrada.

28 DE AGOSTO—De banquete nocturno en Palacio, "con condecoraciones", que el Presidente de la República da en honor de S. E. D. Luis Anderson, E. E. y M. P. de Costa Rica, en misión especial (todavía **eso** de la unión de Centroamérica).

29 DE AGOSTO—Otro banquete en honor del propio señor Anderson. Este fué al medio día, en el restaurant de Chapultepec, y ofrecido por el Ministro de Relaciones Exteriores, con asistencia del Vicepresidente de la República don Ramón Corral, de altos funcionarios y de varios diplomáticos extranjeros.

10 DE SEPTIEMBRE—Ha seguido la benevolencia en periódicos de la capital y la Provincia, y en cartas particulares, para juzgar el tomo I de MI DIARIO y mi novela RECONQUISTA. En "El Tiempo" de hoy, muy jugoso artículo de Pepe López Portillo y Rojas, y, lo que no me esperaba, el "**Journal des Débats**" de París, del 25 de agosto, me lle-

ga con largo y favorable juicio a propósito de MI DIARIO, en su sección de "**Revue de Livres - Bibliographie étrangère.**"

13 DE SEPTIEMBRE—Muy agradable almuerzo en Sylvain, con el que Pancho Cardona y Virginia Fábregas felicitaron a Marcelino Dávalos por el reciente triunfo que alcanzó éste con su dolorosa comedia "Así pasan..."

Nos sentamos veinte personas a la mesa, inclusive los anfitriones.

14 DE SEPTIEMBRE—José Ferrel, hombre de pocos amigos, temperamento agresivo y puntilloso e inteligentísimo literato que más gusta de herir con sus aceradas flechas que de regalar flores baratas y sin aroma, mucho contribuyó en su tiempo con un precioso juicio crítico, a que se difundiera mi novela "SUPREMA LEY". Y ahora, que no me felicitó por mi nombramiento de Subsecretario ni una sola vez se ha parado en el Ministerio a pedirme nada, encomia y enaltece generosamente mi nuevo libro RECONQUISTA.

Débole, pues, dos grandes favores; y es lo malo, que ni mis agradecimientos ha de querer aceptar de buen talante. Con él salen sobrando esquelas y otras pamemas. Es un independiente, al que hay que abrazar por sorpresa.

16 DE SEPTIEMBRE—Aun perdura la dulce impresión de anoche, que con mi mujer estuve en

la tradicional ceremonia del "Grito". No es para dicho lo que me conmueve hasta el fondo de mi corazón presenciar desde los balcones de Palacio el santo entusiasmo que se apodera de la muchedumbre amasada en la vetusta Plaza de Armas, cuando al sonar las 11, el Presidente toca la vieja esquila parroquial de Dolores y vitorea la independencia...

Porción de veces he sido testigo del grandioso espectáculo; hasta procuré pintarlo lo mejor que pude, en las páginas de mi SANTA; me lo sé de coro y, sin embargo, siempre lo hallo nuevo, siempre me arranca lágrimas, siempre me aumenta la ciega devoción que desde niño atesoro por mi tierra, no obstante sus defectos y máculas.

19 DE SEPTIEMBRE—La Cámara de Diputados me relevó de mis funciones "congresionales", al propósito de que el Ejecutivo siga utilizando mis modestos servicios en la Subsecretaría de Relaciones Exteriores.

Porque es de saber, que soy diputado al Congreso de la Unión por un distrito del E. de Chihuahua, donde jamás puse los pies. Soy diputado,—como alguien confesó en cierta ocasión idéntica,—por el número 8 de la calle de Cadena, porque el General Díaz ha establecido, dentro de su sabia política, que todos los Subsecretarios del Despacho sean diputados.

No estará de más, sino al contrario, decir cuatro palabras acerca de esta máquina de nuestras elecciones que el Caudillo ha simplificado tanto, y con-

tra la que hablan pestes sólo los despechados que después de suplicar de rodillas una curul, no lograron colar capellanía y en furiosos oposicionistas se convirtieron. Sobre la base inconmovible de que aun en los grandes países donde la opinión pública es una fuerza real, Inglaterra, Francia, los EE. UU., verbigracia, la política luce porción de cosas nada limpias, ni menos puras, según las apetecerían ideólogos e ilusos que vienen a ser una misma persona, a nadie asombra ya que los procederes y consecuencias de aquella resulten en su inmensa mayoría convencionales, turbios y hasta fraudulentos. Donde más resaltan es en esa quisicosa del voto público, base y eje, teóricamente, de toda democracia, aunque ésta sea monárquica como la británica. En todas partes, las funciones de "gran elector" las monopoliza y desempeña de acuerdo con sus intereses y sus conveniencias, un hombre, una clase social, un grupo político, o como en los EE. UU., el vil metal, el **almighty dollar,** ganzúa irresistible, que no "sésamo", para abrir todas las puertas, inclusive las de hierro y las de las conciencias de alquiler o de venta, en cualquier latitud más abundantes de lo que fuera de desear. Y todo el mundo tan contento, a sabiendas de que se le sirve gato por liebre. Finca el riesgo para varios países,—el nuestro ¡ay! sin ir muy lejos,—en que los encargados de frangollar el guisote, en vez de gatos ponen tigres; equivocación o maldad de lamentables resultas. Si nosotros acostumbráramos ver hacia atrás,—hábito saludable que deberíamos practicar siquiera de cuando en cuan-

do, ora para copia de lo bueno, ora para enmienda de lo malo,—en el acto advertiríamos que las contadísimas ocasiones en que la opinión pública proveyó de padres conscriptos a nuestros Congresos, ello ha sido un sonado fiasco con su inseparable cauda de asonadas, motines, "planes" y "gritos", que sistemáticamente pusieron en peligro las instituciones y hasta la vida de los gobernantes; que informen Iturbide y los que con Iturbide han corrido idéntica suerte. Y que cuando el proveedor lo fué el "supremo mandatario",—si no era de la talla mental y patriótica del General Díaz, y hasta hoy nadie le llegó ni a los calcañares,—la provisión de "padres de la patria" (?) resultó invariablemente negativa y aun de cuidado, por ser éstos en su mayoría, o buenos para nada de puro serviles, o analfabetos, petulantes y criminales de auténtica cepa que, a la dañina sombra del fuero, si se le mal emplea, recorrieron toda la gama de la delincuencia, seguros de la impunidad más inmoral y absoluta. El fenómeno es naturalísimo y no exclusivamente nuestro. También en otras partes se cuecen esas habas.

Al General Díaz no puede reprochársele lo mismo, aunque sea el único y gran elector. Con el admirable conocimiento que de su tierra atesora y tanto lo singulariza, y con el no menor de que dispone para catar hombres, mañosa y hábilmente ha venido depurando poco a poco los elementos integrales de los Congresos de la Unión, hasta no alcanzar la meta que ha de haber perseguido desde

que, al fin y para innegable beneficio de la República, se adueñó del poder con el secreto y firme propósito de no soltarlo mientras viva. ¡Quiera Dios concederle extraordinaria longevidad, y que sus recónditos deseos se realicen!

Esta saludable práctica de no consentir que el tal voto público, una quimera en el fondo, le eche a perder el mejoramiento y engrandecimiento de México que con patriótica tenacidad ha ido afianzando, no es capricho de tirano ensoberbecido o de atrabiliario déspota ¡quiá!, es la consecuencia experimental de aquel conocimiento de los hombres y del medio, a que acabo de aludir. Cuéntase que allá, a los comienzos del primer período de su gobierno, en que el público todo, y sus dos consejeros áulicos o "ninfos egerios",—don Protasio P. Tagle y don Justo Benítez, ambos estimabilísimos y personas de verdadera valía desde cualquier punto de vista,—más que el público supusieron equivocada y gratuitamente que sería el manejarlo cosa de coser y cantar, al aproximarse la renovación del Ayuntamiento metropolitano, como le descubrieran la resolución de ser él quien designara a los nuevos ediles, a una voz lo conminaron en nombre del "Plan de Tuxtepec", del pasado liberal de los tres, de las promesas lanzadas al pueblo, dentro de su carácter, entonces, de caudillo revolucionario, a que mirara bien lo que hacía y no comprometiera ni vulnerara la Constitución del 57, las leyes de Reforma, la democracia y el demonio coronado. El General Díaz,

dobló las manos y prometió seguir tan sabias indicaciones:

—"Que sea como Uds. quieren,—les dijo,—pero mucho me temo que suframos un desengaño..."

Y se dejó al "soberano" pueblo que eligiera a sus anchas a sus ediles, sin consignas, trabas ni cortapisas. Y las elecciones se llevaron a cabo, con asombro de las gentes y torpezas e ignorancias de electores y elegidos, no habituados a verlas tan gordas.

¡Y el día de la toma de posesión democrática y libérrima,—lo publicaron los periódicos de la época,—se perdieron los candelabros y la escribanía de plata quintada, que mucho valían intrínsecamente y como insubstituíbles preseas históricas!!!... Lo que nunca pudo averiguarse es si los objetos perdidos irían a parar con los elegidos o con los electores.

De la fecha de ese sucedido a hoy, no se sabe que nadie haya vuelto a aconsejarle nada tocante a elecciones, y así ha logrado él monopolizarlas más y más a cada día, pero mejorándolas siempre hasta no obtener lo que ya obtuvo y que mucho ha de satisfacerlo. Véanse nuestros últimos Congresos. No diré yo que la totalidad del personal de las dos Cámaras lo integren nada más notabilidades y lumbreras ¡muy al contrario! no escasean nulidades, figuras opacas, barbajanes bajados del cerro a tamborazos, barbilindos sin enjundia cuyos merecimientos redúcense a ser hijos de su papá o sobrinos de su tío (mi querido Manuel Flores, que chorrea es-

**prit** del bueno en sus escritos, en sus cátedras, en sus charlas y réplicas, suele opinar que una de las desgracias de México estriba en que sus hombres prominentes hayan tenido descendientes masculinos, por lo común reverso de la medalla). Pero sí afirmo, y reto a que se me desmienta, que por nuestra Cámara de Diputados y nuestra Cámara de Senadores,—aunque a esta última se la califique de cementerio de Gobernadores de los Estados, lo que sólo hasta cierto punto es exacto,—han desfilado de bastante tiempo acá, y gracias al General Díaz supuesto que es quien las llena o renueva, cuantas personas algo valen y algo significan en la capital de la República y en la Provincia. Con ello no se quiere asegurar que, por causas ignoradas y graves probablemente, no estén dentro de ellas unos cuantos, muy pocos, de nuestros valores reales en ciencias, letras y arte.

Afirmo más: que a causa de esa lenta y cuidadosa selección, nuestro Parlamento se ha dignificado a un punto, que resiste, y con ventaja aquí y allí, la comparación más absoluta con cualquier otro Parlamento del mundo, el de Inglaterra inclusive, que ha sido y es un constante modelo. Hojeese el aburrido "Diario de los Debates" y no habrá quien dude de lo que aquí sostengo. Literatos de nota, médicos, abogados, ingenieros distinguidísimos, **le dessus du panier,** han ocupado, honrándolos y honrándose, esos sitiales que no siempre en lo pasado, ni en lo futuro probablemente, sirvieron de asiento a sujetos tan calificados en la mejor sociedad del

país entero. Por eso, las sesiones son de buen tono y decorosas, cual conviene a Cuerpo tan alto; no se oyen "voquibles" tabernarios ni disparates de impreparados, analfabetos y zafios,—el que no sabe hablar no habla y a quien la materia no se le alcanza se calla,—no hay desenfundar de pistolas, ni tiros, mojicones o gritos como en tantos Congresos de extranjis. Todo el mundo usa el jabón y el agua, se muda camisa y se afeita; todo el mundo practica, velis nolis, el respeto mutuo y viste fraque en las grandes solemnidades. Se ha logrado podar a "la sacrosanta Democracia" de sus malas formas y sus peores pestilencias individuales y colectivas, se rinde culto a la decencia.

Algo más: en el mismo "Diario de los Debates" es de advertir que las leyes y pragmáticas que ahí se han elaborado son útiles, aunque algunas no se observen al pie de la letra,—fenómeno éste que dondequiera se registra—bien pensadas, con amplio conocimiento de causa, y no mal escritas. Las discusiones, cuando con ellas no se obstrucciona al Ejecutivo y el asunto lo requiere, más de una vez han llegado a luminosas; sobre que tanto en el pro cuanto en el contra han salido a la palestra verdaderas lumbreras nacionales.

La consigna presidencial, esa consigna casi universal que con tanta vehemencia la maldicen los que fracasaron en sus tentativas no siempre decorosas para ganarse una credencial, y los desafectos y enemigos que toda Administración a la fuerza se concita, es indirecta y discreta, sin lastimaduras ni hu-

millaciones que enrojecen; precisamente, porque dentro del Congreso los tontos de solemnidad se hallan en aplastante minoría, y de los restantes, nadie se atreve a incurrir en las iras del Gran Elector que, a la corta o a la larga sabe cobrarse con réditos acumulados las deslealtades y traiciones. Por algo se dice que ninguno gusta de dar coces contra el aguijón.

Así y todo, yo prefiero quedarme de diputado teórico o metafísico, y enconchado en mi Subsecretaría que sí colma mis aspiraciones y a maravilla encaja en mis ideas, mis hábitos y mis preferencias. Soy, por temperamento, un independiente sui géneris; no sé adular ni de lejos, y no me sedujeron nunca las glorias vanas de la política y la tribuna. Muchos y muy queridos amigos cuento en la Cámara y me sería grato de veras sentarme a su lado y compartir sus llevaderas labores. Pero mejor estamos según estamos: ellos allá, y yo acá, para servirlos.

21 DE SEPTIEMBRE—Invitado por la Asociación Cristiana de Jóvenes (rama mexicana) para presidir la velada conmemorativa del tercer aniversario de su establecimiento aquí, que celebró esta noche. A pesar de que huele a protestante, y que no oculta su olor, hube de aceptar por razones que no hacen al caso.

Una grata compañía en la mesilla de la presidencia: la de mi viejo y querido Juan de Dios Peza, quien, al igual mío, tuvo a su cargo un número del

programa de la fiesta; recitó, con la maestría que acostumbra y que tanto realza su bellísima voz, la traducción de "La huelga de los herreros", de Coppée. Yo dí lectura a la narración inédita todavía, de mi visita en mayo de 1903, al hogar y tumba de Jorge Wáshington, en Mount Vernon.

24 DE SEPTIEMBRE—De comida—y brindis forzoso ¡ay!, en el restaurant Sylvain,—que la colonia italiana ofreció a las autoridades nacionales y a la prensa. Presidió el ministro de Italia, conde Cesare de Ranuzzi Segni, muy agradable persona. El banquete conmemoró el famoso "Veinte de Septiembre" de 1870, en que las tropas al mando del general Cadorna penetraron en Roma, la unidad italiana quedó consumada, y hecho añicos el poder temporal de los Papas.

Ya comenzaron ¡y Dios sea loado!, en contraposición a los juicios benévolos y a la copia de elogios, las censuras y críticas a mi novela RECONQUISTA. Y digo que Dios sea loado, porque no hay nada que mejor garantice la nulidad de un libro, o de un cuadro, o de una estatua, como el que sólo incienso se queme en honor suyo. Bien venido sea, pues, el revuelo que se inicia, aunque suba de punto y se me magulle pasaderamente.

En "El País" de hoy, apareció el principio de una crítica sañuda, que firma un señor don Nicolás Serra y Caussa. Habrá que averiguar quién es tan apreciable sujeto y esperar a ver qué trae en el buche.

29 DE SEPTIEMBRE—Santo de mi hijo, es decir, santo de su madre y mío, pues más nos regocijamos ella y yo con estas fechas que el propio y diminuto festejado.

30 DE SEPTIEMBRE—Hoy puso punto final con su sexto artículo, siempre en "El País", el iracundo don Nicolás Serra y Caussa, y ya supe quién es. Nada menos que sacerdote, y oriundo de Barcelona, por añadidura. ¡Válgame Dios, y qué duro pega Su Reverencia! A mí, no me ha dejado hueso sano, y, en su furia, ha arremetido hasta contra los más caracterizados juzgadores de mi pobre novela, contra Pepe López-Portillo y Rojas muy especialmente. Si supiera el irascible reverendo catalán lo que yo le agradezco, en el fondo, que haya movido el agua, su berrinche subiría de punto... Claro que me han dolido sus tremendos varapalos ¡no habían de dolerme! si es de lo más sensible la epidermis de los "plumitivos", y la mía no consiente sin sufrir, ni que le echen el vaho encima; pero, pasado el momento de la comezón y de la cólera, no hay con qué pagarles a los señores críticos y deturpadores el provecho moral, más que pecuniario, que nos prestan con sus desahogos y diatribas. Le dan interés y vida a lo que, sin su intervención concienzuda o maliciosa, corría el riesgo de pasar inadvertido total o parcialmente.

Hasta Manuel Caballero, de cuyo afecto a mí no puedo dudar, se me deja venir en dos números consecutivos de su "Entreacto".

En compensación, se han multiplicado mis defensores.

8 DE OCTUBRE—¡Qué carta la que hoy recibí de Joaquín D. Casasús! Lo pinta tal y como es, sin medias tintas para con sus amigos y enemigos, un verdadero pasional que se da todo o se niega todo. Invítame a que yo presida la próxima sesión del "Liceo Altamirano", dedicada a celebrar el reciente triunfo que he obtenido con RECONQUISTA. No la transcribo aquí, íntegra, pues a pesar de mis gordas vanidades como escritor, me ruborizan los encomios que Joaquín,—un intelectual de altos quilates y un independiente que maldito lo que para nada me necesita,—nos endereza a mi novela y a mí.

Y es raro: como individuo siempre tendí a la extrema modestia, aun en el pleno goce de los puestos encumbrados que se me antojan deleznables y pasajeros por ser parte principal de los "bienes temporales" que la Escritura anatematiza, pero que usted, yo y todos, no obstante el anatema, nos perecemos por afianzarlos y, una vez afianzados, nos regodeamos con las satisfacciones y utilidades que nos traen aparejadas y nos resistimos a soltarlos ni a tres tirones. Cuestión de este paupérrimo lodo de que somos hechos.

A vuelta de los tales encomios con que Joaquín me regala generosamente,—él no regala de otra manera,—laméntase de que su mala salud le haya estorbado en esta ocasión meterse a crítico. Y termi-

na con tres parrafadas que sí estimo pertinente reproducir, sin quitarles tilde ni coma:

—"...Yo no he querido jamás que el Liceo se "convierta en una sociedad de elogios mutuos, y "por eso ve Ud. que hemos honrado a los muertos "y hemos dejado en paz a los vivos; y que si he-"mos hecho algunas necesarias reparaciones para "olvidos injustificados, ellas han consistido en lla-"mar a nuestros viejos literatos para que se sien-"ten en medio de nosotros y con nosotros dividan "el pan y la sal.

"Hoy hago una excepción, en lo que a Ud. se "refiere, porque como Ud. es uno de nuestros con-"currentes asiduos, nada significaría el que Ud. "presidiera nuestra sesión; pero debo hacer cons-"tar que esa excepción no tiene tanto por objeto "honrarlo a Ud. como honrarnos a nosotros mis-"mos, dando pública muestra de la satisfacción que "nos causa el legítimo triunfo que Ud. ha sabido "conquistar.

"En la sesión habrán de leerse, exclusivamente, "los trabajos que Ud. ya conoce acerca de RECON-"QUISTA, escritos por nuestros comunes amigos "los señores Lics. José López-Portillo y Rojas y "Rafael de Alba, y el estudio inédito de nuestro "colega y amigo Victoriano Salado Alvarez."

11 DE OCTUBRE—Interesante, y para mí gratísima, la sesión con que esta noche se dignó honrarme ¡y tanto! el Liceo Altamirano, en la suntuosa morada que en la calle de los Héroes habita en

unión de su familia Joaquín D. Casasús, quien hizo los honores de amo de casa con la singular largueza que le es peculiar. La cena, exquisita, en el elegante comedor Imperio, y la sesión, luego, en la magna y nutrida biblioteca que se esconde en los fondos del jardín. Estábamos: nuestro huésped, Pepe López-Portillo y Rojas, Manuel Sánchez Mármol, Victoriano Salado Alvarez, Pepe Peón del Valle, Rafael de Alba, Norberto Domínguez, Manuel H. San Juan, Rubén M. Campos, qué sé yo cuántos más, y "servidor" en la poltrona de la presidencia.

Conforme al orden del día, leyeron sus respectivos juicios Pepe López-Portillo y Rafael de Alba, que fueron muy aplaudidos, no por lo que dicen de mi RECONQUISTA, sino por su manera de pensar y de decírmelo. Cerró el programa, Victoriano, con una erudita y deliciosa "Disertación," según él mismo llamó a su admirable estudio. Véase su primera página:

—"Sobre la inmoralidad en Literatura—Diser-"tación compuesta por DON QUERUBIN DE LA "RONDA, del gremio y claustro de la Real y Pon-"tificia Universidad de Salamanca, y su catedrá-"tico de prima de leyes."

Por tan original sobreescrito, y atendiendo a los vastos conocimientos literarios de Victoriano, a su maestría para manejar el idioma y al fino gracejo con que sazona todo lo que escribe, ya podía uno figurarse lo que la carta encerraba de primores, entremezclados con varias docenas de zurriagazos para mi señor el presbítero don Nicolás Serra

y Caussa, por "causa" de las perrerías que me dijo a propósito de RECONQUISTA. Muy festejado fué el autor de la espiritual "Disertación," cuando puso fin a su lectura.

Pasados aplausos y parabienes, hice presentes mis muchos agradecimientos a mis tres benévolos jueces y amigos. Tanto gustó el trabajo de Victoriano, que ahí mismo se resolvió que lo imprimiera, por cuenta de Joaquín, en edición limitada, unos 150 ejemplares que no se pondrán a la venta; con lo que el folleto en cierne se transmutará desde su aparecimiento, estoy seguro, en una rareza literaria y bibliográfica.

12 DE OCTUBRE—De aparatoso "té-champaña" en la legación española, que mi dilecto amigo don Bernardo de Cólogan y Cólogan ofreció a S. A. R. el duque de Montpensier, de paso en México.

13 DE OCTUBRE—¡Tenía que ser! Mi neurastenia, o lo que sea, merecidamente ganada en Guatemala con lo que allá presencié y padecí, y muy exacerbada aquí con la frecuencia de trasnoches y comelitones oficiales, con el exceso de trabajo en el Ministerio y con el pésimo régimen de comer a diario entre 3 y 3 y ½ de la tarde, en que el señor Mariscal se retira del despacho, hoy sacó las uñas y me las hincó sin misericordia.

"Acordaba" yo con Roberto A. Esteva Ruiz, jefe de la sección de América, cuando sentí de súbito... ¿cómo explicar lo que sentí?.. ¡sentí el aletazo

de la muerte, que mi última hora era llegada! Roberto, la habitación entera, mi misma vida, ahí pusiéronse a girar, a esfumarse, a reaparecer incompletos, agrandados, disminuídos, deformados hasta la pesadilla... Y fué lo extraño que no perdí el sentido, dábame cabal cuenta de mi propia gravedad. A rastras lleváronme Roberto y Manuel G. Prieto, —que luego se marchó en demanda de médico,— al despacho del señor Mariscal, pared de por medio con el mío, donde me acomodaron en el sillón que se hallaba siempre junto a su mesa. Luego, trasladáronme al salón, en uno de cuyos sofáes me acosté a medias, para que mi pobre cabeza tuviera apoyo...

Así me encontró el doctor, que para mi fortuna lo fué Guillermo Parra, inteligente amigo y mi médico que decimos "de cabecera." Prolongado y concienzudo como suyo, el examen a que me sometió, díjome lo que todos los médicos dicen a todos los enfermos: que aquello no era nada... "¡serio!", pero que **era imperativo un descanso absoluto y en el campo por algunos días,** sin leer ni un periódico ni escribir una sola línea... Y por lo pronto, condújome a casa en su propio coche, en la que mi arribo bajo semejantes condiciones asustó lo indecible a mi santa mujer.

Mal el resto del día, tumbado yo en el amplio diván de mi gabinete de trabajo, frente a mis libros, cuyos lomos no me hartaba de contemplar dentro de sus estantes, cual si estuviese despidiéndome de ellos.

14 DE OCTUBRE—Manifiesta mejoría al despertar, gracias a que dormí de una pieza. Pude levantarme, aunque con extrema debilidad, y estar yendo y viniendo de la recámara al gabinete en que me sirvieron mis alimentos y en el que comenzamos a planear ¡consejo de familia! la próxima cura agreste.

18 DE OCTUBRE—Obtuve una licencia para separarme de la oficina, a la que no he vuelto; ya nombraron a Roberto A. Esteva Ruiz, Subsecretario interino.

Un halago le trae a mis murrias de enfermo "The Mexican Herald" de hoy, con la noticia de que en cuanto se abra al servicio público el tráfico del F. C. Pan-Americano, la estación de San Jerónimo se llamará en lo de adelante: "Estación Gamboa."

Algo sabía yo de tal proyecto, por boca de Fernando Duret, abogado consultor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y abogado también de aquella empresa ferroviaria. Parece que Mr. J. M. Neelan, vicepresidente y gerente del dicho ferrocarril, anduvo por Guatemala cuando el asesinato aquí del ex Presidente guatemalteco don Manuel Lisandro Barillas, y el atentado contra Estrada Cabrera, la guerra con El Salvador y otros primores. Mucho simpatizó con mi actitud de entonces, y a su regreso acá propuso y logró de la directiva del Pan-Americano que, en señal de estimación a mi conducta diplomática, la estación de San Jerónimo, en el punto de empalme con el Nacional de Tehuan-

tepec, resulte mi tocaya. Me agregó Duret, que estaban gestionando en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas lo conducente al cambio de nombres. ¿Tendrán ya la licencia?..

20 DE OCTUBRE—Los principales periódicos neoyorquinos han comenzado a especular sobre el sucesor, en Wáshington, de don Enrique C. Creel. Y entre los posibles candidatos se incluye a mi persona (???...)

21 DE OCTUBRE—Por el "Interoceánico" de esta mañana salí con mi mujer y mi muchacho, mi hermana y sus dos hijos que le ha dejado la muerte, rumbo a la "hacienda" de San Bartolomé del Monte,—que dicen de San Bartolo,—en busca de alivio y descanso. Débese la excelente hospitalidad, a una de tantas generosidades del dueño de esta magnífica finca en que nos han recibido en palmas, y en la que estamos instalándonos a nuestras anchas. Es su propietario, un acaudalado terrateniente, don Ignacio Torres Adalid, que fué amigo íntimo de mi suegro Miguel Sagaseta.

Interesantísimo personaje éste don Ignacio, creeríasele arrancado a una página de las muchas y admirablemente logradas de Pérez Galdós, un tipo perfecto del hidalgo criollo, por desgracia a punto de extinguirse sin dejar sucesión.

De limpios pañales, nunca conoció la pobreza, pero lo mucho que sabe en lo atañedero a sus negocios,—hace inocente gala de expresarse en muy

buen español,—se lo debe a sí mismo. De juventud pasaderamente alegre, los años fueron aquietándolo hasta no agenciarle la respetabilidad de que hoy goza merecidamente, es un austero. Ha de andar por estos días, más cerca de los 70 que de los 60. Se le calcula un fortunón de varios millones, acumulados con puntillosa honradez y un trabajo tesonero, que administra y aumenta sin ayuda de apoderados ni socios. Se levanta con el alba, y todavía en su alcoba, comienza sus labores múltiples. Con frugalidad desayuna, come fuerte y bien al medio día, y no cena nunca. Se recoge temprano. Emplea sus mañanas en recorrer tribunales personalmente, donde tiene entabladas de continuo porción de demandas; las tardes, instalado junto a una mesilla en la "asistencia" de su espléndida morada de la avenida Juárez, dedícalas a revisión de cuentas y despacho de su voluminosa correspondencia. Es de aventajada estatura, abundante en carnes, de complexión sanguínea y blanca, gasta bigote y perilla a la "imperial," viste con pulcritud, de negro invariablemente. Impedido de una pierna, desde hace años, usa muletas incrustadas de marfil o concha, que maneja a maravilla, y tiene la coquetería de que las "parejas" que tiran de sus carruajes, sean de lo mejorcito que de lejas tierras nos viene al país.

Tarde casó con doña Juana Rivas, señora que al igual de sus hermanas fué de muy arrogante prestancia y muy lindas hechuras, a la que perdió víctima de horroroso accidente involuntario, dentro de

su casa. No le dejó hijos, salvo una rubia niña que ambos adoptaron a poco de casados.

Es don Ignacio, católico a macha martillo, galante con las damas, caballero en su trato, de inteligencia natural extraordinaria y viejo apasionado del campo, al que debe la mayor y más sólida parte de sus cuantiosos bienes.

Reverso: su carácter, irascible y violento, irrítase por cualquier nimiedad, y en defensa de lo suyo, de lo que ha hecho a pulso, implacable; con decir que los encargados de sus innúmeras "casillas" de pulque,—sus "haciendas" son pulqueras y él a los magueyes que las esmaltan los llama festivamente "vacas verdes,"—medrosos se le acercan a diario, no obstante que son en su mayoría gente de cuidado y de pelea, está dicho todo.

Compensación: es de suyo caritativo y generoso: mantiene con decoro y sin humillaciones a incontables familias; repatrió a un amigo de sus mocedades, próximo a perecer en Buenos Aires; costea entierros de dependientes y menesterosos; educa y sostiene a huérfanos sin amparo; en una palabra, los centavos que iracundo pelea en juzgados y en sus cuentas con inquilinos, medieros, "casilleros," deudores y arrendatarios, él los cambia por pesos duros que liberal y cristianamente derrama entre los necesitados, sin falsas modestias de fariseo y sin que, jamás, su mano izquierda haya sabido lo que da su mano derecha.

Pues huéspedes somos nosotros,—inclusive Lu-

cha Torres, prima hermana de mi mujer y sobrina carnal de don Ignacio,—de tan magnífico señor, y aposentados en San Bartolomé del Monte, la joya rural más preciada del dueño, en la que más se recrea, y en la que todo lleva trazas de que van a tratarnos a cuerpo de rey.

Del paradero a la vivienda nos trajeron en flamante diligencia británica, tirada por ocho mulas grullas de pelaje idéntico, que en un instante devoraron la distancia. Sin disminuirles los bríos ¡alarde del experto mayoral vestido de gamuza! pasamos bajo la verde bóveda de árboles centenarios que bordean la ancha calzada de acceso a la casa, en la que penetramos por un ancho zaguán colonial, no parando hasta los medios de un patio inmenso en que florecen naranjos prisioneros dentro de enanos cercos de ladrillo y la fuente del centro entona, apagadamente, la romanza de su agua. Allí, el administrador, don Ernesto Herrera, los dependientes y una mínima fracción de la peonada nos saludaron sombrero en mano.

Las habitaciones superiores, superiores de veras, porque se hallan en el piso alto, con puertas a los amplios corredores de arcos, y por lo espaciosas y bien alhajadas de muebles antiguos. La comida y la cena que nos han servido en el vasto comedor de vidrieras, a pedir de boca. Y las camas, que albean de limpias, acogedoras y colmadas de zarapes para resistir los hielos de estos amaneceres.

¡Si aquí no me alivio, ya no me alivié en sitio ninguno!

28 DE OCTUBRE—Ocho días de renacimiento fisiológico; siento, materialmente siento que la salud vuelve a mí. No es para menos. Llevo una vida archihigiénica, que resucitaría a un muerto. Madrugo,—para mis hábitos inveterados las 7 de la mañana me significan un madrugón,—me alimento a horas fijas y a conciencia, descabezo una siestecica después de la comida, y noche a noche me acuesto no más allá de las 10. El resto del tiempo, al aire libre, caminando a pie moderadamente, y mucho en coche o a bordo de un tranvía Decauville de tracción animal, que se aventura por dilatadas extensiones de magueyales y otras sementeras: este "San Bartolomé" carece de fin.

Garrapateo breves apuntaciones para este MI DIARIO, y es mi única lectura la de la prensa de México, que ya metió su cucharada en lo de mi posible candidatura a la embajada de Wáshington: dícese que nada más quedamos dos candidatos frente a frente en ese torneo teórico-periodístico: Pancho de la Barra y yo!!! Mi correspondencia me la leen mi mujer y mi hermana, en cierto gabinetito ubicado a los pies de desmedida sala. Desde su solo balcón lleno de sol, veo la calzada de ingreso, las anchuras de los campos, barruntos de la vecina Calpulalpan y, en la lejanía, cerros verdegueantes y montañas azules; veo ¡ay! debajo de mis narices, el jardinillo de la "hacienda," con reja de hierro y todo, y encaramadas sobre las dos pilastras de su verja, otras tantas estatuas de terracota, tamaño natural, cuya oprobiosa fealdad me agravia. No hay que

confundir la Calpulalpan que desde mi balcón se otea, con San Miguel de Calpulalpan en que tuvo lugar la rota de Miramón, y la guerra llamada de "Tres Años" su desenlace. Calpulalpan la bélica está en el E. de México, cerca de Arroyozarco, y esta otra, que es Calpulalpan a secas, se encuentra en el E. de Tlaxcala, distrito de Ocampo, es cabecera de la municipalidad del propio nombre, y apenas si la pueblan unos 4,000 habitantes.

La noche de hoy hemos estado de gran tertulia, pues mi señor don Ignacio, nuestro huésped, aunque le **tocaba** pernoctar en su "hacienda" de Ometusco, —cada quince días duerme allá, y cada quince acá, —nos dió la preferencia. Sabrosísima su charla en confianza, instructiva y anecdótica como la de todos los viejos que aun mucho les falta para caer en la senilidad. Hablamos de muchas cosas: de política, a fuer de mexicanos castizos, en la que mutuamente nos descubrimos varios puntos de contacto; es conservador sin ser retrógrado, ferviente admirador del General Díaz e íntimo amigo de mi venerado don Ignacio Mariscal; en religión, que también salió a danzar, ni se diga, marchamos al unísono, y en lo demás, él hablaba y yo oía. Naturalmente habíamos de llegar, y llegamos, al capítulo de la riqueza, su mejor aplicación y la manera de legarla con probabilidades de que no la malogren ni dilapiden.

A este propósito me contó don Ignacio que lleva hechos quién sabe cuántos testamentos, y que ninguno lo satisface, pues a poco de escriturados les advierte olvidos, omisiones o confusa comprensivi-

dad para su puntual observancia. Ahora mismo, está fabricando el último y no acierta con fórmula que totalmente lo complazca. ¡Pídeme que yo opine!..

Previa declaración de que no entiendo jota en esto de disponer de una gran fortuna, dado que yo no la poseo grande ni chica, ni hay asomos de que en capitalista me convierta, acabé por aconsejarle, sin embargo, que haga con su dinero lo que acostumbran hacer los europeos, padres maestros en eso de defender los cuartos, hasta después de muertos: que realice, en vida, las obras pías, fundaciones benéficas, etc., que propone se lleven a cabo en memoria suya; que por sí mismo distribuya herencias y legados, pero de antemano reservándose una renta vitalicia suficiente que le permita alcanzar el término de sus días,—que yo le deseo aún más largos y dichosos,—con las comodidades y abundancia en que ha vivido desde pequeño. Le puntualizo las ventajas que se afianzan con tales distribuciones "inter vivos": albaceas, administradores y patronatos están forzados a cumplir las voluntades del testador, y éste presencia la marcha de los organismos que quiso fundar; cosa que no ocurre siempre, supuesto que los difuntos, aunque se tuerzan sus disposiciones, no han de venir a reclamarnos nuestra desobediencia. Y que por lo que mira a herederos y legatarios, quieran o no quieran, de conformarse tienen con lo que les cupo en el reparto, y se ahorran litigios, disensiones familiares, interpretaciones abogadiles de la letra y el espíritu de las leyes y de los conceptos que se estampan, ante

notario, en los testamentos ológrafos, mecanografiados, cerrados y abiertos, fuente todos ellos, a la postre, de líos que se eternizan con merma de los caudales, y de exégesis curiales absurdas y hasta monstruosas. Por último, como una renta vitalicia es intocable y sus efectos se extinguen con la vida del beneficiario, éste no es causa a que los herederos y legatarios presuntos hagan cuentas alegres y, por añadidura, caigan en el pecado del "crimen mental," así bautizado por doña Emilia Pardo Bazán en uno de sus deliciosos libros. ¿Quién, mentalmente, no ha sido criminal, alguna vez cuando menos? ¿quién no ha deseado en pensamiento la mujer de su prójimo, los pesos del vecino, la muerte de pariente adinerado o que la trampa se lleve el bienestar y la salud de un enemigo o de persona que nos estorba para el completo logro de nuestros planes rectos y curvos?...

Me confesó don Ignacio que el procedimiento le parecía de perlas, y que iba a estudiarlo. Por lo pronto, fuimos a acostarnos.

Y el demoníaco influjo del dinero, siempre que se le menciona, a mí me hizo soñar con Aladinos, con "lámparas maravillosas" que me fallaban a la hora precisa, y con que me entregaba yo a la grata tarea de apalear peluconas y doblones.

30 DE OCTUBRE—Ayer visitamos Calpulalpan. Una ciudad melancólica y pueblerina, en la que no me gustaría vivir, ni en funciones de presidente municipal.

Sistemáticamente, todos los días voy y echo larga parrafada en el despacho con el administrador y sus dos dependientes. Siempre me encantó el palique con estos hombres de campo, por lo general sanos de cuerpo y de espíritu sobre todo, que no son bestias humanas como los pobres peones, al fin y al cabo sólo carne cobriza de miseria, dolor y trabajo, instintivos desde su origen, que de instintivos han de seguir hasta la consumación de los siglos, así apóstoles falsos o candorosos les prediquen primores, les prometan bienandanzas pueriles, a reserva de soliviantarlos cada vez que han menester de su bestialidad y de su sangre para el triunfo de sus miras altruistas (?) y redentoras (??)... Con las entrañas palpitantes y destrozadas sin piedad de esos humildes hemos llevado a cabo,—y témome que en ello persistamos hasta Dios sepa cuándo,—todos nuestros alzamientos, reformas, revoluciones, **planes y gritos**: desde el "Grito de Dolores" hasta el "Plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco"; descontadas, por supuesto, invasiones y guerras extranjeras, también con sus entrañas resistidas y peleadas. Amo a estos otros: administradores, mayordomos, dependientes, caporales, etc., porque para mí son los representativos del nacionalismo más desinteresado y puro, principalmente si poseen una parcela y han fundado familia, si no menudean visitas corruptoras a las hipócritas capitales provincianas ni a nuestra bellísima metrópoli tan plagada de vicios y defectos. Cierto que, a las vegadas, alguno sale malo y resulta lo peor de lo pésimo, aunque nunca tanto como

cuando a uno de los **humildes** un huracán revolucionario lo sube a las alturas del poder y lo transmuta, instantáneamente, en feroz hiena para con sus **conciudadanos,**—especialmente los ricos y los que saben más que él (ocurrencia general y común, porque él no sabe nada de nada),—y para con sus iguales en ignorancia crasa, morena color y bestialidad hereditaria y sin remedio, en verdugo perpetuo. Por suerte, aquellos y éstos son la excepción de la regla y no la excepción de la especie, que se da en todas las latitudes de la tierra.

En el palique de hoy, mis amenos interlocutores, —que depusieron rato ha la justificada desconfianza que los capitalinos les inspiramos, máxime si somos funcionarios, y ya me hablan y opinan **á coeur ouvert,**—me enteraron al menudeo y con comentarios, de los festejos que se efectuarán en mi obsequio durante los seis días que me restan de permanencia en la "hacienda". Programa seductor: herradero y capazón de novillos, jaripeo con todas las de la ley, inclusive jineteo de los toretes herrados y capotazos y banderillas, al que vendrán los charros más famosos de los contornos, y representación teatral y nocturna por aficionados indios, dentro de una troje que estará colgada de ramazones frescas, guirnaldas de papel picado y alumbrada con antorchas de brea. No faltarán en el jaripeo y el herradero los moles y barbacoas, los huevos rancheros, los frijoles refritos de Veracruz, las tortillas y "gordas calentitas", y los "curados" de frutas y de almendra, especialidad de la casa. ¡Lástima que mi estómago

de alfeñique me vede hartarme de comistrajo tan exquisito!

Como de ordinario, pusieron punto a nuestra conversación, la noche, que intempestivamente lo cobija todo con sus sombras, y el "Alabado", que en el tinacal entonan los tlachiqueros al tornar de los magueyales y antes del trasiego a tinas de piel de toro, de los odres plenos de agua-miel que ellos cargan a cuestas y de las "castañas" que pacíficos borricos llevan a entrambos lados de sus "aparejos".

¡Ah! este canto quejumbroso y suplicante que hace años de años elevan a Dios los trabajadores de nuestros campos, a la hora del alba en que salen a su ruda tarea, y a la del crepúsculo de la tarde en que regresan derrengados y sudorosos para seguir lo mismo al día siguiente, y al otro, y al otro, de padres a hijos, de hijos a nietos, de nietos a bisnietos, siempre, siempre, sin quien de ellos se duela, sin quien procure comprenderlos, sin quien se abaje a preguntarles si padecen, qué anhelan, a dónde querrían ir; este canto, a mí me estruja el corazón, y a pesar de su melodía primitiva y llana, de sus palabras que respiran mística resignación con que los abrojos de los senderos de nuestras vidas que hay que andar íntegros para alcanzar un mendrugo de pan, se nos claven en las carnes y en el alma, y las carnes nos las hieran sin misericordia, y en el alma nos destrocen la esperanza en los mejoramientos, a mí me suena a protesta y amenaza, por culpa de esta maldecida desigualdad de clases, irremediable

y eterna, que existe desde que el mundo es mundo y sólo habrá de acabar, si alguna vez acaba, cuando el mundo se congele o se vuelva pavesas...

Conforme el canto solemne y triste va apagándose,—y yo lo escucho ahora todos los días, en las madrugadas y los anocheceres, lo he escuchado distintas ocasiones en otras "haciendas",—éntranme ganas de ir y abrazar a los que lo cantan, de llamarlos mis hermanos, de regalarles mis ropas y mis escasos dineros, que yo también gano a fuerza de fuerzas. ¿Sufrirán ellos lo que yo pienso librescamente que sufren, o secularmente connaturalizados con su milenaria condena, con su indigencia moral y material, ni siquiera piensan en quejarse, ni quizá fueran felices si su situación actual y heredada se la volviese de revés el primer hechicero de esos que, nuevos Judíos Errantes, van anda y anda por campos y aldeas, musitando conjuros a favor y en contra de hombres, animales y cosas, en pago a las míseras limosnas con que les matan su hambre?... ¡Impenetrable arcano!

Ya ha de haber concluído el trasiego de hoy, pues medio columbro la silueta de los hombres entre las negruras del campo, rumbo a sus jacales, previa estación de algunos en la tienda, que les escancia alcohol barato y olvido gratis. Allá van, contentos; sus risotadas, silbidos, palabrotas y canciones, rasgan el silencio augusto de la noche...

Y mi Sancho Panza vence en mis interiores a mi Don Quijote, me trae a las mientes los versos amargos de Miguel de los Santos Alvarez:

"Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!"...

4 DE NOVIEMBRE—Con gran regocijo de nuestra parte, se ha llevado a puro y debido efecto el vasto programa de entretenimientos castizos que en nuestro honor se elaboraron. ¡Y sin mayor novedad!, he ahí lo notable, supuesto que poco significan dos o tres tumbos inevitables de profesores en "jinetería"; diversos revolcones en la lidia de toretes bravos, con sarapes y jorongos, y sin matadores; fustes descabezados por los "chiflonazos" y "chorreaduras" de las reatas, y uno partido de medio a medio por el bárbaro tirón de un novillo que rodó patas arriba, juntamente con el centauro que lo acosaba, y que ni por esas le soltó la cola... Al contrario, no se registraron lesiones serias, ni riñas con vías de hecho. Me aseguraron que los manjares estuvieron de chuparse los dedos, y así ha de haber sido, que yo vi cómo muchos de aquellos Heliogábalos de chaparreras, chupándose los suyos, se limpiaron los dedos que habían hecho de tenedores y cuchillos. Los "curados" sí que resultaron expresivos: a los débiles de cabeza, les limpiaron el tragadero y los echaron a roncar de cara a las estrellas; a los fuertes, les prestaron animación y hasta sus miajas de elocuencia: hubo sus brindis en obsequio de las señoras, y a mi hijo dedicáronle ¡una redondilla!, no muy "redonda" que digamos, pero rebosante de cariño que a mí me supo a gloria. ¡Dios se lo pague a todos! Concierto tuvimos al aire libre y fresco, en los "húmedos" postres que se prolongaron hasta

que no salió la luna; oíamos cómo, en la tiniebla, cantantes y guitarristas le pegaban furibundos besos gargarizantes a las invisibles limetas de mezcal y de refino, que a hurtadillas pasaban de mano en mano. ¡Lindas las voces de esos tenores y barítonos al natural; preñadas de celos, de recriminaciones y de lágrimas las canciones serreras y mexicanísimas con que nos regalaron!...

No guardo recuerdos igualmente gratos de la representación teatral, con vistas a "misterio" o auto sacramental, y no porque los actores indios fueran de lo peor, que no lo eran,—en la escena no hubo mujeres, los papeles que reclamaban desempeño femenino los representaron varones con traje y afeites mujeriles,—sino porque, cerrada la troje y llena hasta sus topes de peones con sus familias, los humores de la democrática reunión, olían y no a ámbar.

De entre los festejos. el extraordinario me causó a mí enseñanzas y sorpresas. Esta gente hospitalaria, en su entusiasmo me eligió **¡por unanimidad!** presidente de ... una gran pelea de gallos!!! La cosa no estaba en mis libros ni yo entiendo palotada de esas lides que donde quiera cuentan con innúmeros devotos, y diz que inventadas en la cultísima, soberbia y humanitaria Inglaterra. Rehusarme hubiese sido imperdonable descortesía, por lo que, haciendo de tripas corazón a la hora en punto fuí y me instalé en el palenque improvisado que levantaron frente a la arcada exterior de la tienda. Sentáronse a mi diestra y mi siniestra dos galleros profesionales y maestros, destinados a asesorarme.

Al derredor del palenque, en varias filas se apretujaba el público levantisco y dicharachero, que silbaba, fumaba y hablaba a voces. Bastante más allá, los gladiadores emplumados, corto atados a sus estacas, retábanse unos a otros; por lo pronto, desde lejos, afilando sus picos contra las piedras del piso y echando al aire sus harmónicos cantos de agresión y de combate. Los había de diferentes puntos y razas, ingleses, yanquis, habaneros, del Distrito Federal, de Tlaxcala, Puebla, México, y muchos y muy bien plantados de San Bartolomé del Monte. Los prójimos corredores salían y entraban en el ruedo, concertando las apuestas en la jerga que sólo a tan cruel deporte pertenece; y los "soltadores", ora probaban sobre la raya y sin darles completa suelta, la valentía y la agilidad de los combatientes, cuyas golillas se erizaban y cuyos ojillos echaban lumbre de verse tan cerca de sus próximos enemigos, ora amarraban las navajas filosísimas y corvas que se desprendían de las toquillas de sus jaranos y sus fieltros, a los espolones de los ejemplares que llevaban en brazos. El ruido era ensordecedor, caliginosa la atmósfera, frecuentes las libaciones, y distintamente se oía el tintinear de las monedas metálicas y el frú frú de los billetes de Banco, al extenderlos y contarlos.

Me inquietó descubrir en mi mesa alto vaso de vidrio colmado de agua, al parecer. ¿Sería de ritual que el **presidente** discurseara para no desmerecer del título?... Mis mentores me sacaron de dudas: era alcohol de 90 grados, en que el **presidente** ha de su-

mergir las navajas de la pelea antes del amarre, por si estuviesen untadas de venenos!...—"Como esto de las peleas es asunto de mucha trastienda...",—agregaron con elocuente retintín. Y toda la mala fe que caracteriza a esa diversión, se asomó unos instantes a sus mirares mortecinos y, sin embargo, llenos de refinada picardía. ¡No en balde eran dos veteranos!

A pesar de su barbarie medular,—harto menor, justo es reconocerlo, que las corridas de toros y que el abominable **boxing** de paga, muy particularmente,—el espectáculo en sí es interesante porque pone de relieve el legendario e indomable coraje del gallo, uno de los símbolos del valor, y no carece de cierta belleza por lo pintoresco del cuadro y la fisonomía peculiar de algunos de sus incidentes; pero es también malsano, porque nos calienta la sangre y azuza nuestra acometividad, lo que explicaría las inevitables riñas entre galleros y entre apostadores, a quienes las apuestas acaban por enloquecer.

Muchas peleas se jugaron: de "navaja libre"—pequeño puñal, de "navaja de media pulgada", que hace trizas la carne y las plumas de los gallos; y de lo que ustedes gusten y manden. Mis funciones **presidenciales** redujéronse ¡y no es ironía! a apaciguar distintos altercados de muy feo cariz, y a decomisar hasta cuatro pistolas con sus respectivas cananas de cartuchos. No descubrí ponzoña en ninguna navaja.

Cuando al obscurecer me retiraba escoltado por toda aquella tropa, experimenté el mismo cansan-

cio físico que las corridas de toros me producen, y que no es más que un desgaste nervioso.

Para que nada echáramos de menos, en la espaciosa y sombría capilla de la finca, misa rezada los domingos y fiestas de guardar, señalándose por su solemnidad y aparato las del 1º y el 2, en que la Iglesia acostumbra a celebrar el Día de todos los Santos y la Conmemoración de los fieles Difuntos.

En la cena de esta noche, hemos hecho el recuento de festejos, diversiones y paseos que llenaron las dos semanas que aquí se nos han ido como un soplo. Todos sentimos que la hora de los adioses haya llegado, y todos declaramos, yo el primero, que la grata y fugaz temporada nos hizo mucho bien en cuerpos y espíritus. Pero lo que yo me digo, ya encamado, muy buenos son estos aires, señoril y generosa la hospitalidad, nutritivos y sanos los alimentos, sin substituto el descanso que venía buscando ¡concedido! Tan propicios factores no habrían bastado, sin embargo, a procurarme el manifiesto alivio que de San Bartolomé del Monte me llevo conmigo, a no mediar esta máxima saturación de mexicanismo que a manos llenas diéranme, sin figurárselo seguramente, el dueño de la "hacienda" y los que la administran, trabajan y pueblan, sin excluir sus "llenos" y mastines flacos, sus árboles, piedras, lagunas y jagüeyes, sus magueyeras, milpas, hortalizas ¡todo!

Esto reclamábanme a una, mi ánima no muy sana y mi pobre cuerpo doliente de ausencias y nostalgias, del calor de otros soles y el color de otros cie-

los, de no respirar mis aires, de no vivir en lo mío y con los míos: único tesoro que poseo y del que nada ni nadie podrá privarme ni hoy, ni mañana, ni nunca, suceda lo que quiera. ¡Quién me manda amar tanto a mi tierra, con defectos y todo! ¿Acaso tengo otra? ¿existen, por ventura patrias suplentes adonde ir y refugiarse cuando la de uno, según cuentan los que han paladeado tan atroz sufrimiento, más parece madrastra que madre?...

Salgo de "San Bartolo" cual de un baño de mexicanismo sanitario que tenía que volver "a ponerme en mis pies", que remendar mi salud hecha jiras; pues sobre lo que el campo de cualquiera parte me gusta y embelesa, este pedazo de tierra tlaxcalteca es campo de mi propiedad y, por añadidura, "hacienda" de las nuestras, vale decir, un rincón mil veces mexicano. En las "haciendas" perduran, substraídos al mefítico cosmopolitismo que todo lo invade y desfigura, nuestros peculiares modos de pensar y de hablar, nuestras viejas costumbres, nuestros malos hábitos, nuestras tradiciones que pugnan por no apolillarse y nuestras inacabables lacras.

Por dicha, en las "haciendas" se han refugiado, asimismo, como en inviolable y postrimer asilo, nuestras virtudes grandes y chicas, las hispánicas y las indianas, pues ni nuestros abuelos españoles ni nuestros abuelos indios fueron nada más depósito y expendeduría de pecados, aunque mucho pecaran aquellos y éstos, y nosotros sus descendientes y vástagos pequemos a pasto, probablemente más que ellos juntos... Siempre he creído que los

definitivos salvadores de nuestra raza y nuestra tierra han de serlo, primero, nuestras mujeres ¡Dios nos las guarde tal y cómo son en su inmensa mayoría y nos las preserve de modernismos!, y después, la gente de nuestros campos, no el peón, claro está, sino el ranchero, que ama y reverencia a esas dos cosas sagradas, con un amor más entrañable y puro que el que nosotros les consagramos, a pesar de retóricas hueras que con nuestros actos desmentimos y escarnecemos...

Opto, mejor, por conciliar el sueño: ¡buenas noches!

5 DE NOVIEMBRE—A punto de terminar el almuerzo de los adioses, en que la señora cocinera echó el resto, sentimos en el patio inusitado tropel de caballos, pero don Ernesto el administrador, me encareció que no me levantara a inquirir la causa:

—"Es una sorpresa de sus amigos,"—me dijo sonriente.

Crecía el tumulto, abajo, y hubo de aumentarlo el rodar de la diligencia a la que estaba uncido, como a nuestro arribo, el precioso tiro de "grullas." ¡Al desembocar nosotros de la ancha escalera, la sorpresa inolvidable!

Caballeros en sus magníficos cuacos, muy bien "ajuarados," centauros y nobles brutos formaban irreprochable y dilatado semicírculo: hasta una treintena de charros que, al vernos, galantemente descubriéronse y prorrumpieron en un "¡viva Gamboa!" que tuvo el privilegio de humedecernos los

ojos. Ocupaban los medios del desmesurado patio. Con matemática precisión se abrió el semicírculo para que se adelantara la diligencia, cuyo tiro de mulas, excitadas casi tanto como el inofensivo y escuálido "Rocinante" con la vecindad de las jacas de los yangüeses, no picaron un trotecillo, sino que se encabritaron y piafaron "sobreparadas," cual corceles de torneo.

¡Vieran ustedes ahí, la elegancia, la marcial apostura, el aspecto ultramexicano de la cabalgata!.. ¡Qué sillas, bordadas de pita unas y de plata otras; qué cabezadas y filetes pavonados para los suaves de boca o frenos zacatecanos de formas y dibujos diversos para los duros; qué estribos y espuelas vaqueras de Amozoc; qué reatas de lechuguilla, como víboras untadas a los tientos; qué mantillones; qué sarapes saltillenses, oaxaqueños y poblanos, enrollados o colgantes tras las tejas de los fustes!..

¡Y ellos, los jinetes que nos dispensaron honra tamaña, qué chaparreras y botonaduras; qué chaquetas de venado y de paño; qué "chalinas" que se les arremolinaban en las blandas pecheras de las camisas albas; qué galones o qué sobriedad en los jaranos, según los gustos de sus dueños!..

¡Qué apostura la de estos y la de sus monturas: los jinetes, serios, serenos, viriles, dominando a los brutos sin alardes ni descompasados movimientos, con la sola habilidad de sus rodillas y sus manos! Los caballos, nerviosos, sofrenados a duras penas, marcada la fiebre de su sangre criolla y guerrera en la hinchazón de sus venas, lo dilatado de las na-

ricos trémulas, la inquietud de sus orejas finas, en sus belfos espumantes, el tascar de sus frenos y el llamear de sus ojos...

Sobre que en el compacto grupo dominaban administradores, medieros, mayordomos y dependientes de las "haciendas" comarcanas, amos y señores de sus pencos caros; sin que escasearan caporales y amansadores de modesto pergeño, sombrero de palma y blusa blanca, que montaban pingos humildes en la apariencia, pero iguales a sus dueños en la reciedumbre y valía para toda especie de faenas. Allí estaban cuantos concurrieran y colaboraran en las "traveseadas" y comilonas.

¡Qué cuadro, Señor Dios, qué cuadro no pintado por pintor alguno, consolador y prometedor a un tiempo mismo, palpitante de hombría, honradez y fuerza, jurando con su actitud natural, colorida y artística, que con hijos de este temple,—permita el Cielo que se multipliquen, crezcan y vivan,—México puede dormir tranquilo y resistir vaivenes y vendavales, porque tiene quien vele por él, y lo idolatre, y lo honre, y lo salve!

Embarcados nosotros en la diligencia, yo junto al mayoral para gozar plenamente del espectáculo y el paisaje, la cabalgata formó en dos filas, y luego, subdividiéronse: a la descubierta, una media docena, a entrambas portezuelas del coche, otros, y los restantes a la retaguardia. La peonada y sus familias, nos despidieron en las afueras de la finca. Restalló la fusta, aflojaron el "garrote," y salimos disparados, y con velocidad de un proyectil

devoramos la calzada que sombrean los fresnos centenarios.

—Van desbocadas ¿verdad?—le insinué al mayoral.

Y bajo las cerdas de su espeso bigote, el mayoral sonreía...

En la estación fué lo grande. Llegados nosotros minutos antes que el tren, los charros se formaron en dos alas desplegadas, a cada lado del ruin edificio; y cuando el tren paró, los pasajeros, alarmados y sin explicarse aquello, agolpáronse a los ventanillos con cautela inequívoca. Montamos nosotros, y al salir el convoy, mis buenos amigos, revoleando sus jaranos y aquietando a sus briosas cabalgaduras muy soliviantadas con los bufidos de la locomotora, todavía quisieron darnos su último adiós...

Una dama viajera, visiblemente intranquila, me interpeló sin conocerme:

—"¿Qué, hay revolución?.."

—No, señora; lo que ha visto Ud. es una de las más tiernas escenas de una "Cavallería Rusticana" a la usanza nuestra y de la que es autor don Ignacio Torres y Adalid, generoso señor de estos dominios.

6 DE NOVIEMBRE—Heme aquí de nuevo en mis funciones de Subsecretario, firmemente convencido de que la prosa,—la de los señores miembros de "la Carrera," prosa enguantada de blanco y salpimentada de carantoñas insinceras y lenguas que no son la mía, características de mis ya añejos colegas; y la de empleados y connacionales, prosa

sin guante.—el exceso de trabajo, banqueteo, etc., me arrebaten lo ganado con el holgar de dos semanas y los salubres aires de Tlaxcala.

13 DE NOVIEMBRE—Todavía no se nombra embajador en los EE. UU., pero yo sé ya que a mí no han de nombrarme. ¡Aleluya!

19 DE NOVIEMBRE—Integro el día de ayer y acompañados de muy gratos amigos, lo pasamos en Tepozotlán, cortésmente atendidos por mi querido Leopoldo Batres, conservador en jefe de monumentos arqueológicos, por el jefe político de la localidad, don Luis Rivas Iruz, y la señora su esposa.

El almuerzo, nos lo sirvieron en el Patio de los Naranjos, una maravilla de color y de ambiente, aprisionado en las entrañas de la maravilla encantadora que es el vetusto convento de los jesuítas. ¡Qué bien vendríame un **week-end** en una de sus celdas!..

21 DE NOVIEMBRE—Un periódico nuevo, que se denomina "El Partido Republicano" y que dirige el ingeniero Palavicini, ha publicado esta mañana un artículo ilustrado sensacional, con sendas fotografías del señor Mariscal y mía, en el que se anuncia como inminente y ya acordado el retiro de don Ignacio, del Ministerio de Relaciones Exteriores, y aun se agrega, que lo sucederemos en ese alto puesto que él ha honrado innumerables ocasiones, don Mi-

guel Covarrubias, actual representante de México en Inglaterra, o yo mismo!..

El notición, carente de todo fundamento, ha caído en la Secretaría como una bomba entre su personal, y en el ánimo del señor Mariscal yo sé que causará impresión penosísima; una de sus muy contadas debilidades, dada su alteza espiritual y mental, consiste en afectarse lo increíble cuando la prensa se mete con su persona, así sea para elogiarla.

Por aminorarle la pesadumbre que tan tendenciosa y falsa noticia ha de acarrearle, estoy seguro, escribí la rectificación que me imponen, a una, la verdad de los hechos, notoriamente alterada, y la infinita gratitud que le debo a este ilustre y noble anciano a quien, además, quiero y respeto entrañablemente.

A la hora de mi "acuerdo" cotidiano con él, le presenté juntos el periódico y la rectificación, que aprobó de la cruz a la fecha. Y la despaché a todos los periódicos de la ciudad.

22 DE NOVIEMBRE—Todos los periódicos "capitalinos" respondieron y publicaron mi **mise au point**, con gran contentamiento del señor Mariscal.

23 DE NOVIEMBRE—"El Partido Republicano" sacó hoy la rectificación, que aquí se transcribe sin quitarle punto ni coma. Las palabras escritas con letra **bastardilla**, son por cuenta suya:

—"Carta del señor Subsecretario de Relaciones

"—Ayer vimos publicada en "El Imparcial" una "carta que dirige a nuestro director el señor don "Federico Gamboa, Subsecretario de Relaciones, "**antes de que llegase a nuestra redacción noticia de "su existencia.**—Habiéndola recibido el domingo a "las 10 y 1/4 de la mañana, nos apresuramos a inser- "tarla para que surta los efectos que el señor Gam- "boa desea.—México: 21 de noviembre de 1908— "Señor Ing. D. Félix Palavicini—Presente—Muy "señor mío:—En el número 19 de "El Partido Re- "publicano" que usted dirige, apareció en su pri- "mera plana bajo el título de "Nuevo Ministro de "Relaciones," un largo artículo que por carecer de "fundamento en sus puntos principales, me per- "mito rectificar en obsequio de la verdad, no du- "dando que usted me dará cabida en las columnas "de su periódico.—Desde luego, el señor Ministro "de Relaciones Exteriores don Ignacio Mariscal no "ha dicho a nadie, que yo sepa, la resolución que "usted le atribuye de retirarse para fines del año "en curso, del servicio público, al que ha consagra- "do su honradez y sus conocimientos que no son "nada comunes, y la mayor parte de su existencia "sin mancha. No obstante los muchos años del señor "Mariscal, yo aseguro a usted con mejor conoci- "miento de causa que algún otro, que ellos no han "logrado menoscabar ni su inteligencia ni sus ener- "gías, y que con la lucidez que ni sus pocos ene- "migos le desconocen desempeña, por sí mismo, to- "dos los asuntos de alguna entidad que a diario se "presentan en esta Secretaría.—Por lo que mira a

"las informaciones que han llegado hasta usted, "respecto del señor don Miguel Covarrubias Mi- "nistro Plenipotenciario de la República en la Gran "Bretaña, es de todo punto inexacto lo que se asien- "ta, de que se le ha llamado urgentemente de Lon- "dres. El señor Covarrubias solicitó hace algún tiem- "po, dentro de la ley, licencia de esta Secretaría "para separarse temporalmente de su puesto y ve- "nir al arreglo de asuntos particulares. Tal solici- "tud de licencia, fué acordada de conformidad por "el señor Mariscal, y a ella se deberá que el señor "Covarrubias llegue a México dentro de poco.—La "pormenorización de hechos que antecede, conven- "cerá a usted de que, tanto la candidatura del se- "ñor Covarrubias como la de mi persona, para su- "ceder en la cartera de Relaciones Exteriores al se- "ñor Ministro Mariscal, son completamente arbitra- "rias.—Anticipo a usted mis agradecimientos por "la publicación que, no dudo, se servirá dar a la "presente carta; y con este motivo le ofrezco las "seguridades de mi perfecta consideración.—(f) F. "Gamboa.

"Es de sentirse que según lo asegurado en la "carta anterior, no esté ya del todo resuelto el cam- "bio en el Ministerio de Relaciones, pero, sin em- "bargo, continúa creyéndose en el público que éste "sufrirá importantes modificaciones a fines del pre- "sente año."

24 DE NOVIEMBRE—De Balbino Dávalos, en Londres, y de Amado Nervo, en Madrid, muy re-

trasadas llegáronme anoche sendas cartas en que aplauden y juzgan, cada cual a su manera, mi novela RECONQUISTA. Autoridades ambos en estos achaques, aun estoy relamiéndome el sabor de sus misivas.

5 DE DICIEMBRE—En cambio, el "Gil Blas" de esta fecha se me viene encima con agresiva aspereza, por dos motivos: mi rectificación del día 23 en lo de mi candidatura a Ministro de Relaciones, que califica en estos términos:—"... Lo que quiere decir que todavía las uvas están verdes para Gamboa..."; y lo que opino en el tomo I de MI DIARIO,—que declara "repleto de aterradora vulgaridad"—en contra del juicio por jurados. Como remate del artículo, se me endereza la siguiente mercurial:

—"Si los conceptos de dicho señor **(este señor "soy yo)** contra la institución del jurado partieran "sólo del novelista, los habríamos dejado intactos "en el montón de paja que se nos ha antojado la "mencionada obra **(el tomo I del pobre de MI DIA-"RIO)**. Pero el señor Gamboa es hoy un alto fun-"cionario público, y no sabemos cómo puede com-"paginarse la solemne protesta de guardar y hacer "guardar las leyes de la República, con las censu-"ras, a todas luces injustificadas, que el mismo se-"ñor arroja contra el Tribunal del Pueblo".

Mi tío don Alfredo Chavero, cuando hacíanlo

objeto de ataques parecidos, solía decir entre sorbo y sorbo de rapé:

—"¡También los necios tienen derecho a hablar, "aunque hablen mal casi siempre!"

6 DE DICIEMBRE—Por el nocturno del "Mexicano" de ayer, me escapé con mis gentes a descansar un par de días en la "hacienda" azucarera de San Miguelito, mi vieja conocida.

Y en ella nos encontramos, muy contentos y afectuosamente agasajados por los dueños de la finca, los hermanos Pardo y sus familias. Grata la compañía, inmejorable la asistencia y delicioso el clima en la actual estación, lo único de sentir es que la escapatoria vaya a durar sólo unas horas...

7 DE DICIEMBRE—Tarde saturada de ternura. Desde ayer teníame anunciada Pancho Pardo,—que es, de sus hermanos, el que vive aquí de continuo y el que administra la "hacienda",—la visita de un grupo de muchachos literatos de Córdoba, que desean conocerme. Puntuales llegaron, a las 4 de la tarde, encabezados por el más viejo de ellos, Ezequiel A. Pimentel, no mayor de 20 años! Los nombres de sus acompañantes no los recuerdo, las efusiones de la presentación me los borraron; pero ¡qué importa! si todos juntos tuviéronme embelesado con lo que me dijeron de sus sueños, de sus ambiciones, de sus propósitos, de lo que llevan escrito: versos y prosas inseguros y todavía balbucientes, que guardan en sus casas como oro en paño...!

¡Dichosa edad, por la que también pasé yo, limpio el corazón de rencores y envidias, sano el espíritu, sin la ponzoña que a la fuerza nos infiltra, no tanto este oficio de escribir, más agrio que dulce cuanto el contacto inevitable con colegas, amigos (?) y hermanos (??), en su inmensa mayoría ya envenenados y malévolos!

Por momentos, cerraba yo mis ojos para que mis gratos visitantes no descubrieran en ellos mi azoro y desconfianza frente a sus sueños de gloria, de renombre y de triunfos al alcance de la mano. ¡Lo mismo creía yo, cuando tuve sus años!... Y no quiero, no, no quiero despertarlos, devolverlos al sentido de lo real, del que andan prófugos, con mis escepticismos y desencantos experimentales. Que sigan soñando; ya la carrera de las letras, si de veras han de abrazarla, se encargará, brutalmente, de despertarlos sin piedades, según despierta a todos sus devotos y practicantes en cualquier rincón de la tierra: **dura lex sed lex!...**

Salí a despedirlos hasta más allá del huerto, ya anochecido. Y permanecí largo espacio, contemplando cómo se alejaban, cómo la distancia fué apagando sus voces jocundas y empequeñeciendo sus cuerpos juveniles, gallardos y enhiestos...

Noche tropical ésta, que ha ido esfumándomelos. Noche huérfana de luna, pero cuajada de estrellas luminosas y palpitantes que ventajosamente la suplen con la divina suavidad de sus irradiaciones. Noche propicia para que las juventudes sueñen, y para que los que ya la transpusimos, las envidiemos

con la melancólica mansedumbre que nos trae aparejada lo irremediable...

Paso a paso torné a la vivienda, ya iluminada y alegre, aspirando yo, a plenos pulmones, el penetrante y funerario aroma de los miles de gardenias en flor que, como copiosa nevada, a modo de sudario perfumado y sutil esmaltaban el huerto...

10 DE DICIEMBRE—De banquete en la casa del señor Mariscal, quien lo ofrece a dos ministros diplomáticos recién llegados: el barón von Giskra, representante de Austria-Hungría, y el vizconde de Alte, representante de Portugal.

21 DE DICIEMBRE—De almuerzo en el Jockey Club, con el que inicia sus funciones gastro-sociales el barón von Giskra.

22 DE DICIEMBRE—Cumplí hoy 44 años; hace ya cuatro que doblé el cabo de la Buena Esperanza, por otro nombre cabo de Las Tempestades. ¿Volverán éstas a azotar la frágil nave de mi vida?...

Gran copia de felicitaciones, antes inusitadas; hasta la prensa dió cuenta del "suceso", y con halagüeños comentarios por cierto.

Es natural, soy ahora Subsecretario de Relaciones Exteriores. ¡Guarda, Pablo!

24 DE DICIEMBRE—Navidad en familia, que es lo que prefiero. Mi mujer, armó en la sala un árbol simbólico, con juguetes y regalos para gran-

des y chicos. Y en punto de las 12 nos sentamos a cenar la clásica cena de Nochebuena, unos dieciséis comensales.

Razón llevaba Sancho, cuando repuso a Don Quijote:

—"... mucho mejor me sabe lo que como en "mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea "pan y cebolla, que los gallipavos de otras me-"sas..."

31 DE DICIEMBRE—En el templo de las Reparadoras, cuya casa queda pared de por medio con la nuestra, estuve a dar gracias en unión de mi mujer y de mi hijo, por este fin de año que hemos vivido con penas y alegrías, como se viven todos.

Dulce visión la de las monjas en devota velación del Santísimo, patente en Su tabernáculo; parecen, por la alba blancura de sus tocas y sus hábitos, grandes palomas de pureza. Mientras se hallan de hinojos en los reclinatorios distribuídos rejas adentro del presbiterio, por su inmovilidad y rigidez creeríaselas estatuas de alabastro, en actitud meditativa. Y cuando viene el relevo, que se lleva a cabo con precisión militar, aunque sin voces ni ruidos ¡hasta sus plegarias y sus andares son callados! dan la impresión de espíritus caminantes que anduvieran sin tocar el suelo, como esas golondrinas que vuelan al ras de calles y sementeras. Las relevadas, tornan a las entrañas invisibles de la clausura, por una puertecilla que se abre y cierra con leve rumor de secreto susurrado al oído, y que apenas si a-

menta los parpadeos de las lámparas votivas que cercan el altar...

Burguesamente leyendo entre sábanas conforme a inveterado hábito, llega a mí muy desvaída por la distancia la algazara de pitos, cohetes y campanas con que es de rigor que se festeje este minuto que nosotros mismos hemos vuelto solemne, y en el que los años viejos diz que de veras se mueren para dejar el sitio, sin solución de continuidad, a los años nuevos.

FIN DEL TOMO IV

# REGISTRO ALFABETICO

## A


Abel—284.
Aceña, Vicente—138, 148.
Acosta, Alfredo N.—258.
Acosta, Vicente — 169, 230, 231.
Adams, Mrs.—62.
Adee, Alvey A.—40, 43, 44, 45.
Agüeros, Victoriano—83.
Ahumada, Miguel—256.
Alamillo, J. Trinidad—240, 264.
Alarcón, Próspero Ma.—282.
Alba, Rafael de—241, 251, 252, 259, 310.
Alcalá Galiano, Antonio—89, 90.
Aldrete, Casimiro—206.
Alfonso XIII—101.
Algara, José—78, 237, 238, 273, 274.
Altamirano, Ignacio M.—241, 251, 252, 259, 310.
Alte, Vizconde de—346.
Alvarado, Pedro de — 147, 149.
Alvarez, Francisco—141.
Alvarez Soto, Ramón—296.
Alzate, Antonio—241.
Allendesalazar, Manuel — 179.
Anderson, Luis—298.
Araluce, Ramón de S. N.—83.
Arco, Juana de—182.
Arévalo, José—282.
Ariadna—218.
Arias Maldonado, Rodrigo—145.
Aristófanes—123, 124.
Arnó de Villafranca, Pedro —297.
Arriola, Inocencio—296.
Asbeck, Van—273.
Asís, San Francisco de—146.
Avelar, Emilio—215.
Avila Echeverría, Jorge—182, 186.
Avila, Samuel G.—292.
Avila, Hnos.—191, 193, 194.
Azpíroz, Manuel de—28, 30, 31, 32, 34, 37, 39, 43, 53, 57.
Azpíroz, Rodrigo—32.


## B


Bailly-Bailliére e Hijos—288.
Balzac, Honorato de—272.
Ballou, W. H.—67.
Barillas, Manuel Lisandro—178, 179, 199, 212, 315.
Barra, Francisco L. de la—320.
Barra, Luis L. de la—54.
Barreiro, Adolfo—296.
Barrios, Justo Rufino—116, 117.
Barrios, Modesto—112.
Barrios M., Juan—95, 111, 112, 181, 182, 184, 186, 211.
Barron, Alfredo—274.
Barrón, Heriberto — 296, 298.
Batalla, Diódoro—243.

Batres, Leopoldo—285.
Batres Jáuregui, Antonio—156.
Baz, Emilio G.—265, 269.
Baz, Juan Pablo—77, 78, 84.
Beecher Stowe, Harriett—33.
Bello, Andrés—241.
Bertrand, Francisco — 112, 128.
Perrueco y Serna, Manuel—283.
Best, Alberto—246.
Beteta, Alberto—296.
Beteta, José A.—96.
Bethancourt, Pedro de San José—145, 146, 147.
Bienvenu, Eduardo F.—296.
Bone, Onofre—121, 130, 180, 195, 212, 232.
Bonilla, General—112.
Bonilla, Policarpo—261, 270, 271, 273.
Bowen, Herbert W.—48.
Prillat-Savarin, Anthelme—64.
Bromwell, Coronel—40.
Brooks, N. C.—18.
Brown, N.—112, 122, 127, 131.
Brown Scott, James—286.
Buchanan, William Y.—283.
Bulnes, Francisco—256.
Burns, Roberto—66.
Burr, H.—19.
Buxó, Juan—265.

# C

Caballero, Manuel—247, 296, 309.
Cabral, Manuel—112.
Cadorna, General—308.
Caín—284.
Calderón Mariles, Miguel—296.
Camacho, David—297.
Camden, William—64.
Campa, Gustavo E. — 246, 251.
Campo, Angel de—241, 251, 264, 265, 268.
Campos, Rubén M.—312.
Cannon, Joe—25.
Canseco, Crisóforo—50.
Cañas, Juan J.—214, 223.
Carden, Lionel E. G.—171.
Carden, Mrs.—171.
Cardona, Francisco—78, 81.
Carducci, Josué—176.
Carter, Doctor—19.
Carrere y Lembeye, Pedro de—89, 98, 99.
Carrere, Concepción de—98.
Carricarte, Arturo R. de—169.
Casasús, Joaquín D.—57, 58, 241, 242, 251, 260, 284, 310, 312, 313.
Casa-Valencia, Conde de—284.
Cassini, Conde—40, 44, 45.
Castillo, Adrián—296.
Castillo Ledón, Luis — 252, 286.
Catlin, J. K.—66.
Clausel, Joaquín—258.
Clemm, Mrs.—17.
Coghlan, Contraalmirante—61.
Cólogan y Cólogan, Bernardo—313.
Combs, Leslie — 112, 113, 114, 116, 122, 125.
Comonfort, Ignacio—243.
Constant, Benjamín—61.
Coppée, Francois—308.
Corcuera, Carlos—79.
Córdova—30.
Corpeño, José D.—250.
Corral, Ramón—79, 298.
Cota, Manuel—258.
Covarrubias, Miguel — 340, 342.
Creel, Enrique C.—283, 316.
Crespo y Martínez, Gilberto—75.
Cuervo, Rufino J.—241.

## CH

Chacón, M.—209.
Chaparro, Luis G.—214, 217, 218, 228, 229.
Chavero, Alfredo—251, 343.
Chavero, Ernesto—251, 285, 296.
"Chocolat"—244.

## D

Dárdano, Jorge—215.
Dárdano, José—215.
D'Arlot, N.—207.
Dávalos, Balbino—342.
Dávalos, Marcelino—299.
Dehesa, Teodoro A.—76.
Delarue-Madrus, Lucía—261.
Díaz, Porfirio—42, 58, 79, 90, 94, 96, 108, 110, 121, 129, 200, 237, 254, 260, 271, 273, 276, 277, 278, 285, 298, 300, 302, 303, 305, 321.
Díaz, Félix—296.
Díaz Dufóo, Carlos—258.
Díaz Mirón, Salvador—383.
Dickens, Charles—141.
Domínguez, Norberto—241, 312.
Donaldson, Th.—67.
Dosamantes, Jesús—201.
Dostoiewski, Fedor—202, 209, 270.
Durán, Ricardo—296.
Duret, Fernando—315, 316.

## E

Elizondo, José F.—283.
Ellis, G. H.—66.
Escobar, Juan Pablo—222.
Escobar Uribe, Jorge—97.
Escofet, José—217.
Espino, Rafael—283.
Esponda, Sóstenes—92.
Esquilo—66, 124, 202.
Esteva Ruiz, Roberto A.—242, 313, 314, 315.
Estrada, Jenaro—287.
Estrada Cabrera, Manuel—86, 94, 95, 96, 98, 104, 106, 107, 108, 109, 111, 112, 132, 133, 153, 155, 176, 177, 178, 179, 180, 183, 191, 193, 198, 199, 201, 205, 206, 216, 219, 221, 230, 231, 232, 245, 286, 290, 315.
Estrada Cabrera, Diego—176.
Estrada Palma, Tomás—75.
Estupinián, Baltasar—154, 215.

## F

Fábregas, Virginia—56, 81, 285, 299.
Fairbanks, Vicepresidente—25.
Fauriel, W. T.—66.
Fe, Fernando—157.
Federico el Grande—6.
Fernández, Justino—282.
Fernández del Castillo, Francisco—269, 282.
Fernández Granados, Enrique—241.
Fernández de Lizardi, José—252.
Fernández Villarreal, Manuel—282.
Ferrel, José—299.
Figueroa, Fernando—216, 218, 220, 222, 227, 228, 231.
Flores, Antonio—141.
Flores, Carlos—255.

Flórez, Julio—152, 156.
Flores Magón, Hnos.—287.
Foronda, N.—108, 136, 137, 138, 260.
Foster, E. C.—11.
Foster, John W.—46, 50.
Fuller, N.—26.
Fushimi, N.—227.

## G

Gabucio, Manuel—232.
Galindo, Humberto—283.
Gallego, Juan Manuel—297.
Gallegos, Salvador—112, 124, 128.
Gamboa, José Ma.—79.
Gamboa, José J.—76, 78, 263.
Gamboa, Miguel—164, 188,
Gámez, N.—230.
Gandarias, Justo de—87, 158, 159, 162, 163, 164.
García, Jenaro—260.
García Trinidad—266.
García Cubas, Antonio—278.
García González, Ramón—215, 216.
García Granados, Alberto—232.
García Granados, Ricardo—232.
García Naranjo, Nemesio—296.
Giskra, Barón von—346.
Godoy, José F.—60, 70.
Goethe, Juan Wolfgang—124.
Gómez Andrade, Manuel—283.
Gómez Carrillo, Agustín—284.
Gómez de la Puente, Eusebio—144, 240, 251.
Goncourt, Hnos. de—287.
González, Darío—215.
González, José Ignacio—283.
González, Rodolfo—215.
González Carrasco, Aurelio—283.
González Peña, Carlos—252, 253, 286.
Goubaud, Emilio—157, 219.
Grant, Ulises Simpson—62.
Grant jr., Ulises S.—250.
Gutiérrez Nájera, Manuel—264.

## H

Haddon, J.—68.
Hay, John—35, 40.
Herrera, Ernesto—319, 335.
Herring, W. B.—11.
Hibben, Paxton—286.
Homero—66.
Howard Payne, John—46.
Hugo, Víctor—65.
Hunt Jackson, Helen—33.
Heyburn, W. H.—11.

## I

Ibarra, Javier—296.
Ibarrola, Ramón—54.
Iglesias, Manuel S.—76, 77.
Iglesias Calderón, Fernando—251.
Isabel la Católica—178.
Iturbide, Agustín de—138, 260.

## J

Jordá, N.—251.
Juan, San—20, 42.
Juárez, Benito—77, 93, 94, 95, 96, 116, 254, 317.
Jung, Doctor—38.
Júpiter—189.

## K

Kapps, W.—251.
Kessels, Herr—228.
Khayyam, Omar—66.

## L

Landa y Escandón, Guillermo de—296.
Landesio, N.—251.
La Fayette, Marqués de—13.
Lamadrid Isunza, Esteban—296.
Larrañaga Portugal, Manuel—170.
Larrea, Javier—202.
Lejeune, Rev. P.—262.
León, Emilio de—153, 155, 237, 245.
León Grajeda, Antonio—70.
Leonardo de Vinci—256.
Letona, J. M.—295.
Lima, José Ma.—179, 180, 195, 244.
Limantour, José Ives—81, 271, 278.
Loomis, Francis B.—35, 47, 48, 50, 55.
López, Fadrique—296.
López Ochoa, Ricardo—258, 259.
López-Portillo y Rojas, José—260, 284, 298, 309, 311, 312.
López y Vilchis, Salvador—296.
Luis (San), Rey de Francia—55.

## LL

Llerena, José—220.

## M

McKinley, William—24.
Mc R. Winslow, C.—50.
Madriñán, Rafael—193.
Madriz, José—261, 270, 273.
Mariscal, Ignacio—42, 78, 83, 86, 112, 153, 180, 198, 200, 213, 220, 237, 238, 271, 273, 274, 279, 283, 296, 297, 313, 314, 321, 339, 340, 341, 342, 346.
Martí, José—8.
Martínez, Enrique—296.
Martínez Sánchez, Rodolfo—297.
Martínez Sobral, Enrique—242.
Mata, Filomeno—290.
Mateo, San—42, 46.
Matheu, Manuel—139, 145.
Mecenas—241.
Méndez, Eugenio—296.
Méndez, Luis—279.
Merry, W. Lawrence—112, 122, 125, 126, 127, 128, 130, 131.
Michel, Alberto—283.
Millán y Ponce, José—297.
Miller, James M.—52.
Miramón, Miguel—321.
Molina, Olegario—75.
Montiel, Ignacio—283.
Montoya, Escribano—148.
Montpensier, Duque de—313.
Mora, Bernardo—179.
Mora, Miguel—215.
Morales, Florencio—179.
Morales, Vicente—247.
Morán, Mrs.—19.
Moreno, Luis G.—283.
Morgan, W.—23.
Mortimer, N.—66.
Mortú, Joaquín—283.
Mulligan, R. F.—122, 125, 127, 128, 129, 130, 131.

Muñiz, Luis—296.
Murga, Gonzalo de—251.
Murger, Henri—67.
Murillo, Gerardo—258.
Musset, Alfred de—143.

## N

Nabuco, Joaquím—58, 60, 61.
Nájera y de Pindther, Domingo—183, 198, 205, 216, 217, 228, 229.
Napoleón III—65.
Neelan, J. M.—315.
Nervo, Amado—343.
Nunó, Jaime—86.
Núñez, Agustín Alfredo—242.
Núñez, Roberto—31.
Núñez de Arce, Gaspar—283.

## O

Obligado, Rafael—60.
Obregón, Luis Felipe—246.
Ocampo, Melchor—321.
Olaguíbel, Francisco M. de—258.
Orla, Francisco—82, 92, 236, 245, 246.
Ortega, Juan J.—178.
Orrin, Hnos.—92.
Osceola—66.
Ossián—66.

## P

Pablo, San—62.
Palacios y Fau, Emilio de—159, 160, 168.
Palavicini, Félix F.—339, 341.
Palma N.—130.
Palomino, Arturo—74, 75.
Pardo, Emilio—84.
Pardo, Francisco—345.
Pardo, Hnos.—236, 344.
Pardo, María M. de—77, 84.
Pardo, Rafael—77, 78, 84, 97, 98, 235, 236.
Parra, Guillermo—314.
Parra, Porfirio—241, 251.
Pasalagua, Antonio—82, 83.
Pauncefote, Lord—43, 44.
Pavía, Lázaro—297.
Payno, Manuel—271.
Paz, Arturo—297.
Paz, Ireneo—296, 297.
Paz, N.—206.
Paz, Octavio—296.
Penagos, Ranulfo—296.
Peña, J. de J.—255.
Peña, Rafael Angel de la—241.
Peña y Reyes, Antonio de la—78, 241, 274, 275.
Peón Contreras, José—260.
Peón del Valle, José—284, 312.
Pérez Caballero, N.—168.
Pérez Galdós, Benito—316.
Pérez Verdía, Antonio—256.
Perrault, Charles—140.
Pierce, K. G.—50.
Pimentel, Ezequiel A.—344.
Pinto, José—112.
Peza, Juan de Dios — 251, 281, 296, 307.
Poe, Edgar Allan—13, 15, 16, 17, 19, 20.
Poe, David—19.
Poe, Nelson—19.
Poe, Virginia—17.
Porcher, Germán—131.
Porrúa, José—296, 298.
Prado, Javier de—298.
Prieto, Alfonso—283.
Prieto, Manuel G.—314.
Procustes—118.
Prowe, Herman—290, 291.

Pruneda, Alvaro—291, 294, 295.
Puga y Acal, Manuel—287.
Pujol, Valero—162, 163.

## Q

Quesada, Gonzalo de—8.
Queiroz, Eca de—176.

## R

Rabasa, Emilio—252, 282.
Ranuzzi Segni, Cesare—308.
Rauscher, H.—10.
Rebolledo, Efrén—95, 104, 112, 121, 122, 124, 127, 128, 129, 131, 161, 164.
Regalado, Petrona de—132, 229.
Regalado, Señora Vda. de—229.
Regalado, Tomás—106, 107, 108, 109, 132, 133, 137, 216, 228, 229.
Reig, María—92.
Reina Barrios, Manuel—159.
Resendis, Salvador—297.
Reyes, Bernardo—250, 278.
Reyes, Francisco A. — 132, 230.
Reyes, Rodolfo—285.
Reyes Espíndola, Rafael—265, 281.
Riba y Cervantes, Ana—78.
Rivas, Juana—317.
Rivas Iruz, Luis—339.
Rivero, Antonio Martín—74, 75, 236.
Roa, Platón—137.
Rocabruna, J.—251.
Rodil, Baltasar—182, 193.
Rodríguez Castillejos, Francisco—236.
Rodríguez Parra, Fidel—95, 96, 104, 192, 193, 194, 198, 199, 232, 272.
Romaña, Señora Vda. de—191, 192.
Romero, Félix—282.
Romero, José—282.
Romero, Ricardo E.—97.
Roosevelt, Mrs.—48.
Roosevelt, Teodoro—7, 23, 24, 26, 29, 35, 42, 49, 54, 55, 57, 128, 291.
Root, Elihu—156, 157, 238, 244, 245, 246, 247, 250, 254.
Root, Mrs.—156, 250.
Root, Miss.—156, 250.
Rosa Pacas, José—112, 124.
Rubio Alpuche, Néstor—260.
Rubio Piloña, Eduardo—206.
Rouget de l'Isle, Claude Joseph—81.
Ryan, L. Q.—19.

## S

Sadler, H.—18.
Sagaseta, Miguel—316.
Sagaseta, Soledad G. de—78, 235, 238, 263.
Sagaseta, Mercedes—77, 84, 235, 262, 263.
Sagaseta, Miguel Angel—77, 263.
Sagaseta, Guadalupe—263.
Sagaseta hijo, Miguel—87.
Sagaseta, Rafael—104, 171, 172, 216, 217, 263, 264.
Saint-Gaudens, Auguste —62.
Salado Alvarez, Victoriano —284, 311, 312, 313.
Salas, José—297.
Salinas, Miguel—286.
San Juan, Manuel H.—312.
Sánchez, Fernando—236.
Sánchez, José Esteban—220, 221.
Sánchez Azcona, Juan—137.

Sánchez Azcona hijo, Juan —244, 245, 296.
Sánchez Mármol, Manuel—241, 260, 312.
Santacilia, Pedro—251.
Santibáñez, Enrique — 241, 251.
Santos Alvarez, Miguel de los—328.
Scott, Walter—66.
Scovel, James M.—67.
Schley, Contraalmirante — 61.
Serrano, Pedro A.—296.
Serra y Caussa, Nicolás—308, 309, 312.
Shakespeare, William—66.
Shelton, Mrs.—18.
Sierra, Justo—82, 284.
Síguere, Arturo—177.
Silvela, Manuel—284.
Snodgrass, Doctor—19.
Somoza Vivas, J.—215.
Soto Hall, Máximo—96, 152, 169, 231.
Spence, George W.—17.
Strange, N.—66.
Suárez, Belisario U.—215.
Suter, Charles—16.
Sylvain, Ch.—308.

## T

Tablada, José Juan — 258, 282.
Tennyson, Lord Alfred—66.
Thackeray, William Makepeace—6, 7, 12.
Toledo, Francisco—215.
Thompson, David E.—271.
Torres Adalid, Ignacio—316, 318, 319, 321, 323, 338.
Torres Sagaseta, Luz—319.
Torres Torija, Enrique — 251.
Torres Torija, Manuel—251, 283.

## U

Ubico, Arturo—112, 129.
Uranga, Julio B.—283.
Urbina, Luis G.—92, 258, 284.

## V

Valdés Blanco, Julio—193.
Valera, Juan—284.
Valle, Leandro—269.
Valle Gagern, Carlos—296.
Vigil, Francisco—246.
Villaseñor y Villaseñor Alejandro—296.
Vitoria, Mario—283.
Vitteri, Adolfo—153.
Vitteri, Juan—153.

## W

Wagner, N.—251.
Walker Martínez, Joaquín—29, 47.
Wáshington, Jorge—308.
Whitman, Walt—20, 64, 65, 69.
Woodberry, George E.—18.

## Y

Yanes, Francisco Javier—56.

## Z

Zendrero, Agustín — 212, 213, 215.
Zepeda Winkfield, Alfredo—292, 294, 295, 296.

# INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| Año de 1905 | 5 |
| Año de 1906 | 91 |
| Año de 1907 | 167 |
| Año de 1908 | 263 |
| Registro Alfabético | 349 |

En la
ciudad
de México
acabó de im-
primir este libro
el Establecimiento
Tipográfico de Hijos
de Juan Aguilar,
Ribera de San
Cosme Núme-
ro 124, el
día 25 de
Julio de
1934
años

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER